

# SYNCO



JORGE BARADIT

**chile, 1973:** Pinochet detiene el golpe y Allende crea el primer estado cibernético de la historia...

Lectulandia

Chile, 1973. Augusto Pinochet decide apoyar al gobierno de Salvador Allende y desmantela violentamente el golpe militar en ciernes. Mientras, algo crece en los subterráneos de la Moneda. El programa Synco intenta crear el primer Estado cibernético de la historia: una red que dotaría de un sistema nervioso eficiente a la sociedad y la economía chilenas.

Chile, 1979. Martina Aguablanca regresa al país para las celebraciones por la reelección del compañero Presidente. Se encuentra con un país insólito, una Camelot de la tecnología mundial, una sociedad eufórica que construye el ciberbolivarismo sobre bases ideológicas dementes. Un país alienado, desquiciado, lleno de conspiraciones y secretos oscuros. Mientras su vida corre peligro, Martina se pregunta qué precio tuvo que pagar Allende por las llaves del paraíso socialista.

**Lectulandia**

Jorge Baradit

**Synco**

ePub r1.0  
Titivillus 29.08.17

Título original: *Synco*  
Jorge Baradit, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Luego de casi dos años de trabajo y de avances inimaginables, el proyecto de gobierno cibernético fue aprobado por el Presidente Salvador Allende para ser implementado en el Palacio de La Moneda. Lamentablemente, debido al golpe militar del 11 de septiembre de 1973, Cybersyn o Synco nunca pudo ser aplicado y fue abortado irrevocablemente, frustrando uno de los proyectos políticos y cibernéticos más avanzados de la época en el mundo.

([wikipedia.org/cybersyn](http://wikipedia.org/cybersyn))

Quiero implantar un sistema nervioso electrónico en la sociedad chilena.

STAFFORD BEER

**SYNCO** 

## Introducción



*Ops-room* de Synco, Santiago de Chile, 1973.

«Synco fue un programa a cargo del británico Stafford Beer y los chilenos Fernando Flores y Raúl Espejo, para convertir las empresas estatales chilenas en una red interconectada y coordinada en tiempo real desde un centro de operaciones llamado *ops-room*. El objetivo, convertir a Chile en el primer Estado cibernético de la historia, bajo una red que se adelantó en décadas a la Internet como la conocemos.

El espacio de concentración de la información enviada por las empresas para la toma de decisiones (*ops-room*) fue diseñado por INTEC (Instituto de Investigaciones Tecnológicas de Chile), bajo la coordinación general del ingeniero Jorge Barrientos.

Los equipos de diseñadores industriales y gráficos estaban a cargo de Gui Bonsiepe; el primero conformado por Rodrigo Walker, Guillermo Capdevila, Alfonso Gómez, Guillermo Cintolesi, Fernando Shultz, Michel Weiss (Alemania), Wolfgang Eberhagen (Alemania) y Werner Zemp (Suiza), y el segundo por Pepa Foncea, Lucía Wormald, Eddy Carmona y Jessie Cintolesi.

La sala era hexagonal y constaba de siete sillas giratorias, una pantalla llamada Futuro, un esquema del VSM (Viable System Model), pantallas de reportes de excepción en tiempo real y un Data Feed. Cada silla tenía en su brazo derecho un dispositivo de control interactivo que, a través de la combinación de sus botones (figuras geométricas), activaba órdenes de proyección en las pantallas según los requerimientos de los usuarios, optimizándose así la comunicación externa e interna.

Todo fue destruido después del golpe militar de septiembre de 1973».

([www.cybersyn.cl](http://www.cybersyn.cl)).

# 1

**Agosto de 1973**

**Santiago de Chile**

En su sueño más recurrente también aparece Valparaíso.

Siempre es igual. El océano frente a la bahía se pone de pie con un bramido monstruoso y le escupe la palabra *carne* directamente al rostro. El pobre niño cae asfixiándose fuera de cuadro, rodando por los cerros de su recuerdo hasta el final de la escena. Desde su cabeza abierta mana rojo y espeso el ruido de una ambulancia que se acerca y lo arranca del ensueño a tirones, como se saca a un recién nacido desde el fondo del agua.

Una ambulancia.

Entonces despierta.

Despierta en Santiago de Chile, de regreso al peso de su cuerpo y a las temperaturas de la realidad. Está más viejo, ya no es un niño. En un segundo recordará que venía en auto desde su casa, medio segundo más tarde recordará que algo raro había ocurrido durante el trayecto, y tardará otra milésima más para que el control de daños lance un grito afilado desde su rodilla derecha.

Está en el suelo.

Hay voces reverberando dentro de su cráneo, los oídos tapados.

¿Olor a humo?

A nivel del suelo, donde tiene apoyado el rostro, ve piernas corriendo en todas direcciones, pavimento y chatarra. Restos de piezas metálicas. Un trozo de algo parecido a un espejo retrovisor brilla y le indica que el día está soleado. Recuerda vagamente otro día de mucha luz, cierta mañana en Pisagua.

El dolor en la rodilla lo está matando.

Intenta recordar mientras alguien, a veinte centímetros de su rostro, le grita algo que no entiende; la velocidad de las cosas está trastocada y todo parece transcurrir bajo el agua prístina de los arrecifes de coral, llena de brillos y reflejos.

Sacude la cabeza y su memoria comienza a regresar pieza por pieza. Mira hacia un costado y ve rugir un auto en llamas a cinco metros de distancia. De pronto, todos los gritos cobran sentido, la ciudad reaparece, la realidad estalla en su conciencia con todos sus colores. En su brazo ve grados militares. Algo espantoso le viene a la memoria, algo que sube quemándole la columna vertebral.

«¡Lucía, Marco Antonio!», grita hacia el auto en llamas, sin escucharse. Todo regresa atropelladamente en su memoria inflamada. Recuerda quién es: se llama Augusto Pinochet Ugarte. Recuerda que se dirigía a una reunión, donde confirmarían su nombramiento como comandante en Jefe del Ejército de Chile, y que su mujer,

Lucía, le había pedido acompañarlo junto a su hijo menor. Dos bomberos lo abrazan mientras intenta ponerse de pie; camina sollozando hacia las llamas, como un sonámbulo que gime y cubre el valle con sus gritos. Pero no son gritos, son ambulancias. Las ambulancias son la manera de llorar que tiene una ciudad.

Es 23 de julio de 1973, son las 8:30 de la mañana y una gruesa columna de humo negro se eleva desde el plano de la ciudad de Santiago.

En la intersección de las calles Providencia y Condell, un auto desfigurado yace como un animal hecho pedazos por algún depredador monstruoso, envuelto en llamas y con los restos calcinados de una mujer y un niño atrapados entre sus costillas metálicas. Sacrificio humeante, rogativa por un mundo que se desmorona.

Un hombre también se desmorona esa mañana: con el rostro desfigurado, se hinca durante largos minutos junto a los fierros ennegrecidos de su propio corazón.

*¡chitas que es pulento el general Pinochet!*

# ¡CAGÓ EL GOLPE!

**¡MERINO Y TODA LA MARINA GOLPISTA  
DERECHITO AL PAREDÓN DEL PUEBLO!**



*Así dejaron La Moneda estos desgraiciados. Dos rockets de los aviones fascistax le pegaron de lleno a la cara sur del palacio. Esta foto es de las 11:30 cuando los bomberos todavía no podían apagar el incendio*

*Anoche, desde La Moneda*

**ALLENDE: "NUNCA DUDÉ DE MI  
PUEBLO Y SUS GENERALES"**

**CLARÍN**  
*Sirme junto al pueblo*

EL DIARIO DE MAYOR CIRCULACION EN CHILE

Martes 11 de Septiembre de 1973 — Santiago, AÑO XIX, Nº 6914

Semana ..... E\$ 20.— | Aéreo ..... E\$ 25.—

Portada del diario Clarín, 11 de septiembre de 1973.

## EMOTIVAS PALABRAS AL CIERRE DE INAUGURACION DE SYNCO

*El emotivo mensaje que el compañero Presidente le envió al país fue recibido con alegría por millones de chilenos*

“Queridos compatriotas. Esta mañana quiero saludar al obrero, a la obrera, al profesor, al empleado fiscal, a la trabajadora que se levantó más temprano a producir, al trabajador que levantó su puño gastado por el esfuerzo para decirle NO al fascismo en la hora más oscura, cuando la sombra de la reacción estiró su garra para golpear con dinero ajeno al gobierno del pueblo, pensando que así recuperarían sus privilegios y granjerías. Quiero saludar al campesino que levantó su horquilla y a la campesina que empuñó su azadón para defender todo lo ganado, porque antes la muerte que retroceder. Quiero saludar al soldado limpio de la patria, que entendió que lo suyo es defender a su pueblo y no atacarlo sólo porque un brigadier corrompido por el odio se lo ordene. Quiero saludar a todo el pueblo de Chile porque éste es su triunfo. Hoy, podemos decir que comienza la reconstrucción nacional. ¡Hoy podemos decir que el pueblo de Chile finalmente ha detenido a la reacción y puede vivir en paz la luz de una estrella roja que anuncia la mejor vida que vendrá para todos sus hijos!”.

Sus  
el  
el  
vuo  
me  
am  
ve  
hu  
to  
to  
ve  
m  
so  
tia  
tal  
tod  
esc  
do  
ha  
se  
br  
qu  
da  
tas  
ju

Inauguración de Synco. El Siglo, 21 de diciembre de 1973.

**Jueves 6 de septiembre de 1979**

**10:30 AM**

«Se ruega a todos los pasajeros enderezar sus asientos, fijar sus bandejas y ajustar su cinturón de seguridad. En unos instantes iniciaremos el descenso sobre el Aeropuerto Internacional Poeta Pablo Neruda de Santiago».

—Casi llegamos y todavía no entiendo muy bien lo que me estás contando —le susurró el delegado sin mirarla a la cara.

Martina hizo una mueca de profunda molestia, apretó las mandíbulas y miró al hombre a los ojos.

—Lo encontré muerto, ¿okey? ¡Entré en su habitación y estaba muerto! —dijo contrariada, levantando la voz—. ¡Yo tuve que recoger a mi padre del suelo y limpiarle la sangre con mis propias manos mientras llegaba la ambulancia!

El hombre tragó saliva y miró de reojo al resto de los pasajeros.

—No fue mi intención molestarte —dijo en voz baja—. Sólo quería conocerte un poco más y...

—¡Es que sí me molestái! —exclamó Martina, disparando su acento chileno desde el centro de algún recuerdo muy visceral, con olor a humo y gasolina.

Luego suspiró mirando hacia la ventanilla y dejó que el rumor del avión llenara lentamente el silencio entre ambos.

En esos momentos todos miraban hacia afuera, deseosos de sorprenderse con Santiago de Chile, la capital más lejana del mundo, en el país más escondido de todos, donde un milagro había ocurrido. La sensación de descubrimiento y de aventura que llenaba las miradas de los turistas que se agolpaban junto a las minúsculas, sucias y rayadas ventanillas del Tupolev de fabricación soviética la terminó de hartar. Ella no venía por simple curiosidad, ella no era otro turista más. Martina era una chilena que regresaba. No sabía exactamente a qué. ¿Se puede regresar a un nebuloso recuerdo hecho de fragmentos inconexos? Fue el 6 de septiembre de 1970. Había ganado la izquierda y don Eugenio Aguablanca, general de Ejército de brillante carrera, pedía sorpresivamente su baja y abandonaba el país con su única hija. No iba a quedarse a ver cómo la UP incendiaba el país, según sus propias palabras. Él iba a proteger a su hija. Martina tenía quince muy ingenuos años entonces, no tenía idea de dónde quedaba Venezuela y no entendía por qué debía abandonarlo todo por culpa de un tipo de apellido Allende.

«Señores pasajeros, si miran a su derecha podrán apreciar la majestuosa cordillera de los Andes enmarcando la capital de Chile. A su izquierda, los valles que han hecho famosa la fruta chilena más allá de sus fronteras».

—No sabía..., es decir...

—Mira, pana. Yo vengo contigo porque el gobierno nos puso en el mismo vuelo. Si crees que vamos a jugar a las casitas durante estos días, mejor anda buscando otra amiguita porque a mí no me vas a ver ni la cola, ¿me escuchaste?

«Martina», pensó el delegado. Le habían advertido de su carácter, así que giró el rostro y le hizo una mueca de desagrado a otro de los funcionarios venezolanos, sentado dos filas más atrás.

Desde que su padre la había dejado «viuda», como ella decía, un año atrás, la necesidad de volver había crecido dolorosamente en su interior. Quería ver Santiago de nuevo, y quizá de esa manera podría verlo a él también otra vez, sentado en un banco del Parque Forestal o almorzando con sus amigos en un restaurante de Providencia. O en la casa de la calle Condell, donde habían tomado esas fotos de colores desteñidos y casi fuera de foco donde salían abrazados. Por eso volvía, para verlo nuevamente y entender aunque fuera un poco la extraña locura de sus últimos días.

Cuando le propusieron integrar la delegación venezolana que viajaría a Santiago de Chile, casi saltó de su asiento para aceptar. «Asistirás a los actos de celebración por la reelección de Salvador Allende y te entrevistarás con el ministro de Nuevas Tecnologías, Fernando Flores y otros personeros. Queremos saber más acerca de Synco; nos interesa estudiar la posibilidad de ejecutar algo semejante en nuestro país», le habían dicho solemnemente. Su jefe, un viejo socialista, testigo del increíble renacimiento de un Chile sumido en el más absoluto de los desórdenes, siempre les decía, refiriéndose al compañero Allende y a Synco, su proyecto estrella: «No lo creerán hasta que lo vean». El compañero Allende. El mismo que la sacó del país la traía de regreso.

«Señores pasajeros, estamos a minutos de aterrizar en territorio chileno. Son las 10:34 a.m. y la temperatura sobre la ciudad de Santiago es de catorce grados Celsius. Para hoy se espera un día cubierto de nubes y unos gratos veintidós grados de temperatura máxima».

Martina Aguablanca, periodista, veintitrés años, miembro de número del partido socialista caraqueño, empleada menor de una oscura repartición del Departamento de Tecnología y Energía del Ministerio del Interior venezolano.

—¿Por qué crees que me eligieron a mí para ir a Chile, Marcelita? —le preguntó a su mejor amiga el día antes de salir de Venezuela.

—¡Pero qué pregunta, chica! Porque tu papá conocía a la mitad de los tipos que ahora gobiernan.

—Era amigo del general Pinochet también.

—¿En serio?

—Dicen que, si no se hubiera venido a Venezuela, él habría estado al mando en 1973. Voy a ir a ver a Pinochet incluso. ¿Quieres su autógrafa?

—No te creo nada, chilena mentirosa —le respondió riendo su amiga antes de

despedirse con un sonoro beso y colgar el teléfono.

«Señores pasajeros, de acuerdo a la legislación chilena, la torre de Santiago tomará el control de nuestro avión a través de un sistema remoto de navegación por ondas de radio. Se trata de un procedimiento normal en este aeropuerto, que impide acciones terroristas o errores de coordinación y hace del aterrizaje un proceso mucho más seguro para todos».

—Empezaron las sorpresas, compañera —dijo el delegado sin mirarla, con una sonrisa en los labios.

El aterrizaje fue muy suave. Cuando el Tupolev finalmente se detuvo, todos comenzaron a salir con apuro del avión. Martina prefirió esperar en silencio. Quería disfrutar nítidamente el momento. Luego respiró hondo y tomó su equipaje de mano. Cruzó el pasillo pensando en qué ocurriría cuando pisara suelo chileno. Salió caminando con lentitud, moviendo como una bandera su pelo rojo: «largo como pena de viuda», le decía su tía Clara. Una niña de quince años se levantó del asiento y fue creciendo a cada paso que daba hacia la salida. Atravesó el umbral del avión encandilada. El aire fresco de septiembre le llegó de costado. La luz se ajustaba; la cordillera y los cerros de Colina, al norte de la ciudad, estaban a la vista. Respiró hondo y cerró los ojos con suavidad.

«No siento absolutamente nada», pensó, decepcionada.

No hubo encuadre dramático ni fanfarria emotiva, sólo una brisa leve, los cerros resecaos por el sol y nadie esperándola en las terrazas del pequeño aeropuerto de la última capital del planeta. Omnipresente, el logo de Synco: un círculo rojo con ocho líneas radiales rematadas en círculos más pequeños. Omnipresentes los afiches y las fotografías de propaganda con frases y rostros desconocidos.

Venía a celebrar el éxito del primer gobierno socialista en Chile, pero también a reconocer el país de su padre, el país que se lo devolvió hecho un guiñapo humano, asustado, irreconocible. Todos celebraban, ella guardaba una piedra en lugar del corazón.

Cruzó la losa casi con sospecha. «Regresar es un verbo mentiroso. Uno siempre llega por primera vez».

—Buenos días, compañera... de la hermana República de Venezuela. A nombre del compañero Presidente y del pueblo chileno, le damos la bienvenida a nuestro país —le dijo el oficial de inmigración con una sonrisa llena de dientes amarillentos.

Las cabinas de inmigración estaban construidas en madera y metal. Gruesos cables salían desde el techo hacia unas tuberías que recorrían todo el edificio. En su interior, dos televisores Motorola sin sus cajas se inclinaban sobre el operario, que repasaba las fotos y los datos de quienes ingresaban. A su lado, en una ranura, se insertaban las tarjetas de los pasajeros y sólo un par de minutos después, en las pantallas, se desplegaban unos cartones rotulados a plumón con sus antecedentes completos y la autorización de ingreso. Los sistemas de clasificación y entrega de equipaje también estaban completamente automatizados. Los subterráneos estaban

lentos de operarios y calígrafos que rápidamente generaban los cartones que se dispondrían frente a enormes cámaras de televisión Hasselblad, donadas por la RDA.

Tras retirar su maleta y dirigirse al exterior, Martina se reunió con el resto de la delegación, una banda de políticos que con suerte se dignaría a dirigirle la palabra; ni pensar en compartir con ellos. Cumpliría con su parte en los actos oficiales, se entrevistaría con Flores y los demás, y luego haría su vida. Se despidió de cada uno con los besos de rigor y les prometió visitas que nunca haría.

—¡Taxi! —gritó.

Apareció un pesado Chevrolet con un extraño aparato negro erizado de antenas sobre el techo.

—Al Hotel Carrera, por favor.

—Cómo no, compañera —dijo el taxista con entusiasmo. Martina supo que iba a terminar odiando la palabrita esa—. Tan solita que anda. ¿Nadie la vino a buscar?

Martina quiso eludir ese diálogo.

—¿Qué es todo esto de aquí atrás? —preguntó al ver un pesado equipo de radioaficionado conectado por cables a una pequeña pantalla.

—Es una t-Syn, compañera.

—...

—Significa «terminal Synco» y es parte del equipo obligatorio de todo taxista en Chile —agregó el hombre con cierto orgullo—. No se preocupe si no lo entiende; la verdad yo tampoco entiendo mucho, pero es parte de lo que el gobierno del pueblo hace por nosotros, para que seamos personas bien informadas y mejores socialistas —concluyó, con el convencimiento que dan las frases aprendidas de memoria.

Martina sonrió mirando hacia las primeras casas que aparecían por los costados de la carretera, todas rematadas con el mismo equipo negro lleno de antenas. Se veían fantasmales. Era extraño, no parecían estar ahí. ¿Una terminal en un taxi? Quizá sí era cierto todo lo que le habían contado. Su admiración por la Unidad Popular sólo se igualaba al temor a desencantarse una vez que la conociera de cerca, pero, por el momento, el despliegue gubernamental la mantenía expectante. Tal vez el milagro era real después de todo.

La brisa entraba por la ventanilla. «Avanzar sin transar», rezaba una valla caminera con el rostro de Allende. Se sentía extraña en medio de esa geografía tan diferente, tan seca, tan pobre. Chile parecía áspero comparado con la exhuberancia venezolana, aunque la brisa lo arreglaba un poco. «La brisa de septiembre en Chile es lo mejor del mundo», le decía su padre en esas tardes de humedad insoportable de Caracas. ¿Y si todo fuera cierto, papá?

—¿Qué la trae por Chile, compañera?

—Las celebraciones por la reelección de Allende —contestó con indiferencia.

El taxista se rió con extraños sonidos que despertaron a Martina de su letargo.

—¡Le sacamos la cresta a la DC...! Estaban bien locos si pensaban que iban a ganarle a Allende. Ese palotieso de Frei casi se murió cuando el compañero

Presidente aceptó ir a la reelección. Ahí supieron al tiro que no tenían na' que hacer —reía entre extraños rugidos—. Creían que la gente se iba a olvidar de que ellos anduvieron apoyando el golpe del 73. Creen que la gente es tonta...

—¿Allende no iba a la reelección?

—No, poh. Pero una concentración de trescientas mil personas convence a cualquiera, ¿no cree usted?

—Lo quieren mucho, ¿no es cierto?

El taxista se enderezó en el asiento, carraspeó y sacó su voz más solemne.

—El compañero Presidente es como nuestro padre; nuestro guía, como se dice. Él nos defendió metrallata en mano y no reculó, como esos otros que se arrancaron para Argentina. El compañero Presidente salvó al país de caer en manos de los fascistas y nos dio dignidad. Viera usted cómo aplaudían a la selección chilena en el mundial de Alemania; «los futbolistas de Allende», decían todos, y los aplaudían y los llevaban para todos lados. Eso no se olvida, compañera. Si hasta me emociono cuando pienso en todo lo que vivimos con él.

—¿Él salvó al país, dice usted?

—Sí, poh. Él solito, muñequendo por aquí y por allá. Sacando a los golpistas de una oreja. Buen ojo tuvo para nombrar a Pinochet. Buen ojo para fusilar a los momios extremistas —dijo casi en un susurro, y Martina sonrió al escuchar el término—. Buen ojo para traer a Flores y a esos gringos girosintornillos también. A mí me dieron este taxi y lo trabajo para darme mis gustos, porque la UP me da todo lo que necesito; y tengo a mi cabro estudiando ingeniería en la Universidad de Chile, y no pago niuno. Él quiere trabajar en Synco cuando salga. Lo que tengo que hacer es ser buen socialista y manejar bien el taxi, cuidarlo y hacer que la gente viaje feliz; eso no más me piden.

—Al menos yo estoy feliz —dijo Martina, y se le escapó una risa nerviosa que anunciaba que sus miedos comenzaban a retirarse y que tal vez podría disfrutar del sueño que vino a soñar. A lo mejor su padre estaba equivocado. Quizá el milagro chileno era real. Quizá no debía ser tan desconfiada.

—Eso es lo fundamental, compañera. A las finales, la felicidad es lo que importa —concluyó el taxista mientras encendía la radio.

Sonaron los Rolling Stones, «*Sympathy for the devil*». Martina la reconoció y volvió a reír.

—¡Chucha, los imperialistas! —exclamó el taxista, y cambió de sintonía con una risita cómica.

El taxi avanza raudo por la carretera y se adentra en la ciudad del mito, la capital del sur del mundo donde finalmente la utopía parece haber funcionado. Son las 11:30 de la mañana y el sol cae oblicuo sobre la cordillera, que, por efecto de la luz, parece una ola gigantesca y congelada esperando caer de golpe sobre Santiago de Chile.

### 3

—Es bien pequeño, ¿no es cierto? —dice Martina mirando el Palacio de La Moneda por la ventana.

El mozo que arregla su equipaje la mira de reojo.

—¿Usted cree?

—Siempre me pasa lo mismo —continúa la joven mientras se aleja de la ventana y arroja una bufanda sobre la cama—. Los fotógrafos les hacen un flaco favor a los monumentos. Los enfocan desde abajo, los hacen aparecer enormes, eligen la luz y el día perfectos. Y cuando uno finalmente llega, el día está nublado, uno está muerto de hambre y los enfrenta inevitablemente pensando que se veían más grandes en la enciclopedia, o, lo que es peor, descubre que ya conoce todos los detalles y que no hay nada más que ver, como si el verdadero monumento se agotara en la fotografía.

—Nunca lo había pensado —agrega el botones, un tanto nervioso.

—Te voy a ahorrar mucha plata, pana —dice la mujer—. Resulta que la *Mona Lisa* es un cuadro de mierda diminuto, la Estatua de la Libertad es pequeñísima, el *David* es un cabezón horrible a metros de altura, y la famosa *Última Cena* no es más que un manchón descascarado que apenas se distingue.

El mozo espera en la puerta sin saber qué acotar. Martina vuelve a mirar por la ventana.

—¿Por dónde pasaron los jets el 73?

—¿Perdone usted?

—Los jets, cuando fue el intento de golpe de Estado, ¿por dónde pasaron? ¿Es cierto que sobrevolaron La Moneda para saludar al Presidente?

—La verdad, yo soy de Loncoche y no sé mucho de esas cosas, señorita —dice el joven, al borde de la fuga—. Además, yo era muy chico cuando pasó todo eso.

Martina intenta reproducir el recorrido de los aviones con la mirada.

—Es bien chico el famoso Palacio, la pura verdad —gira hacia la puerta, pero el mozo ya no está.

«Los chilenos son tan poco sociables», piensa con desgano, pero algo llama su atención en la pared. Un armario demasiado largo empotrado en un tabique demasiado ancho. Se acerca y distingue una pequeña placa junto a las manillas: «Terminal personal Synco. Gobierno de Chile». Toma las manillas de bronce y loza y abre las puertas del armario. Una parafernalia horrible de cables, pantallas desnudas y teclados desgastados parece venírsele encima. Un enorme *switch* junto a una ampolleta de cuarenta watts pintada de rojo indica que el t-Syn de esta habitación está apagado. Martina mira con algo de rechazo la combinación de texturas y colores que se adhieren a la pared sin orden ni concierto y cierra las puertas con gesto agrio. Es lo más parecido al interior de una máquina del tiempo de utilería, piensa. Se acerca al teléfono del velador y pide una llamada mientras se sacude las manos como si hubiera tocado artefactos antiguos y llenos de polvo.

—Con la Embajada de Venezuela, por favor. Sí, con el secretario Arsenio Enrieta.

Mientras espera, abre su portafolios, saca una carpeta rotulada y deja a un costado la pistola Browning que siempre carga en el bolso; su padre le había enseñado a usarla a los doce años, antes de saber siquiera lo que era un lápiz labial. El título de la carpeta era más que directo: «Pacificación de Chile. Análisis del renacimiento de una sociedad agónica tras el intento de golpe de Estado».

—¿Arsenio? ¡Cómo estás, demonio caribeño! —saluda—. ¿Es cierto que las chilenas son fáciles? Porque no me explico de otra manera que alguien tan feo como tú lleve tres años en este país tan frío, pana...

Martina ríe, acercándose a la ventana nuevamente.

—Si sé que soy chilena, qué quieres que haga, nadie es perfecto. Escúchame, chico, ¿pudiste conseguirme esa entrevista que te pedí? ¿Le dijiste que era hija de Eugenio Aguablanca? Mañana comienzan las actividades oficiales y..., okey, okey. Sabía que no me ibas a fallar, negrito lindo. Dame todos los datos.

Martina está feliz; finalmente se enfrentaría cara a cara con uno de sus héroes personales. Se le consideraba una mujer fuerte, madura y determinada para su corta edad, pero después de colgar el teléfono salta sobre la cama pataleando y conteniendo un grito de júbilo, igual que una niña. Luego se ríe unos segundos de ella misma y se va a tomar una ducha. Ya es más de mediodía y a las tres de la tarde en punto debe estar en la comuna de Ñuñoa para entrevistar a Augusto Pinochet, general en retiro y, en su opinión, el héroe secreto del éxito chileno. El gobierno venezolano consideraba parte importante de su misión comprender la sorprendente estabilización de la democracia chilena. Entender el fenómeno de Synco es entender el contexto que permitió su florecimiento. Pinochet, está segura, es el hombre indicado para explicar el milagro.

El sol brilla sobre Santiago.

A esa misma hora, en otro lugar de la ciudad, y en medio de una oscuridad absoluta, Carlos Altamirano abrió su único ojo en buenas condiciones y estiró la mano derecha para encender el vocalizador. Movi6 un interruptor y la sala se ilumin6. El silbido de fuelles y m6quinas de ventilaci6n aument6 imperceptiblemente el saturado ruido ambiente de la sala de suspensi6n vital clandestina en la que permanecia oculto, como enterrado vivo, desde hacfa ya tantos a6os.

«Martfn...», son6 en el vocalizador, y una turba de ni6os entr6 en la sala de ladrillo, m6s parecida al subterr6neo de una bodega portuaria que a la sala de un hospital.

—Dfgame, tfo Carlos —respondi6 el mayor, un muchacho de catorce a6os, vestido, al igual que todos, con una bata blanca y un cintur6n de cuero que albergaba instrumental m6dico y mec6nico.

—Quiero despertar.

El peque6o ej6rcito de ni6os, adiestrado a la perfecci6n, se reparti6 entre los cajones, las poleas, las extensiones mec6nicas de la cama y los delicados equipos de suspensi6n distribuidos por todo el perfmetro de la sala. Chapoteaban en la humedad que resbalaba por las paredes: la asepsia no parecfa ser una preocupaci6n para estos enanos febriles que ajustaban mecanismos con llaves de tuercas y delicadas pinzas de cirujano. Abrieron llaves e inyectaron qufmicos en las c6nulas que desembocaban en el mueble de di6lisis, un monstruo de madera del tama6o de una habitaci6n. Desde afuera, un menor que observaba las pantallas y los teletipos, que imprimfan los signos vitales en gr6ficos de punto, grit6 un n6mero y todo se detuvo. Los ni6os acezaban, los fuelles volvieron a funcionar y Carlos Altamirano emiti6 un largo suspiro de alivio antes de levantar un brazo y hacer una mueca parecida a una sonrisa.

—Gracias, ni6os —vocaliz6—. Llamen a Gabriel. Tenemos s6lo una semana y demasiadas cosas que preparar.

El reloj de pared lo decía claramente: 2:15 p.m. Martina saltó como un resorte de la cama, donde había dormido la siesta más involuntaria del último tiempo. Llamó asustada a recepción, consultando si aún estaba a tiempo de llegar a la dirección que le habían entregado. Le respondieron que todo estaba bien y que si pedía un taxi estaría sin problemas a las tres de la tarde en Ñuñoa.

—¿Yo pido el taxi? —preguntó, extrañada.

—Por supuesto, compañera. Para eso es la t-Syn de su habitación. Los servicios externos los pide usted. Es más eficiente de esa manera. Le ruego consulte los manuales antes de operarla. Si tiene cualquier problema llame y le enviaremos a un especialista de sistemas que la guiará. Muchas gracias.

Martina se quedó unos segundos con el auricular en la mano mirando hacia las puertas del armario. «T-Syn, qué nombre más feo», pensó antes de suspirar y dirigirse resignada a ellas. Tomó las manillas y recorrió las hojas; una pieza de metal fue activando interruptores de luz que iluminaron el muro de cables, televisores, *switches* y placas apernadas de la t-Syn gubernamental, la ventana hacia un algo que todavía era leyenda en los seminarios internacionales de tecnología a los que ella asistía: computadores personales con acceso a fuentes de datos interconectadas vía redes telefónicas, transmisiones de radio de onda corta y teletipos. Martina tenía una de esas maravillas enfrente, una de las mil caras visibles de Synco, el leviatán oculto bajo Santiago de Chile, que dormía su sueño de tarjetas perforadas y números binarios, respirando calor, alimentado y protegido por enjambres de seres humanos, latiendo su corazón de palancas, vapor y correas transportadoras, extendiendo antenas, venas de plástico y sangre de cobre entre la arquitectura anticuada de la capital del fin del mundo. Ante ella, el ojo dormido de Synco, el espíritu mecánico del Chile socialista. Y lo iba a utilizar para pedir un taxi. No pudo evitar una sonrisa avergonzada.

El manual de instrucciones parecía la guía telefónica de Ciudad de México, gigante y confuso. Martina fue directo al ítem «Solicitud de servicios urbanos» y tras un par de minutos de lectura acercó una silla y ubicó la «interface hombre-máquina», como llamaba el instructivo al viejo teclado adaptado de una máquina de escribir Underwood, que se sacaba como un cajón desde más o menos el centro de toda la parafernalia. Tecleó la instrucción según el código indicado (todas las instrucciones comenzaban con el prefijo CCC, Compañía Chilena de Cibernética), sacó las tarjetas perforadas y las introdujo una por una en una ranura lateral. «¡Qué se requerirá para pedir algo más complejo!», se dijo con ironía.

Para su sorpresa, dos minutos después de la operación sonó el teléfono de la habitación para informarle que había un móvil de Taxis Nacionales esperándola en la puerta del hotel.

—Buenas tardes, compañera —saludó el taxista con el mismo tono entusiasta del

anterior—. A Ñuñoa los pasajes.

Martina sonrió, impresionada por la eficiencia del servicio, y se recostó en el amplio asiento trasero. El móvil también contaba con una t-Syn activada por una radio de onda corta. El taxista le comentó que funcionaba con un computador remoto ubicado en el interior del cerro San Cristóbal. Uno hacía las consultas a través de la radio y un funcionario operaba una t-Syn física y traspasaba la información de regreso a través del mismo medio. Luego, una impresora portátil pequeña, que ocupaba todo el maletero del automóvil, imprimía pequeños rollos de papel con los resultados en matriz de punto.

—Sorprendente —afirmó la mujer.

—Así es todo ahora, compañera. Gracias al gobierno del pueblo, ahora todo es como de película en Chile.

El taxista parecía feliz, la ciudad se veía feliz; quizá demasiado llena de cajas negras y antenas por todos lados, pero radiante. El vehículo hizo un giro y bordeó el cerro Santa Lucía. Cruzó la Alameda y entró en las comunas residenciales de Santiago. Cada cierto tramo edificios platinados casi sin ventanas aparecían entre las casas, como cubos caídos del cielo, mudos y resplandecientes.

—¿Prendo la radio?

—¿Perdone usted?

—La radio —dijo el taxista, apuntando hacia el receptor.

—Por favor, por mí no hay problema.

Acordes desconocidos de flautas y zampoñas llenaron la cabina. Frases acerca de los obreros, la revolución y el poder de la raza chilena surgían entre los instrumentos y el tarareo monocorde del chofer. Afuera, los paisajes urbanos pronto dieron paso a casas de dos pisos, parques y calles flanqueadas por árboles; a las personas de a pie, los perros y las bicicletas. La gente se veía alegre, la ciudad se sentía segura, bien mantenida y ordenada. A Martina le costaba asociar este panorama con el que describían su padre y la gente que había vivido los años terribles, antes del milagro de 1973, en el país que la había visto nacer.

—Usted no es de acá, ¿cierto?

—No, la verdad no.

Martina se acomodó sonriendo. Sentía que el país, a pesar de todo, la recibía. Miró hacia el cielo desde su rincón. Árboles, postes, cables, transformadores eléctricos, palomas. A la distancia se divisaban unos letreros pintados sobre gigantescos bastidores anunciando el próximo festival juvenil de teatro. Los firmaba la Brigada Ramona Parra.

—Ya estamos llegando, compañera.

La pasajera se desperezó y miró por la ventanilla las tradicionales calles ñuñoínas, llenas de vegetación, casas y niños corriendo por las veredas con sus uniformes azules de la escuela.

—¿Tengo que pagarle? Disculpe, es que no estoy acostumbrada...

—No se preocupe —le dijo el taxista con un gesto—. Así ayudo yo a la construcción del socialismo, compañera —y agregó, solemne, indicándole una casa de dos pisos y antejardín—: Pedro Torres 151. Ésta es.

Paredes blancas y una reja negra que dejaba ver un jardín de pasto y rosas amarillas muy bien cuidadas. Un cachorro de pastor alemán jugueteaba con un trozo de tela en un rincón.

«Finalmente», pensó la mujer. Se regaló unos momentos para revisar con detalle la fachada, la calle y el barrio. Sonriendo casi sin querer, apretó el botón del citófono y escuchó la voz de una anciana a través de la reverberación ruidosa del comunicador.

—Buenas tardes, dígame.

Martina, nerviosa, sintió que le hablaban desde otro mundo.

—Buenas tardes, mi nombre es Martina Aguablanca y tengo una reunión con don Augusto a las tres.

—El general la está esperando, adelante.

El interruptor emitió un ruido espantoso que la hizo retroceder. El cachorro saltó y comenzó a ladrarle; la mujer se paralizó.

—No se preocupe, no mata ni una mosca éste —dijo alguien desde la puerta.

Martina miró y se encontró a dos metros de distancia con la figura que tantas veces había visto en fotografías. Un hombre sencillo, de luminosos ojos azules y gesto amable. Un par de cicatrices como de quemaduras antiguas cruzaban su rostro.

—¡Sal de aquí, bandido! —le gritó al perro, que corrió hacia la parte trasera de la casa gimiendo.

—Gracias, don Augusto —titubeó Martina, un tanto aturdida—. ¿O prefiere que le diga general?

—Augusto estaría bien por ahora, Martinita —le respondió el hombre con amabilidad—. Qué manera de crecer, chiquilla, por Dios —y le hizo un gesto invitándola a pasar.

—¿Se acuerda de mí?

—Pero, claro. «Pajarito» te decía tu papá, que en paz descanse —dijo el militar con un gesto de tristeza—. Más de alguna vez te tuve sentada en las rodillas, chiquilla. Pasa, pasa.

El interior de la casa era de la misma sencillez que el exterior. Muebles de madera tradicionales, algunos adornos de porcelana y cristal sobre mesas y arrimos. Cuadros baratos de paisajes chilenos y un par de bustos de personajes históricos sobre la chimenea.

—Son O'Higgins y Portales. Personajes muy importantes de nuestra historia.

—Sí, lo sé. Alcancé a estudiarlos antes de irme a Venezuela.

—Ah, es verdad, qué tonto —sonrió su anfitrión.

Martina estaba sorprendida con la calidez del general. El héroe que organizó la resistencia contra los golpistas y que tuvo la decisión para enfrentarlos en combate, a riesgo de llevar al país a una guerra civil, se comportaba como una visita en su propia

casa, casi tímido. La invitó a pasar a su estudio, donde guardaba una pequeña colección de armas cortas en cajas acristaladas, y le entregó con orgullo una Luger para que sintiera el peso.

—La gracia es que el año de producción es 1942, en plena Segunda Guerra Mundial —comentaba entusiasmado.

Martina sopesó el arma y se la devolvió con una muy cortés sonrisa. Pinochet pidió té para ambos y dio inicio a un interesado diálogo acerca del proceso político venezolano. Parecía muy informado sobre la historia y los detalles de la toma del poder por los militares. Aprobó el derecho a la sublevación de los suboficiales y valoró la capacidad de sus generales de actuar en conjunto frente a la amenaza imperialista. Martina lo contemplaba con admiración; era un hombre en la cincuentena, tranquilo, con la sensación de haber cumplido con su deber, descansando en paz y disfrutando de su retiro.

—¿A qué se dedica hoy, don Augusto?

—A ver pasar la vida, Martinita —sonrió el general, pasándose la mano por las cicatrices del rostro—. Hago clases en la Universidad de Chile, asesoro al gobierno en materias de seguridad, le limpio sus necesidades a Rommel, el perrito ése que casi te come; visito a mis nietos, en fin.

Una señora entrada en años interrumpió la conversación anunciando el té. Puso una bandeja en la mesa de centro, abrió el azucarero y se retiró. Pinochet sirvió las tazas y le preguntó a su invitada con cuántas cucharaditas de azúcar le gustaba.

—Cuéntame ahora qué te trae por mi casa —murmuró con voz arrastrada mientras le acercaba el té—. Entiendo que vienes a las celebraciones por la reelección del Presidente. Me pareció extraño recibir una llamada de la Embajada solicitándome una entrevista con un «delegado oficial de la República de Venezuela». Yo soy un general en retiro y no quiero ocasionarle problemas al gobierno con estas cosas, pues. Así que vámonos con cuidado.

—No creo que haya problema, Augusto. Usted sabe que queremos importar la tecnología Synco, pero primero es necesario investigar el contexto que permitió su desarrollo en Chile. El tema es de primera importancia para nuestro gobierno —se apresuró a aclarar atropelladamente la joven—. No se preocupe, que vengo con las mejores intenciones.

—Cuéntame, entonces; pero no sé cómo les puedo ser útil en ese tema —agregó el militar, y se acomodó en el sillón, entre cojines y mantas bordadas a crochet.

Martina hizo una pausa para ordenar sus ideas y comenzó su exposición tratando de que no sonara redactada y pomposa, aunque se la había aprendido de memoria.

—Es simple; pensamos que si logramos entender la manera increíble en que Chile alcanzó la estabilidad social y económica después de la crisis de 1973, podremos encontrar la clave para promover el equilibrio en nuestro país y, quién sabe, quizá en el resto de América Latina.

Pinochet la miró sin un gesto.

—Y qué tengo que ver yo con todo eso.

—Mucho —prosiguió Martina entusiasmada—. Usted vivió un momento similar al que hoy se vive en Venezuela. Encabezó un movimiento que le devolvió la paz a un país que parecía condenado a convertirse en otro Brasil, aplastado bajo la bota yanqui —exclamó con grandilocuencia militante.

Pinochet la miraba ahora casi con ternura.

—¿Qué quieres saber, entonces?

—Quiero entender el proceso posterior a la intentona golpista. Llegar a comprender cómo es que un país como Chile, hundido en el desastre, logra construir una sociedad socialista que hoy es un ejemplo de prosperidad y estabilidad social para todo el mundo. El suelo fértil en que floreció Synco es en parte obra suya, Augusto —agregó ella con la firmeza que da la fe—. Creo que, si somos capaces de hacer un análisis correcto, estaremos ayudando al resto de Latinoamérica a seguir el ejemplo chileno —terminó con tono épico.

—¿Y qué te hace pensar que ese análisis no está hecho?

—Algo falta. Hemos estudiado todo lo que se ha escrito y nos parece insuficiente. Hay algo que no ha sido tomado en consideración.

—Claro que hay algo, pues —Pinochet sonrió condescendiente, paternalmente—: Tus veintipocos años y la arrogancia de los jóvenes. Ya está todo dicho acerca del golpe y...

—¿Podría escucharlo de sus propios labios?

Pinochet la miró un par de segundos y se puso de pie lentamente, incómodo.

—Lo que ocurrió fue uno de los capítulos más heroicos de la historia de las Fuerzas Armadas chilenas. Y todo lo que sé al respecto está en tomos empastados, entrevistas, reportajes. Palabras que estoy un poco cansado de repetir, si me entiendes.

—Sí, claro que entiendo, pero... —Martina titubeó, consciente del cambio de talante del antiguo amigo de su padre.

—Entonces, si estás buscando algo que no aparece en los libros, te ruego que me hagas la pregunta justa, porque todo lo demás está disponible para un buen investigador en cualquier biblioteca. Te puedo recomendar un par.

Martina miró su taza, buscando en el fondo la pregunta precisa, la que resumiera toda la información que buscaba.

—En realidad, lo que quiero saber es cómo Chile consiguió salir del agujero. La situación era explosiva y ustedes parecen haberla remontado milagrosamente en muy pocos meses. Ahí hay algo muy raro que me gustaría entender.

Pinochet se acercó a la ventana, crispado. Su voz era ahora chillona, tensa.

—Chile se había llenado de odio. El país estaba dividido. Los señores políticos de la derecha habían infiltrado las Fuerzas Armadas y querían que traicionáramos nuestro juramento constitucional. El cáncer del odio estaba muy extendido, pero las muertes pueden engendrar vida. Todo se fue dando como si una mano invisible lo

fuera permitiendo. Gente cercana a mí, compañeros de toda una vida, se habían transformado en conspiradores peligrosos, asesinos y mentirosos que no titubeaban en matar a quien fuera con tal de conseguir sus objetivos. Me di cuenta a tiempo de la verdad: la situación estaba sacando lo mejor y lo peor de las personas, todos se estaban quitando las máscaras y actuaban de acuerdo a su naturaleza oculta. La vida me abofeteó en la cara, pero sólo para despertarme, para hacerme ver que el odio se iba a adueñar del país y que iba a correr mucha sangre si yo lo permitía. Así que, con un puñado de patriotas y compañeros de lucha, comenzamos a trabajar en la sombra, a riesgo de nuestras vidas, para que nuestros hijos pudieran ver la luz el día de mañana.

»Cada día se nos unían más y más patriotas leales, hasta que conseguimos debilitar a las fuerzas del odio y asestar nuestro golpe más certero. Si quieres saber cómo es que Chile alcanzó la estabilidad pregúntale a cualquier soldado de la patria; él te dirá que el respeto a la Constitución y la ley son sagrados. Eso fue lo que hicimos: hacer valer la Constitución y la ley y extirpar el cáncer del odio de nuestras filas. Una vez que los instigadores se dieron cuenta de que con el Ejército de Chile no se juega, se retiraron a sus cuevas de porquería y nos dejaron en paz. Tú sabes que la reserva moral de nuestro país son sus militares, y fueron ellos los que levantaron el espíritu nacional después de tanta calamidad.

Martina guardó silencio, un tanto sorprendida.

—Pero haber detenido un golpe militar no asegura la paz y la prosperidad. Cuando se detiene un golpe, en realidad sólo se está ganando tiempo antes del siguiente intento...

—¡Es que tú no entiendes este país! —la interrumpió ofuscado el general. Las cicatrices del rostro parecían de un rosado más intenso, la cordialidad se había esfumado—. Quizá en Venezuela las cosas son distintas, pero aquí, cuando un militar habla, es ley. Los extremistas y la CIA sabían que la única forma de parar al gobierno de la UP era a través de los militares; entonces, cuando vieron que habíamos reaccionado con lealtad y que nunca traicionaríamos nuestro juramento, se retiraron del asunto y listo. Eso fue lo que pasó.

—Pero también había que estabilizar el país desde el punto de vista productivo. Synco apareció como un ángel que...

—De esas cosas yo no sé nada; no es mi campo —insistió Pinochet con fuerza—. ¿Querías que te dijera lo que pasó? Eso fue lo que pasó, y punto.

—Mi padre ya no estaba en servicio activo en ese tiempo y...

—Sí, lo sé. En la institución sentimos mucho que él haya abandonado el país cuando, más que nunca, necesitábamos a todos nuestros oficiales —espetó el militar con dureza.

Se hizo un silencio incómodo. Martina acusó el golpe.

—Él murió hace un año...

—Me enteré de eso. Lo lamento muchísimo, créeme. Era un buen hombre y un

gran profesional. Nunca entendimos por qué abandonó el Ejército en esos momentos.

—Mi padre vino a Chile poco antes de morir —continuó Martina—. Y vio algo extraño. Algo, no sé qué, lo afectó emocionalmente. Volvió quebrado, abatido. Dijo que Chile había vendido su alma al diablo, o algo así...

—No sé de qué me hablas —interrumpió el general—. Y si tú que eres su hija no lo sabe, menos yo, pues.

De pronto Martina vio realmente a quién tenía enfrente. A un militar simple, no sencillo: simple. Ni siquiera muy convencido de lo que decía; más bien con ganas de terminar la discusión, que por alguna razón lo incomodaba, y dedicarse a jugar canasta con sus amigos en retiro.

—Don Augusto, para terminar... —se había dado perfecta cuenta de que su anfitrión no tenía intenciones de continuar—: ¿Fue la muerte de sus familiares una razón...?

—Creo que llegamos hasta aquí —la interrumpió el hombre, y llamó hacia el interior de la casa—. ¡Marta! Lleve a la señorita a la puerta, que tengo que salir en media hora a la casa de Arturo. Si me disculpas, creo que se nos anduvo yendo el tiempo. Muy agradecido de tu visita. Nos veremos en otra ocasión —concluyó, despidiéndola sin siquiera mirarla.

Martina guardó su libreta de notas en el bolso y vio allí el libro *El día decisivo*, que había llevado para que el general se lo autografiara. No lo sacó. Se puso de pie, lo saludó cortésmente y salió de la casa con paso rápido. Apesadumbrada, desconcertada, pero por sobre todo desilusionada. La visita más importante de su viaje había terminado abruptamente, y el resultado era tan insulso como el tecito que aún calentaba su boca.

Caminó varias cuadras pensando en el encuentro. Llegó a Plaza Ñuñoa y se sentó en un banco mirando hacia la fachada de la Municipalidad. Estaba sorprendida, sobre todo por la imagen que el Ejército tenía de su padre, y por la increíble falta de tacto de Pinochet al referirse a él.

Ahora le parecía obvio que la acción de Augusto Pinochet era insuficiente para explicar los acontecimientos posteriores al golpe de septiembre de 1973. Sin duda pudo haber habido otro intento en noviembre, otro en febrero, y así, hasta que una de las ramas de las Fuerzas Armadas desatara la guerra civil. Nadie excepto Allende parecía querer que el proyecto socialista chileno funcionara. La derecha quería el fracaso para forzar la intervención armada e implantar un gobierno anticomunista. La izquierda quería el fracaso para forzar una guerra civil que imaginaban como un romántico e infantil mural alegórico, con ellos conduciendo al pueblo fusil en mano camino al triunfo, en bellos colores estilo Guayasamín. Estados Unidos quería el fracaso para evitarse una nueva Cuba en su patio trasero. Y la Unión Soviética quería el fracaso porque lo suyo era la dictadura del proletariado, no experimentos socialdemócratas que desperfilaran la lucha internacional. Nadie, excepto Allende, parecía querer que la Unidad Popular funcionara.

Martina abrió su carpeta y tomó notas breves de su reunión. Se reclinó en su banca para mirar las copas de las araucarias brasileñas que proyectaban una hermosa sombra sobre la plaza. Por supuesto que había algo más, algo que explicara el éxito de un proyecto moribundo. Debía haber más.

Se puso de pie y continuó caminando. Chile se le aparecía con el rostro duro e impávido de un indígena vestido de occidental. Peinado, limpio y ordenado, escondiendo sin una mueca un dolor oscuro en el fondo de su corazón. Algo terrible que no le impedía caminar por la calle, hacer su vida normal y saludar cortésmente cuando era necesario. El país se veía desesperadamente tranquilo y normal. Tan normal como un sicópata dando de comer a las palomas. Por supuesto, era su paranoia: ahora veía a todos escondiendo algo. Por supuesto, sólo era su paranoia.

## 6

«Trabajadores de mi patria, hoy es un día especial. Chile cuenta a partir de este momento con una nueva estrella, una tan brillante y hermosa como la que adorna nuestro pabellón centenario y amado. Una estrella roja como la sangre araucana, roja como el corazón del obrero fuerte y aguerrido de nuestras ciudades. En su centro la estrella solitaria, en sus bordes ocho puntas sobre un cielo azul como el lucero de la mañana. De nombre: Synco.

Esforzados trabajadores chilenos y amigos del gobierno del pueblo han hecho nacer el sueño de un futuro mejor. Nuevas tecnologías desarrolladas por las mentes y los brazos de compatriotas, que dejaron el alma día y noche en laboratorios y talleres, nacen para que hoy todos tengamos una mejor vida para los hijos de esta tierra que tanto amamos».

Discurso inaugural del *ops-room* de Synco en los subterráneos de La Moneda.

Salvador Allende, 21 de diciembre de 1973

—Señorita Aguablanca, hay un mensaje del señor Arsenio Enrieta para usted —le dijo el recepcionista del Hotel Carrera, estirándole un papel con membrete oficial.

*Estaré en el bar del hotel a las 10:30 de la noche.*

*Besos, Arsenio.*

Martina sonrió. No lo veía desde la universidad. Arsenio había sido casi un hermano mayor para ella, y lo había extrañado mucho después de la muerte de su padre. Había mucho que conversar, muchos abrazos pendientes.

Al entrar en su habitación estiró los brazos como queriendo tocar el techo y bostezó como con rabia. Miró la terminal de Synco como quien está enfrente de una montaña de ropa sucia que lavar. Mucho trabajo, mucha investigación por hacer.

El teclado era realmente horrible. Martina lo observaba con una mezcla de pena y risa. Bajó el *switch*, la luz roja se encendió y un zumbido comenzó a emanar de toda la pared. La intensidad de la iluminación en su habitación se redujo considerablemente. Una grabadora escondida en alguna parte hizo sonar parte del himno *Venceremos* como señal de que todos los sistemas estaban listos para operar, y una pantalla se encendió para dar paso a una imagen fija, el logo de Synco: la estrella de ocho puntas, en blanco y negro.

—Perfecto, ahora a probar este mamarracho.

Durante los minutos siguientes, Martina tecléo y produjo las tarjetas necesarias para obtener información actualizada acerca de los hechos de septiembre de 1973. Manual de instrucciones en mano, combinaba el tecléo y la producción de tarjetas con comunicaciones en onda corta con operarios de la Central San Cristóbal y vía télex con los galpones informáticos de Casablanca, un pueblo a ochenta kilómetros de Santiago donde el gobierno había ubicado un gran complejo con cientos de obreros que clasificaban, procesaban y despachaban información a cualquier punto del país a través de un nervio de cables telefónicos de tres metros de diámetro que se hundía en la tierra como una aorta plástica en el corazón del territorio.

Tras un par de horas de febril actividad, los resultados comenzaron a llegar al teletipo ubicado a los pies del teclado. Metros y metros de papel que Martina estuvo leyendo también durante horas. La información era múltiple y en algunos casos sesgada y claramente intervenida. Curiosamente, ciertos datos pasados por alto configuraban extraños antecedentes. Una especie de «historia no oficial» sobre los extraños hechos que habían movido a un país completo durante unos meses frenéticos. Pequeñas frases dichas al pasar en entrevistas o reportajes de medios extranjeros, en idiomas que al parecer no todos los operarios manejaban. Martina tomaba notas, absorta.

*El Mercurio*, 24 de agosto de 1973

«Al día siguiente de la renuncia de Prats, en la víspera de la resolución que declararía inconstitucional el gobierno de Salvador Allende, un atentado perpetrado por la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) ocasionó la muerte de Lucía Hiriart de Pinochet, esposa del más seguro reemplazante de Prats en la Comandancia en Jefe del Ejército, Augusto Pinochet Ugarte, y de su hijo menor Marco Antonio, en un intento por agudizar la inestabilidad social y forzar el enfrentamiento civil armado. Algunos analistas acusan al propio gobierno de estar detrás de los atentados, para justificar así un futuro autogolpe apoyado por tropas de guerrilleros cubanos apostados en distintos puntos del país».

*La conjura*, Mónica Fernández, Editorial Aconcagua, 1977

«En sus memorias de esos días aciagos, Pinochet cuenta que, durante el funeral de su esposa e hijo se le acercó el coronel Sergio Arellano Stark, principal agente golpista al interior del Ejército, para ofrecerle sus condolencias y asegurarle que la institución agotaría todos los esfuerzos para dar con los cobardes asesinos. Dice que, en ese momento de profundo e íntimo dolor, Arellano exhibió abiertamente su odio hacia “el cáncer marxista” y lo invitó a abrir los ojos, en un movimiento tan oportunista que el afectado general no pudo menos que sentir asco».

*Memorias de un general patriota*, general (r) Orlando Urbina, Editorial Quimantú, 1976

«Ese día domingo recibí información que desmentía lo publicado por la prensa. Al parecer, el día anterior al atentado al general Pinochet, se había detectado una inusual actividad de colaboradores de Patria y Libertad que estaban bajo vigilancia de inteligencia. Eso fue suficiente para mí y reorienté mis investigaciones hacia ellos, con éxito».

Discurso radial emitido por radios Magallanes y Cooperativa, Salvador Allende, 27 de julio de 1973

«Hoy he decidido entregar el mando del Ejército de Chile al general don Augusto Pinochet Ugarte. En respeto por su duelo a raíz de la trágica pérdida

sufrida la semana recién pasada, he decretado que se realice una ceremonia privada no menos solemne para oficializar su designación en tan alto cargo».

*El día decisivo*, Augusto Pinochet, Antumapu Editores, 1975

«Esa misma noche decidí investigar el asunto por mi cuenta. Convoqué a personal de mi confianza y le entregué una tarea imposible: resolver en veinticuatro horas el caso del atentado donde fallecieron trágicamente mi esposa y mi hijo menor. Al día siguiente asistiría a mi primera reunión con los golpistas. Ellos pensaban que me tenían ganado por lo sucedido, pero mi honor y mi juramento permanecían incólumes. Sólo asistiría como doble agente en el inicio de mis actividades para desmantelar la conjura».

«*The man and his circumstances. Story of a decision*», Mark Spencer. *The Economist*, October 1975

«Hay quienes creen que la decisión de Pinochet de actuar a favor o en contra del golpe dependería exclusivamente de los resultados de la investigación acerca del asesinato de su familia, y de la confirmación *in situ* del verdadero poder de acción de la conjura golpista a través de las reuniones a las que había sido invitado. Todos los analistas coinciden en que, si el movimiento probaba su fortaleza, Pinochet, al menos, no se habría opuesto. Sin embargo, el propio general refuta esta hipótesis en su libro *El día decisivo*, suerte de relato romántico y poco fiable acerca de los hechos de septiembre».

*Memorias de un general patriota*, general (r) Orlando Urbina, Editorial Quimantú, 1976

«A mí me tocó darle la noticia. Se veía muy nervioso y me invitó a pasar a su oficina. Yo me senté y le dije: “Augusto, me veo en la ingrata posición de comunicarte algo espantoso. Jamás pensé que llegaría a ver esto y creo que es el síntoma más claro de que la situación ha llegado al límite. Debemos detener este odio tremendo. La información es concluyente, tenemos los datos, los testigos, e incluso una grabación. Dos células de Patria y Libertad actuaron el 23 de agosto en la madrugada, apoyados por personal en servicio activo del Ejército de Chile. Colocaron un artefacto explosivo de alto poder, fabricado en FAMA E, en el chasis de tu automóvil, y otro en el mío. La coordinación de la acción estuvo a cargo de un brigadier que estamos individualizando, pero tenemos las sospechas de que detrás está Yovane”.

El general Pinochet estaba pálido; me comentó que en la mañana se había reunido con algunos oficiales (en ese momento yo no sabía que él estaba

actuando de encubierto con los golpistas) y me aseguré que Yovane estaba entre ellos, que lo había saludado y que incluso le había dado sentidas condolencias por la pérdida de sus seres queridos. Tras unos segundos de perplejidad, me preguntó si sabía el porqué.

»La razón que dan los informantes es simple. “Te identifican como a un general respetuoso de la Constitución e incapaz del liderazgo y la decisión necesarios para apoyarlos en su intento golpista. Creían que tú y yo, los más probables sucesores de Prats, seríamos obstáculos para lo que persiguen: una acción concertada de todas las Fuerzas Armadas. Si tú y yo desaparecíamos, podrían presionar para instalar a Bonilla en la Comandancia. Luego Bonilla activaría un plan de contrainsurgencia en respuesta a los atentados y el escenario estaría listo para un golpe en el corto plazo”.

En ese momento vi por primera y última vez a Augusto Pinochet completamente desbordado. Los ojos se le llenaron de lágrimas y al mismo tiempo se ruborizó de rabia, se puso violentamente de pie y golpeó el escritorio con los puños. El retrato de su esposa cayó al suelo. Gritó un par de insultos de grueso calibre y salió de la habitación. Lo esperé durante largos diez minutos. Nunca le pregunté qué había ocurrido durante ese lapso, qué pensó o qué sintió. Pero cuando regresó parecía otra persona; me agradeció la preocupación y la profundidad de mi investigación. Me rogó que lo dejara solo».

*La conjura*, Mónica Fernández, Editorial Aconcagua, 1977

«Lo que ocurrió después del nombramiento de Augusto Pinochet como comandante en Jefe del Ejército es vertiginoso. Pinochet niega haber tenido participación en los hechos más cuestionables.

(...) durante la mañana del viernes 31 de agosto muere en un espantoso accidente carretero el general de Carabineros Arturo Yovane. Sus restos sólo se terminaron de recoger al día siguiente. Esa misma tarde ingresan al Hospital Militar los generales Sergio Arellano Stark y Oscar Bonilla. Fueron rescatados con principio de asfixia por bomberos desde una habitación en el centro de Santiago, en confusas circunstancias. Muchas historias extrañas se han tejido en torno a este incidente, e involucran armamentos de guerra utilizados como juguetes sexuales, alambre de púas y menores de edad. Bonilla intentaría suicidarse en horas de la madrugada tras duros interrogatorios y exámenes clínicos considerados vejatorios por sus más cercanos. Finalmente, en horas de la noche, un asaltante ingresa al domicilio del general Gustavo Leigh y le dispara en el rostro dejándolo en estado de gravedad durante varias semanas.

Los golpistas están desesperados: en un día sus principales cabecillas quedan

fuera de combate. Claramente hay una operación de inteligencia en curso. Le solicitan a Pinochet, a quien consideran leal por sus circunstancias familiares, que acelere la decisión de llevar adelante el golpe. El domingo 2 de septiembre, con aprobación del gobierno, Pinochet activa el plan Hércules de contrainsurgencia a raíz de los últimos actos de extrema violencia en las calles, y comunica a los golpistas que es el preparativo inicial para las acciones futuras. Destina a algunos militares conjurados en puntos estratégicos del país y comunica que busca apoyar el golpe en regiones. Lo que ellos no saben es que, al distribuir fuerzas militares por toda la capital controlando puntos estratégicos y estableciendo vigilancia sobre las demás ramas, Pinochet ha dado un golpe silencioso en concomitancia con el gobierno.

El día lunes 3 de septiembre, Allende pasa a retiro a numerosos generales de la Fach para nombrar comandante de la Fuerza Aérea al general Alberto Bachelet, en reemplazo del incapacitado Gustavo Leigh. El mismo día destituye a un par de generales del Ejército proclives al golpe. El debilitado movimiento nada puede hacer frente a las decisiones del Ejecutivo. Sólo el regimiento Tacna registra un intento de alzamiento, rápidamente acallado por el propio Pinochet, que sugiere que “aún no es el momento”.

Esa noche habrían tenido una reunión secreta, de la que no hay registro, Bachelet, Pinochet y Allende.

Durante la madrugada del 4 de septiembre los golpistas se reúnen, Pinochet incluido, para definir las acciones. Están desesperados, sienten que perdieron a la Fuerza Aérea y que Carabineros, sin Yovane, también se aleja de su órbita de influencia. Pinochet sugiere esperar hasta después de Fiestas Patrias. El almirante Huerta, de la Armada, golpea la mesa y pide más hombría para enfrentar la situación. Pinochet no responde, se ve inseguro.

El día 5 de septiembre Pinochet se reúne con Bachelet en el aeropuerto de Cerrillos. Durante la madrugada del 6, el general Urbina, vestido de suboficial, llega a una reunión clandestina con Pinochet. En su libro *Memorias de un general patriota*, revela que las intenciones de Pinochet eran dismantelar las acciones descabezando el movimiento, para de esta manera evitar un posible enfrentamiento entre ramas de las Fuerzas Armadas. Pinochet confía en que nadie intentará un golpe en solitario, arriesgando una guerra civil como la de 1891. Urbina le comenta que Merino es un gran admirador de Franco y que alguna vez le escuchó mencionar, en voz baja, que el generalísimo no le había tenido miedo a una guerra civil con tal de sacar de su patria a los marxistas. Pinochet apuesta a que en las siguientes tres semanas conseguirá descabezar el movimiento en la Armada, la rama más dura de todas.

El día jueves 6 de septiembre, Pinochet recibe a un emisario de Merino (el

vicealmirante Huidobro, según la mayoría de las versiones) que le comunica que “finalmente están solos y que deberán rendir juicio ante la historia si no muestran la valentía necesaria”. Un testigo de la reunión ve a la distancia a un Pinochet pensativo y un tanto angustiado, mirando hacia el jardín durante largos minutos desde la ventana.

El viernes 7 de septiembre, Pinochet está inubicable. No hay registro de sus actividades.

El sábado 8 permanece junto a su familia y organiza un viaje para sus hijos a un centro de veraneo militar en el Cajón del Maipo. Ellos permanecerán los días siguientes con vigilancia militar elegida por el propio Pinochet. No había demasiado espacio para la confianza en esos momentos.

El domingo 9 recibe en su casa la visita del almirante Sergio Huidobro y del comandante Ariel González, que traen una misiva de parte del almirante José Toribio Merino. El escueto mensaje decía lo siguiente:

*Augusto.*

*Bajo mi palabra de honor, el día D será el 11 a la hora 06.00. Si Ud. no puede cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíquelo al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con usted.*

*Le saluda con esperanza y comprensión,*

*Merino.*

Y al reverso se leía:

*Augusto. Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para el futuro.*

Según testigos, Pinochet demora la firma aduciendo que busca un timbre para estampar junto a su nombre. Tras algunos minutos moviendo papeles por toda la habitación, lo encuentra y exige el papel con un gesto grosero. El almirante se lo extiende y Pinochet prácticamente se lo arranca de las manos. Se le ve nervioso e irritable. Un pariente, de visita a esa hora, lo ve a la distancia y bromea con una sobrina: “Míralos, ahí están complotando los uniformados”. Cuando los enviados de Merino se retiran, Pinochet espera una hora y se dirige a la casa de un vecino para hacer una llamada. En su libro *El día decisivo*, relata así el momento:

*En ese instante comprendí que el enfrentamiento era inevitable.*

*Desgraciadamente, mis esfuerzos por dismantelar la conjura al interior de la Armada se habían encontrado con un muro de odio impenetrable. Había llegado el momento de tomar una decisión pensando en la patria y su futuro. Llamé al general Urbina y le di la clave que activaría el operativo preliminar: Magallanes, Magallanes. Debíamos detener el golpe a cualquier costo o se desataría una guerra civil larga y sangrienta.*

A partir de este instante, los relatos de los diversos testigos difieren en algunos detalles, pero todos coinciden en que los protagonistas tomaron precauciones con sus familias y permanecieron en sus hogares para no despertar sospechas».

—————end of printing

Durante más de tres horas, la cabeza de Martina fue lo más parecido a un proyector de viejas cintas de celuloide. Imágenes en blanco y negro, recortadas, fragmentadas y en mal estado se cruzaban frente a sus ojos, resumiendo en pocos minutos los días más alucinantes y desquiciados de 1973. Fotos de tanques con forma humana mordisqueando médula, almirantes enormes como casas modelando tsunamis en el océano, desfiles en cámara lenta de jóvenes barbudos empuñando cañas explosivas, olor a gasolina y, por sobre todo, mucho humo entre sus recuerdos. Había algo de pérdida de la inocencia en todo esto. Mientras en Venezuela ella soñaba con sus primeros enamorados, Pinochet contemplaba el techo de su habitación preguntándose cuál sería el costo que la vida le haría pagar por lo que estaba a punto de hacer.

Miró el reloj, las 10:45.

«¡Arsenio!».

La parte más explosiva del relato debería esperar. Martina bajó al bar del hotel casi corriendo. Arsenio le ofrecía la excusa perfecta para descansar un poco de tanta información y tanto queroseno en sus neuronas. Mientras bajaba las escaleras, se preguntaba qué le impresionaba más: hallarse a escasos metros del edificio que era el epicentro de tanta historia y leyenda, anegada de información de primera fuente, con la voz de Pinochet, nasal y arrastrada, aún resonando en sus oídos; o la perplejidad que le producía Synco, un sistema tecnológico donde ya no es el hombre el que debe moverse para obtener información de distintas fuentes sino que es la información misma la que es licuada y transferida, a través de nervios y arterias metálicas, para alimentar a un hombre inmóvil, fijo en su trono cibernético, ordenando las mareas informáticas como un mago en el centro del torbellino.

Synco era todo lo que le habían contado, una mente dormida que soñaba datos, un

panal subterráneo destilando leche y miel para quien se acercara a sus oráculos de alambre y fierro tosco, tornillos mal puestos y latas abolladas. Un televisor como una retina de vidrio, curvo y oscuro, que parecía mirarla desde el fondo de sus párpados dormidos.

—¡Arsenio, negrito de mi alma!

—¡Martinica!

La gente observaba un tanto incómoda a esta pareja de jóvenes que se abrazaba efusivamente en medio del restaurante. Los chilenos son recatados, se hablan en susurros, sobre todo en las clases más altas. El grito, la risa desatada, los abrazos y la gesticulación excesiva son signo de vulgaridad y sólo hallan justificación cuando hay alcohol de por medio. Para la gente que llenaba el restaurante del hotel a esa hora, los gestos tenían un límite claro: nada que deformara el rostro, nada que deformara la ropa. Importaba mantener a toda costa el talante de foto antigua, ese repertorio reprimido de tres o cuatro posturas corporales que debía manejar cualquier bien nacido de esta tierra. Al menos el acento caribeño de Arsenio y Martina los disculpaba: esa «alegría exótica», se sonreían las señoras.

—No puedo creer que te estoy tocando, pana —le decía Martina a su amigo, apretándole las manos con nerviosismo.

—Y si quieres después te dejo que me toques más todavía —le cerró un ojo Arsenio.

—Estás perdido, negrito —dijo ella, dándole un cariñoso golpe en la cabeza—; eres como mi hermano mayor y así te vas a quedar, mi muñeco.

Se sentaron en una mesa en el centro del restaurante y pidieron un par de tragos. La escena era refrescante. Conversaban, se reían y se daban pequeños empujones, como cachorros jugando frente a la mamá. Se miraban con cariño y complicidad.

—¿Te pudiste reunir con Pinochet, Martina? —preguntó el venezolano después de un rato, con los ojos brillantes—. Dime cómo es él.

La mujer revolvió el trago mirando hacia la puerta.

—No lo sé, creo que lo hice enojar.

—¿Qué? Pero, chica, acuérdate que vienes en nombre de Venezuela y...

—Ay, siempre tan educadito y buen niño tú —arriscó la nariz Martina—. Le pregunté algunas cosas y se molestó.

—Si te conozco, fue algo seguramente fuera de lugar, porque...

—¡Nada, pana! Si todo lo que le pregunté está en el cuestionario que me entregó el gobierno. Todo ese rollo sobre la estabilidad y cómo habían conseguido pacificar el país. Nada más. Y se puso como loco, me cortó la entrevista y aquí estoy.

Arsenio se quedó helado. Quiso decir algo, pero todo lo que se le ocurría eran frases de buena crianza y alusiones a la responsabilidad: nada que pudiera rozar siquiera la gruesa piel de Martina, la más terca de todas. De modo que cambió de tema.

—Mañana tienes una segunda oportunidad con Fernando Flores —murmuró.

—De él, ni noticias.

—Es un gran tipo, interesante, importante, genial...

—¿Estás enamorado de él, pana? —sonrió burlonamente Martina, pero Arsenio puso cara de molestia.

—¿No se puede hablar en serio contigo?

—Oye, negrito, algo te hicieron esos palotiosos de la Embajada. ¡Si ya no se puede bromear contigo, chico!

Arsenio revolvió también su trago con el mezclador y miró hacia el espejo de la barra. Se veía un poco más viejo, un poco más cansado, era cierto. No se reconocía con esa corbata y ese traje de burócrata.

—¿Te acuerdas cuando planeábamos irnos juntos a La Habana para hablar con Fidel? —dijo, soltándose el cuello de la corbata.

—Yo sí fui. Okey, no hablé con Fidel, pero sí fui a La Habana.

—Todavía me arrepiento, ¿sabes?

—Íbamos a ser guerrilleros, pana. No oficinistas de mierda. ¿Te arrepientes de haberte quedado en ese trabajito que te habías conseguido?

—Fue la puerta para llegar hasta aquí.

—Pues yo también llegué hasta aquí, y sin traicionar mis ideales, chico —sonrió ella.

Arsenio enrojeció.

—¿Salgamos a caminar un poco?

Santiago se duerme temprano. Se va a la cama ordenadamente antes de las once de la noche, salvo los barrios bohemios que, también ordenadamente, mantienen la fiesta toda la noche en espacios predeterminados y con niveles de jolgorio aceptables. El barrio de La Moneda no era precisamente uno de éstos. Martina y Arsenio caminaban prácticamente solos por las veredas azuladas de un Santiago bajo luna llena.

—Una vez me dijiste que te arrepentías de haber ido a La Habana —dijo Arsenio, buscando alivianar su propio peso, aún incómodo por el comentario disparado tan certeramente hacia el centro de sus dolores.

—Te dije que me arrepentía de haber dejado solo a mi padre, es diferente.

—Siempre cuidaste mucho a tu padre. Todos bromeaban con que más parecías su esposa que su hija —dijo Arsenio en son de burla, buscando inconscientemente herirla para defenderse de esa mujer tan dueña de sí misma.

Martina bajó la mirada y buscó algo entre los adoquines agrietados de este país tan extraño.

—Mi papá se quedó muy solo después de la muerte de mi mamá, pana. Yo era lo único que tenía —comenzó a decir en un susurro—. La señora estaba un poquito loca, tú sabes. La vida de una mujer de militar no es un carrusel de diversiones. Yo la veía día tras día, bordando y bordando un puto mantel mientras mi viejo andaba en Colombia, en Berlín, en Canadá. La soledad se la fue comiendo por los pies.

—Mi viejita era viuda, así que te entiendo.

—No lo creo, chico. En realidad el viudo era mi papá. Mi mamá estaba muerta y no se había enterado. Lo único que hizo fue meterse unas pastillas más que de costumbre y ya. Hizo legal una situación de hecho.

Arsenio enmudeció, sorprendido por la revelación repentina, y así se mantuvo durante unos pasos más. Se hizo patente la noche, se hizo patente el frío, pero sobre todo el silencio.

—¿Qué te ha parecido Chile, Martina?

—Raro. Muy raro.

—Pero, ¿nada más? —insistió.

—Qué más. Pues...

—Cómo que «qué más». Chile es espectacular. ¡Estás en el país que conquistó el milagro, Martina! ¡El país que va a cambiar la historia del mundo!

—Sí, seguro. Pero es raro todo, ¿no te parece?

—No digas tonterías —murmuró Arsenio, ofuscado.

—Oye, pana. Mi padre se murió pensando que aquí había algo raro, ¿okey? Eso es muy serio para mí.

—¡Lo importante es Synco! Tu padre era un fascista que...

—¡Synco mis pelotas, Arsenio! —gritó ella, apretando las mandíbulas—. Mi padre era una buena persona, quería a su país. Sí, era un fascista de los peores, pero yo tengo derecho a decirlo, no tú, ¿me escuchaste?

Un automóvil cruzó la escena con su ruido de abejorro gigante y se desvaneció en el silencio. El cabello rojo de Martina ondeó apenas en la penumbra; Santiago es una ciudad mal iluminada.

—¿Regresemos?

—Sí, claro, tengo que seguir con la investigación. Si quieres tomas un taxi aquí mismo, chico. Yo puedo volver caminando.

De regreso en el hotel, se encontró sentada en la barra con un trago entre las manos, lejos de todo, absorta.

—Una señorita tan linda no debería estar encerrada en su hotel a esta hora.

Martina levantó la vista como quien saca la cabeza del agua. De pronto se dio cuenta de que el bar estaba repleto y el ruido de las conversaciones se agolpó en sus oídos.

—Perdone, ¿cómo dijo?

El barman la miró con una sonrisa pícara.

—Que debería pedir un guía y recorrer Santiago de noche, compañera. Mañana empiezan a llegar las delegaciones de obreros de todo el país y los controles policiales van a ser más estrictos. Aproveche.

La mujer se quedó mirándolo un instante, se bebió lo que quedaba de pisco sour y miró su reloj. Las doce de la noche y ocho minutos. En su habitación la esperaba el desenlace de un día espantoso ocurrido hacía ya lejanos seis años.

—Puede ser —murmuró.

—Se lo recomiendo. Después de mañana las cosas se van a ir poniendo cada vez más difíciles.

Martina se quedó mirando la copa que tenía entre las manos. «Cada vez más difíciles». Se puso de pie, le entregó la copa al barman y se despezó moviendo la cabeza en redondo.

—Gracias —le sonrió con amabilidad—. ¿Puede usted solicitar un guía para salir a las doce y media? Mi habitación es la 1321.

—Por supuesto —le respondió el barman, mirando la figura bien formada de Martina mientras caminaba en dirección a los pisos superiores.

—Los túneles. ¿Están listos los túneles, Ramiro? —preguntó Altamirano.

Una voz metálica sumergida en estática surgió desde la oscuridad del techo de la sala, derramándose como una lluvia eléctrica sobre el cuerpo fragmentado del paralítico.

—«... la historia es nuestra y la hacen los pueblos...».

Altamirano abrió un ojo y la boca en una mueca grotesca. «Lo consiguieron», pensó, emocionado casi hasta las lágrimas.

—Ramiro, Gabriel, Sacha, Enzo. Estoy muy orgulloso de ustedes, compañeros.

En la sala contigua, los niños enfermeros se miraron sorprendidos. La actividad de los signos vitales de Carlos Altamirano registraba un aumento generalizado. Un hombre que tiene su corazón fuera del cuerpo, mantenido en una cámara presurizada, y la mitad de su sistema digestivo reemplazada por bolsas plásticas cosidas a las paredes interiores de su abdomen, rellenas de tierra de cultivo, parásitos y pequeñísimos animales que reducen los alimentos, no registra ritmos de setenta latidos por minuto. Alguien que tiene su sistema nefrológico paralizado, y que debe valerse de cerdos vivos amarrados bajo su cama para filtrar su sangre, no sufre un arranque de euforia como el que embargaba a Altamirano en esos instantes. Algo había ocurrido, y la inteligencia más interna del Frente Patriótico Manuel Rodríguez se lo tenía muy bien guardado.

Entre tanto, al otro lado de Santiago, Augusto Pinochet contemplaba la calle pensativo. Frente a su casa se construía una escuela para preescolares. Se le ocurrió que la calle Pedro Torres se iba a llenar de niños ruidosos y llorones que acabarían con la paz de su jubilación. Sonrió con ternura pensando en esos mocosos que le iban a alegrar la vejez, meneó la cabeza y suspiró pensando en su nietecita menor. Caminó hacia el teléfono y marcó el número de la Embajada de Venezuela.

## 9

Martina tomó el último párrafo impreso que había arrojado la t-Syn hacía ya un par de horas y lo miró con detenimiento. El logo de Synco en cada hoja parecía mal dibujado. Fabricado con puntos, daba más la impresión de un «ojo que todo lo mira» que la de un lucero con la estrella de ocho puntas en el centro. Papel peruano de mala calidad. Impresoras búlgaras de mala calidad.

El insoportable calor que emanaba desde la pared de la t-Syn la hizo ponerse de pie y acercarse a la ventana. Algunos policías comenzaban a establecer puntos de seguridad en torno al Palacio de La Moneda para la vigilancia nocturna. Quizá vería a Allende asomado en algún balcón. Pero no, casi todas las luces estaban apagadas. Martina miró hacia el cielo seminublado, suspiró y bajó lentamente la cabeza hacia los papeles, como quien se sumerge en la historia.

CCC.t-Syn-0923.scl  
21:54:18

«The coup that failed. Pinochet vs. Merino, confronted archetypes in Latin American military history», *Time*, article by Mike Wilson, 1976.

«Al parecer, alguien al interior del Ejército, que nunca ha logrado ser identificado, alertó a la Armada de los inusuales movimientos de tropas durante la madrugada del 10 de septiembre, todos en dirección a la costa. La escuadra nacional, fondeada en el molo de abrigo del puerto de Valparaíso, comenzó muy temprano a desplegarse a lo largo de la bahía, desde Playa Ancha en el puerto hasta Reñaca en Viña del Mar, apuntando todo su poder de fuego hacia los cerros de la ciudad. Desesperados intentos por acopiar fuerzas les hicieron perder todo sigilo y compostura, y los camiones circulaban por las calles gritando instrucciones a voz en cuello. Habían sido traicionados, decían los oficiales, pero aún podían organizarse a tiempo, resistir el inminente enfrentamiento y, si la suerte estaba de su parte, volcar el pleito a su favor si conseguían aunar fuerzas leales en las otras ramas de las Fuerzas Armadas, al menos para suscitar un problema interno y demorar sus reacciones. Sentían que la única fuerza valiente que había decidido monolíticamente enfrentarse al gobierno marxista era la gloriosa Armada de Chile.

Efectivamente, las cosas comenzaron realmente mal para Pinochet esa mañana. Ubicado desde muy temprano en un puesto de telecomunicaciones en Peñalolén, lejos de los puntos de conflicto pero a cargo de coordinar todas las

acciones, debió escuchar con estupor que dos aviones Hawker Hunter habían salido desde Cerrillos en medio de un tiroteo cruzado entre fuerzas leales al general Bachelet y un grupo de oficiales golpistas que intentaban tomarse las instalaciones. Pinochet comprendió inmediatamente que los aviones buscarían un blanco dramático, sabiendo que no durarían mucho en el aire. “La Moneda”, dijo. Consultó si el Presidente Allende ya había llegado al palacio de gobierno y cuando le respondieron afirmativamente tuvo un segundo de duda que pareció eterno; sabía que no había tiempo de desplegar ninguna artillería antiaérea: la maniobra era totalmente inesperada. Llamó al general encargado de la seguridad del perímetro del Palacio y le ordenó coordinar un muro de fusilería, a sabiendas de que era un gasto inútil de recursos; lo que no quería era verse paralizado frente a sus subordinados. Pidió hablar con Bachelet y le solicitó apoyo aéreo para solucionar el problema.

Sobre los cielos de Santiago, los dos Hawker Hunter, uno de ellos piloteado por el comandante de grupo Mario López Tobar, efectuaron una pasada de estabilización sobre La Moneda y luego viraron hacia el sur, uno de ellos, y el otro en dirección este, al parecer hacia la Escuela Militar.

—¿¿Poder de fuego de los aviones?? —inquirió Pinochet, descontrolado.

—Treinta y dos cohetes Sura, ocho cohetes Sneb, cuatro cañones Aden con proyectiles explosivos de 30 milímetros y cadencia de fuego de mil cuatrocientos tiros por minuto, señor.

Pinochet se puso pálido.

—¡Mi general! —le gritó un operario desde el otro rincón de la sala—: El general Bachelet informa que despegaron seis Hawker Hunter para interceptar a los rebeldes, señor.

Pinochet guardó silencio y evaluó la posibilidad de reorientar sus esfuerzos hacia una mejor causa. Las circunstancias no eran las mejores y quizá, quizá, la Armada consiguiese sublevar al resto de las ramas, pensaba, y en ese momento le asaltó una terrible duda: ¿habían sido exitosos sus esfuerzos por desmantelar al golpismo dentro de sus propias filas? ¿Y si se le hubiera escapado alguien? ¿Y si algunos regimientos clave se alzaban e inclinaban la balanza en favor de la Armada? ¿Aún era tiempo de sumarse a la asonada?

En ese mismo instante el oficial Tobar es informado del acercamiento de tres Hawker Hunter hostiles y decide bajar casi a ras de suelo sobre la comuna de Puente Alto. Establece su eje de tiro de sur a norte y avanza a toda velocidad sobre los edificios del sur de Santiago en una acción suicida, dejando un rastro de cristales y estructuras livianas estallando a su paso. Bastaría un cable de acero invisible, una antena escondida, incluso un disparo afortunado para derribarlo. Nada de eso ocurre y a las 8:20 de la mañana del 10 de septiembre de 1973, dos cohetes Sura P-3 rompen la barrera del sonido, avanzan por la calle Zenteno, cruzan la Alameda y detonan en la fachada sur del Palacio de

La Moneda con un bramido espantoso que se oye en todo el centro de la ciudad. El Hawker Hunter atraviesa la explosión de fuego y humo negro en una parábola ascendente que revienta los vidrios de los edificios contiguos. Pero, entre la lluvia de cristales que dibuja una atmósfera absolutamente irreal sobre la escena, los soldados en tierra ven cómo una larga y delgada estela de humo, esta vez blanco, avanza en línea recta contra el avión que emerge entre la niebla oscura y lo hace estallar en mil pedazos. Luego, un avión de iguales características atraviesa el cielo en dirección oeste.

—Rebelde uno anulado. Repito, rebelde uno anulado —se escucha por los parlantes del puesto de telecomunicaciones.

Los operarios celebran y Pinochet respira aliviado.

—Que los aviones sigan con el plan en dirección oeste. ¡Alberto! —grita, llamando al general Bachelet—. Que se queden tres para eliminar al otro jetón que parece que viene para acá.

El centro de Santiago es un caos. Los restos del Hawker Hunter derribado caen sobre el Barrio Cívico destruyendo algunas construcciones y desatando pequeños incendios que dispersan a las fuerzas de bomberos en una serie de siniestros. Se escuchan tiroteos en el edificio de las Fuerzas Armadas y el Presidente sube a los tejados de La Moneda justo en el instante en que otros dos Hawker Hunter se suman al primero en su viaje hacia el oeste, hacia el mar. Un afortunado corresponsal captaría desde la calle el momento en que el Presidente Allende saluda el paso de los aviones leales enarbolando su fusil AK-47, regalo de Fidel Castro.

El segundo avión rebelde realiza maniobras evasivas en torno al cerro San Cristóbal para intentar un nuevo ataque sobre el palacio de gobierno, pero una ráfaga cruzada procedente de un avión leal atraviesa el fuselaje y los motores convirtiendo al luminoso pájaro de acero en un pesado montón de fierro inútil. El aparato en llamas cae trazando una curva de humo y fuego, intentando un estrepitoso aterrizaje forzoso a través de avenida Providencia. Al tocar el suelo se parte y arrasa con todo a su paso, hasta que, convertido en un meteoro de chispas y ruidos metálicos, se estrella contra el muro oeste de la Iglesia de Nuestra Señora de la Providencia. Lo atraviesa y finalmente se detiene, ante la mirada estupefacta del sacerdote que en esos momentos ponía orden en el altar de la nave central. El piloto lo mira un segundo con los ojos velados de sangre, y la iglesia se derrumba estrepitosamente, ante la incredulidad de los santiaguinos que se habían atrevido a observar desde sus ventanas. La estela de humo que indica la curva de caída del avión permanece durante algunos minutos suspendida en el cielo, como señalando el lugar de la tragedia.

Para Santiago, el peligro más grave había pasado. Bachelet informa que se ha recuperado el control total sobre las dependencias de la Fuerza Aérea y que,

salvo algunos tiroteos aislados e intentos de sabotaje, la situación está superada y podrían concentrarse en las acciones en Valparaíso, donde el general Urbina se encontraba desde las cinco de la mañana en un puesto secreto en el Hospital de Ferroviarios, en el cerro Barón, una posición privilegiada desde donde se dominaba toda la bahía».

Martina dejó el rollo de papel sobre la cama un instante. ¿Todo esto había ocurrido realmente? Le resultaba imposible relacionar esa noche apacible, esa gente amable, con los espantosos hechos relatados en esos artículos improbables, a veces contradictorios, que escupía la t-Syn. ¿La memoria es literatura? ¿Escribir es mentir? Todos los lugares comunes discutidos hasta el cansancio en cualquier universidad del mundo se le vinieron a la mente de golpe.

Al menos el café del hotel era decente.

«La Armada tenía un plan ordenado y eficiente, pero para el 11 de septiembre, lo que no significaba que fueran incapaces de implementarlo, al menos en sus grandes trazos, ante esta emergencia. Con lo que no contaban era con la tremenda decisión con que iban a ser enfrentados. Contaban con el apoyo del mismo Ejército que ahora los atacaba, suponían el apoyo de algunas unidades de la Fuerza Aérea, así como de los barcos norteamericanos de la Operación Unitas fondeados en Coquimbo. Suponían, finalmente, que de haber enfrentamiento entre ramas se abrirían canales de negociación y otras instancias. En la Marina suponían demasiadas cosas.

A las 8:50 de la mañana, tres solitarios Hawker Hunter aparecieron tras los cerros de Valparaíso con su estruendo característico. Ante la mirada desconcertada de los marinos, bajaron siguiendo el perfil del cerro La Virgen hasta quedar casi a ras del mar y desde allí, sin aviso y ante la sorpresa de toda la población que se asomaba a los balcones, dispararon seis cohetes Sneb y se abrieron en parábola ascendente hasta desaparecer tras las nubes bajas de la mañana porteña.

Desde el cerro Barón, Urbina vio con estupor las estelas de los cohetes trazando una línea recta en dirección del buque escuela *Esmeralda*, fondeado en el molo de abrigo. Un minúsculo segundo de silencio precedió a la explosión del símbolo más querido de la Armada chilena, la Dama Blanca, el buque escuela, el verdadero primer amor de todo marino de este país, que todo el puerto vio envuelto en una bola de fuego antes de volar despedazado por los aires, con toda su tripulación a bordo. Sus restos cayeron desperdigados por toda la poza del molo de Valparaíso, entre gruesas columnas de humo negro.

Los segundos que vinieron después no cuentan, no existen, nadie los recuerda. El resto de la flota, a la distancia, también parecía perpleja y paralizada. El

contragolpe era manifiesto, el Ejército y la Fuerza Aérea desplegarían todo su poderío para aplastar el movimiento en ciernes y no habría negociación de ningún tipo. El mensaje era claro. Habían perdido antes de comenzar siquiera el combate.

Durante todo el día 10 de septiembre fuerzas del Ejército, apoyadas por una decena de helicópteros Huey Bell, se dedicaron a apagar los focos de resistencia de la Marina en Valparaíso. La Fuerza Aérea desplegó misiones de amedrentamiento y sólo registró un par de ataques desorganizados, protagonizados por suboficiales y marinos encolerizados a quienes los impulsaba el deseo de venganza antes que un intento real de sostener el motín. Las naves se rindieron una por una, en un efecto dominó imparable. Al mediodía, sólo el *Blanco Encalada* y el *Almirante Latorre* se mantenían en estado de rebeldía, más por lavar su honor de la previa acusación de una infiltración marxista que por convicción.

A las tres de la tarde, un avión de reconocimiento de la Fach detectó una barcaza dirigiéndose a toda velocidad hacia Coquimbo, al parecer al encuentro de algún barco norteamericano de la Operación Unitas. La barcaza, interceptada minutos después, llevaba al almirante José Toribio Merino y a parte de su oficialidad más cercana. Todos fueron detenidos sin ofrecer resistencia. Tras el arresto del alto oficial de las Fuerzas Armadas que representaba el mayor riesgo para la seguridad del país, se declaró oficialmente que el intento de golpe de Estado contra el Presidente Salvador Allende de septiembre de 1973 había sido exitosamente neutralizado».

—————end of printing

Martina miró el reloj análogo adosado a la pared del t-Syn: las 12:25 de la noche, en unos minutos la llamarían para presentarle a su guía turístico. Pinochet detuvo el golpe; al interior de algunas reparticiones del Ejército los días siguientes serían caóticos, habría tiroteos y suicidios, pero ningún alzamiento serio y organizado. Pinochet había detenido el golpe del 11 de septiembre y emergía como el héroe del pueblo. El mismo hombre con quien había conversado esa misma tarde, ese hombre maduro que jugaba a ser un anciano afable. ¿Había ocurrido todo esto realmente? La memoria es un archivo caótico, un pésimo bibliotecario que inventa, agranda y tergiversa para no ser sorprendido en falta. ¿Se puede saber la verdad?

—Sí, habla Martina Aguablanca. Necesito comunicarme con el señor Arsenio Enrieta, su número es 625565. Sí, espero.

A través de la ventana oyó los sonos de una banda de música nortina; debía ser una de las delegaciones de obreros, que llegaba con anticipación.

—¿Hola, Arsenio? Sí, disculpa que te llame a esta hora, mi negro. No, no te

preocupes, me alegró mucho verte, de verdad... Nada raro, no me pasaba nada. Si yo también te quiero, negrito, no te preocupes. Oye, pana, necesito que me confirmes la reunión de mañana con el ministro Flores. Sí, llegaré a la hora. Si sé que represento al pueblo libre de Venezuela y todas esas patrañas. Es una broma, mi negro..., ja, ja, ja... Tranquilo, sé que es importante para el gobierno, iré con una minifalda entonces... Okey, a las nueve. Hablamos después, mi negrito. Un beso.

Colgó el teléfono pensativa, se levantó de la cama y se dirigió al baño. Necesitaba una ducha rápida. Necesitaba despejar su mente de tanto disparo y olor a humo.

Un hombre bien vestido, pero con la vista perdida, se detiene en la calle mirando hacia el Hotel Carrera. «A esa ventana dispararon, los muy tontos. Pensaban que eran armas, pero eran cámaras de televisión», murmura con desprecio. Parece una imagen en blanco y negro mal sintonizada. Un perro lo esquiva asustado. Alguien le pide una moneda y el hombre no puede entender el lenguaje; intenta modular, su velocidad se desacelera, el aire se condensa como una gelatina transparente y le cuesta respirar. Se queda ahí, entregado a su angustia. Ve a una joven salir del hotel con actitud de esperar un taxi. La mujer gira hacia la pared y ve un rayado que la intriga: *¡El comandante Proxy ya viene!*

—¿Quién es el comandante Proxy? —preguntó Martina al taxista.

—No tengo idea, compañera. ¿Dónde vamos?

—Esperemos a mi guía. Está llenando un formulario para circular de madrugada por la ciudad; técnicamente soy una extranjera.

—Sí, lo noté por el acento; parece cubana —agregó el hombre, distraído.

—Soy chilena, pero he vivido en Venezuela desde pequeña.

El taxista no parecía tan amigable como sus colegas de antes. Hubo un incómodo silencio hasta que el guía apareció con los documentos y entonces partieron.

Santiago no es Buenos Aires o Nueva York. Pasear de noche es más una experiencia poética que una actividad recreativa. Viejas construcciones que querían parecer francesas junto a edificios nuevos que querían parecer norteamericanos; barrios que recordaban lejanamente a París, minúsculas catedrales de hormigón simulando gruesa sillería medieval, parques que aspiraban a verse como jardines berlineses. Todo destilaba provincia, cada esquina quería ser un simulacro de otra cosa. Un país prefabricado con los restos de la modernidad, una maqueta o escenografía pobre, quizá para que los turistas no se sintieran tan a disgusto en este punto que pendía del mapa en las extensiones del fin del mundo. Santiago era como un parque temático de bajo presupuesto.

Pero esa sensación duraba mientras se observaba la arquitectura a ras de suelo. Desde la altura era otra cosa. Subieron al cerro San Cristóbal, que domina todo el valle sobre el que los españoles fundaran Santiago de la Nueva Extremadura, la capitanía más salvaje de toda la Conquista, un destino de castigo para cualquier castellano indisciplinado.

—Es más grande de lo que recordaba —dijo Martina, más al viento que a su guía, al que prácticamente había ignorado durante todo el viaje.

Los mudos dirigibles de Lan Chile cruzaban el espacio aéreo de la ciudad como cetáceos en un descomunal acuario invisible. Debajo de ellos el cableado en altura trazaba un techo virtual luminoso de gran belleza. Por el costado de las calles

circulaban, también en silencio, los «pescados», como llamaba la gente a los modernos carros eléctricos del transporte público donados por el gobierno sueco. A lo lejos, hacia el horizonte de Pudahuel, se distinguían nítidamente las turbinas montadas sobre globos aerostáticos que recogían la velocidad del *jet stream* para convertirla en electricidad, que luego bajaba por delgados cables de carbono hasta las plantas convertidoras. A Martina se le escapó una risa nerviosa. Algo crecía en su pecho; al parecer, a pesar de todo, a pesar de la pobreza y el simulacro, estaba orgullosa de lo que habían logrado. Era por decir lo menos increíble que esta ciudad de mierda en el confín del planeta se estuviera convirtiendo en la nueva Camelot de la tecnología mundial. Un circuito electrónico del tamaño de todo un valle. Un edén mítico, la utopía hecha realidad. Era para reírse. Después de perseguir e imitar al resto del mundo, siempre con retraso, Santiago por fin se atrevía a inventarse un futuro propio.

—Señorita —le dijo el guía en voz baja—, es mejor que nos vayamos.

—¿Por qué?, acabamos de llegar y quiero...

—Los *marines* —la interrumpió, indicándole con el mentón al par de uniformados que observaban desde un costado—. Creo que van a molestarla.

—¿Son de Quintero?

El guía asintió.

La base de Quintero de la U. S. Army era conocida entre sus detractores como «la segunda Guantánamo». Una base estadounidense con tropas permanentes en territorio chileno y oficiales con fuero diplomático: algo realmente insólito en un Estado manejado por socialistas y nunca explicado del todo por las autoridades, a pesar de los continuos problemas que creaban los *marines* y la oposición tenaz de los adherentes al gobierno de la UP.

«Okey, volvamos al hotel», dijo, y comenzaron el descenso por las escalinatas. En la mitad se volvió para mirar por última vez la imagen blanca de la enorme Virgen del San Cristóbal, recortada contra el cielo oscuro de la capital: su rostro suplicante, quizá capturado en el momento de rogar que le entregasen el cuerpo de su hijo para darle sepultura y calmar así su alma desgarrada. Una madre llorando por el cuerpo de su hijo. Martina creyó recordar algo, pero en ese instante el taxista la llamó por su nombre. Era hora de retirarse.

El viaje de regreso fue un largo discurso panfletario acerca de los logros del gobierno de la Unidad Popular. Las obras viales, la red energética más *sui generis* del planeta, la reforma estudiantil y un largo etcétera. Martina casi no escuchaba. A ras de piso Santiago le producía escalofríos. Era todo digno de admiración, pero no era su país, aunque sintiera cariño por él. Regresar no es volver. El futuro es siempre un país extranjero, y el pasado la patria perdida. De todos modos, cómo le gustaría poder mostrarle este nuevo Chile a su padre, manifestarle que quizá estaban en lo correcto y él se equivocaba, que la llegada de los socialistas no era el fin de los tiempos. Que Allende no era el demonio encarnado. Ella también quería creer, era tan hermoso

creer.

Se sentía más sola que nunca, ahora que volvía a su primer hogar. Tampoco sentía que Venezuela la esperara. Ahí, en medio de la noche en una ciudad semidesconocida, descubrió que su patria había sido su padre, y ahora estaba muerto. No sintió tristeza, sino una sensación de extraña irrealidad.

De pronto, las calles cobraron vida. Vio grupos de gente oscura entrando por los callejones, con pancartas y lienzos enrollados bajo el brazo. Todos sonreían y se movían con soltura, parecían los dueños de la ciudad. En el Parque Forestal Mártires de Noviembre se estaban levantando carpas fabricadas con frazadas y lonas impresas. Eran los trabajadores de Chile que peregrinaban a Santiago a rendirle culto a su líder. Un ejército alegre y leal que venía desde todos los rincones del país a agradecerle sus conquistas a Salvador Allende, nuevo padre de la patria popular. Se preparaba una fiesta. Algo grande iba a ocurrir. A Martina se le encogió el corazón al descubrir que, siendo socialista, esas masas anónimas le producían temor, la hacían aferrarse al asiento y sentir alivio cuando quedaron atrás y el taxi enfiló por una Alameda Bernardo O'Higgins más iluminada y custodiada por la policía. Al mirar hacia atrás, tuvo lo que seguramente era una alucinación: algunas de esas personas parecían brillar con una luz que le produjo náuseas.

Cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¿Falta mucho? —murmuró casi para sí.

—Algunas cuadras, pero, si se fija, en unos instantes tendremos a la vista el cerro Santa Lucía —dijo el guía con entusiasmo—. Si gusta podemos bajarnos para que se tome una fotografía junto a la entrada del Centro Informático Central Synco, famoso en todo el mundo por ser una de las maravillas de la ingeniería moderna. Está construido dentro del cerro y se extiende cientos de metros bajo tierra, hasta...

—No, gracias —interrumpió ella con cansancio—. La verdad, preferiría que fuéramos directo al hotel.

—Como usted guste, compañera.

El taxi avanzó por la Alameda a velocidad regular. Martina vio al pasar el enorme logotipo de Synco hecho de cobre que remataba la entrada al centro del Santa Lucía.

—Esa estrella está por todos lados —dijo.

—Yo me acuerdo perfectamente de la primera vez que la vi —dijo en voz alta el taxista.

Martina y el guía se miraron sorprendidos; el conductor había parecido mudo durante todo el trayecto y de pronto se encendía como un juguete a baterías.

—Fue cuando nos juntamos con los compañeros que habíamos ocupado la industria, para el intento de golpe del 10 de septiembre. Nos juntamos en la casa del compañero Sanhueza a ver el discurso del compañero Allende, el de «la fiesta de noviembre», cuando anunció que habíamos detenido a los fascistas y que todos éramos héroes de la revolución. Me acuerdo que ahí, abajito en la tele, a la derecha, vi por primera vez el dibujito de la estrella. Yo le decía a mi socio: «¿Qué será esa

cuestión?». En esa época no tenía idea. Mire usted ahora todo lo que ha pasado —y cerró su inesperado comentario con una risita ronca que sonó casi como un ahogo.

Martina no dijo nada, sólo miró hacia la calle. Distinguió a media distancia a otros dos *marines*. Salían de un bar tambaleándose. Sí que era extraño verlos en la capital de la socialdemocracia occidental; allí afuera, en el mundo real, la Guerra Fría arreciaba y aquí, en la propia casa del enemigo, se emborrachaban muy sueltos de cuerpo.

—*I fuckin' told you, asshole. This fuckin' country knows nothing about fun... Do you hear me, motherfucker?*

—*I've been in places like this before. But this fuckin' commies hole got the prize, dude. Fuckin' shitplace! And all our buddies rock'n'rolling over Uncle Ho bitches, dude. Bobby «Curly» fuckin' Taylor got tiny green tea smelling pussies..., and what do we found here, buddy? Just some kind of fuckin' fat shitfaced dwarfs that I know they ain't men just because they're «less» ugly than the fuckin' chilean men, for Christ sake, dude!!*

—*Fuckin' commies, man. I hate commies and this fuckin' hole is plenty of 'em, my nigga, I told you.*

—*Any news? Any command?*

*El marine hizo un gesto de desagrado.*

—*Nothing yet.*

—*Mario, tuve un sueño horrible —le dice una mujer a su marido.*

Dentro de la carpa, hecha con lonas cosidas toscamente con hilo de nailon, el frío de las mañanas de septiembre se deja sentir con fuerza. El hombre abre un ojo y la escasa luz le dice que aún no es tiempo de despertar; remolonea y se acomoda para seguir descansando. Pero la mujer parece asustada.

—*¡Mario, poh!... Soñé que los milicos entraban a la casa y te llevaban preso a ti y al Mauricio. Rompían todo en la casa y encontraban unos papeles. Nos gritaban que éramos comunistas...*

—*El Mauricio se murió el año pasado, mujer —responde el hombre sin abrir los párpados—. Y claro que somos comunistas, pueh, ¡a mucha honra!*

—*Eso es lo raro, poh. No sé, quedé como espirtuada. ¿Y si mejor nos volvemos pa' Coquimbo?*

—*Chis, ¿estái loca? —el hombre se sienta y se pone su sombrero—. Vinimos a celebrar al compañero Presidente y no nos vamos hasta no verlo, aunque sea de lejos.*

La mujer permanece en silencio unos instantes, luego abre un poco la lona y mira hacia el Parque Forestal, lleno de carpas similares a la suya, con obreros de todo el país preparándose para asistir a las celebraciones. El aire tiene un regusto metálico. Algo no anda bien.

En un subterráneo de Santiago, unos jóvenes preparan un pequeño arsenal de armas. Acaban de contarse un nuevo rumor acerca del comandante Proxy; sienten que trabajan para él sin saberlo. Ya la semana anterior uno de ellos confesó haber recibido instrucciones en sueños, y se lanzó desde el décimo piso de un edificio vecino. En su

carta de despedida pedía ser arrojado al Mapocho con el estómago rajado con un corvo. Pero nadie se atrevió a cumplir su último deseo.

En una pequeña sala, hacinado entre un sinfín de instrumental médico en muy malas condiciones, un despojo humano llora sin consuelo. Por los parlantes de la habitación se escucha, a través de una cortina de estática y lamentos escalofriantes, una voz pomposa y llena de desaliento que improvisa su testamento político en términos proféticos y cargados de trascendencia. Una voz que parece provenir de otro lado.

**Viernes 7 de septiembre de 1979**

**9:10 a.m.**

—Me gusta mirar a través de este ventanal y sentir que lo hago desde dentro de la mente de Chile —dijo Fernando Flores, ministro de Nuevas Tecnologías, de pie frente a los cristales de su oficina, a cincuenta metros sobre el nivel de la calle.

El Instituto Miguel Enríquez para el Mundo del Futuro era una monstruosa megaestructura de acero, concreto y cristal, desarrollada por la oficina Le Corbusier de París. Se elevaba diez pisos sobre la calzada y se hundía veinte más bajo ella. Construida sobre los antiguos terrenos del Estadio Nacional, en la comuna de Ñuñoa, se había financiado íntegramente con el diez por ciento de los excedentes del cobre que Allende había entregado por decreto al Ministerio de Nuevas Tecnologías, en agosto de 1974.

Decenas de laboratorios y cuartos equipados con aplicaciones probadas y experimentales, casi todas desarrolladas en el mismo centro, servían de internado, universidad y hotel para los cientos de profesores, estudiantes y pasantes que venían desde todos los rincones del planeta a participar del milagro chileno y a colaborar en el desarrollo de nuevas tecnologías con un criterio internacionalista. Casi todos eran europeos, asfixiados por una Guerra Fría que no dejaba alternativas, al menos hasta la irrupción del modelo chileno, la ansiada «tercera vía». Todos estaban aquí por compromiso ideológico, por responsabilidad socialista y por amor a la humanidad libre.

En el suelo de la oficina circular del ministro, ubicada en la cima de una torre exclusiva junto a la megaestructura, un dibujo de la estrella de ocho puntas destacaba en mármoles de distinta tonalidad. Flores era reconocido como el padre político de Synco, el hombre que luchó contra viento y marea por imponer las ideas del británico Stafford Beer, padre intelectual de Synco y de los *softwares* que lo hacían funcionar. Cuando todo el mundo le daba la espalda a Beer y a sus conceptos quizá demasiado adelantados para su tiempo, Flores tuvo la claridad de rescatarlos e implantarlos en terreno fértil. El mundo nuevo que Beer vislumbraba requería un lugar con la voluntad de crear ese mundo nuevo. Cuando Stafford Beer y Salvador Allende se conocieron, se reconocieron. El resto es historia. Ahora Flores es el segundo hombre más poderoso de Chile y, como jefe del programa Synco, el sumo sacerdote de una nueva era.

—Don Fernando, ¿cómo se siente estar entre las cien personalidades más influyentes del planeta según la revista *Time*?

Nada como acariciar el ego de una persona para hacerla hablar.

—No tiene ninguna importancia real —se apresuró a opinar el ministro, girando sobre sus pies y acercándose a su escritorio, frente al que se sentaba Martina—. A mí sólo me interesa la opinión que el trabajador y la trabajadora de nuestra patria tengan acerca de lo que hacemos. Nuestros ojos están puestos en ellos, y todo lo que hacemos, lo hacemos por construir un país justo y digno para aquellos que lo engrandecen con su trabajo, compañera Aguablanca.

«¿Es que acaso todos tomaron clases con el mismo profesor de oratoria?», se preguntó medio en serio Martina, mientras anotaba un par de frases en su libreta.

—Como usted sabe, ministro, nuestro país está muy interesado en la experiencia chilena a raíz de las enormes similitudes entre ambas. Venezuela pasó por una dictadura fascista y hoy busca su estabilización política, económica y social. Creemos que quizá en Chile puede estar la respuesta. Es sorprendente el corto tiempo en que su país logró recuperarse. En una entrevista que tuve con el general Pinochet, él afirmó que fue la intervención del Ejército lo que terminó de garantizar el respeto a las leyes y la conformación de una sociedad socialista. Pero claramente Synco es el fenómeno más visible de todo el proceso.

Flores se quedó mirando el suelo; Martina entrevió algo de molestia en su actitud.

—¿Eso dijo el general? —inquirió con una sonrisa—. Ciertamente el gran protagonista del éxito chileno es Synco, sin ninguna duda. Synco fue desde siempre el proyecto estrella de la UP. El arma que iba a hacer realidad todos nuestros sueños. Por eso los fascistas querían desbancarnos antes de que entrara en funcionamiento. Cuando finalmente conseguimos tener operativa la red, en agosto de 1973, ellos supieron que debían actuar. Pero, gracias al valiente general Pinochet..., con *t* al final —le indicó Flores, como un profesor corrigiendo un dictado—, pudimos finalmente apretar el *switch*, por así decirlo, y echar a andar esos sueños.

»En noviembre de 1973, después de los meses oscuros, los militares tomaron el control de las industrias clave y pudimos realizar una intervención limpia y eficiente en ellas. Entonces entraron los técnicos de Synco, que habíamos mantenido protegidos de los atentados en una villa secreta al sur de Santiago, como una marea de batas blancas a intervenir el cuerpo inerte de estos monstruos mecánicos hechos de chimeneas y explotación, para convertirlos desde el interior en fábricas vivas de la esperanza proletaria. Si hubiera visto cómo la gente se volcó a las calles a colaborar con este proyecto. Los ejércitos de voluntarios subidos a postes y antenas, puentes y edificios, tendiendo paso a paso las redes aéreas que conectarían los nodos pensantes de Synco. También ocurrió algo parecido con las conexiones subterráneas. Fue una dura tarea que el pueblo chileno enfrentó con entusiasmo. Pensábamos tardarnos un año, pero nos tomó sólo seis meses gracias al apoyo del obrero y el campesino, pero también de sus esforzadas mujeres e incluso de sus hijos, que sin mediar presión salían alegres junto a sus padres cada mañana a levantar este país que ahora sentían como propio...

Martina creyó ver un asomo de lágrimas en el rostro de Flores; quizá la emoción

de escucharse a sí mismo.

—¿El efecto fue inmediato?

—Prácticamente inmediato. Apoteósico, diría yo. Una vez que estuvo cien por ciento operativo, el aumento de la eficiencia y la capacidad de respuesta ante eventos aumentó en un mil doscientos por ciento respecto del período más exitoso de la década anterior. ¡Imagínese! —Flores parecía estar en éxtasis—. De pronto la producción de un país completo dejó de depender de los manejos económicos mezquinos de la oligarquía y el capitalismo para transformarse en una danza armónica entre factores de consumo y necesidades de la población. La pura y prístina relación entre las necesidades del pueblo y su capacidad productiva, movidos todos únicamente por los deseos de prosperidad común y organizados por un programa que se autorregula de acuerdo a patrones matemáticos, no políticos. Los deseos del pueblo son convertidos en números, que Synco y sus asistentes humanos interpretan como en una sinfonía de singular belleza, si me permite la comparación. La producción es ahora un fenómeno biológico que no se debe casi intervenir, sino sólo asistir, como el jardinero que poda aquí o allá, agrega agua y algún fertilizante, pero es consciente de que el proceso mismo se realiza frente a sus ojos, caóticamente al parecer, ordenadamente en realidad, generando patrones tan bellos como la distribución de los pétalos en una rosa.

Martina lo miraba con sorpresa: Flores era un demagogo impresionante, incluso un... ¿poeta? Hasta el momento Chile se le aparecía como un gran zoológico de personalidades excéntricas. Pero los cambios radicales siempre los llevan a cabo los excéntricos, los locos, los suicidas, de modo que no había nada extraño en ello en realidad.

—Ministro..., ¿usted desestima la relevancia de la acción del Ejército?

—¡De ninguna manera! —aclaró Flores—. Aunque, de haberse hecho efectivo el golpe, el pueblo también se habría volcado a las calles, y los golpistas se habrían enfrentado a una dura resistencia por parte de los aparatos militares de los partidos. Los cordones defensivos que se habrían instalado en la periferia de Santiago lentamente los habrían sofocado. El MIR estaba en el corazón de la juventud chilena, y se hubieran hecho pocos los fusiles rojinegros para defender al gobierno popular. Le aseguro que antes de una semana el Presidente habría estado de nuevo sentado en La Moneda, festejando junto al pueblo la recuperación del control sobre nuestra patria. Habríamos lamentado la pérdida de valiosas vidas proletarias, pero el camino al socialismo no se puede detener; cuando los procesos históricos se ponen en marcha, son inevitables. Le recuerdo que fue el pueblo el que nos defendió cuando comenzamos los primeros tendidos de cables en octubre de 1973, en los meses oscuros. Recuerdo al mismo Stafford Beer colgando de algún poste en Matta con Santa Rosa, abrazado al madero, resistiendo las balas de militantes de Patria y Libertad. Los propios obreros de las industrias aledañas salieron a repeler el ataque con sus herramientas de trabajo y sus gritos enfurecidos de rechazo al fascismo. No,

compañera, el pueblo chileno es especial, nunca abandonaría a su Presidente, nunca dejaría de poner el pecho ante las balas, tal como lo hiciera en Huamachuco o Miraflores hace ya casi cien años. Ellos sabían que esas líneas eran importantes. Eran las primeras, las que conectarían los cordones industriales de Vicuña Mackenna con el *ops-room* ya instalado bajo La Moneda, y las defenderían con su sangre.

—Entiendo...

—No, nadie que no haya vivido en Chile lo entendería.

—El *ops-room* —se desvió Martina— es el corazón de Synco; desde allí parte todo, según tengo entendido.

Flores giró nuevamente hacia una ventana, orientada hacia la cordillera de los Andes. No había lujos en la sala, pero el traje del ministro era impecable, hecho a la medida. Un enorme anillo de oro brilló desde su meñique derecho cuando cruzó sus manos en la espalda.

—El *ops-room* es una semilla tecnológica, plantada por un grupo de visionarios entre los que tuve el honor de estar. Fue enterrada en el kilómetro cero del país, en el corazón mismo de nuestra república. Desde ahí extiende sus raíces, subterráneamente primero, a la luz del sol después. Sus tendidos conectaron partes inertes de nuestro cuerpo productivo, formando una masa que convirtió al centro de Chile en un cerebro del tamaño de una ciudad. El embrión bajo La Moneda creció poco a poco, junto con los sueños de futuro del país. El metal y el émbolo, el motor y la chimenea se iluminaron con su chispa. Los obreros aprendieron a cuidarlo, a trabajar hombro a hombro con él, a criarlo como a un niño que da sus primeros pasos. Lo protegieron y lo habitaron como abejas curando las heridas de un animal gigantesco, hecho de acero y cobre. Hoy Synco es saludable, enérgico y está lleno de vida. Convirtió a todo un territorio en un organismo armónico —Flores se emocionaba con sus propias palabras—. Chile, compañera, es el primer país orgánico. El primer territorio con un sistema neurovegetativo. El alma de un pueblo es su gente, ¿pero qué pueblo puede decir que esa alma también tiene un cuerpo? Chile existe no como una abstracción; ahora tiene un cuerpo que respira algoritmos y produce como la naturaleza produce. Hemos creado el paraíso socialista, la cumbre de la revolución industrial. La historia termina aquí, compañera Aguablanca, lo que resta es que el mundo se sume.

Martina sentía que en cualquier momento iban a sonar aplausos pregrabados o alguna fanfarria orquestada. Flores era un orador notable.

—Sólo piense en la cantidad de gente de todo el planeta que viene a vernos, a conocernos. A nosotros, un país pequeño en el confín del mundo. Todos llegan con la sonrisa en los labios, el corazón abierto y el puño en alto. «Vengo a aprender, compañero», dicen, en mil lenguas diferentes. Si pudiéramos fotografiar la creatividad, le aseguro que desde los satélites nos veríamos como un gran faro iluminando al resto de la humanidad. ¿Vio el *Times*? Dicen que lo que ha ocurrido aquí es similar al Renacimiento italiano.

—«El Chile de Allende es sólo comparable a la Italia de los Borgia o a la corte

francesa de María de Champagne: un ejemplo para el mundo, pero una herramienta de poder político finalmente», cito —agregó Martina mirando sus notas.

—Eso lo dicen porque tienen miedo de que consigamos la liberación de América Latina de su dependencia económica de Estados Unidos. Saben que nos hemos reunido con delegaciones de Brasil, Argentina y ahora con ustedes, Venezuela, para organizar comisiones de intercambio tecnológico que permitan a las naciones amigas tener los mismos beneficios que Synco le ha entregado al pueblo chileno.

—Dicen que ustedes se valen del éxito de Synco para intervenir política y electoralmente en esos países. Que sólo entregarán la tecnología a gobiernos socialistas, presionando de este modo a la población a inclinarse por una opción. Un diario chileno afirma que Synco es prácticamente un partido político, con aspiraciones de dominio continental...

Flores giró lentamente para mirar a Martina con ojos llameantes.

—Ese pasquín se llama *El Mercurio* y es el último reducto de una derecha amargada e incapaz de asumir su derrota histórica, compañera. Me extraña que venga a mi oficina a hablar con la voz de los enemigos del pueblo.

—Dicen que pretenden crear un bloque continental socialista, dirigido desde Chile con orientación totalitaria...

—¡Ciberbolivarismo, compañera! ¡Ciberbolivarismo! —la interrumpió el ministro, caminando hacia su escritorio para poner los puños en la mesa y mirarla melodramáticamente a los ojos—: Una red para toda América Latina, que coordine esfuerzos productivos, borre fronteras arancelarias, distribuya los servicios haciendo énfasis en lo que mejor hace cada pueblo, y compartiéndolo con el resto en un gran organismo continental de bienestar para su gente. Nuestra gente.

—Lo que equivale a la emergencia de una nueva potencia mundial...

—A la liberación histórica de América Latina, a su independencia definitiva del yugo colonial.

—¿Con un politburó en Santiago?

—En el corazón del pueblo y donde éste lo dictamine.

—Es una visión ambiciosa. No pocos están nerviosos.

—Los procesos históricos no se detienen, compañera, ya lo dije. ¿Está segura de que viene de parte de los hermanos venezolanos? Su actitud me parece un tanto... reaccionaria.

Martina sonrió.

—Mi juventud, ¿sabe usted? En realidad soy una profunda admiradora del compañero Presidente y del proceso chileno. Estoy muy emocionada de ver en primera fila todas estas maravillas que han levantado aquí. Sólo que tengo algunas dudas...

—No hay dudas ni nada que investigar. Lleve Synco a Venezuela y conseguirá lo mismo que nosotros: prosperidad y bienestar para su pueblo. Synco es el responsable de la estabilidad chilena y lo será de la latinoamericana, se lo aseguro.

—En eso estoy —sonrió de nuevo la joven.

Flores la miró fríamente durante unos segundos. Martina descubrió entonces lo que le había molestado de su interlocutor. No había realmente pasión en él, sino únicamente una teatralidad vacía, una retórica amanerada.

—Olguita —el ministro habló hacia el intercomunicador con voz melosa—. Dígale a Juan que lleve a la compañera Aguablanca donde ella disponga. Terminamos la reunión.

—Quería mostrarle una presentación de nuestra Comisión de Energía... —se apresuró a decir Martina, desconcertada.

—No se preocupe. Déjesela a la Olguita y después lo conversamos. Ahora tengo que recibir a otros compañeros. Santiago es una fiesta por estos días, usted sabe. No sólo es primavera en la naturaleza, sino también en los corazones de los trabajadores de mi patria —agregó el ministro poniéndose de pie y acercándose a Martina para estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Y acerca de la visita a las instalaciones centrales de Synco...

—No se preocupe, está todo arreglado.

—Y quién...

—Ricardo la recibirá. Ricardo Lagos, mi mano derecha en La Moneda. Dele mis saludos, con tanto trajín hace semanas que no lo veo —concluyó Flores, llevándola de un brazo hasta la entrada.

Lo último que vio Martina fue un rostro sonriente y un par de ojos diminutos y helados.

La calle vacía, un edificio antiguo de tres pisos con mansarda casi desocupado, un departamento cercano al cerro Santa Lucía. El silencio amplificando los pasos sobre el mármol de la escalera. Tercer piso a la derecha.

—Buenas noches, camarada —saluda un joven delgado y de aspecto enfermizo. Es un novato. Se llama Bernardo.

—Buenas noches, camarada —responde un hombre maduro de pelo entrecano y aspecto señorial.

Los integrantes de la reunión son habituales, hay risas y bromas de difícil comprensión para el novato. No hay alcohol, sólo unas copas con un líquido turbio e indiscernible. A medida que avanza la noche la conversación se hace cada vez más pesada; parece ir tomando el peso de los años, de cientos de años, de miles de años. El lenguaje se torna oscuro, aparecen nombres antiguos, citas extrañas, los rostros parecen agravarse, el tiempo se ralentiza, los tonos graves dominan el aire. Pocos consiguen nadar en aquellas aguas, sólo los más viejos, los con ojos de niño. El aire se vuelve espeso, alguien se pone de pie y deja una estela oscura con el gesto; alza lentamente la mano derecha mientras, con mucho esfuerzo, posa la izquierda sobre su plexo solar. Luego traza unas líneas en el aire.

El novato, paralizado y aterrorizado, intenta convencerse de que todo es una ilusión producto del extraño líquido verdoso que bebieron antes de comenzar. Debe serlo; si no, ¿cómo creer que el anciano está dibujando un signo violeta en el aire con su dedo anular? Es un asterisco hecho con tres trazos. El dueño de casa intenta ponerse de pie también, pero fracasa, a pesar de que es uno de los pocos que podían moverse. Sus ojos azules brillan de gozo, como si estuviera siendo testigo de una epifanía. El anciano introduce el dedo cordial en el centro del asterisco, luego el índice y finalmente la mano completa. Hay un gemido y todo se marchita repentinamente. Los años se vienen encima como en un derrumbe sordo y una nostalgia aterradora oscurece los corazones. La luz vuelve a hacerse invisible y el aire se licúa de tristeza huyendo hacia las esquinas, arrastrándose como un lamento antiguo. La habitación se reduce a su formato original y los colores vuelan hacia las cosas que los contenían con prisa, como temiendo ser descubiertos en falta. Cuando la realidad se termina de ajustar a sus bordes, el anciano está en el suelo y respira con dificultad. Todos se abalanzan sobre él para ayudarlo. En medio de la conmoción, abre su puño derecho y enseña una diminuta piedra azul. Los asistentes caen al suelo llorando, algunos se arrancan los cabellos, otros llaman a sus madres y se tapan la vista. El novato está de pie, perplejo.

—Camarada... —murmura.

Uno de los asistentes lo abraza llorando.

—Repíteme conmigo, hijo. Nuestro honor es la lealtad.

El joven no entiende, pero la punta de una hermosa daga está apuntando hacia su

corazón en medio del abrazo.

—N... nuestro honor... es la... lealtad, señor.

La daga gira en el aire y se le ofrece el puño. El muchacho la toma con delicadeza.

—Con esta daga matas a tu antiguo yo y te conviertes en la persona que ahora ves reflejada en su filo. Lo traes a este lado, como traeremos a los otros.

—Me siento honrado, camarada...

—Así debe ser.

El chofer del ministro Flores estacionaba su Fiat 125, símbolo de la austeridad de los dirigentes de la UP, cuando Martina salió del Instituto Miguel Enríquez.

—¿Dónde la llevo?

Martina miró su reloj. Aún era temprano para su reunión con Ricardo Lagos.

—Lléveme a un lugar hermoso donde pueda almorzar.

—Hay un restaurante nuevo frente al monumento del Mapocho. Al jefe le gusta ir ahí y llevar a sus amigos gringos.

Martina hizo un gesto de aprobación y se arrellanó en el asiento trasero. El vehículo hizo su particular ruido al pasar el cambio y se hundió en la entrada de las carreteras subterráneas que se abrían frente a la fachada del centro.

—Éstas son «las tráqueas siderales del corazón patrio».

—¿Cómo dijo?

—El poeta les puso así, pero todo el mundo les dice «carreteras Pablo Neruda».

—Ah...

—Cruzan la ciudad por debajo, ¿sabía?

—No.

—Sí, pues. En diagonal. De lado a lado. Antes el tráfico era endemoniado. Ahora la cosa es hartito más fluida. Acá podemos andar a ochenta kilómetros por hora si queremos.

—Ah, qué bien... —agregó Martina con un suspiro.

Afuera las paredes del túnel chorreaban humedad; en el Fiat 125, Martina estaba nerviosa por la culata de una calibre 38 que asomaba bajo un diario en el asiento del copiloto.

—Es oscuro aquí abajo —dijo distraídamente el chofer—. Es como una cueva misteriosa. No me gusta mucho venirme por aquí, si le digo la verdad. Yo soy del campo, ¿sabe? Y allá siempre las cosas malas están debajo de la tierra. Las culebras, los gusanos, la gente muerta, los entierros..., ¿se ha dado cuenta? Los ángeles del Señor están en el cielo, y el sol, los pájaros. Debajo de la tierra están los brujos, los colocolos... Cuando uno tiene algo que quiere esconder, lo entierra... Yo veo cosas a veces. Ahora la veo a usted. A mí no me gustaría que a usted le pasara algo, ¿sabe?

Martina asintió mirándolo por el espejo retrovisor. Empezaba a temerle.

—Es bonita usted, compañera.

De un salto, Martina se enderezó en su asiento.

—¿Dónde queda ese restaurante del que me habló?

—Al ladito de las Torres de Tajamar. Ahí donde mataron al cabro del MIR el año 73. Un artista hizo una escultura que ahora es famosa en todos lados. Si todos los turistas se toman fotos ahí, viera usted. Yo la encuentro media rara, no la entiendo, pero debe ser buena porque una vez vi una foto en un diario gringo que tenía el jefe.

Martina dio un respingo. «Obvio, la escultura *Lo imposible no existe*, qué tonta».

Una vez en la superficie, el auto se detuvo junto a la vereda norte de Providencia y Martina se bajó con apuro. Caminó hacia el borde del río Mapocho sin mirar atrás. El chofer le gritó algo acerca de su cabello y unos cuchillos, pero se hizo la desentendida. Atravesó los parques y a través de los matorrales vislumbró un mirador. Se acercó, todavía con una sensación incómoda y mirando de reojo, hasta que el último árbol que le tapaba la visión se hizo a un lado y pudo verla. *Lo imposible no existe* —o *El río vertical*, como era conocida popularmente— aparecía ante sus ojos. Símbolo de la capacidad del pueblo de Chile de torcer el curso de la historia en una forma que parecía imposible, era una escultura de trescientos metros de largo hecha de plexiglás donado por la NASA. Una gran cañería transparente de perfil rectangular que recibía en su boca todo el caudal del río mientras se extendía sobre una trinchera de cien metros de largo y ocho de profundidad, excavada bajo el lecho del curso de agua. Durante unos cincuenta metros, el río así encajonado parecía avanzar suspendido en el aire. De pronto, el milagro: la cañería plana se torcía y durante otros cien metros parecía quedar absolutamente de costado, perpendicular al suelo, dando la apariencia de que el río, una cinta de un café turbulento, avanzaba contraviniendo todas las leyes físicas. Hasta que más allá volvía a torcerse, recuperaba su posición y salía hacia la libertad por el otro extremo de la cañería. La visión era desconcertante, mágica, irreal, como muchas de las cosas que le estaba tocando vivir a Martina en este rincón del mundo.

El autor era el arquitecto Matías López Zamudio, un joven y reconocido artista que había muerto trágicamente tras ser electrocutado por un instrumento musical en uno de los festivales patagónicos de la Solidaridad, un par de años antes. Un montículo en el punto donde se equilibraba el río vertical indicaba el túmulo donde yacían los restos del artista, ahora parte de su propia obra para siempre. López Zamudio había dejado por escrito su petición de que su cuerpo fuera reducido por una trituradora a un bloque del tamaño de una caja de zapatos, y el gobierno, en agradecimiento a su compromiso con el pueblo, había respetado sus deseos. Un poco más allá, el embarcadero turístico Matías López Zamudio, y a su lado el restaurante Tajamares, hacia donde Martina se dirigía, ya más tranquila, comenzaban a disfrutar de la brisa que mecía los árboles del mediodía.

«Este país se pone cada vez más raro».

Las sillas del restaurante eran de madera y estaban pintadas con crayones por los huérfanos de la Fundación Hijos de la Patria.

—¿Algo para beber, la compañera?

—Sí, por favor, un refresco de frutas.

Martina miró la televisión que colgaba sobre la barra y puso atención. Era un noticiario de mediodía y estaban entrevistando a dos políticos jóvenes que llamaban a la población a volcarse a las calles para celebrar con entusiasmo la reelección del compañero Presidente. El imberbe diputado del Partido Nacional Juan Antonio Coloma se sumaba al llamado con particular alegría, aclarando que a pesar de las

diferencias políticas sabía reconocer la enorme estatura del Presidente Allende, y lo bien que el país era percibido en el extranjero gracias a su gestión.

Martina recibió su refresco y se mordió los dedos mirando hacia la pantalla. Todo era demasiado perfecto. Ahí estaban los antiguos enemigos políticos alabando al gobierno. Ni los militares, ni los economistas y tecnócratas pueden detener una crisis sin la colaboración de los opositores, sobre todo en un país donde éstos actuaban abiertamente y con todos los medios a su alcance, con la desestabilización como el norte de toda su agenda política. ¿Por qué de pronto la oposición chilena, peleada a muerte con la UP, se abrazó con los socialistas en un gesto inexplicable? Había algo que faltaba en este cuadro.

Se puso de pie y caminó hacia la cabina telefónica junto a la caja de pago. La derecha chilena tenía mucho que aclarar, y de pronto ella tenía muchas preguntas que hacerle. En la cabina, digitó su número de pasaporte y la voz nasal de una operadora le contestó de inmediato. «Muy buenas tardes. Compañía Chilena de Cibernética y sus trabajadores le saludan..., compañera... Martina Aguablanca». No se sorprendió; le habían contado del famoso método de rastreo de los sistemas administrativos chilenos: un equipo recibía el número y lo derivaba a grupos que consecutivamente discriminaban el guarismo en cascada hasta dar con la identidad del individuo, todo en un lapso de ocho segundos. Los operadores trabajaban en turnos de tres horas de trabajo por tres horas de sueño, durante quince meses seguidos. Luego eran derivados a otras plantas con obligaciones más reposadas, y el Estado les proporcionaba gratuitamente los tratamientos y fármacos para combatir la ansiedad.

—Sí, con la Embajada de Venezuela, por favor.

—Cómo no..., un momento.

Martina observó el pequeño restaurante mientras el tono de llamada resonaba en su oído. El omnipresente afiche propagandístico con Allende saludando a los Hawker Hunter camino a Valparaíso, un cartel que anunciaba la presentación de Víctor Jara en el Lido de París, y una foto de Matías López Zamudio tocando su guitarra eléctrica junto a Los Jaivas en el memorable recital del cerro San Cristóbal de 1976, cuando Allende hizo subir hasta la cumbre a setenta y siete jóvenes promesas por un camino de antorchas, emblemas y reflectores antiaéreos, en lo más parecido a las jornadas nazis de Nuremberg que han visto estas tierras, para prometer ante el altar del pueblo dar sus vidas si fuera necesario en defensa de la democracia y el proceso socialista.

—¿Arsenio? Sí, pana, cómo estás. Necesito que me consigas una reunión con el presidente honorario del Partido Nacional. Dile que soy la hija de Eugenio Aguablanca, ellos fueron muy buenos amigos. Conspiraban juntos contra la izquierda, ja, ja, ja... No te preocupes, pana, si no es ningún lío. ¿Que lo de Pinochet fue extraño? Sí, te lo dije... ¿Qué, llamó a la Embajada? No tengo ni idea, eso es extraño. Mañana a las diez de la mañana estaría bien. Te aseguro que no se va a negar, dile que es personal, que serán diez minutos... ¡Hombre, si yo jugaba a los *cowboys* con el sombrero de ese tipo cuando pequeña, claro que me conoce! Gracias,

pana, y tú tranquilo, que no me estoy metiendo en ningún problema. Adiós.

Colgó y se acercó a pagar la cuenta. Digitó su número en el dial de un antiguo teléfono Bell adaptado al sistema de contabilidad del establecimiento y se retiró sin haber comido nada. La tarde estaba preciosa y aprovecharía de caminar por el Parque Forestal Mártires de Noviembre hasta la hora de su cita en La Moneda. Por fin conocería Synco, o al menos sus instalaciones más famosas, el nodo central en un búnker subterráneo capaz de resistir un impacto nuclear. Decían que en el único muro exterior aún se podían ver los impactos de bala de los enfrentamientos de septiembre del 73, cuando se construían secretamente sus instalaciones usando como excusa las obras del Metro de Santiago.

La joven caminaba con los ojos entrecerrados. Por detrás del San Cristóbal asomaba un dirigible de LanChile con viajeros provenientes del norte del país. Los vuelos mensuales desde las estaciones de trabajo en el interior de Arica eran todo un acontecimiento turístico, pues permitían apreciar las evoluciones de esas enormes naves plateadas por los cielos del valle. El *Recabarren*, con sus doscientos cuarenta pasajeros, se desplazaba como un gigantesco pez silencioso. Epifanía gloriosa, metáfora del triunfo del hombre de estas tierras. Sin un solo ruido y reflejando el sol en mil destellos acerados, giró lentamente hacia el aeropuerto sobre la Estación Mapocho.

La gente se veía feliz. Martina respiró con tranquilidad el aire del parque. A veinte metros de distancia, dos hombres calvos, vestidos de café y con lentes oscuros, la vigilaban desde un Fiat 125.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Pero no podemos publicar eso.

—Lo sé.

—¿Las autoridades lo saben?

—Obvio, ya tienen a tres regimientos acuartelados, y una fuente confiable me dijo que las fuerzas especiales están con alerta amarilla.

—¿Y los GAP?

—Qué sé yo. Quién sabe qué piensa esa manada de locos.

—¿Crees que va a pasar algo durante el desfile? ¿El compañero Presidente está en peligro?

—No lo sé, pero algo está ocurriendo hace tiempo; lo detectaron y se lo han tenido muy escondido.

—¿Algo grave?

—No estoy seguro. Algo... diferente.

—Hola, buenas tardes. Mi nombre es Martina Aguablanca y tengo una reunión con don Ricardo Lagos.

Los carabineros de guardia en La Moneda le solicitaron su identificación y un tercero le pidió que lo acompañara. Al cabo de unos minutos un hombre de aspecto enérgico y mirada penetrante se acercó en línea recta hacia ella atravesando el Patio de los Cañones.

—¡Martina Aguablanca! Es un placer conocerte.

—Buenas tardes, don Ricardo, el honor es mío.

—Por favor, dime Ricardo. No me advirtieron que eras tan linda. Dime, ¿todas las venezolanas son así?, porque pido la Embajada de Caracas en este instante.

—En realidad soy chilena, pero ya me estoy acostumbrando a la confusión. Esto de ser extranjera en todas partes se me está volviendo costumbre.

—Acá estás en tu casa, mujer. Vamos a mi despacho y hablemos un poco de tu tierra.

—Preferiría que fuéramos de inmediato a lo nuestro, Ricardo —dijo la mujer, algo bruscamente—. He estado esperando este momento durante muchos meses y estoy ansiosa.

—¡Por supuesto! —respondió el subsecretario, sorprendido—. Acompáñame.

El Palacio era efectivamente mucho más pequeño de lo que había imaginado. La arquitectura era muy austera. Más que un palacio parecía una gran casona en medio de la ciudad. En su mente, La Moneda era una fortaleza inexpugnable de dimensiones titánicas, capaz de albergar a un ejército y resistir los embates de toda una columna de vehículos blindados. Agrandada por la gesta histórica de 1973, poco se parecía realmente a la imagen que el mundo tenía de ella. Finalmente, no era más que un edificio colonial de dimensiones reducidas y materiales sencillos. El reflejo perfecto de un territorio alejado, pobre y fronterizo, al que llegaban a duras penas el oro real y los lujos cortesanos del imperio.

—Aquí es —dijo Lagos parándose frente a una pared del Patio de los Naranjos.

Martina miró desconcertada: ahí no había nada..., salvo una pequeña línea que repentinamente se extendió y se convirtió en un vano oscuro, a través del cual entraron en un pequeño espacio de dos por dos metros, sin iluminación. De pronto, el suelo se movió y comenzaron a descender en medio de un chirrido hidráulico.

—¡Vamos a descender diez metros hasta el primer control de seguridad! —gritó Lagos a centímetros del oído de Martina.

Ella asintió, más asustada que emocionada por la precariedad del sistema. El corazón le latía más fuerte a cada segundo. Lagos miraba hacia arriba y hacia abajo; había perdido su sonrisa, parecía preocupado. Le indicó la pared de concreto que tenían delante y que parecía no terminar nunca.

—¡Estamos atravesando el muro superior de concreto del búnker! ¡Es capaz de

soportar el impacto directo del misil más poderoso del mundo! ¡Si hubiera una guerra nuclear, desde aquí reconstruiríamos Chile!

Arriba, el cuadrado de luz se hacía cada vez más pequeño. Abajo, el ruido era casi insoportable. Hasta que el ascensor se detuvo con un gran golpe que retumbó durante algunos segundos. Lagos se puso en cuclillas, hundió una llave en una chapa instalada en el suelo y la giró. Abrió una pequeña escotilla y metió la mano, luego la sacó exhibiendo el pulgar entintado.

—Nuestras medidas de seguridad son muy eficientes —sonrió satisfecho. El montacargas continuó descendiendo hasta descubrir un pasadizo enfrente de ellos—. Los técnicos del Instituto Miguel Enríquez inventaron un método infalible de detección. Toman una microfotografía de la retina del ojo y pueden determinar con cien por ciento de exactitud la identidad de la persona. ¿Sabías que todos tenemos una red de capilares diferentes en la retina? La fotografía es revelada y ampliada en un laboratorio adjunto y rápidamente un grupo de operarios discrimina la información en base a criterios morfológicos archivados en microfichas, ¡todo en menos de tres minutos!

Caminaron por un pasillo hasta una mesa donde descansaba un anticuado aparato oftalmológico con una enorme cámara Leica adosada a un extremo. Lagos se sentó y acomodó el rostro en un arnés de metal y cuero. Se oyó un chasquido y el hombre la miró de reojo con una sonrisa de satisfacción. Luego se sucedieron los diez minutos más largos e incómodos del día.

—Esto no ocurre nunca...

—No hay problema.

—Los va a haber —murmuró Lagos para sí, furioso.

Cuando la puerta se abrió, con ruidos que recordaban a los de una fábrica, un capataz en evidente estado de angustia los recibió. Tras él se vislumbraba un espacioso pasillo blanco perfectamente iluminado y sin ángulos rectos, como traído de algún set sobrante de *2001: odisea en el espacio*. Lagos lo fulminó con la mirada.

—Entramos a Synco, Martina —dijo sin mirarla.

Cruzaron una doble puerta que se abrió automáticamente frente a ellos. El ruido desfasado del mecanismo, lo teatral de la puesta en escena, como sacada de alguna vieja película de ciencia ficción, desconcertaron a Martina, cuya expectación se tornaba poco a poco en sospecha.

Lagos pulsó un botón rojo junto a la última pared y la puerta se descorrió como las anteriores.

—¡El ops-room!

De acuerdo, Martina había visto cien veces la célebre imagen, pero aun así el corazón casi se le salió del pecho. Allí estaba el famoso cuarto de operaciones original de Synco, brillante como el primer día. El lugar donde Salvador Allende había pronunciado y emitido su discurso de la reconstrucción nacional, el punto cero de la ciberrevolución socialista que maravillaba al planeta. Un perfecto octógono de

madera, piel y plástico termoformado. Parecía que en cualquier momento iba a aparecer el señor Spock detrás de alguna de las sillas diseñadas por Gui Bonsiepe. Lagos la invitó a entrar y se regocijó con la cara de asombro infantil de la joven.

—¿Puedo? —dijo Martina indicando uno de los sillones.

—Por favor —respondió caballerosamente el subsecretario.

La silla era mullida y de formas anatómicas. Los brazos descansaban en las botoneras y el peso estaba tan bien balanceado que con el mínimo esfuerzo se giraba sobre las sillas para mirar los gráficos llenos de luces y parpadeos que llenaban los muros.

—En ese sillón se sentaba al principio Jacques Chonchol —comentó Lagos—. Como era medio nervioso le gustaba quedar mirando hacia la puerta.

—¿Dónde se sentaba Allende?

—En ese de ahí, a veces. Allá Fernando Flores, Espejo y Beer. Allá Guillermo Toro; detrás del gráfico Futuro se sentaba un representante de la CUT y allá otro de Codelco.

—No veo teléfonos.

—Usaban unos auriculares pequeñísimos, del tamaño de pelotas de tenis, montados en un arnés de cuero y con un micrófono colgando del pecho. Todo de última tecnología.

Martina estaba extasiada. Sin querer hacía girar la silla como una niña, observando cada detalle de la sala. Estar ahí era como haber entrado finalmente al *sancta sanctorum* de cualquier religión y enfrentarse cara a cara con la divinidad. Synco: se hallaba en el interior de Synco. Se quedó en silencio y de pronto lo sintió: un zumbido y un tecleo incesante. Aguzó el oído. El ruido de fondo venía de abajo. En ese instante entró un fotógrafo con cara de aburrido y una hermosa Hasselblad colgando del pecho.

—Mire para acá, compañera.

El *flash* cubrió de blanco su felicidad. ¿Le entregarían una foto enmarcada con la frase «Yo estuve en Synco»? Cuando la ceguera declinó, todo se había vuelto un poco menos brillante. Se sentía incluso un tanto estúpida.

—Ricardo —dijo casi en un susurro—. ¿Vamos a ir abajo? Me veo muy joven, pero sigo siendo representante del gobierno venezolano.

Lagos sonrió.

—Tranquila. Hasta aquí llegan los visitantes internacionales y los periodistas. Pero Venezuela es un aliado que nos interesa mucho en este momento, y por supuesto, no vinimos en visita de cortesía. Ahora iremos abajo. Pero algo de espectáculo nunca está de más, ¿no es cierto? —hizo un gesto y una de las paredes se descorrió lentamente con un ruido de engranajes bastante más real que los anteriores—. A este ascensor, por favor.

Desde la cabina, Martina miró de reojo hacia la sala que acababa de dejar atrás y se llevó una sorpresa. Unos operarios retiraban la cubierta de tela del sillón donde se

había sentado y la guardaban en un gran frasco etiquetado.

—Por si algún día necesitamos encontrarte —dijo Lagos sin mirarla mientras se cerraban las puertas del ascensor—. Éstas son instalaciones altamente confidenciales y... ya sabes, siempre puede ocurrir algo. Tenemos perros entrenados que te podrían encontrar en cualquier parte; para protegerte, por supuesto. A propósito —agregó, sacándose un trozo de tela del bolsillo—, ponte esto entre tu ropa interior. Es parte de las medidas de seguridad, un seguro para evitar...

No alcanzó a terminar la frase antes de que se abrieran las puertas y entraran tres enormes pastores alemanes gruñendo y husmeando entre sus piernas. Martina saltó a los hombros de Lagos dando un gritito cuando uno de los perros literalmente se metió bajo sus faldas.

—Tranquila. No te harán nada ahora que tienes el olor de Flores —dijo su anfitrión sonriendo.

A Martina no le pareció nada de gracioso. Estaba a punto de soltar un comentario desagradable cuando la visión de cuatro personajes emergiendo de la oscuridad la dejó muda. Cuatro hombres completamente calvos e inexpresivos, con traje café y lentes opacos, entraron a la cabina en silencio y apuntando sus AK-47. Uno de ellos se acercó a Martina y la observó tras sus gafas oscuras.

—¿Todo bien, compañero? —preguntó Lagos.

—Todo bien, compañero —respondieron en un susurro.

Martina miró a Lagos con cara de asustada, pero éste le hizo un gesto de calma y la tomó de un brazo invitándola a salir. Caminaron delante de su muda escolta y cruzaron un estrecho túnel. Al fondo crecía un murmullo de motores, teclados y golpeteos indefinibles, los ruidos intestinales de algún monstruo mecánico aparentemente gigantesco. Tras una curva, el túnel se abrió a una pasarela que colgaba de cuerdas metálicas a seis metros del suelo. A los ruidos indiscernibles se sumaron órdenes imperiosas. Abajo, un centenar de operarios en batas blancas se movía como hormigas entre los transistores de un televisor. El olor no era agradable, y la temperatura, considerablemente más elevada que en el nivel anterior. La iluminación escaseaba en esta extraña mezcla de submarino y biblioteca caótica. Abajo, uno de los hombres calvos tomó de la solapa a un operario y le dijo algo al oído; el operario retrocedió espantado.

—Están algo nerviosos —dice Lagos con una sonrisa—. Por estos días se está terminando de traspasar la información del Ejército de Chile al formato Synco. Serán las primeras Fuerzas Armadas del planeta en ser manejadas de forma completamente digital. La información se encontraba tan dispersa que nos tomó dos años recuperarla. Si supieras cuántos mártires de la informática acumuló esta operación. Llevamos mucho tiempo en esto y hay órdenes muy claras de terminarlo antes del aniversario del 11 de septiembre. El compañero Presidente quiere hacer el anuncio en el Congreso con bombos y platillos —dijo Lagos, mientras ayudaba a Martina a bajar la escalera hacia el nivel de los operarios.

—Esos... tipos de lentes oscuros...

—Son parte del contingente regular de los GAP, Grupo de Amigos del Presidente. ¿No has oído hablar de ellos? Salvador les entregó la custodia de Synco. Ni siquiera le rinden cuentas al Ejército, sólo al compañero Presidente.

—Pero...

—Sí, son algo extraños. Hay muchas historias divertidas sobre ellos, la mayoría falsas. La verdad es que son tremendamente eficientes y leales.

La sala estaba custodiada precisamente por dos GAP y sus AK-47. Martina los miró de soslayo. Todos vestían el mismo traje café y corbata negra. Además de la cabeza rapada y los lentes oscuros, ostentaban como distintivo una franja de tela azul en su antebrazo derecho, con un círculo blanco en el centro y una flecha roja con ambos extremos en punta. Inmóviles, estoicos, fríos, los GAP representaban la quintaesencia del revolucionario, el hombre nuevo socialista. Allende los consideraba sus hijos, ellos lo veían como su líder y estaban dispuestos a darle su vida ante la más mínima sugerencia. Habían evolucionado desde equipo de seguridad hasta ser casi una milicia paralela al Ejército. Los observadores internacionales se referían a ellos como una «guardia de monjes fanáticos», en el mejor de los casos. Para los chilenos eran un ejemplo de compromiso y lealtad. Su entrenamiento era intensivo; eran guerrilleros, ideólogos, músicos y asesinos letales. Escribían poesía y fabricaban explosivos. Eran naturistas, se rumoreaba que hacían yoga. Cumplían turnos de ayuda en hospitales y trabajaban en industrias y plantas de servicios para reducir la carga laboral de obreros y empleados. Todo gratuitamente, todo en silencio y sin ninguna queja.

—¿No hablan?

Lagos sonrió y la invitó a seguir caminando.

—¿Quién es el comandante Proxy?

Lagos negó con la cabeza.

—El comandante Proxy no existe. Es un invento de algún ocioso. Como esas frases, «Jesús ya viene», ya me entiendes.

—¿Jesús es el invento de algún ocioso?

Lagos no respondió y siguieron adelante. Salieron de la primera sala por pasillos larguísimos hasta desembocar en otras de extensiones cada vez mayores. Filas interminables de procesadores con cintas magnéticas zumbaban mientras hordas de mujeres que parecían enajenadas conectaban y desconectaban anticuados *plugs* de telefonía en paneles de madera; a sus pies, niños pequeños desenredaban una y otra vez la infinidad de cables que, como cabelleras de serpientes rojas y negras, emergían desde los costados. Gruesos cables de energía colgaban del techo y caían ondulando en todas direcciones, entre banderas chilenas abandonadas tras la última inauguración y telarañas de grasa y polvo. Todos espalda contra espalda en espacios ínfimos, hediondos y mal iluminados. El aire era sofocante, y el martilleo de los teletipos reverberaba en los oídos.

Martina creyó ver un perro vagando entre los procesadores. Pisó un charco de agua y pateó sin querer un trozo de madera. El hedor emanaba de todo el conjunto: ese hacinamiento era claramente insano. Lagos caminaba sin hablar.

—¿Falta mucho?

—¿Qué...?

—¡Que si falta mucho! —gritó Martina, y Lagos apenas hizo un gesto indicando hacia adelante.

Unos focos a parafina iluminaban las escaleras de tijera que daban a «las líneas». Allí, los operarios dormían entre los turnos en hileras de hamacas que colgaban a cinco o seis metros de altura, como suspendidas de un cielo que no se alcanzaba a vislumbrar. Martina notó que los galpones que atravesaban estaban repletos de ellas, camufladas por la oscuridad. Una bicicleta con un foquito de esos iluminados con un pequeño dínamo pasó junto a la mujer.

«Esto es una locura, y de las grandes», pensó. Una jauría de perros se atravesó por delante de ellos hasta perderse en la oscuridad, detrás de un carrito de sopaipillas. «El futuro tecnológico del socialismo es una soberana mierda», una red de callejones hediondos a meado, decadente. El desorden propio de cualquier proyecto tercermundista elevado a la décima potencia.

—Pero funciona bien —dijo Lagos, y Martina dio un respingo—. Lo increíble es que funciona maravillosamente bien.

—¿Adónde vamos?

—A la actual sala de control central, para que veas el sentido que tiene un monstruo como éste —dijo Lagos abriendo los brazos y mirando en todas direcciones—. Coordinar los esfuerzos en tiempo real, ése es el objetivo que subyace a todo esto. Synco es el sistema neurovegetativo de Chile. Le hemos dado un sistema nervioso a la patria, para que cada caloría gastada por un trabajador sea un esfuerzo puesto en el lugar correcto en el momento preciso. Cada obrero sabe que su trabajo es valorado y que cada palada de tierra que levanta es parte de una danza que nos beneficia a todos; que cada saco que sube al camión sirve para alimentar a una vaca en el sur, para que al día siguiente su hijo pueda desayunar dignamente un buen vaso de leche de nuestra patria. Eso es lo que hace este monstruo, Martina.

«Monstruo»; estaba escuchando demasiado esa palabra.

Se acercaron a lo que parecía una pared de concreto sin techo visible. Dos GAP permanecían de pie a cada lado de una pesada puerta metálica, más propia de una planta metalúrgica que de la más refinada instalación informática del mundo. Un pastor alemán estaba amarrado a la manilla con una cuerda deshinchada y corriente. Lagos acercó la mano al perro, que la olisqueó y se relamió con indiferencia.

—Lo que querías, Martina —dijo—: el auténtico corazón de Synco está detrás de esas paredes.

La puerta se abrió desde adentro con un ruidoso claqueteo. Ambos entraron y una luz tenue se encendió; era un cuarto pequeño, con otra puerta en el extremo y unas

rejillas bajo sus pies. Martina percibió un profundo silencio que pudo comparar sorprendida con el nivel de ruido al que habían estado expuestos. Miró las rejillas con curiosidad.

—Es un aspersor de gases. Si en la sala de control deciden que somos un peligro, comenzará a lanzar una nube de arsénico —dijo Lagos. Martina abrió los ojos como platos—. No te preocupes, nunca se han equivocado —agregó en el instante en que la segunda puerta se abría y entraba, junto a la luz blanquecina de los tubos fluorescentes, el ruido de nuevos teletipos y las voces de mando de los operarios.

La sala también era octogonal. Más amplia, más iluminada, pero igual de sucia que los espacios anteriores.

—El *ops-room* está encima nuestro, hemos avanzado en espiral.

Martina tenía la sensación de haber salido de una metalúrgica para entrar en una empacadora de pescado. Las paredes tenían seis metros de altura y estaban llenas de procesadores corrientes de cinta magnética, puestos unos sobre otros hasta el techo en repisas metálicas mal pintadas. Colgando de las alturas, más hamacas, aún con un par de operarios durmiendo. Los oficiales de mayor rango dormían en unos agujeros en la pared no más grandes que un ataúd, pero al menos con algo de privacidad y aire acondicionado. Los guardias dormían bajo el suelo, en unos cubículos tapados con planchas metálicas que se levantaban con manillas y que sólo contaban con un colchón y una sábana; ni hablar de frazadas, el calor era insoportable.

—No salen de aquí en semanas —comentó Lagos—. Por eso tienen aquí todo lo necesario para vivir dignamente mientras le prestan sus valiosos servicios al pueblo.

—¿Y para qué hay guardias acá adentro?

—Para evitar que se suiciden o se agredan entre ellos.

Martina estaba sobrepasada por la situación. Nunca se habría esperado algo semejante. El lugar parecía un botadero. Los televisores se acumulaban en los rincones, los cables y las conexiones de todo tipo bajaban por las paredes como vegetación abandonada; habían pintado varias veces encima, como si diversos estratos de instalaciones se hubieran sucedido sin eliminar las anteriores. Tres enormes generadores impedían la libre circulación. Anaqueles y mesones de madera llenos de bulbos al vacío y atornilladores obstruían el paso hasta el panel central. Un ropero de madera antiguo se abría para mostrar su estómago lleno de cajas de plástico, envases de aceite de motor, pantallas en desuso y botoneras cubiertas de polvo. Sobre una mesa de comedor, tres máquinas de escribir Underwood incorporadas a un mecanismo ensamblado en cajas de televisores Motorola servían para imprimir las tarjetas que se utilizarían en el computador de control.

La joven miró en derredor sin alcanzar a distinguir nada extraordinario. ¿Este montón de basura era Synco? Lagos pareció darse cuenta y exclamó, en tono melodramático:

—El corazón de Synco. Hay mucho más que lo que puedes ver. El crecimiento de Synco ha sido exponencial. Nos hemos tomado casi veinte kilómetros cuadrados de

terrenos subterráneos en búnkers y túneles blindados por capas y capas de concreto y aleaciones especiales. Expropiamos edificios para demolerlos por dentro y convertirlos en enfriadores, bodegas de acopio de materiales, contenedores de cintas de archivo. Los edificios fiscales contienen terraplenes con miles de bombillas al vacío en cientos de pequeños pisos donde operarios con trajes térmicos deben arrastrarse durante días por laberintos candentes para realizar la mantención y vigilancia básica; para matar las hordas de ratones que se comen los cables, por ejemplo. Antiguos edificios administrativos contienen transistores del tamaño de automóviles. Hay embajadas convertidas en gigantescos radiotransmisores. El viejo edificio del Seguro Obrero, por ejemplo, hoy es un gran acumulador de energía eléctrica, con pisos y pisos de dínamos movidos por animales. Convertimos el Barrio Cívico de Santiago en una inmensa placa madre, que destila gases y vapores condensados por tuberías que silban evacuando la respiración de este monstruo dormido bajo tierra; nuestro propio dragón protector, Martina. Un computador a escala de una ciudad, con personas moviéndose entre sus resistencias y transistores sin saberlo.

Martina lo observaba en silencio. Y además se sentían orgullosos.

—El funcionamiento de Synco es en tiempo real, por cierto; creo habértelo dicho. Todo el país está conectado con estos ejércitos de operarios que ingresan información en los procesadores de la base. El «hipotálamo», como al Presidente le gusta llamarlo, reordena y distribuye los datos a empresas, plantas e industrias a lo largo del país. Pero ésta es sólo una de las muchas funciones de Synco, no te engañes; coordinar la producción es sólo un aspecto entre muchos...

La mujer titubeó contemplando la sala, que parecía un garage abandonado y no el corazón del constructo tecnológico descrito por el funcionario de La Moneda.

—¿Dónde... está Synco? —murmuró, con temor de ofender mortalmente a su orgulloso anfitrión.

—Estás parada sobre él.

Martina lo miró con cara de pregunta. Luego miró hacia abajo y se dio cuenta de que el suelo ennegrecido por el aceite y la suciedad había sido alguna vez transparente y que un movimiento era apenas perceptible a través de él. Cuando miró a Lagos de nuevo, éste había abierto una escotilla por un costado y la estaba invitando a descender por una escala de caracol sacada de alguna casona antigua.

—Muy pocas personas han entrado aquí, Martina. Eres una privilegiada, gracias al inmenso cariño que tenemos por el pueblo hermano de Venezuela.

Martina sonrió y bajó la escalera casi a ciegas, intentando proteger sus oídos del estruendo espantoso que surgía desde abajo. Una corriente de aire le arremolinó el pelo y levantó sus ropas. El calor le abrasaba la piel. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, comenzó a entrever unas paredes excavadas en la roca viva. Miró hacia abajo y el vértigo se apoderó de ella. Estaban en una pequeña plataforma; hacia el fondo se proyectaba una informe gruta rocosa y oscura. En el

centro, un gigantesco cigüeñal de acero lleno de números giraba profiriendo chirridos desgarradores, retumbando y brillando con destellos eléctricos y chispas azuladas que llovían hacia un fondo oscuro e impenetrable. Pendiendo de cuerdas, poleas y cadenas a diferentes alturas, vio a personas que le parecieron diminutas: entraban y salían del cigüeñal aferrándose de manillas y protuberancias para operar tuercas, interruptores y relés entre las articulaciones numeradas del mecanismo. Una maraña de cables cubría la escena en todas direcciones. Oyó los gritos en clave de los operarios ordenándose labores que debían ser ejecutadas rápidamente en el inestable conjunto que chorreaba aceite hacia los muros negros, iluminados de pronto por pequeñas descargas violeta.

Lagos estaba aferrado al pasamanos, despeinado por el viento en espiral que subía desde las profundidades, y aparentemente ajeno al ruido de lo que parecían alaridos de multitudes muy lejanas. Martina aguzó la mirada y se dio cuenta de que en muchos niveles del cigüeñal parecían estar trabajando niños. En un segmento, que parecía fabricado con los restos de una retroexcavadora y algún tanque militar, cinco críos se movían velozmente entre los recovecos de fierro y hojalata para operar pequeños sistemas con llaves de tuerca y martillos. Se gritaban números y contraseñas que anotaban en libretas de papel; algunos vomitaban, todos parecían asustados. A Martina se le encogió el corazón al distinguir a una pequeña meciéndose desvanecida en el vaivén sincopado de una pieza que quizá giraba demasiado rápido. Miró a Lagos con angustia, pero sólo recibió un gesto de la mano indicando calma y espera.

—¡En una hora vendrá el relevo de operarios! —gritaba para hacerse oír en medio del estruendo—. La sacarán y la atenderán los médicos. Pero son muchachos valientes, no te preocupes —sonrió triunfante.

Martina sufrió un pequeño mareo. Una máquina monstruosa horadando con púas metálicas la vagina de la tierra, bajo Santiago de Chile. El bramido enloquecedor de un coito entre la máquina y el territorio, como enterrándole una sonda el Demiurgo a la Pachamama, inoculándole un virus entre las venas, operado por pequeños parásitos que invaden su corazón y la ahogan con su ferretería y sus martillos ásperos. La visión era horrenda, y Martina percibió que había algo profundamente equivocado en todo aquello. Sintió náuseas. El sudor la cubrió tal como la grasa supuraba entre los tendones de bronce y fierro del gran engranaje que rugía enfrente de ella, hundiéndose hasta la médula de la ciudad auténtica, esa de la que en realidad no sabemos el nombre, pero que palpita bajo nuestra conciencia e invade nuestros sueños.

—Más abajo están las galerías de procesadores y las llanuras de tubos al vacío —prosiguió Lagos—. Esto es sólo el vástago de calibración, como lo llama Beer.

—¿Hay más personas trabajando allá abajo?!

—Sólo las necesarias. Trabajan algunas horas, luego las sacamos y, mientras las llevan al hospital para la desintoxicación, ingresamos a los equipos reemplazantes.

Siempre hombres de entre veinte y veinticuatro años, nunca casados. Los muchachos son duros y resistentes. Solamente huérfanos. Somos gente responsable.

Aún tenía la mirada enfocada en esa niña y su largo cabello negro, cimbreándose al ritmo hipnótico del cigüeñal. Pero un grito la sacó de su estupor. Algo ocurría más abajo aún; muchos operarios corrían, gritaban, se descolgaban. Manchas de un color diferente cubrían un segmento donde una máquina diésel impulsaba un engranaje menor.

Lagos la tomó del brazo y la empujó hacia la salida.

—¿Subimos?

De regreso en la sala sobre el vástago, Martina buscó una silla y se sentó temblando.

—¿Cuán abajo llega todo? —preguntó tímidamente.

—Casi un kilómetro, justo debajo de La Moneda. Synco está organizado en anillos y espirales descendentes. Ocho, para ser más exactos. Y nos hemos encontrado con toda clase de sorpresas en las excavaciones, vieras tú. Túneles coloniales con imágenes paganas extrañísimas, osarios, fosas comunes de la época de la Independencia llenas de símbolos masónicos, cavernas con ídolos que parecen polinésicos pero con ofrendas mapuches, en fin. Creemos que este lugar es... especial. De hecho, el pozo sobre el que descansa el vástago ya existía. Nuestros geólogos sólo nos pudieron decir que era una formación natural... muy antinatural —sonrió el funcionario—. La verdad es que nos ha costado dar con el fondo. Un asesor de la Presidencia ha sugerido que se trata de un pasaje hacia un mundo dentro de la Tierra, quizá la huella de un antiguo rito de acupuntura geodésica. Como sea, ha resultado el lugar ideal para instalar la médula espinal del nuevo Chile.

—Es... enorme. ¿Puedo descansar unos minutos?

—Por supuesto. ¿Quieres algo para beber?

—Un café, si es posible.

—Nada es imposible en este lugar.

Mientras su anfitrión se alejaba un momento a pedir un café, Martina intentó asimilar todo lo que había visto. Estaba impresionada hasta el agotamiento. Megamáquinas, galerías bajo la ciudad, explotación humana, ingenios desaforados, miseria y triunfo. Chile se iba convirtiendo con los días en un misterio profundo y oscuro.

—¿Cuánta gente trabaja aquí? —preguntó a su interlocutor cuando éste volvió con un platillo y una taza humeante entre las manos.

—No lo puedo revelar. Hay personas que trabajan en puestos clasificados y prácticamente no pueden salir de aquí, viven aislados; y hay algunos que son traídos muy jóvenes para adoctrinamiento y entrenamiento. Pero, finalmente, en Chile todos de alguna manera trabajamos para Synco —sonrió el subsecretario tomándose el mentón y mirando en torno, como buscando aprobación entre los lánguidos operarios que hundían sus brazos entre los cables.

—¿Los chilenos no conocen la envergadura de Synco?

—¿Conoce un norteamericano la envergadura de su programa nuclear? El pueblo chileno confía en sus gobernantes, no hacen preguntas de más, compañera; cada uno trabaja en lo que le toca para construir el socialismo.

Martina sorbió su café. Lagos parecía molesto y ella no era hábil con la gente molesta. Pronto emprendieron el largo retorno por los mismos callejones atestados de operarios sudorosos.

—El trabajo de niños, ¿no es explotación infantil?

La presión arterial de Lagos subió tres puntos.

—El gobierno ayuda a los niños huérfanos o hijos de criminales proporcionándoles un espacio donde puedan hacer un aporte a la comunidad. Hemos constatado que esta ayuda al desarrollo de la patria les devuelve la dignidad a las familias de los convictos, y les entrega un hogar a niños huérfanos que de otra manera verían sus días perdidos en las calles de la ciudad. Son hijos de los males de un sistema que está por desaparecer.

—Pareciera que la inmensa necesidad de mano de obra que exige el funcionamiento de Synco sólo es superada por su voracidad energética. ¿Es cierto que su gran talón de Aquiles es su monstruoso consumo eléctrico? Los informes que poseo dicen que Chile está a dos años del colapso energético...

—Es algo en lo que estamos trabajando —el rostro de Lagos adquiría una peligrosa tonalidad rosa oscura—. Nada que nuestros ingenieros no estén ya solucionando, con la ayuda de las mentes más brillantes y solidarias del mundo libre.

—¿Esos proyectos extraños que buscan energía en el desierto y los volcanes? Parecen algo descabellados, si me permite.

—Compañera Aguablanca, no creo que sea prudente hablar en esos términos, considerando que usted es una invitada del gobierno del pueblo —ya no la tuteaba—. Y está aquí en una visita oficial de nuestros amigos del gobierno de Venezuela. Usted es joven, entiendo eso. ¿Por qué no mejor me comenta su impresión sobre la cordillera de los Andes? Impresionante, ¿no es cierto?

Martina bajó la cabeza y se mordió el labio inferior. Estaba inquieta. Todo era extrañísimo, surrealista, y nadie parecía querer admitirlo. Se moría de ganas de preguntarle otro par de cosas a Lagos, pero éste miraba al frente como un tótem hermético. Tras un minuto de incómodo silencio, se había decidido a preguntarle por el rumor que circulaba acerca del proyecto de fuentes de energía alternativa que usaría a reos comunes..., pero ocurrió aquello.

Con el tiempo, Martina se preguntaría por qué a ella, que no era nadie; qué extraña cadena de acontecimientos la llevó a encontrarse en ese preciso momento allí, en el lugar exacto donde todo se coordinó para sumergirla en una pesadilla. Por el altavoz de la sala sonó una voz gutural. «Compañero subsecretario don Ricardo Lagos, compañero subsecretario don Ricardo Lagos. Por favor, acérquese a un teléfono celular, por favor, acérquese a un teléfono celular».

El funcionario le hizo un gesto para que se detuviera y la esperara. Se acercó a una de las paredes y desprendió un auricular desde un mueble de madera con ruedas. Martina estudiaba con curiosidad el increíble aparato cuando sintió una mano temblorosa posándose en su hombro y otra que depositaba algo en su palma, aferrándola para que la empuñara. Giró sorprendida y vio el rostro asustado de un joven de no más de quince años, vestido con una bata blanca, que la miraba directamente a los ojos.

—Cuénteles al mundo, por favor. Cuénteles al mundo la mentira de Allende —le dijo en un susurro antes de empujarla y seguir su camino sin mirar atrás.

Martina quedó estupefacta. Intentaba caminar hacia él cuando una mano la aferró del brazo. A cinco centímetros de su rostro, los lentes negros de un GAP parecían los de un insecto gigante.

—¿Qué le dijo? —murmuró casi sin abrir los labios.

Martina se vio reflejada dos veces en las enormes pupilas de cristal del vigilante. Estaba aterrada.

—Nada; es decir, me pidió disculpas por haberme empujado —dijo temblando—. Parece que no me había visto.

—¿Nada más? —el GAP la escudriñó de arriba abajo sin soltarla, el cañón de su AK-47 apuntándole al abdomen.

—Nada —dijo Martina recuperando el control sobre sí misma, y sin dejar de empuñar su mano izquierda.

—¿Qué ocurre, compañero?

Lagos se acercó con una sonrisa y el GAP lo miró con gesto mecánico.

—Hubo un contacto no autorizado. Tengo que llevarme a este sujeto para interrogatorio.

Martina dio un respingo y miró al subsecretario con terror.

—Tranquilo, compañero. La señorita es una diplomática de mi mayor confianza. Nos visita desde una nación amiga con la que no queremos tener conflictos. Ella nos ayudará en nuestros intentos por liberar a Latinoamérica del yugo imperialista, compañero.

El GAP lo miró fijamente por unos eternos diez segundos, durante los cuales Martina pudo darse cuenta de que, de alguna extraña forma, Lagos también les temía.

—Pueden irse.

«Pueden irse..., ¿que acaso podría haber detenido al propio subsecretario?», pensó Martina. Pero respiró aliviada y se alejó junto a Lagos hasta llegar al montacargas que los llevaría de regreso a la superficie.

—¿Realmente no le dijo nada?

—Nada, sólo se disculpó por empujarme.

—Perdone las molestias, pero los empleados de Synco están considerados patrimonio estratégico de la nación y son protegidos como el oro. Hablar con eventuales agentes de potencias extranjeras podría dar pie a un cargo por traición. Ya

me entiende.

Martina entendía perfectamente. La densidad de vigilantes había aumentado y en la puerta del montacargas ya no había uno sino cuatro GAP, cada uno con su arma y un pastor alemán amarrado con una cadena a su muñeca.

—Yo me quedo aquí abajo —dijo Lagos al despedirse.

Martina se horrorizó: subiría lentamente con cuatro escoltas calvos en una cabina diminuta. Nadie dijo una sola palabra durante el ascenso y, cuando llegaron arriba, uno de ellos la tomó del brazo y la llevó a tranco rápido hasta la puerta de La Moneda.

—La señorita tiene que retirarse —le dijo al carabinero de guardia, que lo miró sin expresión.

—Comprendido —dijo el oficial, tomando a su vez del brazo a Martina.

El GAP la soltó y se retiró hacia la entrada del montacargas. El policía esperó a que se perdiera de vista y soltó a una Martina que no podía ocultar su temor.

—Tranquila, señorita —le dijo el carabinero—. Ellos son muy raros, pero nosotros no somos así. ¿Quiere un vaso de agua?

—No, muchas gracias —susurró Martina, ordenándose el pelo y sonriéndole aliviada—, mejor me voy.

—Buenas tardes. Gracias por visitarnos y que tenga buen día.

Martina no le devolvió el saludo. Enfiló de inmediato hacia su hotel, a cien metros de distancia, con el corazón encogido y la mano izquierda en un puño. No se atrevía a mirar qué había allí a cielo abierto. Tenía el rostro asustado del muchacho en mente, flotando entre los edificios ministeriales que rodeaban al diminuto palacio presidencial, que ahora le parecía la punta de un iceberg oscuro, la antena visible de un pez abisal que nadaba ominosamente debajo de la ciudad.

Miró de reojo la gigantesca imagen del Che Guevara que colgaba entre los dos edificios que flanqueaban la avenida Bulnes, sobre la cual había avanzado el único avión rebelde que disparara sus misiles contra La Moneda en un ya lejano 10 de septiembre. No notó que, en lugar de la estrella roja sobre la boina del guerrillero, había pintado un logo de Synco, la estrella de ocho puntas del ciberbolivarismo.

—¿Tú sabes, Bernardo, por qué había que conseguir que todo ocurriera el 10 y no el 11 de septiembre?

—Para sorprender a la Armada, por supuesto.

—No. El 11 era martes; el día de Marte, el dios de la guerra, de la furia, de la destrucción. Habrían tenido éxito si el alzamiento hubiera sido el martes. El martes es el día masculino por excelencia, el día para fecundar mujeres. Habrían inseminado a Chile con una semilla duradera, poderosa. En cambio el lunes es el día de la Luna. En el tarot la carta de la Luna es sinónimo de espejismo, de error, mentira, confusión. Es una carta femenina, suave, de respuestas confusas, misteriosas, llenas de dudas, perfecta para el fracaso. La Luna ilumina las cosas con una luz que no es suya sino fantasmal. Aunque, aquí, entre nos, debo decirte que los astrónomos saben que la Luna en realidad no existe, que es una alucinación colectiva. Pero ésa es otra historia.

Su nombre es Armando Valdés, tiene quince años y está muy asustado. Suda y mira en todas direcciones desde su hamaca sobre la sección de tipeos y ordenanzas del círculo central de Synco. Hoy ha vencido su temor y le ha entregado a una desconocida información que había guardado por semanas, enterrada en el fondo de su corazón como una espina envenenada. Datos que podían causar un enorme daño a la maravillosa utopía cibersocialista. ¿Lo merecía? Ahora Armando pensaba que sí.

No sabía nada acerca de esa mujer, sólo que por su acento debía ser extranjera, alguien ajeno al gobierno. Se estaba jugando mucho con ese movimiento, pero sentía que ya no tenía nada que perder.

Había llegado al Orfelinato Estatal Hijos del Pueblo a los nueve años, a fines de 1973, después de meses de extraños cambios de casa, pasando de tíos a primos, luego a amigos, cada vez gente menos conocida, menos amable, más asustada. Hasta esa noche horrible en que los ruidos de una pelea, gritos y estampidos, lo dejaron solo, llorando en la oscuridad y el silencio posterior a un allanamiento violento. Un carabinero amable lo sacó de su escondite horas después y fue trasladado a hogares donde otros niños, más acostumbrados a la calle y la supervivencia, lo redujeron a la condición de objeto. Un ser golpeado, manipulado y ajeno a sí mismo; callado, vacío. Soñar todos los días con él y sus padres en alguna situación feliz era lo único que lo mantenía vivo, pero también lo que le partía el alma cada vez que despertaba. Hasta que a los doce años fue recogido por un par de extraños hombres calvos con lentes oscuros. El día anterior había sido declarado «inadoptable» y por ende el Estado podía disponer de él como considerara adecuado.

Recordaba perfectamente el largo viaje con destino desconocido. Todos los niños del orfelinato hablaban en voz baja de esos viajes de los que nunca se regresaba. Alguna vez oyó hablar a unos enfermeros acerca de unas fiestas adonde eran llevados para atender a agregados militares y embajadores de gustos exóticos. Otros hablaban de trabajos pesados y hasta de tráfico de órganos para financiar las obras del propio orfelinato. Armando sollozaba en silencio, ovillado sobre sí mismo entre dos agentes desconocidos y terroríficos.

El viaje fue largo; el silencio, aplastante. Recuerda como si fuera hoy el instante en que bajó del automóvil y en vez de fiestas o salas quirúrgicas vio una villa de hermosas casas con antejardín y grandes árboles, iluminados con potentes focos. Le pareció que habían viajado horas, pero no lo suficiente para que hubiese anochecido; sin embargo, no había sol, tampoco estrellas. Desde ese mismo día asistió a una extraña escuela vigilada por camarógrafos aislados en cubículos de cristal, con profesores que parecían atemorizados y compañeros de curso que no hablaban con él, o más bien no hablaban con nadie. Les daban un agua de extraño sabor, recuerda somnolencia, luces, buses que se movían entre túneles y espacios a medio iluminar. Camas comunes, la repentina euforia tras el desayuno y jornadas interminables de

estudio y exámenes intensivos frente a pantallas y sistemas de aprendizaje mnemotécnico. Nadie contaba los días, sus compañeros de curso aparecían y desaparecían. Oía discursos susurrados mientras intentaba dormir, frases y términos técnicos que poco a poco comenzaban a cobrar sentido en su mente, como semillas floreciendo y conversando entre sí mientras él soñaba que miraba una pantalla en blanco y una línea de saliva le corría por un costado de su sonrisa.

Un día le ordenaron beber un vaso de agua y despertó horas después, en el interior de un camión militar, junto a otros diez muchachos de su edad. Bajaron, ya de noche, en una villa similar a la anterior, sólo que ésta sí tenía estrellas y la vista de una enorme metrópoli abajo, en el plano del valle.

—Mañana bajan a Santiago a trabajar —les dijo ásperamente un oficial vestido de civil—. El gobierno del pueblo les ha dado una oportunidad de ser útiles para la construcción del socialismo, así que no la desaprovechen. Ahora conocen... cosas que los convierten en valiosos revolucionarios. Ustedes son como la infantería de una revolución armada, los que corren los riesgos, los que pasan penurias, los que pueden caer en la lucha, pero también los que obtendrán el eterno agradecimiento de las generaciones venideras por haber abierto el camino para que pase el hombre libre, el hijo robusto, el nieto hermoso del obrero postergado. ¡Viva el gobierno del pueblo!

Los niños no dijeron nada.

Armando Valdés, como otros miles de operarios centrales de Synco, vivía en una de las decenas de comunidades sobre y bajo la superficie donde se mantenía aislados de la sociedad a los trabajadores de nivel «naranja». Se les consideraba de importancia estratégica y eran protegidos militarmente como tales. Altos muros cubiertos de hermosas enredaderas y trincheras electrificadas, amén de radar y artillería antiaérea, rodeaban las idílicas villas con nombres tan significativos como Lomas de Recabarren o Valle Santa María de Iquique. Constantes sobrevuelos de helicópteros y la presencia permanente de un dirigible artillado sobre sus cabezas les recordaban su importancia. Todas las mañanas ingresaban buses blindados escoltados por *jeeps* y un camión de extrañas características, con una pesada parabólica encargada de la detección, obstrucción y rastreo de señales de cualquier tipo. Al salir de la villa, el convoy era acompañado por una jauría de perros armados que rodeaban furiosos al grupo hasta la entrada correspondiente de Synco, bajo el río Mapocho a la altura del puente Pío Nono algunas veces, o el acceso bajo la Estación Central Ferroviaria en otras. Los ciudadanos comunes veían pasar estos extraños desfiles con pasmosa indiferencia; la tolerancia de la opulencia es el más potente de los anestésicos.

Armando viajaba dentro de esos camiones sin ventanas con la mente en blanco, adelantándose a cada bache y cada curva con la seguridad que da la rutina mil veces repetida. Sólo una vez el bus se había detenido antes de llegar a destino y el griterío que se armó en torno al camión se hizo insoportable. Repentinamente se abrió la puerta metálica y tres militares jóvenes con rostros de horror se apostaron frente a

ellos apuntándoles con sus armas. Ni Armando ni el resto movieron un solo músculo; se sabían importantes, en realidad los soldados los estaban protegiendo. Lo cierto es que eran tan importantes que de haber sido necesario los habrían acribillado ahí mismo para evitar cualquier filtración hacia agentes extranjeros u otras reparticiones dentro del mismo Estado chileno. Una fuga era impensable, un secuestro cerraba automáticamente todas las fronteras, una petición de renuncia era imposible.

Armando trabajaba en el batallón de acopio de datos. Tipeaban directamente en ceros y unos, en un estado de contemplación inducido por psicotrópicos, los datos acumulados en papeles amarillentos, algunos manuscritos, otro apenas legibles. Trabajaban hacinados en largos mesones de madera en tres niveles hacia el techo, en agotadoras jornadas de doce horas, con sondas para recoger la orina y suero inyectado directamente en una cánula incrustada en el cuello de cada operario.

Un día, cierto incidente produjo un pequeño error de ritmo en el trabajo de la fila 35 de los digitadores de información. Armando Valdés detuvo repentinamente su teclado y se quedó paralizado frente a su televisor Motorola de caja de pino, adaptado para proyectar imágenes de documentos. Sus compañeros oyeron el súbito silencio entre el tejido homogéneo de ruiditos metálicos. La conmoción creció en la sala y las miradas furtivas hacia los GAP se multiplicaron. Dos compañeros se miraron aterrorizados cuando uno de los agentes giró la cabeza en dirección al grupo. Los vecinos de Armando le suplicaban en voz baja que continuara trabajando. El GAP le hizo un gesto a su compañero. Otro niño detuvo el tipeo abrumado por la angustia, justo cuando Armando comenzó a sollozar mirando atónito la pantalla, releyendo una y otra vez los caracteres impresos en el papel que proyectaba el televisor. Los GAP se encaminaron hacia el grupo pasando la bala de sus AK-47 y Armando se puso de pie con la clara intención de gritar algo, pero su vecino le dio un golpe fulminante en el estómago, otro lo recibió antes de caer y un tercero gritó «¡¡Médico!!» con toda la fuerza de sus pulmones. Los GAP se detuvieron y llamaron por sus *walkie-talkies* a los enfermeros de campaña, que corrieron con una camilla. Armando lloraba con los puños apretados entre los brazos de sus compañeros. Continuaría llorando y gritando en la enfermería durante toda la tarde, hasta quedar en un silencio del que sólo salió después de dormir la borrachera de una buena inyección de pentotal.

Al día siguiente, resistió sin una queja los interrogatorios y trabajó con más ahínco que nadie una vez que estuvo de regreso «incrustado» en su lugar de trabajo. A veces lloraba un poco, pero no volvió a detenerse, hasta el día en que a lo lejos vio pasar a esa mujer con acento extranjero. Entonces se puso de pie ante la mirada aterrorizada de sus compañeros y se dirigió hacia los pasillos con destino desconocido.

—La verdad no es para todos —dijo el hombre de pelo entrecano, mirando por la ventana. El cerro Santa Lucía se veía hermoso, verde, colmado de antenas lustrosas y brillantes apuntando hacia el cielo—. Tú sabes que hay cosas que las personas comunes no pueden saber.

—No estoy seguro. ¿Qué pasaría si lo contáramos todo? Hoy la gente es más culta que antes, hay medios que permiten que la información llegue a todos.

—Daré lo mismo. No te van a creer. Después lo que vendrá será una horda con antorchas clamando bajo tu puerta, o una orden de detención cumplida silenciosamente en la noche.

—Entiendo.

—No, no entiendes. La verdad no es para todos. La verdad se transmite desde el oído del maestro al oído del discípulo. El mundo real no es el mundo real.

—¿Quién es el comandante Proxy?

—Un aliado. Hay dirigentes en puestos de poder importantes del planeta que no son seres humanos.

—...

—Hay una lucha secreta entre tres facciones por el control de esos puestos de poder. La conquista de América fue una guerra mágica llevada adelante por dos de esas facciones.

—¿Guerra mágica?

—Por el control de un cierto territorio en el plano astral que estaba siendo colonizado por los chamanes americanos. Un territorio que buscaba independizarse y materializarse en nuestro plano, pero la acción de los alquimistas de la Corona española, movilizados por rabinos aliados del Vaticano...

—¡Espera!, espera..., calma.

—¿Ves?, la verdad no es para todos.

—Pero dame una oportunidad, empieza de a poco, nadie se toma una botella de vodka de un sorbo.

—Está bien. Hay personas viviendo en Chile que pueden confirmar lo que te digo. Nobles patriotas que están en la lucha contra el enemigo. Tenemos a Lee Harvey Oswald aquí, por ejemplo. ¿Quieres conocerlo?

—¿Estás bromeando?

—Para nada. ¿Ya viste la cinta de Zapruder? El gobierno la liberó al público como parte de sus disputas internas por el poder. Ahí aparece claramente la cabeza de Kennedy estallando cuando Jackie lo mira a los ojos. John Kennedy fue asesinado por Jackie, que era un escáner soviético, un monstruo psíquico que le reventó el encéfalo cuando intentaba transmitir una señal de auxilio. Jackie la bloqueó pronunciando una palabra oculta, la primera frase que él oyó después de nacer, que como debes saber es el *password* de usuario de nuestra personalidad. Fue una

maravillosa batalla de artes marciales psíquicas. La enseñamos como ejemplo de eficiencia en nuestras academias.

—¿Academias?

—En Isla de Pascua, los minúsculos restos del continente que estaba aflorando en nuestro plano, cuando los españoles llegaron con sus conjuros y su acupuntura negra geodésica. Ese continente iba a ser el opuesto perfecto de Sudamérica, el complemento exacto, un yin y yang geológico definitivo con un delgado pasaje de mar entre ambos.

Ese punto en medio del agua es clave, amigo mío.

—A veces hay que ver para creer.

—Ése es tu problema, creo que tú no eres capaz de ver.

Martina estaba sentada en el borde de su cama desde hacía ya largos veinte minutos. La cara de miedo del muchacho aún permanecía frente a sus ojos, y la frase «Cuénteles al mundo la mentira de Allende» pulsaba en su interior una y otra vez como un latido. Martina estaba atrapada en un *loop*. «La mentira de Allende».

«Papá, papá..., ¿qué significa todo esto?».

Miró hacia la pared donde permanecían abiertas las puertas de la t-Syn y se detuvo en la cámara de televisión que enfocaba su lente negro como ojo de insecto directamente hacia ella, o al menos eso le parecía. Se puso de pie y cerró violentamente los paneles. Caminó hacia la ventana a paso lento. La cordillera se veía rosada, como ofreciendo su rostro al atardecer. «Parece una inmensa ola petrificada esperando caer sobre Santiago», pensó, recordando su primera impresión hace un par de días. Bajó el rostro y levantó su mano izquierda. Un trozo de papel cuadriculado, de colegio, doblado y arrugado por su nerviosismo. En su palma, las marcas rojas de sus propias uñas. Tomó el papel y lo desdobló con cuidado. En una línea escrita a lápiz grafito con caligrafía casi infantil, leyó lo siguiente:

49FFAA\_GRD10.3173\_SYNCOSTGO

Afuera se encendían las primeras luces. Leyó el papel otra vez, varias veces, pero no entendía nada salvo la última palabra, «SYNCOSTGO». En las instalaciones que había visitado durante la tarde había visto archiveros de cartón marcados con palabras de este tipo, referidas a distintas ciudades del país. Lo que fuera que significara el escrito tenía que ver con algo que había ocurrido en Santiago.

«La mentira de Allende».

¿Sobre qué habría mentido el compañero Presidente? ¿Qué había motivado a ese joven a poner en riesgo su vida, la de ella misma y la reputación de Salvador Allende? Martina no entendía nada. Quería convencerse de que sólo era el reclamo de un operario explotado buscando eco en la prensa extranjera. La Unidad Popular ya había tenido que enfrentarse con analistas y observadores de la ONU y la OIT debido a las irregularidades en las condiciones laborales de los trabajadores de Synco. El ministro del Interior había hablado de persecución política y de «intentos del capital internacional por destruir la obra progresista del gobierno del pueblo».

Martina expulsó aire por la boca sonoramente, como un niño, y dejó el papel en la cama; se desabotonó la blusa y enfiló hacia el baño; nada mejor que una ducha para despejar la mente. La jornada había estado agitada y al día siguiente debía estar muy fresca para su reunión con Sergio Onofre Jarpa, presidente honorario del Partido Nacional y principal oponente político de Allende en los días previos al golpe de 1973. Esperaba que él tuviera una visión diferente de lo que había ocurrido en Chile

durante esos meses increíbles.

Las duchas limpian el cuerpo y de paso limpian la mente; son como un rito de paso instantáneo. Se renace un poco cuando se sale mojado desde esa cámara iniciática blanca y hermética como de un útero. Pero Martina no lo consiguió del todo, «la mentira de Allende» pulsaba en su cabeza. El papel la esperaba doblado sobre la cama.

—¿Consiguieron la piedra azul? —preguntó Altamirano en un susurro desde la altura.

Colgaba sostenido por arneses de cuero, cuerdas y poleas dentro de una caja de madera con ruedas, donde era izado para movilizarse de pie entre las precarias instalaciones de su refugio clandestino.

—Al parecer, hace dos días un equipo de comandos consiguió penetrar la brecha y extraer la piedra, señor. Eran ancianos, de los que pueden respirar por los ojos, señor.

Altamirano guardó silencio mientras sopesaba las novedades.

—Ellos quieren la otra piedra, la que está allá afuera, Martín. Esta piedra azul, esta *kallfukura*, es sólo una demostración de poder, estoy seguro.

—¿Qué hacemos, señor?

—Nada, nuestros planes son más importantes y no debemos alejarnos. Falta poco para el día acordado y debemos tener todo listo y revisado de antemano.

—A la orden, señor.

—Espera un poco —agregó, indicando que lo giraran lentamente hacia un costado. Los niños bajo la estructura transpiraban por el esfuerzo, pero obedecían sin dudar—. ¿Sabemos dónde está Stafford Beer?

—Hay tres pistas que se están rastreando, señor. Pero la más segura indica que el señor Beer se encuentra en el sur de Chile elevando una figura circular en una planicie. Dijeron algo sobre una runa de cobre de dimensiones gigantescas.

El mutilado escupió aire y aspiró por la nariz.

—¡Por Dios! Ese tipo no aprende.

## Sábado 8 de septiembre de 1979

La despertaron los preparativos para el desfile militar. El Ejército había adelantado en dos días sus celebraciones de «la victoria de septiembre» para no interferir con las ceremonias por la reelección del compañero Presidente. Los motores de tanques y *jeeps* habían roto el amanecer con sus bramidos y rugidos salvajes. La mujer se levantó bruscamente, se acercó a la ventana sobresaltada y se restregó los ojos. Las cosas parecían algo diferentes esta mañana. No se veía la cúpula característica de La Moneda, aquella que cubría uno de los patios interiores y que habían inaugurado en el primer aniversario del golpe fallido. Quizá era efecto de la oscuridad. Abajo, sobre la calle, unas palabras escritas con brocha en el pavimento: *El comandante Proxy ya viene.*

Martina volvió a la cama. Los sueños que tuvo entonces fueron extremadamente vívidos. Una inmensa aguja descendía del cielo y se hundía a través del Palacio de La Moneda; la Tierra aullaba y se contorsionaba. Los hombres caían por los bordes del cerro. De pronto no era una aguja y lo que presenciaba era la descomunal violación del cielo a la Tierra. Las ambulancias aullaban y el cielo descendía a medida que se cortaban las cuerdas que lo sostenían. El cerro San Cristóbal entraba en una violenta erupción. Arrojaba sangre y cadáveres antiguos que reclamaban su derecho a una tumba con nombre. Ella era la violentada, la madre que pedía por sus hijos muertos, que pedía conocer la ubicación de sus restos. Ella era la Virgen del San Cristóbal sosteniendo entre sus brazos a su padre exánime. Puso el oído en su pecho y escuchó preguntas atroces.

«¿Por qué me dejaste solo?».

Despertó jadeando, con el corazón acelerado. El sol entraba por la ventana. «Yo no te abandoné; tenía mis propias cosas, papá», pensó mirando hacia la cordillera. Frente a su cama estaba su padre vestido de uniforme, un enorme agujero en el parietal derecho. La miraba sin expresión. Dos Hawker Hunter pasaron por fuera del hotel, pausadamente, sin hacer ruido, como una jauría de perros quemándose en cámara lenta; los pilotos voltearon para mirarla y había horror en sus rostros. La herida en la cabeza de su padre era la habitación y alguien hablaba desde el fondo, en susurros.

Tres veces más se durmió y despertó de sus sueños turbulentos. En una de ellas seguía en Venezuela, tenía doce años y abrazaba una almohada; la frotaba entre las piernas y sentía algo cálido. En otra, Santiago no estaba allá afuera, porque nunca había existido. La última vez, se irguió en la cama y miró de inmediato hacia la ventana. La cúpula de La Moneda estaba allí. Suspiró y se levantó, se duchó con agua muy caliente y lloró, pateó, se sentó en la tina a recibir el agua sobre su espalda, se secó el cuerpo en estado de trance, y finalmente se maquilló con cuidado para su

entrevista de ese día. Se vistió con su falda más larga. Luego lloró de nuevo.

En el taxi pensó en las peleas que había tenido con su padre en aquellos años. De ninguna manera su hija iba a viajar a Cuba a encontrarse con esos comunistas. De ninguna manera su hija iba a recibir adoctrinamiento político y paramilitar con instructores soviéticos. Ya había sido suficiente dolor verla ingresar al Partido Socialista a los diecisiete años, como si a esa edad tuviera alguna idea de cómo se organizaba el mundo o qué monstruos había detrás de las consignas y las buenas intenciones de los jóvenes. Su padre siempre le decía que el mundo se había vuelto loco. «Acompáñame a Chile, Martina», le rogaba. «Del Ejército me pidieron colaborar con la reconstrucción de Chile, hija. Acompáñame, eres la única familia que tengo, no me dejes solo».

Martina miraba sin mirar el día soleado. Le dolía el corazón recordar cómo lo había insultado, las cosas horribles que le había dicho, el modo en que tomó cuatro prendas de ropa y se fue al departamento de Camilo a esperar el viaje. «¡Perro, esclavo fascista!», había sido lo más suave que le había gritado. En ese momento recibió la segunda bofetada que su padre alguna vez le diera. No olvidaba su rostro desencajado, mezcla de repudio, ruego y soledad, después de esa última bofetada.

—Este país me está volviendo loca —murmuró.

—¿Cómo dijo, compañera?

—Nada, nada... —miró por la ventanilla buscando algún indicio, alguna pista de algo que ni siquiera sabía qué era—. Oiga, ¿usted sabe algo del comandante Proxy?

—Ah, sí. Parece que es un personaje de monos animados. Mi hijo ve esas cuestiones en la tele que nos regaló el comité vecinal del partido. Me dicen que tenga cuidado, porque a veces los fascistas meten mensajes secretos en los monos para que nuestros hijos sean como esclavos de ellos. Como eso del pato Donald, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Claaaro, pues. ¿No ha escuchado? Dicen que les meten ideas en la cabeza para que piensen cosas raras.

—¿Cosas raras?

—Sí, pueh. Como que un día van a decir una sola palabra y los cabros chicos van a tomar palos y piedras y se van a levantar en armas contra el gobierno. Dicen que eso es lo que están haciendo. Pero yo a los míos los tengo bien vigilados todo el día. Nada de cosas raras, les dije, o los mando derecho a un internado. Son buenos cabros. De todas maneras duermo con un revólver debajo de la almohada. Nunca se sabe.

—Claro, nunca se sabe —repitió Martina, más espantada que antes.

El taxista comenzó a silbar una tonada que ella no pudo identificar. La ciudad se veía expectante. Por todos lados avanzaba gente con pancartas hacia el centro, había calles clausuradas y regimientos de personajes vestidos según el área de actividad que representaban: batallones de mineros con casco y picotas, ejércitos de campesinos con herramientas agrícolas, profesores, pescadores acarreado las largas redes que

usarían en su presentación ante el compañero Presidente. Curiosamente, no se veían felices ese día; parecían más bien una batería heterogénea de combatientes que esperase un bombardeo o la inminente invasión de sus fronteras. Parecían defender algo.

—Aquí a la vuelta está la dirección que me dio —dijo el taxista—, pero la voy a dejar aquí no más, porque si no tengo que darme una vuelta tremenda para volver.

Y sin más explicaciones estacionó y le abrió la puerta estirando una manaza. Martina se vio fuera del automóvil. Lo siguiente fue un escueto «hasta luego» y una nube negra de aceite quemado acelerando por la calle.

«Se acabó la simpatía socialista».

Después de dos cuadras y tres preguntas a los transeúntes, dio con una vieja casona con una placa en la entrada: «Partido Nacional de Chile». Sonrió, repasó cuidadosamente sus preguntas y se juró que no haría nada que hiciera enojar al presidente del partido, empresario agrícola y férreo defensor de los «valores de la patria», como él los llamaba. Sus tres entrevistados anteriores prácticamente la habían expulsado de sus dominios y no quería que éste también fuera el caso. Quería extraer la mayor información posible de este hombre: ya pensaba en el informe que debía presentar a sus superiores del Departamento de Tecnología y Energía venezolano.

—¡Matita, hija! —la saludó Sergio Onofre Jarpa saliendo de su escritorio para darle un beso y tomarle afectuosamente las manos.

—Tío Sergio, qué alegría verlo.

—Por Dios, cómo has crecido —le dijo mirándola de arriba abajo. Luego, con rostro compungido—: ¿Cómo estás?

—Mejor... —sonrió ella con tristeza.

—En cuanto supe lo que había ocurrido intenté ponerme en contacto contigo, pero la policía venezolana no supo decirme dónde te habías ido. Estuvimos muy preocupados por ti, hija.

—Mi padre siempre se acordaba de usted y me decía que cuando volviera a Chile tenía que venir a verlo.

—Y aquí estás, pues, hija —y, volviendo a su escritorio—: Dime qué puedo hacer por ti.

Martina se sentó y se tomó el mentón, como pensando.

—Usted sabe que estoy en misión diplomática en Chile. Tengo dos tareas. Una es hablar con el gobierno acerca de Synco y la posibilidad de llevar la tecnología a Venezuela...

—Ese monstruo no es cosa de Dios, hija.

Martina lo ignoró.

—Y la otra es estudiar el proceso político chileno después del intento de golpe del 73. Queremos aprender de la experiencia chilena. Eso podría ser vital para nuestro propio proceso.

Jarpa carraspeó.

—No entiendo cómo te podría ayudar en esa investigación.

Martina volvió a ignorarlo.

—Don Sergio, para comenzar me gustaría saber cuál es su posición con respecto a la reelección de Salvador Allende.

Jarpa se reclinó en su sillón de cuero, como poniéndose en guardia frente a una agresión sorpresiva.

—Mira, Matita —comenzó con voz grave y pausada—, no me resultó fácil aceptar ser entrevistado por estos temas. Y sólo lo hice por hacerte un favor a ti y en nombre de mi amistad con Eugenio. Así que te pido que no te salgas del marco. La reelección de Salvador es contingente. No quiero tener ni el más mínimo problema con un gobierno que ha entendido que el poder no es sinónimo de cárcel para los opositores, que nos ha tratado de la mejor manera y que coincide con nosotros en muchos puntos, más de los que hubiera pensado algún día.

—Justamente de eso quiero hablar —dijo Martina, sentándose al borde de su silla y apuntando a su interlocutor con una grabadora Sony, una maravilla del tamaño de una caja de zapatos—, de cómo fue que llegaron a coincidir a partir de visiones tan diferentes. Ustedes defendían la integridad de la nación frente a lo que consideraban una amenaza. Suponían que la llegada de Allende era la cabeza de playa para una invasión soviética o cubana.

Jarpa se removió en su sillón.

—Mira, Martina. Nuestro país tiene una tradición muy especial. Nos criamos entre cordilleras, océanos y desiertos; un poco aislados de todo, ya me comprendes. Bajo el amparo de la Iglesia católica, que está profundamente arraigada en el corazón de todos los chilenos, hemos construido una sociedad capaz de resistir las influencias extranjeras, con sus *hippies* y marxistas sin patria. No nos íbamos a quedar de brazos cruzados mientras les metían tonteras en la cabeza a los niños. Iban a llegar profesores cubanos a enseñar en nuestras escuelas. Expertos rusos en lavados de cerebro iban a enseñarles a disparar, el servicio militar se iba a hacer en Angola. Estos gallos tienen el odio metido adentro. Chile se iba a caer a pedazos, Martina.

Ésta había estado observando las fotografías en la pared. Imágenes de Onofre Jarpa con un cardenal chileno, vestido de huaso montando a caballo, en un bautizo, una foto de viñedos con un niño escondido tras una parra; también una imagen tradicional del Sagrado Corazón de Jesús y un diploma del Club de Huasos.

—Si le parecía tan horrible el plan de la UP, ¿qué lo llevó a unirse en un pacto político con ellos cuando todo parecía perdido? Hay quienes piensan que la derecha hizo todo lo posible por desestabilizar al gobierno, que recibieron dinero de Estados Unidos para financiar periódicos y radioemisoras en un plan de desinformación y propaganda. Que apoyaron grupos de choque de ultraderecha, que complotaron...

—A ver, a ver, a ver —Jarpa frunció el ceño y forzó un pequeño silencio antes de retomar la palabra—. Ni yo ni nadie que yo conozca «complotamos» para desestabilizar a nadie. La verdad es que ellos se hundían solitos, sin nuestra ayuda.

Tampoco sé nada de esos dineros que dices que recibimos. Nuestras campañas se hacían con los aportes de chilenos patriotas, gente que merece todo nuestro respeto. Ellos expusieron su integridad combatiendo el cáncer marxista.

—No fue mi intención ofenderlo, sólo repito lo que se decía en esos días...

—Ése es el problema, pues. El dinero marxista fluía por todo el mundo para difamar a las personas que han hecho grande a este país. Personas que con su esfuerzo levantaron campos y tierras de cultivo, estancias con sus rebaños, dando trabajo a millones de personas, ¿para qué?, para que de un día para otro llegaran los marxistas a las casas de gente ignorante que no supo distinguir en sus mentiras.

»Durante doscientos años hubo una convivencia armoniosa entre los patrones y los inquilinos; un trato cariñoso, duro a veces pero cariñoso, porque ellos son como niños, ya sabes, de repente hay que ponerse pesado porque no saben lo que les conviene. Algunos apadrinaban a los hijos de sus trabajadores, yo mismo una vez le pagué una operación de cataratas a un caballero que tenía sus años y que había trabajado para mi padre. Todo eso se perdió cuando llegó el marxismo a sembrar el odio, contando mentiras para producir tontos útiles, carne de cañón para sus tonteras.

—Ahí está mi gran duda, tío.

—Don Sergio, preferiría.

—Don Sergio. Cómo visiones tan contrapuestas pudieron coincidir en un acuerdo que finalmente salvó al país de irse por el barranco. El general Pinochet...

—No pronuncies ese nombre en esta casa. Aquí de los traidores no entra ni el nombre.

Martina lo miró sorprendida.

—Es que él dice que...

—Augusto es un oportunista. Te aseguro que, si lo pillábamos con otro humor, otro gallo habría cantado en Chile.

—Él piensa que el Ejército salvó al país al eliminar la sedición en el seno de las Fuerzas Armadas.

—Qué tontera, pero no me extraña viniendo de quien viene.

—El ministro Flores piensa en cambio que fue la puesta en marcha de Synco lo que pacificó el país. Que una vez que se resuelven los problemas básicos de la gente, desaparecen las razones para oponerse.

—Synco no es cosa de Dios. ¿Deberíamos trabajar para una máquina, acaso? Eso no es natural. Te aseguro que esa cosa luego nos va a vigilar desde nuestras casas, con cámaras y micrófonos y esas leseras eléctricas. Se les va ir de las manos, escúchame lo que te digo.

Jarpa tenía sus manos unidas, como rezando. A Martina le sonaba ingenuo el discurso del político, pero lo cierto es que no sabía qué pensar.

—Synco sacó adelante la producción, eso es un hecho.

—Una tontera. Ni la intervención militar ni el despegue productivo aseguran la paz y estabilidad de todo un país. Sólo un amplio acuerdo político puede hacer el

milagro.

—Por supuesto, entonces le repito la pregunta: ¿cómo fue posible ese acuerdo entre visiones políticas tan contrapuestas? ¿Tuvieron que ceder mucho?

—¡No retrocedimos ni un centímetro! —el político levantó el índice y las cejas en un gesto teatral—. Era el Presidente el que ya no podía más con la situación. Se vio acorralado por el desastre económico, las huelgas en su sector, la certeza de que su propia coalición quería verlo fracasar para acelerar la llegada de los cubanos, y con ellos la dictadura del proletariado. Fue él quien se asustó con el golpe fallido. Entendió que no podía seguir gobernando sin la derecha y nos llamó. Dejó de lado su orgullo y nos llamó. Pensamos negarnos, pero el supremo amor por la patria nos llevó a reunirnos con él a fines de septiembre de 1973. Le exigimos una serie de garantías a cambio de nuestro apoyo. Se le veía desgastado y negoció todo muy mal. Al final acordamos un nuevo «estatuto de garantías» que suponía un bozal para la UP y sus aspiraciones prosoviéticas. Ellos renunciarían a internacionalizar su movimiento violentista y nosotros aprobaríamos un programa de reconstrucción; muchos de nuestros puntos fueron aprobados sin ninguna condición.

—Entiendo.

—No lo creo, nadie que no sea chileno puede entender el enorme apego que sentimos por nuestra patria.

—Yo también soy chilena, por si no lo recuerda, don Sergio.

—Naciste aquí solamente, no es lo mismo.

—No hay problema, no vinimos a discutir sobre eso —cortó Martina—. Quedamos en que la Democracia Cristiana y el Partido Nacional firmaron un acuerdo con la UP para...

—No, no, no... Ellos nos llamaron y ellos firmaron un acuerdo con nosotros. Allende estaba políticamente muerto, nosotros lo salvamos a cambio de que se olvidara de los marxistas de La Habana y se comprometiera con una verdadera socialdemocracia, que por lo demás no es un modelo tan diferente del que propiciamos nosotros; con otro nombre, por supuesto.

—Pero usted quería un golpe y un gobierno duro, anticomunista.

—¡No, hija! Nosotros queríamos liberar a Chile.

—¿Y cómo detuvieron el intervencionismo de Estados Unidos y las acciones de sabotaje de la ultraderecha?

—Te reitero que no tengo idea de eso, apenas tenían para comprar balas. Bueno, en su desesperación esos patriotas llevaron a cabo algunas maldades, pero con la mejor de las intenciones.

—Pero, don Sergio, esas «maldades» incluyeron el asesinato del general Schneider, el del edecán Arturo Araya y el de la mujer y el hijo del general Pinochet...

—Se vieron obligados. Eran jóvenes idealistas que no recibían paga de nadie. Todo fue hecho a pulso, con el dinero y los cojones de patriotas que no querían que el

marxismo se adueñara de nuestro país para transformarlo en una segunda Cuba y convertirnos en robots, todos vestidos iguales. Cuando ese riesgo desapareció, gracias a nuestra intervención oportuna, ellos regresaron a sus casas.

—Mmm, le recuerdo que no volvieron a sus casas, don Sergio —agregó Martina, como quien sorprende a un alumno en falta—: asesinaron a mucha gente, fueron enjuiciados y fusilados...

—Bien, a algunos se les pasó la mano y pagaron como corresponde, ¿no?

—¿Se les pasó la mano? ¿Usted se refiere a la Matanza de Todos los Santos, cuando Patria y Libertad ajustició a dos mil activistas de izquierda?

—Creo que se me hizo tarde, Martina. ¿Te puedo servir en algo más?

La invitación era claramente a retirarse. Su tendencia a restregarle en la cara sus defectos y zonas oscuras a cualquiera que tuviera delante había emergido nuevamente. Ya le quedaban pocos años para seguir justificando su conducta como mera insolencia juvenil: era un defecto congénito.

—Sólo una pregunta más.

Un defecto que sólo era superado por su descarada terquedad.

—¿Se arrepiente de haber colaborado con la UP?

—Ni por un solo segundo —repuso enfático Jarpa, enarbolando su dedo índice como un arma—. Íbamos derecho a un abismo y nadie se atrevía a ver más allá. Las dos posibilidades eran aterradoras: una dictadura del proletariado y el fin de nuestro país como lo conocíamos, o una dictadura militar sangrienta como hay muchas hoy en América Latina. Por eso el Acuerdo de Octubre me hace sentir orgulloso de ser político, y te aseguro que quedará en la historia como el momento en que Chile le dijo no a la esclavitud marxista.

—¿Cree usted que este modelo de cooperación política se pueda replicar en otros países de Sudamérica?

—Las circunstancias de Chile han sido extraordinariamente singulares. Pero creo que el modelo, con modificaciones, sí podría ser replicado. La estabilidad se consigue con grandes acuerdos en torno a las necesidades de un país; es fruto del amor a la patria, de poner por encima de cualquier mezquindad los objetivos sublimes que Dios le ha impuesto a cada nación. Por ahí debe empezar el resto de Latinoamérica, después vendrá la producción, después vendrán los militares a resguardar el acuerdo. Lo primero es la patria.

La puerta de la casona se abrió con un ruido añoso. Martina salió de la sede del partido callada y pensativa; la escalera de mármol hizo resonar sus tacones mientras la réplica de Jarpa bajaba dando tumbos por el costado de su memoria: «Lo primero es la patria». La patria, qué concepto más extraño, ¿podía ella ser una patriota? Este Chile que había encontrado no se parecía en nada al que había dejado años atrás. En Venezuela siempre fue «la chilena Aguablanca». Sin duda su patria era su padre, el único pedazo de Chile que viajó con ella al exilio, el único pedazo de Chile que reconocía como tal. Los recuerdos de su padre terminaron convirtiéndose en los

propios, sus anécdotas eran las suyas, y sus conversaciones en el balcón de Caracas, el momento para viajar al pasado, la única patria verdadera de la que siempre nos exilian. La patria de Jarpa también era una fábula, una idealización un tanto ridícula, que él se negaba a abandonar.

—¿A usted sí la dejaron entrar? —le dijo un extraño que la tomó del hombro.

Martina saltó asustada.

—Perdón, ¿cómo dijo?

—A mí no me dejan entrar. Llevo meses intentando hablar con Jarpa, quizá con el cabro Allamand. Pero no hay caso.

Martina intentó avanzar, pero el tipo, de traje elegante, corbata impecable y cabello muy corto, le cortó el paso con un pequeño movimiento de cadera.

—A lo mejor si usted les pide que me reciban.

—Disculpe, pero no sé quién es usted...

—Esos futres les metieron el diablo en el cuerpo a los militares; algo les hicieron, porque ya no entiendo nada. Tengo sueños, a veces me duele todo. He despertado en la madrugada y estoy en otro lugar. Mi señora no está, escucho gritos. Tengo algo que ellos no saben.

Martina miró atemorizada a su alrededor y se percató de que dos GAP los observaban a la distancia. El tipo le acercó su aliento fétido al rostro y le susurró al oído.

—Yo debería ser un teniente en un lugar llamado Villa Grimaldi.

—Perfecto, le creo —dijo Martina intentando zafarse.

—Una vez desperté y estaba atrapado dentro de mi camarote. Mis piernas estaban *dentro de la madera del camarote*, no sé si me entiende. Grité, pero nadie vino hasta que volví a quedarme dormido por el cansancio. Desperté en otro lugar, igual al anterior, pero estoy seguro de que era otro lugar.

—Le creo, le creo —se zafó Martina, que veía con horror que los GAP se acercaban a ellos—. Ahora tengo que irme.

No miró hacia atrás hasta llegar a la esquina. Un resplandor percibido con el rabillo del ojo la hizo volverse. Pero ya no había nadie. En el suelo, un rayado:

*¡¡El comandante Proxy ya viene!!*

—¿Es cierto que el compañero Presidente no está ahí realmente?

—Es cierto, Bernardo.

—Pero yo lo he visto...

—Viste lo que ellos quieren que veas.

—¿Quiere decir que es un doble?

—Quiero decir que las personas construyen las realidades, no al revés. Ése es el principio de la magia y la razón de que estés aquí conmigo hoy.

—Pero, ¿es un doble?

—No, es una imagen creada colectivamente, como la Luna, como la muerte, como algunos santos y algunos bosques. Yo he visto a Salvador pronunciar unos discursos ardorosos y conmovedores desde el balcón de La Moneda, y después de los aplausos, retroceder lentamente hacia la oscuridad y desvanecerse porque ya nadie lo está soñando.

—¿Quién maneja el gobierno, entonces?

—Él, sin duda.

—¡Pero me acaba de decir que no existe!

—Yo no dije eso.

El teclado Underwood de la t-Syn que manejaba Martina tenía algunas teclas borradas y otras con la letra correspondiente redibujada a mano con bolígrafo azul.

«Acuerdo de Octubre» y «Matanza de Todos los Santos», tecléo a toda velocidad. Jarpa no era tonto, pero sus argumentos eran de una debilidad espantosa. Nadie lo obligaba a refrendar ese acuerdo político, ¿o sí? Es más, la situación se veía tremendamente favorable para él y su gente, un golpe militar habría significado que ellos asumieran los cargos administrativos, las embajadas y las reparticiones públicas del nuevo régimen. Nadie lo obligaba a ese acuerdo de última hora, ¿o sí?

CCC.t-Syn.0908.scl

20:43:19

>entrada>goto>Acuerdo de Octubre>list

*Enciclopedia popular Quimantú para t-Syn*, 23 de febrero de 1976

«Es el acuerdo firmado por el Presidente de la República, don Salvador Allende Gossens, y los presidentes de los partidos Demócrata Cristiano, don Patricio Aylwin, y Partido Nacional, don Sergio Onofre Jarpa.

Se trata esencialmente de un marco regulatorio para las actividades gubernamentales. Políticamente se constituyó en un pacto de no agresión que permitió superar las diferencias entre comunidades políticas y garantizó la gobernabilidad del país en una época de fuerte incertidumbre tras el fallido golpe de Estado de septiembre de 1973 y los rumores de autogolpe que provenían de la oposición».

*Enciclopedia popular Quimantú para t-Syn*, 15 de febrero de 1976

«La Matanza de Todos los Santos es el nombre con que popularmente se conocen los hechos del 30 de octubre de 1973, entre las 20:00 h del día 30 hasta las 5:30 del día 1 de noviembre, según las investigaciones. Durante ese período, células del grupo terrorista Patria y Libertad habrían “ajusticiado” en sus hogares a más de dos mil doscientas personas vinculadas a aparatos y organizaciones de ultraizquierda, en la peor masacre política de la historia nacional. La operación, cuyo nombre en clave era “Bulgaria”, fue asesorada por grupos paramilitares de ultraderecha.

La operación causó una enorme conmoción pública. Los cadáveres fueron arrojados a la vía pública en diversos sectores de la capital, algunos expuestos en situaciones grotescas. Baste recordar los restos de Rodrigo Puga, veinte años, encontrado colgando desde el incensario central de la Catedral de Santiago; o los restos mutilados de la dirigente vecinal vinculada al MIR

Claudia Arangua, dieciocho años, cortada en cuarenta pedazos que aparecieron clavados en la pared norte del edificio de la Unctad formando un signo rúnico; o el cadáver de Jaime Miranda, diecinueve años, dirigente del Movimiento Obrero Campesino, que colgaba con ganchos de carnicero bajo el puente Pío Nono, cada gancho pintado de blanco, azul y rojo. O la horrible muerte de Paola Cavaletto, diecisiete años, amarrada de pies y manos y con veinticinco ratones moribundos dentro de su estómago. Todos tenían algo en común: un limpio balazo en la nuca, una bala calibre 38 con inidentificables marcas en la punta.

El propio compañero Presidente lloró ante las cámaras exclamando: “¡Esto es el fascismo, compañeros! ¡Esto es el fascismo!”. Y en una reunión con familiares de las víctimas se comprometió a disponer de toda la fuerza y capacidades del Estado en la búsqueda de los responsables de los crímenes más atroces que recuerde la historia chilena».

*La Tercera de la Hora*, 4 de noviembre de 1973

«Esta mañana, el prefecto de Investigaciones Joaquín Valdés Scheggia dio a conocer a la opinión pública que las investigaciones acerca de la Matanza de Todos los Santos han concluido en forma satisfactoria. Se habría comprobado fehacientemente que todos los asesinatos fueron cometidos con munición proveniente de una misma serie, lo que establecería que las operaciones corresponden al menos a un mismo grupo, que estaría plenamente identificado.

Al mediodía, y tras ser informados del fin de las investigaciones, un grupo de delegados de todos los partidos del espectro político chileno se dio cita en La Moneda para entregarle sus condolencias al Presidente de la República».

*La Tercera de la Hora*, 5 de noviembre de 1973.

«En un enfrentamiento en calle Condell, en el sector de Providencia, cayeron abatidos doce integrantes del grupo terrorista Patria y Libertad, aparentemente vinculados al asesinato de militantes de izquierda en el hecho conocido como Matanza de Todos los Santos. Esta acción se suma a otros crudos enfrentamientos entre integrantes de la agrupación clandestina y fuerzas policiales acaecidos durante horas de la madrugada. El estado de excepción que rige en el país permite el enjuiciamiento sumario de los acusados. Fue el caso de Roberto Thieme y otras quince personas, todas buscadas por asesinato con alevosía, quienes fueron ejecutadas sumariamente en la misma casa de seguridad donde se escondían, ubicada en la calle Carlos Ossandón con avenida Príncipe de Gales, comuna de La Reina.

La ciudadanía se encuentra muy conmocionada y muestras espontáneas de apoyo al gobierno se suscitaron hoy frente a La Moneda, donde los transeúntes exclamaban a viva voz “¡Mano dura, Salvador!”».

*La Tercera de la Hora*, 6 de noviembre de 1973

«A trescientos cincuenta se eleva el conteo de ejecuciones sumarias realizadas por las Fuerzas Armadas y de Orden, que en rápidos operativos dieron cuenta de los asesinos que el pasado 31 de octubre masacraron sin contemplaciones a 2200 luchadores por los derechos del pueblo.

Se investigan conexiones con elementos golpistas en servicio en la Armada».

—————end of printing

Martina se reclinó sobre la silla y suspiró. Caminó hacia la cama y miró de reojo el papel que yacía abandonado sobre su velador. El rostro del operario de Synco volvió a aparecer frente a ella. «Cuénteles al mundo la mentira de Allende».

¡Cuál mentira, por la cresta! Todos admiraban al Chile de Allende. El compañero Presidente sacó a un país completo del abismo, le quitó la pistola de la mano a todo un territorio. ¿La mentira de Allende? Pendejo huevón, de qué mentira estaba hablando. Todos querían un Allende para sus propios países. Estúpida ella, por prestar oídos a un niño imbecil. Quizá ese día lo castigaron o encontraron faltas en su desempeño y quiso vengarse.

Meneó la cabeza como buscando deshacerse de sus pensamientos. Miró hacia fuera y vio la gran antena negra con forma de serpiente emergiendo desde la cúspide de la cúpula acristalada sobre el Patio de los Naranjos. Las tropas realizaban el cambio de guardia y preparaban las rutinas del día siguiente, en que resguardarían las instalaciones durante el gran desfile de celebración. Los militares se veían nerviosos. Todos parecían nerviosos.

La curiosidad es más grande. De todas maneras quería saber qué significaba ese papel: prestarle algo de atención no significaba nada, no significaba que le creyera y no le quitaba tiempo a su investigación. Estiró la mano, cogió el papel arrugado y se acercó al teléfono.

—Aló, pana. Sí, yo. Necesito que me consigas un experto en informática que pueda aclararme algunas dudas... No, no me estoy metiendo en problemas, mi negro, era sólo una visita de cortesía para investigar el tema de mi informe. Tranquilo, chico, que sé que es de la oposición y no estoy ofendiendo a nadie..., eh... ¿puedes conseguirme ese dato o no? Okey, te espero —la mujer suspiró y miró hacia la cordillera. Por el rabllo del ojo creyó ver algo extraño en el edificio de enfrente: unas gafas oscuras que reverberaban al sol—. Aló, pana, aquí estoy. Espérame para anotar.

Perfecto..., te debo otra querido, si sigo así solo podré pagarte con mi cuerpo, ja, ja, ja... Pero, hombre, qué mal humor. Tranquilo, que no haré nada fuera de lugar. Adiós.

Luego pensó en un buen lugar para ocultar la nota.

—Es cierto, señor. Si no encontramos fuentes de energía viables, Chile colapsará en tres años.

—¿El cálculo no es exagerado?

—Digamos que es optimista. Cada cuadrante de Synco consume 150 kilowatts por minuto. Multiplique eso por la cantidad de cuadrantes habilitados y le darán ganas de salir huyendo.

—Tenemos formas de enfrentar esta crisis, sin duda; supongo que el Instituto Miguel Enríquez estará trabajando en ello, ¿no?

—Ni la generación tradicional de energía eléctrica ni la producción de combustibles fósiles son viables. Tenemos a un equipo de suizos investigando lo que se sabe de la física escalar de Nikola Tesla. Maturana está recibiendo las alternativas propuestas por los *think tanks* en la Patagonia; está el grupo de Pacheco desarrollando el flujo Weissen-González y..., por supuesto, está el Instituto de la Tradición, con Ziley Mora.

—Me está hueveando. Supongo que no tiene gente ayudando a esos lunáticos...

—Están apadrinados por Miguel Serrano, señor. No creo que sea prudente ignorarlos. Están pidiendo apoyo para un viaje de investigación a Isla de Pascua.

—¡¡¿Qué?!!

—Quieren llevar a un grupo de machis para que hablen con los ancianos de la isla.

—Okey, okey.

—Y quieren traer cuatro moais al continente para sus investigaciones.

Lo que quieren es llevarlos hasta la cima del cerro El Plomo, señor.

El enlace político de La Moneda con el Instituto Miguel Enríquez de Nuevas Tecnologías se sentó en su silla de cuero y se tomó la cabeza con las manos.

—Denles todo el apoyo que necesiten.

—Eso pensé, señor.

CCC.t-Syn-0908.scl

12:43:19

>entrada>goto>flujo Weissen González>list

«El flujo Weissen-González nace de la observación realizada en el ciclotrón de la Universidad de Chile durante las Cuartas Jornadas Internacionalistas de Ciencias Aplicadas de junio de 1976, realizadas en la sede de la Universidad en San Pedro de Atacama. El físico y premio Lenin de Ciencias, Dr. Andrés González López, observó extrañas fluctuaciones en la energía liberada por el choque de partículas. La meditación zen a la que se entregaba cada mañana le permitió vislumbrar la salida del Sol como la irrupción de un gran agujero en el cielo por donde ingresaba calor e información discernible. El paso siguiente fue iniciar una serie de experimentos entendiendo la liberación de energía atómica como la apertura de un agujero.

El profesor Dietrich Weissen, físico austriaco expulsado de la Universidad de Viena por su filiación comunista, se asoció con el Dr. González y completó la figura general con una osada teoría que entiende los agujeros González como fisuras que nos comunican con otros universos. El estallido atómico como la irrupción de energía de otro universo extraordinariamente más denso y contiguo al nuestro.

El flujo Weissen-González es la figura que permitiría utilizar el flujo de materia entre universos de distinta densidad como un motor generador de energía. Teóricamente, funcionaría como represas interdimensionales. Un agujero en la represa moviendo turbinas generadoras. La acumulación de “materia inmigrante”, como se le llama a los residuos que ingresan a nuestro universo, no superaría las dos toneladas anuales y se almacenaría en cajas de estática que eventualmente se arrojarían al espacio profundo.

Tras un cuadro febril a raíz de una intoxicación con peyote, el doctor González entró en crisis e identificó ese otro universo como el “infierno” de los relatos tradicionales, un espacio candente, de enormes presiones, maligno, radioactivo. Habló entonces con profundo terror de “aquellos que buscan regresar”. Reiteradamente intentó destruir la información del proyecto, hasta que fue detenido y llevado a un asilo de ancianos en Puerto Aysén, donde hoy goza de toda la hospitalidad y agradecimiento del gobierno del pueblo por sus investigaciones».

Carlos Altamirano tiene su ojo bueno desenchajado y mira a un punto indefinido de la habitación. Casi no respira. Se muere. Su mano apenas se arrastra hacia un interruptor de plástico. Un timbre de campana rasga el silencio de los subterráneos con su alarido histérico. Todos corren desesperados, la cama del anciano se ve rodeada de niños que se tropiezan y hablan a gritos; algunos lloran, otros se abrazan, los mayores mueven mecanismos, abren llaves de paso, se escuchan martillos y órdenes. Cuatro mayores se suben a extrañas bicicletas sin rueda delantera y comienzan a pedalear frenéticamente, hasta que las ampolletas montadas sobre un mueble junto a la entrada comienzan a encenderse una a una. Los gritos cesan poco a poco, hay suspiros y voces tranquilas, sólo el más pequeño solloza en una esquina.

—Ponle unos temas de Charlie Parker —dice un mayor, dirigiéndose a la ventana que da al centro de control y evaluación del ilustre decrepito—. O mejor ponle esas grabaciones que lleva días escuchando. Déjalas girando hasta que despierte completamente.

La sala va quedando vacía, a excepción de los cerdos amarrados y sedados bajo la cama, y de los guardias que el mayor dejó a cargo de la vigilancia nocturna. El único sonido es el de los insectos que zumban dentro de las ampollas de vidrio que cuelgan del techo; ellos filtran el aire y la estática de la habitación.

Cada día circula menos gente por la sala. Altamirano da instrucciones en código morse a los batallones que duermen en las barracas sobre el nivel de su habitación. La dirección en terreno está a cargo de Martín, un musculoso adolescente que empuja un carro de madera con ruedas de motocicleta que contiene una enorme y pesada cámara de televisión. Son los ojos y oídos de «el Tata». Cada sala contaba con uno de esos carros, que recibían y enviaban imágenes al panel instalado sobre el cielo raso de la habitación del mutilado. Los rusos llamaban «Kontrol» a ese prototipo, un constructo caótico de pantallas y tubos al vacío, radios de onda corta, transmisores y micrófonos radiales que bajaban con elásticos y poleas hasta el nivel de la camilla de hospital, pintada blanca por Luchín, el regalón del tata.

Esa noche, Altamirano esboza una mueca ridícula, una sonrisa de borracho. Por los altoparlantes se oye la voz altisonante de un hombre luchando por emerger desde el océano de estática como una figura en la niebla, apenas audible, pero a la vez clara y contundente.

«... mente Radio Magallanes será acallada y el... de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa... Siempre estaré junto a ustedes... menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria...».

—Buenas tardes, necesito pedir un taxi, pero al parecer mi t-Syn tiene un desperfecto —Martina había intentado moviendo todas las teclas, perillas e interruptores, pero el ojo gris del t-Syn no daba ninguna señal de vida—. ¿No puede pedir un taxi? Pero es ridículo, ¿qué hacen con la gente que no logra hacer funcionar su t-Syn? ¿Se van a pie hasta el aeropuerto?... Me dice que las t-Syn nunca se dañan, pero tengo una frente a mí que opina todo lo contrario, señor. Sí, los técnicos de Synco son los mejores del planeta y del universo conocido, pero..., no, no me estoy burlando. Hey, pana, aquí la cliente soy yo y te exijo un trato... ¡Nadie ha dicho esclavo, por Dios! Y claro que éste es un país libre... ¿Aló?... ¿Aló?

Diez minutos más tarde, Martina esperaba frente al mesón del hotel con su peor cara de perro. El encargado sencillamente la ignoraba. Lo intentó todo, lo llamó, tocó la campanilla, incluso silbó, pero el hombre nunca se dio por enterado. Martina esperó cinco minutos más hasta que se apoyó de espaldas en el mesón y vio a través de la puerta a un taxi estacionado en la entrada. Salió casi corriendo.

—¡Eh, compañero!... —exclamó levantando su mano hacia el conductor.

—Adónde la llevo, compañera —respondió éste con una sonrisa.

—A la calle Ricardo Lyon, por favor. Las oficinas de IBM en Chile.

Minutos después el vehículo subía por la Alameda en dirección a Providencia inmerso en una nube de música cubana, sonora, pastosa, de letras con sabor a ron y pólvora. Era casi el único ruido que oía, las calles estaban prácticamente vacías. A las dos de la tarde se cerrarían definitivamente para recibir la infraestructura necesaria para el magno evento del día siguiente. Ya se podían ver arrumbadas a un costado de las calles las barreras que contendrían al público, algunas galerías a medio armar y muchos mástiles para embanderar el trayecto que haría el compañero Presidente desde su casa en Tomás Moro hasta el escenario de tres pisos de altura dispuesto frente a La Moneda, desde donde encabezaría el desfile de celebración.

—Si mira hacia su izquierda podrá ver parte del monumento *Lo imposible no existe*, de Matías López Zamudio —dijo el chofer, ensayando su discurso de guía turístico.

—Sí, lo sé, ya estuve allí.

—Es verdad..., ayer a mediodía —agregó el taxista a media voz.

Martina sintió un hielo bajando por su espalda.

—¿Cómo...? ¿Quién le dijo? —agregó desconcertada, mirando en todas direcciones y percibiendo algo amargo que subía por su garganta.

El taxista giró la cabeza y le sonrió.

—Sólo me pidieron que la protegiera, compañera. Me dicen que alguien podría querer hacerle daño. Hay muchos enemigos de la revolución que matarían a una joven como usted sólo para ocasionarle problemas diplomáticos al gobierno del pueblo.

Martina analizó sus casi nulas opciones de huida.

—¿Y por qué alguien querría hacerme daño precisamente a mí? —intentó conversar, preguntándose dónde la estarían llevando realmente.

—Así son los fascistas, pues —respondió el hombre con voz severa—; irracionales, llenos de odio. Harían cualquier cosa para dañar la imagen del compañero Allende. Y ni usted ni yo queremos que eso suceda, ¿no es cierto?

Martina ensayó la actitud que se esperaría de un funcionario diplomático en esas circunstancias.

—Sepa usted que soy representante oficial de la república venezolana, y mi gobierno no tolerará...

—Lyon con Providencia, compañera —dijo el taxista frenando el vehículo—. Las oficinas de la IBM... Aunque me pregunto por qué necesita ir a una compañía imperialista a hacer preguntas sobre informática, teniendo a su disposición toda la ayuda de nuestros técnicos, compañera —gruñó antes de cerrar la puerta y partir a gran velocidad por una calle vacía.

Santiago parecía una ciudad fantasma aquel día.

El edificio era antiguo. Una pequeña placa de bronce con el logo de la IBM era el único indicio de que una de las compañías más modernas del mundo tenía allí su cuartel general en Chile. Subió por una escalera de mármol. El pasamanos estaba hermosamente trabajado en hierro forjado y bronce de calidad. Interiores amplios. Amor por el oficio.

—Buenas tardes. Necesito hablar con un especialista en informática —dijo a una sonriente secretaria.

—Por supuesto, ¿de qué especialidad se trata?

—La verdad es que no lo sé, algo general..., archivos, creo. Vengo de la Embajada de Venezuela y tenemos un problema con nuestro sistema de archivos.

La secretaria la miró condescendentemente y llamó a alguien desde su citófono.

—Oficina cuatro, por favor. El señor Michael Townley la va a atender.

—Muchas gracias.

—Nikola Tesla era un adelantado a su época.

—Sí, estuve leyendo sus libros de notas. Sobre todo las referentes a la transmisión inalámbrica de energía. Con el requerimiento actual de consumo eléctrico se vuelve un tema muy interesante.

—Energía de punto cero. Tuvimos un diálogo con él hace un par de años y nos contó algunos detalles fascinantes de su trabajo con electromagnetismo...

—Pero, señor... Tesla murió en 1943.

—Sí, claro, hablamos a través de uno de nuestros aparatos de radio de onda corta modificados. Él está construyendo una antena en el Más Allá junto a otros físicos e ingenieros; es el proyecto Aurora. Cuando conseguimos establecer contacto constatamos que sus avances son portentosos. Por cierto, el contacto lo hacemos con uno de los Nikola Tesla posibles, aquel que murió en 1943 en nuestro universo. Sabemos de la existencia de al menos cuarenta y ocho versiones de su espíritu.

—¿Han podido hablar con alguien más?

—Seguro. Estamos llevando adelante un ambicioso proyecto con un grupo de gente que aún no ha nacido. Se trata de planear un linaje programado en detalle, eligiendo madres para reencarnaciones de personajes específicos; así nos infiltramos en las familias más poderosas. El próximo paso, en un futuro que me temo aún lejano, es trabajar en eugenesia astral. Depurar nacimientos y reencarnaciones en corto plazo para eliminar cargas kármicas.

—No entiendo.

—Hacer nacer a una persona varias veces en el lapso de un mes.

—Pero..., cómo.

—Lo matas, nace, lo matas de nuevo y así..., unas quince veces en el mes. No sé cómo llamarlo, ¿alquimia astral? ¿Proceso de depuración kármica? A los pabellones donde experimentamos les llamamos «refinadoras». Pero todavía estamos en pañales.

—Pero...

—Queremos un batallón de santos. El ejército del Señor.



Salvador Allende escoltado por un GAP durante ejercicios de seguridad en La Moneda, mayo de 1977.



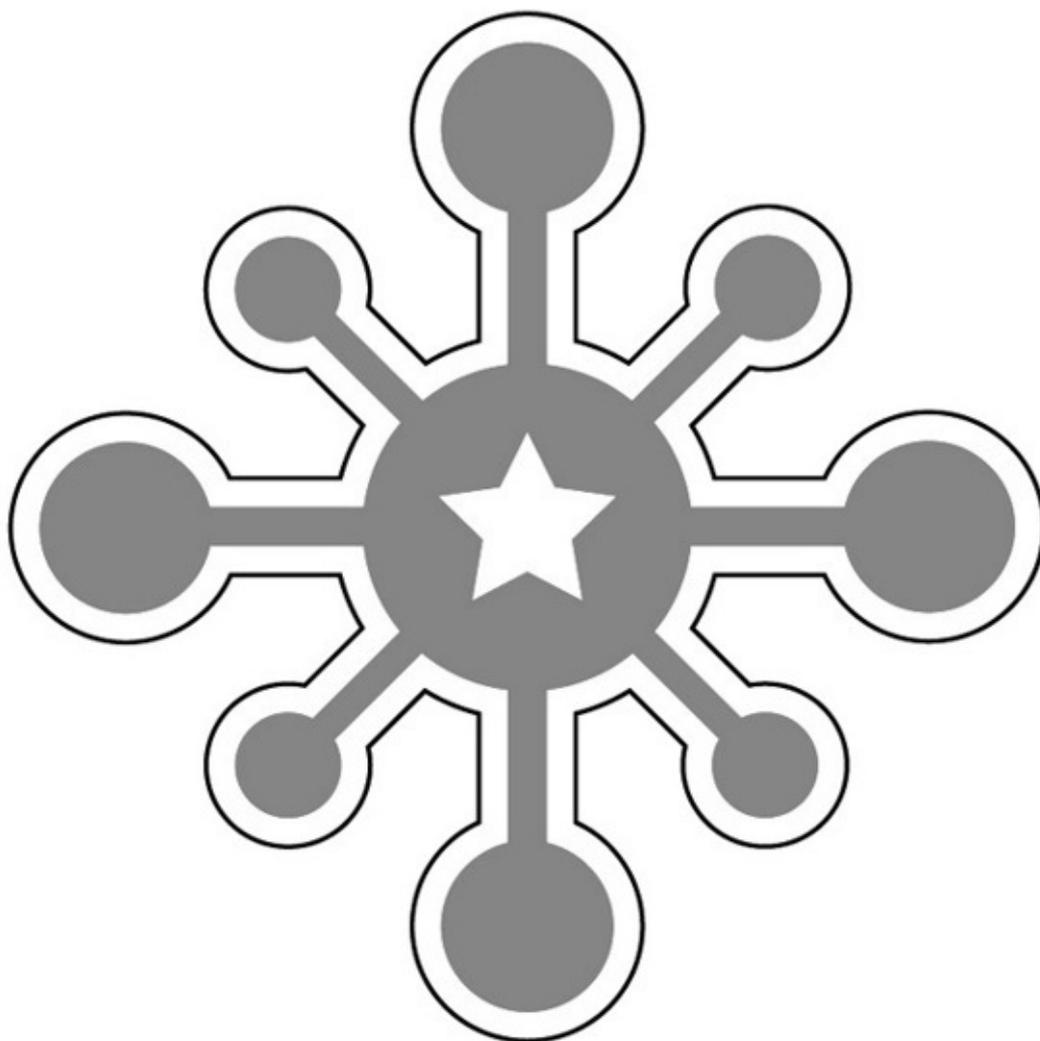
Modelo de televisor estatal con la consola de interacción ciudadana incorporada. Se repartieron cuatro millones de unidades entre los votantes. La consola de interacción permitía emitir votaciones en tiempo real en las discusiones municipales y marcar tendencia frente a los temas propuestos en la Cámara de Diputados. Noviembre de 1976.



Maqueta del monumento al comandante Proxy, nunca realizado. Fotografía encontrada en una bodega del Ministerio del Interior durante el gobierno de Ricardo Lagos, marzo de 2003.



De izq. a der.: Schwenber, Stafford Beer, Gui Bonsiepe y Fernando Flores. Viña del Mar, noviembre de 1971.



# SYNCO

Logo de Synco, diseñado por los estudiantes de arquitectura de la UCV Sergio Valderrama y Arturo Murúa. Octubre de 1973.



Única foto conocida del interior de alguna de las instalaciones de Synco. A pesar de contar con el sello oficial arriba a la derecha, y de que incluso algunos han querido ver la silueta del propio Salvador Allende en el borde derecho de la imagen, la mayoría de los historiadores ha optado por considerarla una falsificación sin valor alguno.



Vista desde el cerro San Cristóbal del Luis Emilio Recabarren, dirigible tripulado de LanChile, evolucionando sobre Santiago en dirección a las estaciones geotermales del desierto de Atacama. Enero de 1978.



Tira de contacto del único registro conocido del comandante Proxy. Filtrado a la prensa búlgara tras la caída del muro de Berlín. Año 1996.



El general Augusto Pinochet Ugarte durante la ceremonia de traspaso del mando de la Comandancia en Jefe del Ejército. Septiembre de 1976.

—Dígame en qué la puedo ayudar —dijo un hombre joven con un marcado acento norteamericano.

El gringo estaba complacido de encontrarse con una mujer hermosa, y en su propia oficina. Era alto, con bigote y ojos azules, el pelo rubio ni tan corto como para pensar en Nixon ni tan largo como para pensar en Joe Cocker. Atlético, muy aburrido con su trabajo.

—En realidad, no sé cómo empezar. Hay una especie de código que me gustaría entender, parece ser algo relacionado con computadoras y pensé que ustedes me podrían orientar.

Townley fantaseó brevemente con lo que se podría encontrar bajo la blusa blanca de Martina, y con la visión de su pelo rojo desparramado en alguna almohada mullida.

—La secretaria me dijo que es funcionaria de la embajada venezolana. ¿Esto es oficial o personal?

—Digamos que es personal, pero le rogaría discreción. Le adelanto que parece estar relacionado con el gobierno chileno.

El norteamericano puso un dedo frente a su boca y esperó un par de segundos, se puso de pie y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—La invito a un café. O mejor, la invito a un sándwich: ya es hora de almorzar.

Martina lo siguió. Recordaba perfectamente el café Coppelia. Su padre la había llevado un par de veces a tomar helados en las mesas junto a la calle. La experiencia no había resultado agradable. Al señor Aguablanca le molestaba muchísimo «el desfile de los degenerados», *hippies* y comuneros de la época que habían elegido esa esquina para exhibir sus trajes, peinados y collares. Tildados de burgueses alienados por la izquierda y de drogadictos degenerados por la derecha, la pequeña comunidad *hippie* chilena era un remoto reflejo de una revolución lejana, una mala copia de San Francisco, un pequeño oasis tercermundista teatralizado a duras penas en una provincia pobre y sin gracia.

«Vámonos de aquí, Martina», había dicho su padre, obligándola a dejar la copa de helado. «No quiero que veas en lo que se está convirtiendo este país». Ahora se miraba, miles de años más tarde, sentada en el mismo lugar frente a una copa de helado muy parecida. Ya no había *hippies* y la revolución finalmente había llegado; el país se había transformado en otra cosa, pero no en lo que esperaba su padre. Ni nadie.

—Soy todo oídos —dijo Townley.

—Por lo visto mis temores son fundados.

—¿A qué se refiere?

—Su preocupación, salir de su oficina...

—Prefiero no correr ningún riesgo. Ser norteamericano en un país socialista es

como tener lepra —masculló el hombre con hostilidad—. También me da la oportunidad de salir de la oficina y conversar con una mujer hermosa.

—Alguien me entregó un mensaje, pero no sé qué significa —dijo la mujer, ignorando el comentario—. Ojalá usted pueda ayudarme a descifrarlo. No creo que tenga mayor importancia, pero siento curiosidad.

Martina metió la mano en su bolso y sacó el papel que le entregara el joven operario de Synco.

49FFAA\_GRD10.3173\_SYNCOSTGO

Townley lo miró con detenimiento y se lo devolvió con un gesto neutro. Martina tomó el papel con su mano izquierda y él chequeó la ausencia de anillo matrimonial.

—Puede ser cualquier cosa.

—Pero...

—Puede ser una lista de mercadería o las instrucciones para bombardear Bolivia.

—No entiendo a qué se refiere.

—No sé si es un mensaje, pero hace referencia a algún tipo de información relacionada con las Fuerzas Armadas. De todos modos, es algo desconocido para mí.

Martina guardó silencio, luego se puso de pie.

—Muchas gracias, señor Townley —estiró la mano para despedirse—; gracias por su ayuda.

Townley reaccionó de inmediato.

—Puedo llamar a gente amiga que tal vez sepa algo más sobre ese código. Gente que ha trabajado para el gobierno.

—No se preocupe, es una estupidez. Como usted dice, puede ser una lista de mercadería.

—O las órdenes para bombardear Bolivia. ¿Le puedo preguntar en qué circunstancias recibió esa nota?

Martina se sentó de nuevo y Townley respiró aliviado.

—Un chico muy asustado me la entregó en las instalaciones centrales de Synco.

—¿Un chico? ¿Un operario, dice?

—Sí, ¿por qué?

Townley se mordió el labio inferior y miró hacia la calle con cara de pregunta.

—Está estrictamente prohibido que los operarios de Synco hablen con extraños, mucho más intercambiar documentos.

—Pero no es un documento, es sólo un pedazo de papel...

—Es información. ¿Le dijo por qué se la entregaba?

—Me dijo una tontería que no estoy en condiciones de repetir.

—Por favor...

Townley le tomó el brazo, Martina lo miró con sus ojos de gato y él instintivamente la soltó.

—Confía en mí. Déjame ayudarte. Tú dijiste que no era algo importante.

—Veo que ahora me tuteas. Por qué quieres ayudarme, si no es importante.

Townley soltó una carcajada.

—*You got me!* Quería una excusa para verte de nuevo, nada más.

Martina echó fuego por los ojos. Como sorprendida en falta, se puso de pie y salió caminando en cualquier dirección. Townley dejó unos billetes en la mesa y la siguió unos pasos más atrás.

—Discúlpame, no quise decir eso. Hey, espera..., de verdad puedo ayudarte.

—No me interesa ese tipo de ayuda, pana.

—No necesitas verme de nuevo, puedo telefonearte.

—Déjame en paz o llamo a un policía.

—¿A los pacos? Esos están todos cuidándoles el culo a los dirigentes de la UP. ¿O ves a alguno en las calles?

Townley la tomó del brazo y Martina giró resuelta a darle una bofetada, pero él retrocedió con las manos arriba.

—De verdad creo que lo que tienes puede ser importante. Los operarios de Synco nunca, *nunca*, hablan con extraños; menos les entregan papeles o mensajes. Hay rumores de gente que ha desaparecido por sostener conversaciones con ellos. Los consideran secreto de Estado. Es algo realmente serio.

—¿Y por qué te preocupa tanto esto ahora?

—Lo mismo que a ti. Tengo curiosidad. Trabajo en eso. Me aburro..., eres linda.

—Vete a la mierda, pendejo.

—¡No, no!... Lo siento, lo siento —dijo Townley entre risas—. Déjame averiguar y te llamo. No pierdes nada.

Martina lo miraba con desconfianza. Esperó unos segundos y le entregó una tarjeta con el número de la Embajada.

—Además —dijo el norteamericano, sellando su suerte—, odio a estos comunistas de la chingada. Me han hecho la vida imposible. Si ese papel les hace daño, voy a ser el tipo más feliz de este país de mierda.

—Este país de mierda también es mi país, huevón —dijo Martina con furia contenida y reanudando su marcha.

Townley se quedó perplejo, inmóvil y con una tarjeta en la mano. Cuando la mujer dio vuelta la esquina, sonrió encantado.

—¿Quieres otro dato? En 1899, el papa León XIII dedica toda la raza humana al Sagrado Corazón de Jesús.

—Qué tiene que ver eso con nosotros.

—El 31 de diciembre de ese mismo año un bloque de granito de Stonehenge se derrumba espontáneamente. Es la última vez que algo así ha ocurrido.

—Sigo esperando.

—Stonehenge es el dial de las líneas de acupuntura del planeta. Una computadora de piedra que controla hechos globales. No fue una caída accidental, fue una calibración del clima terrestre. El siglo XXI es el elegido para derretir la Antártica, en realidad la Atlántida, y sacar a la luz todos los tesoros que esconde. Stonehenge detonó el cambio climático en 1899 y en un plazo relativamente corto tendremos un aumento en la temperatura suficiente para realizar la operación. En 1985 habrá una detonación nuclear en el Polo Sur para abrir un agujero y permitir así su ingreso.

—¿Su ingreso? Y qué tiene que ver lo del papa.

—La Piedra Negra, Bernardo; el Sagrado Corazón, Tunguska.

—¿La Kaaba?

—Algo así, Bernardo, algo así.

La Alameda puede ser un lugar muy poco amable. Suele estar plagada de asaltantes que huelen a quinientos metros a los turistas, de evangélicos del movimiento extático agrediendo a aquellos que no posean un aura limpia y pura en el amor de Jesús, agentes del Estado solicitando papeles inexistentes y vendedores del mercado negro que actúan en connivencia con la guardia civil. Pero lo que Martina encuentra esa tarde es una gran avenida vacía, custodiada cada trescientos metros por la policía. La ausencia de vehículos le confiere una apariencia tétrica al enorme espacio abierto que rasga la ciudad por su estómago de lado a lado. Parece una arteria muerta, una construcción geológica abandonada, una escenografía irreal esperando a los actores que le devolverán la vida.

«El país salió a almorzar», pensó Martina, exhausta por la caminata hacia el hotel. Ningún taxi, de los pocos que alcanzó a ver, se detuvo para recogerla. Carabineros de Chile le pidió seis veces su identificación en diferentes puntos de la avenida. Cuando finalmente llegó al Palacio de La Moneda, sólo un perro le había hecho sentir algo de hospitalidad. Se sentó en un escaño frente al edificio de gobierno y descansó. No había comido casi nada desde la mañana. Sólo recordar el helado de Townley la enfurecía. «Gringo de mierda».

—Buenas tardes, compañera. Sus documentos de identificación, por favor.

—¿Otra vez?

—¿Tiene algún inconveniente?

Por séptima vez sacó sus papeles y se los enseñó al policía. Sólo que esta vez notó algo extraño. El carabinero era calvo y en su mano derecha tenía un tatuaje con una flecha doble. Martina retrocedió un paso y el policía alzó el rostro con los ojos cerrados.

—La IBM es una iglesia corrupta —dijo con voz neutra—. Usted está ofendiendo la tierra que pisa, no la voy a mirar a los ojos.

La mujer movió la cabeza en redondo buscando ayuda, pero la ciudad la miraba en silencio; claramente nadie vendría. El carabinero estiró la mano, le entregó los papeles y se retiró hacia un callejón estrecho. Ella los recibió temblando. Una leve brisa la refrescó y movió algunos periódicos en el suelo. La basura habita los espacios vacíos. Todo parecía un sueño, una extensa ciudad para ella sola. Cruzó la calle corriendo y pasó frente a La Moneda sin mirar.

En el hotel, miró de reojo a los dos GAP que permanecían de pie como estatuas al fondo del *lobby*. El tipo del mesón la miró con dureza, como si le molestara su presencia. Cuando cerró la puerta de su habitación, sintió que había llegado a alguna especie de refugio. Inmediatamente llamó a Arsenio, pero no recibió respuesta. Encendió la t-Syn y esta vez el aparato funcionó sin problemas. Se acercó a la ventana y escudriñó la calle en busca de algo que le confirmara lo que estaba presintiendo desde hacía horas. Efectivamente: enfrente de su ventana, al nivel de la

calle, de pie como dos árboles con ojos de insecto, dos GAP la observaban. Parecían los periscopios de un submarino que la espiaba descaradamente bajo una ciudad que parecía muerta.

Intentó llamar otra vez a la Embajada, pero el teléfono no tenía tono. Ahora había cinco GAP mirando a su ventana. Se sentó en la cama y procuró calmarse. El ojo de la t-Syn parpadeaba con su definición de mala calidad, su gris verdoso de pantalla antigua, curva, deforme. Se acercó una vez más y tecleó rápidamente la razón de sus miedos. ¿Quiénes eran realmente esos hombres que la acosaban? La t-Syn calló durante lo que le pareció una eternidad antes de comenzar a imprimir ruidosamente en papel continuo líneas y líneas de contenido inconexo, frases incoherentes, poemas, bloques de letras Y, lamentos, pasajes del libro del Zohar y una versión inglesa de los *Diálogos* de Spencer.

Probó con dos o tres combinaciones diferentes de búsqueda hasta dar con un archivero lleno de texto basura en portugués, que sin embargo parecía tener sentido. Al final pudo reconocer unas referencias en alemán e inglés a un PGF (*President's group of friends*) en pequeñas escaletas escondidas entre párrafos enciclopédicos relacionados con la construcción de veleros de alta mar. Reveladores y escalofrantes, sin duda se trataba de fragmentos de un texto mayor.

CCC.t-Syn-0908.scl

19:35:48

>entrada>goto>flujo off shore quotations >09843-erf>list

«El GAP, Grupo de Amigos del Presidente, se organizó originalmente como una escolta armada para proteger al futuro Presidente Salvador Allende del amenazante entorno posterior al triunfo electoral de la UP. Formado por un grupo de integrantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, fue adquiriendo protagonismo e identidad propia a medida que se acentuaban las crisis al interior del gobierno.

Tras la crisis de septiembre de 1973 y durante el proceso de reconstrucción nacional, Allende les encargó la custodia del proyecto Synco, aumentando su dotación y encargando su instrucción, no así su dependencia, a las Fuerzas Armadas de Chile. El GAP dependería directamente del Presidente de la República.

El exoficial nazi avecindado en Chile Walter Rauff (protegido de la extradición a Israel por el propio Presidente y encargado de la construcción de las ciudades Synco para operarios estratégicos) propuso un plan de entrenamiento paramilitar independiente para los GAP. Para ello, convocó al exembajador en Austria, Miguel Serrano Fernández, como encargado del

adoctrinamiento de las fuerzas. Allende pidió diseñar un marco doctrinario apolítico, centrado en los valores patrios más profundos.

Serrano los convirtió en una elite adoctrinada mental y espiritualmente para servir a Synco y a su intérprete, el compañero Presidente. Su estructura es similar a la de los jesuitas o los templarios. Son monjes guerreros fanáticos. Su religión es la tierra patria, la *mapu*.

*Son maravillosos, deberíamos eliminarlos.*

(informe de seguridad de la Embajada de los Estados Unidos de América).

Se ha discutido mucho acerca del símbolo que los distingue: una flecha azul con dos puntas en un círculo blanco sobre un campo rojo. La interpretación oficial es que los GAP no tienen dirección política única, sino que defienden los intereses de la patria. La interpretación esotérica dice que son guardianes del pasado y del futuro. Que serían capaces de viajar en el tiempo y realizar actos terroristas para reordenar la historia. Pero también dicen eso del comandante Proxy. Algunos van más allá y plantean que el comandante Proxy sería un ex GAP, el más hábil y hermoso de todos, que habría pasado a la clandestinidad con objetivos desconocidos.

Los GAP habitan en diferentes puntos de la ciudad, todos subterráneos. La ubicación de estos puntos es de dominio público, pero la ciudadanía los protege. Se han construido mitos populares en torno de ellos. Algunas personas los tocan como amuleto de buena suerte, otros se persignan cuando se cruzan en su camino. Se dice que sólo se alimentan de tierra enriquecida y agua depurada del río Maipo. Al parecer, todos son de origen mapuche o pascuense. Se sabe de al menos cuatro suicidios rituales en que se han abierto el estómago con un corvo e introducido, por propia mano, una serpiente y un puñado de tierra.

La exposición accidental de algunos cadáveres semidesnudos de miembros del GAP permitió suponer que todos tienen sus cuerpos tatuados con frases, signos y símbolos. El más llamativo de todos sería una estrella de ocho puntas en el centro del pecho. Abajo, la frase *meli witrán mapu* y un número 201. Al parecer no tienen genitales y todos presentarían una cicatriz de cirugía a lo largo del bajo vientre. Los más especuladores sostienen que deben cargar y alimentar con sondas un feto de cóndor en sus entrañas durante el período de prueba.

Un testigo dice haber visto a un GAP sacar su arma de servicio, a petición del

Presidente de la República, y haberse pegado un tiro sin vacilar.

“... nuestra investigación de cinco meses en Chile, durante la cual perdimos a nuestro camarógrafo en un extraño accidente, nos lleva a concluir, entre otras cosas, que el uso de alucinógenos y otras sustancias en los ritos de iniciación y actividades diarias de los GAP es habitual y quizá necesario. Es decir, ellos actuarían en un permanente estado alterado de conciencia”. (Kurt Eckhardt, *Der Spiegel*)».

>end of search/20:48:07

La cabeza le daba vueltas con la información que acababa de absorber. De modo que esos insectos que le pisaban los talones eran básicamente asesinos fanáticos, un escuadrón estatal de *junkies* armados y en mescalina. «¿Papá, estás seguro de que éste es el país donde nació? ¿Estás seguro de que no es un invento, un fraude de algún tipo?», pensó mirándose en el espejo del baño. El reflejo de otra realidad. De pronto, la inundó el temor de que esa otra realidad difiriera de la propia en algún pequeño detalle imperceptible. Buscó durante unos segundos en su rostro y los dibujos de los azulejos del baño. «Qué tonta», se dijo, y abrió las llaves de la ducha.

Poco después bajó, ya un poco más despejada y tranquila, al restaurante del hotel. Iba a calmarse, a comer y a beber un par de tragos. El día siguiente era el gran día del desfile, el momento en que podría conversar con autoridades políticas —quizás hasta con el canciller Serrano— y averiguar, con la ayuda de la Embajada, las razones de la estrecha vigilancia a la que estaba siendo sometida.

Se sentó en una de las mesas del restaurante, cerca del televisor.

—Buenas noches, compañera —saludó el mozo, un chileno típico de sonrisa amplia, ojos pequeños y una piel tostada que contrastaba con el albo uniforme de rigor.

—Sí, buenas noches. Quiero una ensalada y la corvina, por favor.

—¿Algo para beber?

—¿Qué me recomienda?

—Casillero del Diablo, por supuesto. Además, usted sabe, es el vino preferido del compañero Presidente —agregó el mozo con una sonrisa cómplice.

Martina parecía más interesada en el televisor y en un repentino cartón con la frase «¡¡Extra!!» cubriendo toda la pantalla.

—Algo pasó, algo importante —dijo el mozo con el dedo en la boca.

La cortina musical era frenética y pomposa, como anunciando una catástrofe terrible. En pantalla apareció un conductor de traje oscuro ordenando sus papeles; miró a la cámara con mucha seriedad y comenzó su intervención ante la mirada atenta de todo el restaurante y seguramente de todo el país.

«Muy buenas noches, interrumpimos nuestra programación habitual para

entregarles un extra de nuestro departamento de prensa. Hoy, alrededor de las siete y treinta de la noche, fue encontrado el cadáver de un adolescente en espantosas circunstancias junto al Monumento a los Mártires de Noviembre, frente al Palacio de La Moneda».

La pantalla cambió a las imágenes sin editar de una calle y muchos carabineros moviéndose febrilmente entre las personas que se agolpaban para curiosar. El mozo balbuceó algo acerca de la ubicación de la calle, pero Martina no logró entenderle.

«Como decíamos, el cuerpo fue hallado en macabras circunstancias por carabineros que hacían una inspección de rutina. Testigos declaran haber visto seis trozos del cuerpo del occiso clavados a la pared de alerce que contiene los nombres de los mártires. La cabeza fue hallada veinte minutos más tarde en un frasco de vidrio, sumergida en orina de caballo, sobre una mesa cubierta por la bandera chilena. Se rumorea que algo vivo se movía dentro de su boca».

Martina y el resto de la concurrencia contemplaban hipnotizados el pequeña monitor, que mostraba una y otra vez las mismas imágenes de la policía subiendo bolsas a los carros policiales, supuestamente con los restos de la víctima.

«Escuchemos las declaraciones del prefecto de Santiago, general Rodrigo Guzmán Alcalde».

El corte mostró a un canoso general de Carabineros con la mirada desencajada. Enfrentaba las cámaras con dificultad, encandilado por los focos.

«Claramente se trata de un atentado que busca afectar las celebraciones de mañana. Pero el único mensaje que enviaremos a las bestias que cometieron esta atrocidad es que los festejos se realizarán normalmente».

Todos en el restaurante murmuraron y asintieron. De pronto, lo impensable. Un escalofrío recorrió la espalda de Martina y le erizó los vellos de la nuca.

«Tras un rápido análisis de la policía forense y del Departamento de Identificación, se ha determinado que la víctima es el joven operario de Synco Armando Valdés Araneda, de quince años de edad. Fuentes cercanas al Departamento nos informan que el joven no se había presentado a sus labores hoy en la mañana, desatando un fuerte operativo policial destinado a dar con su paradero».

Martina sintió que se le helaba el corazón al reconocer en la foto que llenaba la pantalla el rostro de aquel joven que sólo ayer había chocado con ella en los subterráneos de Synco.

«El cráneo presentaba un traumatismo en su parte superior, un agujero por donde fue vertido ácido sulfúrico, nos aclara el vocero de la policía. En estos momentos, los especialistas están abocados a determinar si el peligroso químico habría sido vertido en momentos en que la víctima aún se encontraba consciente y con vida».

El restaurante comenzó a girar frente a los ojos de la mujer. Sintió náuseas y se aferró ruidosamente a la mesa.

—Señorita, ¿se siente bien?

—Tráigame un vaso de agua, por favor —murmuró con un hilo de voz.

El mozo corrió a la cocina mientras Martina sufría un nuevo ataque al percatarse de la presencia de dos GAP que, salidos de la nada, custodiaban la puerta del restaurante. Miró en derredor y creyó ver a tres o cuatro más entre las mesas.

«Cada diente tenía labrada una letra y dentro de la órbita ocular derecha encontraron un pequeño escarabajo negro... vivo».

La cámara mostraba nuevamente a los carabineros intentando detener a los curiosos, sólo que esta vez la mujer vio nítidamente a cuatro GAP mirando hacia la cámara dentro del perímetro de seguridad, como apuntándola a ella. Se preguntó si eso era posible. Su sentido de la realidad tambaleaba. Se puso de pie y subió a su habitación pasando entre los GAP de la entrada con los ojos cerrados.

En su habitación, rogó que el teléfono tuviera señal. Tenía. Llamó al departamento de Arsenio Enrieta contando los pulsos del tono como la cuenta regresiva de algún acontecimiento fatal.

—¡¡Pana, qué alegría escuchar tu voz, mijo!! Estoy en el hotel, sí... Hey, Arsenio, no me hables así. Déjame contarte, es importante... ¿Que mañana viajo? Bueno, pero después del desfile, por supuesto. Okey, okey, pero ocurrió algo importante y quiero saber si cuento con el apoyo del embajador... ¿Que he dado muchos problemas, me dices? Yo soy la que está asustada, chico. No, mentira, estoy aterrorizada, Arsenio. Por favor..., okey, mañana hablamos, pero es que lo que tengo para contarte es espantoso... No, no voy a salir a la calle, tranquilo. Hey, pana..., de verdad estoy asustada.

Soltó el auricular sobre la cama y se quedó de pie, mirando hacia la ventana en silencio, en blanco. No se atrevió a asomarse, pero las sirenas, las luces y reflectores lo decían todo. Un helicóptero se acercaba, acrecentando la tensión. Parecía un derrumbe acercándose con su ruido insoportable.

Estaba detenido frente a la ventana. Temblaron los cristales con su tableteo que todo lo llenaba y que Martina sintió en medio del pecho, como si el esternón fuera a quebrarse con cada golpe de sus alas. Un reflector barrió el edificio y encandiló a la mujer, bañando momentáneamente la habitación con una luz azulina, irreal, como en medio de un terremoto submarino. Luego, el infernal insecto se retiró hacia su guarida con un zumbido cada vez más lejano, sordo.

En ese momento, Martina descubrió algo fundamental. No era tan valiente como pensaba. Tenía miedo, un miedo tan palpable que casi podía tocarlo: la rodeaba como una niebla espesa que la fijaba al suelo. Sus brazos envolvieron su cuerpo y pidió ayuda en silencio, más sola que nunca. Sin proponérselo, pensó en la única seguridad que conoció, disuelta en el aire por una bala en su habitación de viudo, con una foto de su mujer en una mano y otra de ella entre los dientes.

Al comienzo los policías pensaron que Martina era su amante; en la fotografía salía maquillada y peinada como una adulta, salía hermosa y mujer, como preparada para enamorar a su padre. Lo había admirado desde que tuvo memoria. A cierta edad comenzó a inflamársele el rostro cuando lo veía llegar en su uniforme perfecto, con

su apostura perfecta. Recuerda con inmensa culpa cuánto se alegró con la muerte de su madre. Albergaba el ingenuo deseo de reemplazarla, de convertirse en la mujer de su padre y dormir abrazados en la misma cama. En el primer cumpleaños después de la muerte de su madre preparó una sorpresa para él. Tenía trece años y en medio de la cena de celebración, llena de amigos, se puso de pie, le declaró su amor y le prometió que sería una buena esposa para él en adelante. El silencio gélido que todo lo detuvo le dio a entender que algo no andaba bien. Su padre fue hasta ella y la abofeteó por primera vez, violentamente. Martina recordaba con claridad el sonido que hizo su corazón al romperse; la vergüenza, las miradas, las risitas compasivas. El horror. Quiso morir, y lo intentó. Huyó a la casa de una amiga a morir de pena. A los tres días vio llegar el auto de su padre. Salió a recibirlo, él le abrió la puerta y viajaron en silencio de regreso a casa. Quiso pedirle disculpas, llorar en sus brazos y decirle que estaba equivocada. Pero, antes de entrar, fue él quien murmuró: «Me equivoqué. Lo siento mucho, Martina. Perdóname».

Lo amaba. Él estaba tan contento de regresar a Chile para ayudar a reconstruir su país. Quería traerla de regreso. Ella lo amaba. A pesar de eso, ese día en Caracas le gritó, lo insultó, le dijo «te odio, perro fascista» y salió de la casa.

Nunca más habló así con él. Cuando estaba en Cuba, la llamaron avisándole que su padre había vuelto a Caracas desde Chile y que no estaba bien. Llegó tan rápido como pudo, sólo para encontrarse con un despojo triste y mudo que se pasaba las horas mirando por las ventanas. Un día, Martina entró en su habitación después de la siesta, como todas las tardes, y lo encontró de pie, desnudo, con el arma entre las manos. «Chile es mentira. Chile vendió su alma al diablo. Todo está perdido. Todo es mentira», dijo antes de pegarse el tiro que aún retumba en los oídos de su hija.

Sollozaba sin ruido, más pequeña que nunca en una cama demasiado grande, demasiado vacía. Sacó la Browning de su bolso, se la puso entre los pechos, le besó la punta y se tapó la cabeza con una almohada buscando desaparecer, agotada. Así la sorprendió el sueño.

—¿Está todo preparado?

—Sí, don Carlos. Todo preparado.

—¿Qué tan infiltrados estamos?

—La mitad de los operarios de Synco está con nosotros. Aunque la mayoría admite querer olvidarlo todo y vivir una vida normal.

—¿Las tropas están listas?

—Prácticamente todo Chile son nuestras tropas, señor.

—Excepto los GAP.

—Excepto los GAP, ellos son incorruptibles.

—Ellos son un proyecto de Miguel Serrano. ¿Tú crees que él es leal a un gobierno de izquierdas como éste? Estoy seguro de que tiene su propia agenda.

—Juró como colaborador de este gobierno...

—Ellos saben que Serrano no será leal a los socialistas.

—¿Por qué lo pusieron en un puesto tan alto, entonces?

—Serrano es imprescindible, y cuando no les sirva se desharán rápidamente de él.

—Pero, ¿y si él alcanza antes sus propios fines?

—De eso se trata el juego.

Altamirano le hizo un gesto a su ayudante para que lo descolgaran del techo y le pusieran sus piernas ortopédicas. El dolor había cesado y podría continuar dirigiendo los últimos preparativos a través de su red de comunicaciones, compuesta de chasquis y mensajes cifrados en morse.

—Comunícame con Punta Arenas. Dame con Eduardo Frei.

—Los alcances de lo que estamos preparando van más allá de cualquier gobierno, de cualquier régimen. Estamos planificando un reordenamiento de la historia. Algo extraño ocurrió hace más de treinta años. Nuestros cabalistas aún no logran ponerse de acuerdo en qué fue lo que falló. Pero todos coinciden en que hubo intervención externa.

—¿A qué se refiere con intervención externa?

—Desde el futuro. Eso es lo que creemos.

—...

—No puedo adelantar mucho todavía, pero tenemos a dos equipos rastreando la posibilidad de que los interventores estén vivos en nuestro tiempo, en la forma de niños pequeños. Niños que crecerán y harán algo.

—¿Y qué harán?

—No puedo adelantar mucho todavía.

—Algunos dicen que por eso usted gestionó traer un reactor nuclear a Chile.

—La energía nuclear no es lo que todos piensan. Las investigaciones atómicas comenzaron con el patrocinio de la Golden Dawn y con fondos de la Sociedad Teosófica de *madame* Blavatsky, a mediados del siglo XIX.

—Pero lo que hacemos tiene que ver con todo eso, ¿o no?

—Lo que hacemos es preparar la llegada de la Edad de Oro, mi amigo. Estaremos teniendo esta misma conversación en cuarenta años más, pero estaremos en este mismo presente, aunque en otro contexto, un contexto mucho más adecuado. Un contexto correcto, no la copia degradada de realidad que hoy padecemos.

—El comandante Proxy...

—Nadie sabe quién es y yo creo ahora que es un agente del enemigo, punto. No se hable más de él en mi presencia.

—Lo siento.

—Tráenos café, está amaneciendo y empezó a hacer frío —el tono fue más suave, casi paternal.

El cerro Santa Lucía apagó sus luces. La mañana sorprendió a Santiago envuelto en una tenue niebla, una gasa transparente como el velo de un sueño. El día sería muy largo y septiembre tiene mañanas de invierno de las que cuesta desperezarse.

—Café y salvia, como siempre.

**Domingo 9 de septiembre de 1979****8:10 a.m.**

A pocas calles de allí, los primeros rayos del sol se descolgaban desde las cumbres cordilleranas bañando de jirones luminosos la habitación de Martina. Decorados de luz y sombra trepaban por el cuerpo de la mujer como caricias en medio del silencio. El ruido del teléfono hizo trizas el momento y Martina atrapó el auricular con el corazón tropezándole en el pecho.

—Hola, ¿Arsenio? —gritó, no muy segura de no seguir dentro de una pesadilla—. Pero, chico, qué voz es ésa... ¿Qué ocurre? Por qué me hablas de esa manera, somos amigos... ¿Es algún tipo de broma?, porque tuve pesadillas toda la noche, pana, y tengo cosas que contarte que no son ningún chiste. Okey, okey, no te cuento nada entonces, pero..., okey, después del desfile vengo al hotel y me estará esperando un taxi que me llevará al aeropuerto... con custodia policial... y tomaré el avión a Caracas a las once de la noche. ¿Hay un vuelo a Caracas a esa hora, chico? Lo habrá, okey. Pero, Arsenio, te juro que no he hostigado al gobierno de Chile, no... Okey, nos vemos en el desfile. Segunda galería de la derecha. Arsenio...

Martina se quedó con la frase en la boca; el frío comunicado había llegado a su término. Debía alistarse para el gran evento, pero no entendía, o no quería entender, el trato distante y molesto de su amigo.

Es 9 de septiembre de 1979, y todo Chile se prepara para celebrar el gran acontecimiento político de las últimas décadas: un Presidente socialista, electo por vía democrática, celebra su segundo período en medio del más grande de los éxitos económicos y sociales. Todo el mundo estará presente; han viajado mandatarios y representantes de las cuatro esquinas del planeta para celebrar el triunfo de esta particular «tercera vía». Un mundo agobiado por la Guerra Fría ve con esperanza la posibilidad de otro camino para la paz y la prosperidad, alejado de la frialdad del capital y de la dureza de la dictadura del proletariado.

Pero Martina ya no está tan segura de lo que ha visto, ni le parece tan prístino el panorama. Hay algo más que turbio en el proceso de «estabilización» del país. ¿Fueron los militares? ¿Fue la producción económica potenciada por Synco? ¿Fue el acuerdo con la derecha política? Los extremismos se habían tomado las calles. Los tiroteos y escaramuzas de violentistas y los discursos llamando a la subversión, a la lucha armada o a la acción contra el gobierno eran pan de cada día. ¿Cómo pacificar el corazón caldeado de una nación dispuesta a tirotearse entre sí? ¿Cómo enfriar una caldera a punto de reventar, un país azuzado por lado y lado para morderse como perros de pelea? Algo faltaba, algo que comenzaba a parecerse más a un secreto que a

una pieza suelta del rompecabezas.

Se puso de pie y se refregó los ojos buscando despejarse. Miró por última vez los preparativos del desfile por la ventana —no había ningún GAP a la vista— y se dirigió al baño dejando un reguero de prendas en el camino.

«¡El compañero Presidente es un padre para nosotros!», le gritaban en la cara al periodista extranjero. «¡Allende no se vende, compañero! ¡Dígale a la gente de su país que venga a Chile para que vea lo que es bueno!».

—¡Reelección permanente, Allende Presidente! —voceaba la multitud frente a las cámaras.

—Señor, para la Radio Televisión Italiana, dígame usted qué piensa del «ciberbolivarismo» propiciado por este gobierno para Latinoamérica —le preguntó un corresponsal a un concejal por Quilicura.

—Una federación, los países latinoamericanos unidos en una gran federación y coordinados por la tecnología de Synco para producir como una sola gran nación. Venezuela tiene el petróleo, Chile tiene el cobre, Brasil tiene la madera. El ciberbolivarismo es la respuesta para los postergados de América Latina. Y Synco será nuestro nuevo Ejército Libertador.

—¿Pero qué sistema político debería tener esa federación? En Sudamérica todavía hay guerrillas operando para desestabilizar las democracias. Y Estados Unidos no quiere izquierdas en su patio trasero.

—Socialista y democrático. No somos esbirros de Moscú. Tampoco de Washington, menos de guerrilleros trasnochados que todavía no se dan cuenta de que su permanencia es sólo la verificación de un largo fracaso. El pueblo decide en las urnas, y estamos tranquilos porque sabemos que éste es un solo continente y que es cuestión de tiempo su unificación bajo una sola estrella.

—¿Roja?

—Sí —el concejal apuntó hacia la boina del Che Guevara en la imagen monumental sobre el acceso sur de la Alameda—, pero de ocho puntas.

La Alameda estaba repleta desde la madrugada, cuando comenzaron a llegar desde todos los puntos grupos y familias con pancartas y banderas para saludar al compañero Presidente; ahora era un mar de lienzos y paños impresos con saludos y consignas, pañuelos y papel picado. Todos esperaban expectantes el arribo del invitado de honor. Martina se abrió paso a duras penas entre la muchedumbre.

—Tengo su nombre en la lista, pero aparece tachado —le dijo el guardia junto al acceso a las galerías para invitados extranjeros.

—No puede ser, soy funcionaria de gobierno de Venezuela.

—Le digo que aparece tachada y así no la puedo dejar entrar, compañera.

—Pero...

—Por favor, le voy a pedir que se retire o llamo a la fuerza pública.

—Déjela pasar —dijo Arsenio Enrieta apareciendo de la nada por el interior del acceso—, ella viene con nosotros, y con eso me refiero al embajador de la República de Venezuela y su señora esposa —agregó mirándolo fijamente.

El guardia titubeó un segundo y luego la dejó pasar. Arsenio la tomó del hombro

y la llevó a paso rápido hacia la tribuna.

—Tú siempre dando problemas, Aguablanca.

—Pero, Arsenio, algo horrible ocurrió ayer. Déjame al menos contarte...

Su amigo frenó en seco y Martina prácticamente chocó con él y con un dedo puesto a media altura frente a su rostro.

—Ni se te ocurra decirme nada. Todos están muy molestos con tus imprudencias. Hemos recibido quejas y señales claras de que ya no eres bienvenida en este país, de manera que ni se te ocurra decirme nada —le dijo mirándola con furia.

«A continuación, todos demos la bienvenida a Su Excelencia el Presidente de la República de Chile, doctor Salvador Allende Gossens». Martina estaba sentándose en la tribuna cuando todos se pusieron de pie al escuchar el toque de un clarín. Se paró también, y en el movimiento se le cayó el bolso, monedas y una bufanda. Hizo el gesto de agacharse, pero la mirada fulminante de Arsenio la paralizó en el lugar. Los parlantes ubicados a lo largo de la Alameda reprodujeron una ovación que parecía una ola de aguas torrenciosas avanzando en ebullición por las calles hasta el kilómetro cero del país, el Palacio de La Moneda, donde emergió como una aparición la figura de un hombre de estatura media, porte altivo, bigote entrecano y anteojos de marco negro. Un corredor de carabineros le abrió camino desde las puertas del palacio al escenario al otro lado de la calle. En un alarde de confianza, el Presidente caminó solo, sin guardaespaldas, tan seguro se sentía del afecto del pueblo y de sus organismos de inteligencia.

Los dos minutos que demoró en cruzar y subir las escalinatas hasta el escenario fueron acompañados de un griterío ensordecedor, llantos, desmayos, consignas encendidas y demostraciones histéricas de afecto, sobre todo de aquellos que habían conseguido mejores ubicaciones y podían verlo de cerca. Martina adelantaba la cabeza para divisarlo y compartía con el resto de la gente la excitación de estar próxima a una leyenda.

La organización del evento esperó pacientemente que los vítores se detuvieran antes de indicarle al Presidente que saliera al palco. La aparición, esta vez en el punto más alto de la estructura, saludó con ambas manos haciendo estallar por segunda vez a la multitud enfervorizada. Ahí estaba, brillando como un hombre en su castillo.

«A continuación, les invitamos a entonar con alegría y respeto nuestro Himno Nacional».

Cuando comenzaron a sonar esos primeros acordes arrolladores, Martina entendió que aquello que te ocurre durante la infancia nunca te abandona. No pudo evitar acongojarse al oír la melodía que escuchara en su colegio de niña, y a su padre cantándola en la cena que todos los 18 de septiembre preparaban en su departamento de Caracas. Ese día ella no iba al colegio, su padre izaba una bandera chilena en el salón y se sacaban las cajas con fotos antiguas. Ella fue alejándose de esas prácticas de viejo nostálgico a medida que iba creciendo. Primero comenzó a burlarse y después a odiarlas, como sinónimo de todo lo malo que le sucedía a su padre, el viejo

que se moría de nostalgia cada año que pasaba lejos de Santiago. ¿Por qué ocurrió todo lo que ocurrió? Es un misterio que Martina no ha resuelto. Quizá haya sido mejor: lo que había visto en Chile no se parecía en nada a las historias que el viejo repitiera hasta el cansancio en las tardes calurosas de la capital venezolana.

«A continuación, Ziley Mora, director del Instituto de la Tradición, hará una breve homilía en homenaje a nuestro Presidente».

Martina había oído ese nombre, no recordaba dónde. El hombre, de piel oscura, muy joven, hizo su aparición en el estrado, que se proyectaba hacia la calle unos metros. Dirigiendo una mirada hacia el palco de Allende, comenzó su alocución.

—Compañero Presidente, hoy la *mapu* está de fiesta, los peñis celebran la llegada de un avatar de Ngenechén con regocijo. Salvador no es sólo un nombre: usted es nuestro lonco, nuestro jefe, el que nos cuida, el que nos salva. Usted es la estrella, el que nos guía. Los salvadores tienen su estrella de Belén para indicar el camino; la suya es la estrella roja como la sangre mapuche, de ocho puntas porque es un doble kultrún girando en el espacio. Cuatro más cuatro es ocho, número sagrado; la carta ocho del Tarot es La Justicia, el equilibrio, el buen juicio, el poder bien utilizado. La estrella de ocho puntas es Venus, nuestra *wuñelfe kushe* sagrada, la que aparece en nuestra bandera, el origen del pueblo mapuche y nuestro destino en este largo viaje de aprendizaje. Venus es el lucero, el que trae la luz, la primera luz que aparece en el cielo en la alborada de la raza. Usted es esa primera luz que despierta a nuestro pueblo y lo guía, compañero Presidente. Usted es nuestro Salvador, con una estrella roja de ocho puntas en la frente. ¡*Mari mari, eimi peñi!* ¡¡*Marrichiweu!!* —gritó el orador levantando un báculo con forma de bastón de hockey, pero nadie lo siguió.

«Yo tampoco entendí nada», se dijo Martina.

Allende empezó a aplaudir y poco a poco una ovación discreta creció en el aire. Mora continuó con su báculo erguido indicando hacia el cielo hasta que uno de los organizadores le pidió discretamente que se retirara.

«A continuación, damos comienzo al desfile en honor del Presidente de la República de Chile, doctor Salvador Allende Gossens».

Todos se sentaron y Martina recogió sus pertenencias en silencio. El cielo de Santiago comenzaba a nublarse. La gente se agolpaba mirando hacia el poniente, donde un muro de aspirantes a oficiales de la Escuela Militar esperaba la señal para comenzar su presentación. Un gesto y el tambor mayor inició la marcha. Los tambores y flautines entonaron la marcha «Sigfrido», herencia de los instructores prusianos que marcaron a fuego el Ejército chileno desde la guerra del Pacífico.

Durante más de una hora desfilaron las casas matrices de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas, escuelas de suboficiales y regimientos. Detrás aparecieron los preferidos de la gente: las fuerzas especiales y sus extravagantes tecnologías admiradas en todo el mundo. Enormes jeeps-computadores tirados por caballos; hombres-antena con mochilas negras de donde asomaban antenas parabólicas labradas en cobre con motivos indígenas; gigantescos camiones con misiles Pillán

guiados por pilotos suicidas, todos mapuches, todos con una bandera chilena envolviendo sus cabezas como pañuelos y saludando desde sus cabinas abiertas en la parte delantera, sobre la cabeza explosiva del misil; dos camiones Yagán 02 con bombas de vacío del tamaño de casas montadas sobre orugas mecánicas, bombas teledirigidas capaces de introducirse en territorio enemigo resistiendo los peores ataques antes de estallar en sus narices. Tras ellos aparecieron doce *hovercrafts* para reconocimiento anfibio, los mismos que habían desatado una gran polémica meses atrás, cuando el jefe de proyecto mencionara que estaban especialmente diseñados para avanzar por ríos, canales y quebradas similares a los del altiplano boliviano.

En seguida, y con gran jolgorio, un escuadrón de perros *millatrewas* avanzó custodiado por sus instructores. Los *millatrewas* eran criados con muchos cuidados, entrenados por el Ejército e intervenidos quirúrgicamente por especialistas que introducían explosivos plásticos de gran capacidad destructiva en los estómagos modificados de los canes. La gente los adoraba, y los niños eran quienes más disfrutaban con sus apariciones públicas. Luego, con su habitual gallardía, los pilotos de dirigible de la Fuerza Aérea: lo más granado del cielo chileno, todos ingenieros, todos músicos, todos comandos asesinos de gran eficiencia y sangre fría.

Cerraron el desfile militar cuatro camiones blindados con computadores remotos; eran los encargados de coordinar los movimientos del «soldado del futuro». Uno de ellos bajó de un camión rezagado enfrente del palco de Allende y lo saludó con el puño izquierdo en alto. La gente estalló en vivas y el Presidente se puso de pie para saludarlo. Era el proyecto más importante del Ejército chileno: un soldado comunicado inalámbricamente con computadores de campo que informaban en tiempo real la ubicación del enemigo, ángulos de tiro y datos de terreno obtenidos vía satélite. El soldado era corpulento, y aun así avanzaba con dificultad cargando los cuarenta kilos que pesaba el equipo, la extraña máscara y las mangueras que salían desde su traje hacia el fusil y las botas rodeadas de baterías de ácido sulfúrico.

—Están trabajando en su miniaturización —comentó alguien junto a Martina, en tono de disculpa.

—Qué bueno, o la guerra la va a ganar el lumbago —sonrió ella intentando ser amable, pero el tipo enarcó las cejas; las bromas no eran bienvenidas en medio de tanta solemnidad.

Una bandera chilena de diez por veinte metros, portada por niños de todas las provincias del país, indicó el inicio del desfile de las agrupaciones civiles. Pasaron dos escuadrones de Madres de la Patria con sus cinturones de TNT, y luego batallones de Obreros por la Defensa y la Producción enarbolando sus palas y picotas y cantando La Internacional. Más atrás, filas y filas de niños de la Escuela Nacional Unificada, con el batallón especial Down, celebrado por altoparlantes como una de las mejores iniciativas del Ministerio de Educación en su función de encontrar los talentos escondidos y la manera de hacerlos útiles a la patria.

Tras un vacío simbólico, anunciado como «el paso del trabajador olvidado, del

mártir de la producción, del explotado muerto en la mina profunda, acarreando el salitre, ahogado en el mar o desfalleciendo de agotamiento entre las parras y manzanos del latifundio explotador», bajó a la calle Ziley Mora. Besó el pavimento y gritó algo hacia el fondo de la avenida, que nadie entendió. Pronto entró en cuadro el emblema del Instituto de la Tradición, una bandera blanca cuadrada con un gran asterisco rojo de ocho puntas toscamente dibujado en el centro.

—Salió en las noticias hace una semana —le comentó el mismo tipo de antes—. Mataron a cuarenta gallos de la pasión para dibujar esas líneas con su sangre.

Martina abrió los ojos como platos.

«Encargados de investigar las fuerzas mágicas, chamánicas y curativas de la sangre indígena original —anunció el orador—, forman el Instituto de la Tradición *mapu kimun-ngülam*, o los MK, como son conocidos por todos nosotros, a partir del interés visionario del compañero Presidente por recuperar el enorme caudal de sabiduría de sus habitantes naturales, origen de la sangre chilena y reserva moral de la etnia criolla toda».

—Sí, claro —murmuró el tipo arriscando la nariz—. El patio de juegos de Serrano sería una mejor definición.

Cuatro machis encabezaban el grupo. Detrás, contra todo lo esperable, un grupo de hombres y mujeres en traje de oficina desfilaban en bloque. Los que estaban más cerca podían distinguir los suaves tatuajes que cubrían sus frentes y la distintiva estrella-asterisco roja en la nuca, bajo la línea del cabello.

Cuando el grupo pasó, Mora besó nuevamente el pavimento y subió corriendo hacia el estrado. «Junto con celebrar el nuevo triunfo del pueblo chileno en las urnas, no podemos dejar de rendir un homenaje a aquellos que ofrecieron su vida para defendernos del fascismo, que en su hora más amarga intentara robar lo que no había podido conseguir en los altares de la República».

Se escucharon silbidos de reprobación, y luego un zumbido que Martina creyó identificar: poco después, tres Hawker Hunter cruzaron transversalmente la avenida con su estruendo característico. Los aviones viraron en un giro cerrado y se prepararon para una segunda pasada sobre la tribuna oficial, sólo que esta vez uno de ellos hizo una parábola ascendente simbolizando a los caídos durante los enfrentamientos de aquel lejano septiembre de 1973.

«Ésta es la última misión de vuelo de los gloriosos Hawker Hunter de la Fuerza Aérea de Chile, que este año descansarán en los patios del Museo de la Reconstrucción Nacional como mudos testigos de un acto valeroso y decidido en defensa de los trabajadores de nuestra patria». La gente rompió en aplausos y gritos de aprobación.

Cuando todos bajaron la vista, descubrieron que ya estaba en posición, aguardando al fondo de la avenida, una gigantesca tela blanca enrollada, llevada por hombres y mujeres de industrias estatales del país, con el nuevo escudo patrio aprobado en sesión secreta por el Congreso Nacional pocos días atrás. La noticia se

había filtrado convenientemente a la prensa y todos estaban expectantes por ver las modificaciones de un símbolo tan querido por los chilenos.

A los sones del «Himno de Yungay», los obreros comenzaron a desenrollar la tela y con ello a develar el secreto. La estructura permanecía idéntica: ahí estaba el Kuntur, el cóndor desplegando sus alas, las formas doradas sosteniendo el conjunto, el penacho de tres colores, pero el tímido y frágil huemul, animal en peligro de extinción y carente de la fuerza simbólica para hacerse un lugar en el corazón de la gente, había sido reemplazado por una corpulenta serpiente rampante en forma de S, que miraba desafiante al cóndor en el otro costado.

«De esta manera —explicó el orador—, Chile le otorga el lugar que se merece a Tren-Tren, la serpiente mágica que habita bajo nuestros suelos y que es la representación viva de la energía tectónica de nuestro territorio, de su capacidad de ponerse de pie y arrasar con todo lo que se opone a su paso, símbolo de la tremenda fuerza del pueblo chileno. La serpiente, al igual que nuestro territorio, es un animal largo, extenso, lleno de fuego, una metáfora de la cordillera y sus volcanes, de sus terremotos, de su fuerza indómita.

»Desde hoy, el pueblo chileno tiene en su emblema un símbolo del cielo, el Kuntur, y de la tierra, Tren-Tren. La unión de los dos mundos, del norte aimara y quechua, y del sur mapuche y selknam. La unión de la mente-aire y del cuerpo-tierra. La serpiente y las alas. Símbolo americano por excelencia, además, se une hoy en nuestros corazones a nuestra querida bandera de siempre, para celebrar con regocijo el renacimiento patrio junto a nuestro guía, el compañero Presidente. Y para que a nadie le quepa duda de nuestra decisión, la enseña patria desde hoy reza “Con la razón y la fuerza”, para recalcar la decisión con que nuestro país enfrentará cada uno de sus dilemas de cara al futuro que nuestra nación se merece».

La multitud estalló en aplausos y hurras ensordecedores. Martina sintió que se le erizaba el cabello de la nuca cuando, espontáneamente, todos los asistentes comenzaron a cantar el Himno Nacional *a capella*. El Presidente se puso de pie, emocionado, y detrás de él lo hicieron todas las autoridades y el público en las graderías.

Así cerraron las actividades de la mañana. Eran las dos de la tarde y los invitados asistirían a un cóctel y un almuerzo de honor en los patios de La Moneda. Martina siguió a duras penas a Arsenio, que caminaba raudo hacia el palacio.

—Pana, por favor escúchame...

—No tengo nada que escuchar, Martina. Y te ruego que no des más problemas.

—Creo que estoy en peligro, pana, necesito la ayuda de la Embajada.

Arsenio se detuvo y Martina casi chocó con él.

—Cuando la Embajada de Venezuela te pidió que no dieras problemas, estaba de alguna manera pidiéndote ayuda también; tu deber es no deteriorar la relación entre nuestros países. Tú sabes que un incidente diplomático es algo serio. No eres libre de hacer lo que quieras, niña. Eres representante de todo un país, ¡¡y la estás cagando!!

Los ojos del hombre echaban fuego. Giró nuevamente y se perdió entre la multitud que avanzaba hacia la recepción oficial en el Patio de los Naranjos. Martina apuró el tranco, asustada. No quería perder la oportunidad de conversar con un par de personas durante el cóctel y temía que la organización se lo impidiera. Ahora, además, tenía claro que ya no contaba con el apoyo de sus superiores.

Miguel Serrano era una de las autoridades más célebres del régimen. Sus invitados personales, cada uno más excéntrico que el otro, se arremolinaban a su alrededor y convertían el sobrio cóctel en una experiencia surrealista.

—También nuestro país tiene un particular interés por Isla de Pascua, *herr professor* —le estaba diciendo Serrano a Stanislaw Szukalski, el delgado y pálido artista polaco que formaba parte de su comitiva. A su lado, tres *sadhus* semidesnudos escuchaban atentamente la conversación—. No sólo por su posición estratégica en el océano Pacífico, sino también por su poder como punto mágico del continente. Pascua es uno de los vértices del Triángulo del Sur. Un vértice es Tiwanaku, que desgraciadamente aún no es nuestro, el otro es Pascua y el tercero es el volcán Melimoyu, en el sur profundo. Ese Triángulo es un cañón de energía que apunta hacia un punto específico en la Antártica; en ese lugar hay una piedra que, cuando despierte, comenzará a calentarse y a derretir el hielo hasta liberar a la Atlántida de su prisión de veintiséis mil años, con toda su riqueza de alquimia y tecnología intactas. Esa roca fue una pequeña luna terrestre que cayó sobre la Antártica cuando ésta tenía otro nombre: Atlántida. Y nosotros debemos ayudar a liberarla del conjuro bajo el cual se encuentra. Nosotros la ayudaremos a despertar. La Atlántida tiene poderosos enemigos, señores.

Martina se acercó silenciosamente al grupo. No estaba segura, pero le parecía que ese hombre alto y señorial, de cabello entrecano, era el canciller Serrano, uno de los hombres clave para intentar comprender la enmarañada tela que envolvía el nuevo espíritu de la nación. Lo escuchó hablar con la boca abierta, sus palabras eran hipnóticas. Se acercó otro poco más hasta que Serrano la saludó y la invitó a unirse al grupo.

Entonces habló Szukalski. Martina se fijó en su extraña corbata bordada de manutaras pascuenses.

—¿Cree usted que las fuerzas que están en contra de la Atlántida vienen del nuevo orden mundial, de los vencedores de la Segunda Guerra?

—Las guerras más terribles son las guerras secretas. ¿Quiere un ejemplo? Los selknam, habitantes de la Patagonia, eran descendientes de los atlantes que habían sobrevivido a la catástrofe, y que permanecieron cerca de su antigua patria esperando verla renacer algún día. Cuando en el siglo XIX la Golden Dawn se enteró de la existencia de los selknam, movilizó a partidas de ingleses para exterminarlos y borrar su recuerdo de la faz de la Tierra. Y así ocurrió.

»¿Por qué Chile es importante? Chile es un sendero, no es sólo un territorio. Es el camino hacia el otro lado. Pedro de Valdivia quería llegar a la *terra incognita australis*, más allá del Cabo de Hornos. Chile le interesaba como corredor hacia ese lugar de leyenda que él creía lleno de oro. Pero los que estaban ocultos detrás de los

conquistadores sabían que esa *terra incognita* era la Atlántida congelada, la Antártica, y ése era su último objetivo tras la conquista de América. No habían previsto que los mapuches fueran a detener su avance. Ellos son los guardianes de la entrada.

»¿Y por qué no simplemente llegar por mar? Porque era mandatorio seguir el Camino del Inca, una ruta iniciática que había que agotar para que se abriera el paso a la Antártica real, no la que se aparece congelada al testigo novato sino una que vive traslapada, escondida para el que no puede ver. Chile completo es un corredor iniciático, o si se prefiere, una pista de lanzamiento hacia un “otro lado” en la Antártica.

—¿Está hablando en serio? No quiero ofenderlo... —irrumpió Martina.

Serrano rió con una risa sonora y profunda junto a Szukalski.

—No me ofende, señorita..., ¿cuál es su nombre?

—Martina Aguablanca, del gobierno de Venezuela.

—Señorita Aguablanca, la pregunta es apropiada. Y sí, estoy hablando en serio, al menos para aquellos que pueden oír.

—¿Y cómo es que nadie más sabe de esto?

—Saben los que deben saber, señorita.

Martina lo miraba con inquietud. ¿Este señor es el canciller de Chile? Más le parecía el predicador de alguna oscura secta noble. Pero recordó lo que buscaba y salió del trance.

—Don Miguel, quiero hacerle un par de preguntas, si no le molesta.

—Por supuesto que no —dijo el hombre, con la seguridad y el agrado de quien se sabe en el centro del escenario.

—Es acerca del poder...

—Enorme tema, grande como la historia de la humanidad toda —agregó pomposamente Serrano.

—Es acerca de Chile, ¿sabe? Me parece muy difícil de creer tanta prosperidad y estabilidad política en este país después de todo lo que pasó en 1973, don Miguel. No digo que haya algo extraño, pero hasta el momento no he podido entender este... éxito.

Szukalski miró a Serrano un tanto incómodo. La falta de delicadeza de la joven había destruido el aura mística que hasta entonces había rodeado la conversación; se despidió de ambos y se retiró, seguido por los *sadhus* y el resto de la comitiva que escuchaba las palabras del canciller.

—¿Y qué espera de mí?

—Sólo que me dé su punto de vista. Estoy trabajando en una tesis que intenta establecer el camino que deben seguir los pueblos latinoamericanos para superar las actuales crisis políticas. Algo que me ayude a entender cómo es que Chile consiguió salir del agujero. Quizá ayude a Venezuela y al resto de los países de Sudamérica.

Serrano se tomó la barbilla, pensativo.

—Usted conoce los poderes que hay detrás de los poderes, supongo. Detrás del gobierno de Chile estaba el gobierno norteamericano, detrás del gobierno norteamericano la Skull & Bones, la masonería y la gran sinagoga. Y detrás de ellos está el gobierno secreto mundial, dirigido desde el inframundo por los iniciados de Agatha. Ahora mismo hay sacerdotes mayas infiltrados en el Senado de Estados Unidos, y están en contacto con la Vía Láctea, que no es más que una gran inteligencia artificial utilizada por el reptil conocido como Jehová para programar un experimento del que somos sólo un componente secundario. La galaxia completa es maligna. Todo lo que puedo decir es que cada acontecimiento que ocurrió estuvo planificado por alguno de esos poderes secretos.

—Pe..., pero en Chile estaba interviniendo la Unión Soviética también —repuso Martina, intentando buscarle un sentido a lo que acababa de oír—. Esperaban desestabilizar al gobierno de Allende o que se derrumbara solo, para propiciar una guerra civil y luego implantar la dictadura del proletariado.

—Ja, ja, ja..., eso dicen, eso dicen. Pero detrás de la Unión Soviética están los mismos que finalmente mueven los hilos de Washington o el Vaticano —Serrano sonrió y se acercó a ella, como para decirle un secreto—. La verdad es que hubo un solo poder capaz de enfrentarse al gobierno mundial. Un poder que restauraría la Edad de Oro del ser humano, el verdadero ser humano, el ser de luz que llevamos dentro. Ese poder fue traicionado. Pero estamos investigando la manera de ayudarlo a retomar su posición.

—No entiendo.

—Ése es el secreto... Puedes gritar la verdad desde el centro de la ciudad, pero sólo será escuchada por el que tenga oídos.

—¿Tiene que ver con Synco?

Los ojos azules la miraron con sospecha. Martina cambió rápidamente de tema.

—Me han dicho que la guardia presidencial realiza sus ritos en estados alterados de conciencia, ¿es cierto, don Miguel?

—Esa pregunta está al borde de la imprudencia, señorita. Pero me encanta la imprudencia de la juventud, es el tipo de espíritu que nos salvará de perecer —Serrano habló ahora con otra voz, más profunda—. Cada territorio tiene una vibración particular. Nuestro continente vibra a seis megaciclos por segundo; el cactus llamado San Pedro nos hace vibrar a las personas a esa misma frecuencia, nos pone *on-line*; aunque no creo que usted esté familiarizada con esta noción, es muy avanzada. Como sea, el San Pedro es la llave de acceso a las redes de nuestro continente, él es la puerta, el camino, la verdad y la vida. Comer su cuerpo y beber su sangre nos permite hablar directamente con el territorio y actuar según su voluntad. «Hágase tu voluntad y no la mía».

—¿Los GAP son *junkies*?

Serrano frunció el ceño.

—Ellos son los guardianes del tiempo. La flecha biunívoca significa eso. Ellos

son guerreros del tiempo. Vendrán labores más y más complejas para ellos y deben estar preparados. El San Pedro y sus psicoactivos son la contraseña para entrar en la malla de realidad del continente. Lo necesitamos para entrar en contacto con su mente... —se quedó callado de pronto—. Pero no sé por qué le explico esto, si no entenderá nada de todas maneras.

En ese mismo instante, un hombre alto, rubio y muy blanco se acercó a Serrano y le susurró algo al oído. Éste miró a la mujer de soslayo y apretó los dientes.

—Si me permite, señorita. No diré que ha sido un agrado conocerla —dijo, y se alejó a grandes zancadas.

A la distancia, Martina lo vio recriminando duramente a dos ayudantes mientras giraba para mirarla una y otra vez con el rostro enfurecido. Claramente ya no era bienvenida entre las autoridades del país. A unos metros reconoció a parte de la delegación argentina de tecnología, encargada de la misma labor que ella, investigar el modelo Synco.

—Hola, buenas tardes —los saludó, esperando que la repentina aversión a su persona no hubiera cruzado las fronteras.

—Martina Aguablanca, si no me equivoco —la saludó afectuosamente uno de los representantes argentinos—. Qué agradable sorpresa, che. Justo a tiempo para unirme a nuestra pequeña conversación. Te presento a los señores de la delegación de Brasil y México.

Tras las presentaciones de rigor, el argentino, un joven de unos veintiocho años, con una enorme sonrisa de muy blancos dientes, bajó un poco la voz en actitud cómplice.

—Estábamos hablando de las locuras que nos ha tocado ver a cada uno —dijo, y todos asintieron—. Cada una más grande que la anterior. Pero la que se lleva el premio es el costo energético del proyecto Synco.

Martina habría disentido ampliamente —no era ésa precisamente la locura más grande de todas—, pero prefirió seguir escuchando.

—Hemos averiguado que el costo de operación es descomunal. Este país está a pocos años de una crisis total de consumo energético, che. Y lo más escalofriante es el argumento que le dieron al compañero brasileño. En un momento de molestia, Flores dijo que no importaba si Synco consumía la energía de todo el país, si finalmente todos iban a trabajar para Synco. Así es. El proyecto se está devorando al país y las autoridades lo saben; además, parecen alentarlos.

—Pero tienen a medio mundo trabajando para encontrar fuentes de energía alternativas —dijo Martina—. Lagos me dijo que era algo que ya se estaba resolviendo.

—Pero, ¿has visto de qué se tratan esos proyectos?

—La verdad, no...

—Está en redacción una ley que va a obligar a los presos a pagar su pena en voltios. Van a instalar subterráneos en las penitenciarías, llenos de ruedas de hámster

gigantes para que los reos corran todo el día generando electricidad.

—A mí me contaron de proyectos para instalar juegos infantiles especiales en los patios de los colegios, conectados a dínamos y condensadores.

—Yo supe que ya están proyectando cientos de galpones en las afueras de Santiago con correas transportadoras. Me dicen que van a tener caballos galopando día y noche sobre esas correas sin fin para generar energía.

—Dejando fuera los megaproyectos de energía solar en el desierto de Atacama, o los eólicos en la Patagonia, que suenan relativamente cabales.

—Perdoname, che, pero contratar a poetas, niños y criminales para el diseño de los campos de energía solar no es algo muy cabal.

—Lo de los volcanes es más descabellado todavía. Quieren contratar a machis como gerentes de producción para que ayuden a controlar el ímpetu de la actividad volcánica con rogativas programadas.

—¿Han oído que quieren erradicar los combustibles fósiles? Dicen que quemar cadáveres de animales para mover máquinas es evidentemente magia negra.

—Están locos. Todos estamos de acuerdo en que Synco es un monstruo que se está devorando a Chile. Es un aparataje descomunal que nace para servir a la gente, pero la gente terminará sirviéndolo a él. Ninguno de nosotros piensa recomendar el proyecto para nuestros países. Estos tipos están locos, Martina.

—¿Le contaste lo del Instituto de la Tradición?

—Ya oíste el discurso de ese tal Ziley Mora. Es otro demente manejando dineros públicos. Comanda un área completa de investigación de nuevas fuentes de energía. Pero está investigando la que emanan los chamanes quechuas en trance; estudia la manera de absorber la ira de perros contagiados con rabia y la energía corporal liberada por un orgasmo. Nos mencionó incluso la posibilidad de contar con ejércitos de mujeres conectadas a receptores y en permanente estado orgásmico. También ha organizado cuatro viajes a Isla de Pascua para investigar el «maná», que se supone era la energía que usaban los pascuenses para levantar los moais.

—Acuérdate que también dijo que había un programa de reclutamiento temprano de niños con habilidades psíquicas. Quiere niños capaces de mover dínamos con sus mentes. ¿Te das cuenta? ¡Están utilizando fondos públicos para rastrear a niños telequinéticos! Me contaron que pretende utilizar médiums para reclutar psíquicos, premios Nobel y poetas en el Más Allá para sugerirles que se reencarnen en tierra chilena a cambio de beneficios políticos. ¿Te das cuenta? ¡Son unos dementes!

Martina los miraba sin saber qué decir. De pronto, tras el hombro del representante brasileño, vio a dos GAP que se dirigían hacia el grupo. Su expresión hizo que todos se giraran hacia los agentes, que ya estaban a dos pasos de ellos.

—Señorita Aguablanca —dijo uno de ellos, con esa voz átona característica—, el canciller Serrano le ofrece sus disculpas por el inconveniente y le solicita que se acerque a su oficina para entregárselas personalmente.

Un no como respuesta estaba fuera de toda posibilidad, y Martina aceptó

resignada. Se dirigió a la Cancillería, ubicada en el antiguo edificio del Banco del Estado, con un GAP caminando delante de ella y otro detrás, lo que la hacía parecer más una prisionera que una invitada. Arsenio la siguió a la distancia con la mirada. Poco después, ingresaron por un pasillo tapizado de gobelinos hasta llegar frente a una puerta de caoba, abierta.

—Adelante, Martina —la saludó cordialmente el canciller.

—Buenas tardes. Me pidió que viniera y aquí estoy —dijo ella, intentando parecer tranquila.

—Me dicen que abandonará el país esta noche. Es una lástima, me habría gustado conocerla mejor... La habría invitado a conocer mi casa en Valparaíso, tiene una hermosa vista a la bahía.

—¿Por qué me llamó, señor?

Serrano sonrió.

—En realidad, no sabemos qué pensar de usted, querida. Creemos que ha cometido un grave error y lo ha ido haciendo cada vez más grande. Le ruego que escuche a su embajador y deje de cometer errores que puedan ofender al gobierno que actúa como su anfitrión.

—No entiendo a qué ofensas se refiere.

—Entre otras cosas, conspirar contra el gobierno de Chile con esos cuervos...

—Ellos sólo me contaban...

—Lo único que le pido es que esta noche tome ese avión reservado para usted. De lo contrario, será considerada *persona non grata* por el gobierno y detenida por conspiración en contra del Estado chileno.

Martina escuchó sorprendida por la dureza del trato.

—Pensé que me había invitado a esta oficina para disculparse por la manera en que me dejó hablando sola.

—No, le ofrezco disculpas de antemano por el trato que deberemos prodigarle si no abandona el país. Ahora déjeme solo, por favor.

—¿Debo entender que me está expulsando del país?

En el acto sintió la pinza de acero de uno de los GAP tomándola del brazo y dirigiéndola con rudeza hacia la salida. En unos minutos estaba de nuevo en el Patio de los Naranjos, donde los invitados ya daban cuenta del almuerzo. Sola, despeinada y más asustada que antes, se acercó a una de las mesas y se sentó, pero no pudo comer nada. Reprimió una mueca de llanto, se tomó la cabeza con las manos y respiró hondo. Era el momento de renunciar y acatar.

Pronto, los organizadores pidieron a los concurrentes regresar a las tribunas en la Alameda para presenciar la segunda parte del desfile de homenaje. Martina se apostó en el mismo lugar que antes en la tribuna, pero no alcanzó a ver a Arsenio; su lugar parecía vacío. La tarde estaba calurosa y se puso sus gafas de sol de marco blanco, regalo de su padre. «¿No son demasiado grandes?», le había dicho cuando le entregó ese par de anteojos enormes como ojos de mosca.

Finalmente podría escuchar a Salvador Allende en persona. El compañero Presidente se acercó al estrado y se aclaró la voz antes de saludar a la concurrencia, que estalló en vítores y gritos de apoyo. Era amor correspondido con creces.

Allende habló de los más variados temas durante tres largas horas. Todos parecían extasiados ante cada frase exactamente recalcada, cada adjetivo perfecto tras cada sustantivo escogido con precisión. Realmente esa multitud era el instrumento musical más grande que Martina hubiera presenciado en acción, uno que era manejado con destreza por el compañero Presidente, que pulsaba teclas aquí y allá, guardaba silencios y arrancaba aplausos con una melodía a veces acompañada, otras frenética. La gente lo amaba. Cuando concluyó, los aplausos se extendieron duraron cinco eternos minutos, durante los cuales Allende tuvo que ponerse de pie una y otra vez para saludar.

El discurso terminó al atardecer. Las luces de Santiago, sin embargo, no se encendieron y poco a poco una especie de intimidad de la muchedumbre se hizo dueña del espacio. Quince minutos, media hora, cuarenta minutos en silencio, todos en una especie de misa secreta y muda esperando que la oscuridad se derramara sobre ellos. A una señal se encendieron uno por uno los treinta reflectores de seguimiento aéreo apostados a lo largo de la avenida; sus potentes haces de luz se elevaron como enormes columnas que parecían sostener un lejano dosel oscuro que flotaba sobre la ciudad. Una catedral de vacío para el rito más solemne del día.

Ocho helicópteros Huey Bell pasaron entonces a baja altura arrojando kilos y kilos de papel blanco, pequeñas tiras con nombres impresos que brillaban ante los reflectores. Dos integrantes de las Juventudes Socialistas abrieron las puertas de La Moneda. Potentes reflectores iluminaron también la boca del recinto. Desde su interior avanzó una hilera de mujeres menudas vestidas de blanco, como novias, como monjas, pálidas en sus túnicas o mortajas. La gente presenció en absoluto silencio el paso de estas ánimas sagradas que, casi ingravidas, atravesaron el callejón fabricado de lámparas. Eran las Madres de Noviembre, los úteros sangrantes, los corazones atravesados de la patria. Las mujeres que lloraron al pie de la cruz de cada inmolado en el altar de la nación. Todas llevaban un relicario con un mechón de pelo sumergido en sangre colgando del cuello. Todas vestían camisa roja bajo el ropaje blanco, representando su corazón estallado en lo profundo, su derrame mortal, su propio desangramiento. Cuando los parlantes se atrevieron a romper la magia de esta aparición fantasmal, lo hicieron con suavidad, recitando pausadamente los nombres que la ciudadanía conocía: los de cada uno de los mártires de la Matanza de Todos los Santos.

- Carlos Eulefi
- María Paz Morales
- Sebastián Barros
- Rodrigo Vicens

- Eugeni Guillem
- Nicolás López
- Luis Felipe Cortés
- Jorge Wittwer
- Bárbara San Martín
- Francisco Estrada
- Gabriel Benítez
- Juan Fuentes
- Sebastián Guzmán
- Martín Cáceres
- Francisco Javier Gómez
- Gardenia Camui
- Miguel Ferrada
- ...

La lista no se hacía larga, la gente recordaba esos nombres; algunos se habían vuelto animitas de culto, otros eran ejemplos en colegios, tenían calles, plazas o parques. Permanecían en el corazón del pueblo ligados a la más grande atrocidad cometida por el fascismo en el momento en que el país se encontraba en el suelo, moribundo pero luchando. Los asesinatos habían calado hondo. La mayoría eran jóvenes idealistas, verdaderos ejemplos de compromiso y valor, adolescentes luminosos que habían dado la vida por los derechos del pueblo. Ahora yacían bajo tierra, segados en la flor de su juventud, y constituían una pérdida irreparable para todos.

Mientras las madres avanzaban hacia un estrado dispuesto para ellas al otro lado de la calle, por los altavoces se oía una reseña de los hechos de noviembre de 1973. El orador recalca que las muertes no fueron en vano, que la matanza no destruyó el movimiento popular sino que, por el contrario, fue el punto de partida de un nuevo esfuerzo que culminó con el proceso conocido como «Reconstrucción Nacional». Pidió rendirles respeto a las Madres de Noviembre, porque ellas habían entregado a sus hijos como semillas a la tierra, habían regado sus tumbas con sus lágrimas para que inmensos árboles crecieran y dieran maravillosos frutos para bien del pueblo. Nuestra alegría, dijo, debe estar siempre consciente del dolor de estas madres y del enorme costo que tuvo nuestra prosperidad. Pues de su dolor al pie de cada cruz surgía nuestra salvación.

Martina tenía un nudo en la garganta.

El compañero Presidente bajó a la calle y se dirigió hacia el estrado. Ninguna de las mujeres se puso de pie, conscientes de su condición. Allende se detuvo a una distancia prudente e inclinó su cabeza en señal de respeto. Luego se acercó y saludó con delicadeza a la más anciana de todas. Le dijo unas palabras en voz baja, la reconfortó, le sostuvo las manos en las suyas y se las besó. Luego retrocedió tres

pasos sin darles la espalda y volvió a inclinar la cabeza. Cruzó la calle en completo silencio, subió las escalas y retomó su lugar. Se oyeron algunos carraspeos, alguien tosió.

Rompió el silencio una banda de bronces. A Martina se le encogió el corazón al ver que en la calle se armaba con antorchas el signo de la doble flecha de los GAP. Instintivamente buscó a Arsenio, pero no pudo hallarlo. La banda avanzó tocando una pieza casi fúnebre, de sonidos guturales lejanamente similares a las trompas de los lamas tibetanos, y se encajonó en un costado para dar paso a un escuadrón de GAP que desfiló silenciosamente con su paso contenido, maquinal. Vestidos de riguroso café —como la Virgen del Carmen, patrona de Chile—, corbata negra y guantes blancos, sostenían en ristre sus AK-47. Al pasar bajo el estrado presidencial se quitaron sus lentes oscuros para ejecutar el célebre «paso del peregrino», su característico desfile con los ojos cerrados, el que simbolizaba su compromiso con la vida interior. El mito urbano propagaba que en realidad no tenían ojos, pues se los arrancaban al ser admitidos en el servicio. La gente los respetaba, los admiraba y les temía: pensaba que eran sobrehumanos.

Pasó el desfile de los GAP y entró en escena una nueva bandera, esta vez con un símbolo conocido para Martina: la famosa estrella roja de ocho puntas de Synco, sostenida por doce operarios vestidos con capas blancas. Detrás de ellos un escuadrón de flamantes Fiat 600 que contenían el microcomputador personal desarrollado por el Instituto Miguel Enríquez para los ejecutivos de terreno de Synco, una maravilla de la miniaturización que había causado asombro en la última feria tecnológica mundial en París.

El último Fiat 600 tiraba de un pequeño acoplado con el modelo «Atacama X-12», un moderno computador completamente inalámbrico de apenas ochenta kilos de peso. Desde el interior, un operario se conectó remotamente con las pantallas de bulbillos ubicadas sobre La Moneda y proyectó su propia imagen saludando al compañero Presidente. La multitud estalló en aplausos al paso del pequeño automóvil y su demostración de esta asombrosa tecnología en desarrollo.

Cerró el desfile un escuadrón de Hijos de la Patria, huérfanos y parias adoptados por instituciones estatales y educados intensivamente para desarrollar labores específicas al interior de Synco; algunos como operarios, otros como técnicos y algunos incluso como ejecutivos. Con un pañuelo blanco en alto saludando al Presidente, encabezaba el escuadrón el jefe del área norte de Synco, Sergio Melnick, un joven encontrado con un golpe en la cabeza y rescatado por funcionarios que lo acogieron, lo educaron y lo convirtieron en el ciudadano útil y entusiasta que ha llenado planas de diarios y revistas con su increíble historia.

Un número específico de niños se desmarcó de las filas y, en ordenada distribución, se acercaron a cada una de las Madres de Noviembre. Juntos saludaron a la multitud despidiendo la ceremonia, mientras el compañero Presidente se retiraba con su séquito hacia las puertas de La Moneda.

El desfile había terminado y Martina estaba exhausta. Intentó encontrar a Arsenio por última vez, sin éxito. Se sentía completamente sola, abandonada, frágil entre tanta gente extraña. Vio a dos grupos de GAP mirando en todas direcciones, como buscando algo. Agachó la cabeza e intentó confundirse entre la multitud. Ahora sólo restaba regresar al hotel y esperar el llamado de Arsenio para salir del país de una buena vez. No comprendía el alcance de los acontecimientos que había presenciado, pero si algo sabía es que tenía miedo. Ni siquiera ha pensado en el informe que debe redactar para su gobierno, quizá incluso durante el mismo vuelo. No sabe qué dirá, pero lo cierto es que la prosperidad chilena y su maravilla, Synco, le parecían sólo la punta de un iceberg muy negro que se hundía en profundidades que ella no alcanzaba a medir con propiedad.

De camino hacia el hotel, una mujer se le acercó. Era joven, de unos veinticinco años, rostro pálido, pelo negro muy largo, rasgos indígenas. Martina la miró de reojo, en cambio la mujer la observó fijamente mientras comenzaba a caminar a su lado.

—Yo estoy soñando todo esto, ¿sabe usted?

—Lo siento —Martina intentó eludirla—, no la conozco.

—Ése es el problema, pues, porque parece que yo a usted sí.

—No lo creo.

—A mí me golpearon en la cabeza cuando era chica y a veces me duele mucho y me acuerdo de cosas. Y me acuerdo de las mismas cosas pero diferentes, ¿me entiende?

—No, disculpe —Martina aceleró el tranco.

Diez metros más allá asomó entre la multitud la imagen inconfundible de un GAP buscando entre la gente.

—Usted debería estar con su papá en una casa por aquí cerquita, yo la vi una vez. Otra vez la vi paseando con un niño bien bonito. Los he visto a todos y me va a estallar la cabeza.

—Tengo que irme, de verdad —le ruega—. ¿Por qué no le habla a otra persona? Discúlpeme.

—Hay gente que anda caminando que debería estar muerta.

Martina desaceleró y la miró de frente por primera vez.

—Aunque no sé si sea cierto ahora, a lo mejor en otro sueño. Tuve uno donde la matan y otro donde la mataron ayer en su hotel. Pero hay otro en que usted es feliz en otro país y nunca volvió. Ni siquiera sé si estoy soñando ahora, ¿sabe?

Martina comenzó a desesperarse, quedaban cincuenta metros, la mujer ya no estaba a su lado, los GAP se multiplicaban, empezaron a sonar unas sirenas y un hombre gritó: «¡El comandante Proxy ya viene!». Todos los policías, los GAP y algunos civiles se dirigieron hacia él y se armó una estampida, un tumulto de gritos, forcejeos y desorden.

Corrió hasta el hotel. Al entrar, respiró muy hondo. Se acercó al mesón, donde un empleado limpiaba la cubierta con un paño.

—¿Tengo algún mensaje?

—¿Número de habitación?

—1321.

El empleado se inclinó sobre las gavetas y sacó un papel.

—Tiene una llamada de Arsenio Enrieta y seis del señor Michael Townley, que dejó su número —dijo el hombre estirándole el papel con una sonrisa.

«Gringo molesto», pensó Martina guardando el papel en un bolsillo.

En el ascensor recordó a la mujer de la calle, a Armando Valdés, a Arsenio; pensó en el gran zoológico que había conocido en los últimos días. «Seguro que el suelo chileno está emitiendo algún tipo de gas extraño, no me explico de otra forma tanta locura». Suspiró, aliviada: aunque estaba segura de que alguien trataba de hacerle daño, de alguna forma en el hotel se sentía protegida. No sabía por qué.

El viaje hasta su piso se le hizo eterno. La puerta se abrió y entraron dos tipos vestidos con abrigos oscuros; uno de ellos se situó a su espalda y sorpresivamente le cubrió la boca con una mano.

—Cálmate, queremos ayudarte —le dijo al oído, pero Martina, desesperada, se largó a dar golpes y patadas con toda la fuerza de la tensión acumulada.

—¡No somos del gobierno! ¡Cálmate! Estamos tratando de ayudarte.

El segundo hombre sacó un revólver y le apuntó a la cabeza.

—Si quisiéramos matarte, ésta es la ocasión, y si fuéramos del gobierno no nos importaría hacerlo aquí mismo. Pero queremos ayudarte, ¿no lo entiendes?

Martina sintió la dureza del cañón contra su parietal derecho y se detuvo; respiraba agitadamente entre los dedos que la ahogaban.

—El GAP te está buscando. Hiciste algo que los tiene como locos y decidieron eliminarte. ¿Tienes idea por qué?

Martina negó con la cabeza y empezó a llorar.

—¿Vas a gritar si te saco la mano de la boca?

El otro levantó el martillo del revólver, Martina sollozó ruidosamente y negó de nuevo. Cuando la soltaron, se llevó las manos a la cara y retrocedió hacia una pared del ascensor con el llanto atravesado en el pecho. Estaba aterrorizada.

—Alguien quiere hablar contigo. No te vamos a hacer daño. Estás más a salvo con nosotros —dijo uno acercándose para tomarla del brazo.

—¿Adónde me llevan? —murmuró Martina entre sollozos—. ¡Salgo del país esta noche, por favor!

—Vamos a salir tranquilamente del hotel y vas a venir con nosotros. Te voy a abrazar y la pistola irá en tus costillas, así que nada de estupideces —dijo uno, apretando el botón del primer piso.

El otro miró a Martina, le alzó la barbilla, le ordenó el cabello.

—Está bonita esta mina.

Más tarde, el recepcionista declaró haber visto a Martina salir del hotel en compañía de dos hombres de mediana estatura, uno de ellos abrazado a la mujer. No

alcanzó a verles el rostro, pero ambos eran morenos y de pelo negro, es decir, la descripción tipo para el setenta por ciento de los hombres chilenos. «Se veían apurados; la mujer no se sentía bien, parece, porque la llevaban afirmándola. Pensé que la llevaban al hospital o algo así. Por eso llamé a la Embajada».

—Supongo que tenemos todo arreglado.

—Chile cuenta con el apoyo incondicional de Venezuela para llevar adelante nuestra cooperación tecnológica —afirmó el secretario de la Embajada.

—¿Y el problema que anda suelto? Tengo entendido que usted la recomendó para esta misión.

—No hay de qué preocuparse, ya está todo finiquitado.

—¿Y los brasileños y argentinos?

—Da lo mismo lo que opinen, es un mero trámite. Synco es tan popular en América Latina que el candidato autorizado a llevarse la franquicia tiene prácticamente asegurado el triunfo en cualquier elección.

—¿En el gobierno saben de lo que estamos hablando?

—No, señor, el gobierno no sabe para dónde vamos.

—Primera regla en política: si tú sabes, ellos también. Sólo esperan el momento propicio para actuar, igual que nosotros. Se trata de evitar que ellos alcancen las condiciones adecuadas antes que nosotros, nada más.

—Tiene razón.

—Y además, sé que usted también lo sabe, pero se guarda la carta, como todos. ¿Es así?

—Tal como usted dice, señor.

—No tiene idea en lo que se ha metido —sonríe el hombre.

—Lo que sé es que van a ganar, eso me basta.

—¿Y su honor, su lealtad?

—Ahora está con ustedes.

—Todo un revolucionario.

Después de tres calles atestadas de gente y dos cambios de abrigos, los hombres montaron con Martina en un Chevrolet de vidrios ahumados y partieron con rumbo desconocido.

—Ponte esta capucha —dijo uno, entregándole un saco negro con un hilo corredizo en el borde—, es por tu seguridad.

Martina estaba un poco más calmada. Iba adquiriendo la certeza de que no le iban a hacer daño; por el momento.

—¿Quiénes son ustedes? —se atrevió a preguntar.

Uno de ellos se rascó la cabeza y lanzó algo más parecido a una declaración pública que a una respuesta.

—Somos militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, facción escindida del Partido Comunista chileno una vez que éste decidiera pactar con el gobierno fascista del traidor Allende.

—¿Fascista?, pero...

—Proimperialista, autoritario, personalista, reaccionario.

—Hemos sido perseguidos y nuestros militantes han encontrado la tortura y la muerte. Somos luchadores populares, reivindicamos los derechos del hombre y la libre determinación de los pueblos.

—Un socialismo de corte nacionalista está a un paso de la dictadura. Nuestros hermanos sufren, el país está esclavo...

—Pero qué tengo que ver yo en todo esto.

Los hombres se miraron.

—Sólo estamos autorizados para decir que el gobierno de la UP te ha estado sometiendo a seguimientos y vigilancias de todo tipo.

—Y nuestros últimos informes de inteligencia dicen que la orden para eliminarte ha sido emitida. Estás condenada a muerte por los organismos de seguridad, Aguablanca.

—Están bromeando.

—...

—¡Pero yo no he hecho nada, no soy un peligro para nadie de este gobierno!

—Nuestras grabaciones de inteligencia dicen lo contrario. Estás implicada en el asesinato de Armando Valdés, operario estratégico de Synco, división central. Al parecer eres bastante peligrosa.

—¡¡Qué!!... Ustedes están locos, déjenme ir; tengo un vuelo a Venezuela para esta noche, por favor...

—Lo siento, no puedo decirte más. Tenemos que cambiar de auto.

Es tarde en Santiago de Chile. En una esquina vacía, en avenida Matta con Carmen, un taxi espera con su conductor apoyado en el costado. A unos metros de distancia suenan los frenos de un Chevrolet. Tres personas se bajan del automóvil y

conducen rápidamente a una mujer al interior del vehículo de alquiler. El taxista arroja el cigarrillo, mira alrededor y sube al volante. Luego acelera para perderse raudo en dirección de la carretera norte-sur.

—¿Por qué es tan importante la investigación atómica para nuestros planes, don Miguel?

El hombre, mirando hacia el cerro Santa Lucía, espera un par de segundos antes de dar la respuesta.

—La investigación atómica tuvo su bautizo en 1665, en Francfort. El alquimista Jacob Böhme consiguió la primera fisión atómica por vía mágica en los subterráneos de sus habitaciones. Largo sería el camino hasta conseguirla por vía mecánica. A partir de fines del siglo XIX, la Golden Dawn financió la investigación científica y consiguieron crear un dispositivo cincuenta por ciento mecánico y cincuenta por ciento mágico que fue probado exitosamente en la isla de Krakatoa en 1883.

Serrano acercó a su boca un vaso de preciosa cerámica hindú lleno de aromático té verde, y después de un sorbo, continuó.

—De la Golden Dawn, la administración del programa pasó a los ariosofistas de Viena, después a la ONT de Von Liebenfels, en Alemania, y de ahí naturalmente a la Thule-Gesellschaft, quienes continuaron hasta la década de los cuarenta de la mano de las SS. Luego ocurrió lo que todos sabemos. Los norteamericanos robaron las tres bombas nucleares desarrolladas por Kammler y el programa terminó para siempre.

—Pero los norteamericanos, los rusos, los chinos, todos tienen y han probado bombas atómicas...

—Mentira; han utilizado enormes artilugios de explosivos convencionales, no nucleares. Puras bravatas de la Guerra Fría. Porque robaron las bombas, pero no la tecnología. No pudieron prescindir del aspecto mágico de las bombas germanas y no pudieron reproducirlo después. La primera, como sabes, la hicieron estallar en Trinity Site, en el desierto de Nuevo México, en julio de 1945. Ahí descubrieron que sin el componente mágico sólo obtenían una gran bola de fuegos artificiales, sin capacidad destructiva. La Trinity, la Trinidad, no es el padre, el hijo y el espíritu santo, sino el positivo, el negativo y el neutro. La señal es clara, querían invocar al demonio de la electricidad. Traer a un homúnculo, abrir una puerta y parir al demonio que los ayudaría a gobernar la Tierra.

—¿Hacer nacer a un demonio? ¿Está seguro de lo que dice...?

—¿Por qué crees que la bomba arrojada sobre Hiroshima se llamaba *Little Boy*? El mensaje que se transmitió tras la explosión fue: «El bebé ha nacido satisfactoriamente». ¿Sabías que dentro de la bomba debía ir un ser humano como parte del mecanismo mágico? Por lo demás, hay un itinerario para el dominio mundial. Para el año 1986 se prepara nuevamente la apertura de una puerta, pero esta vez para hacer ingresar ejércitos. Hay un lugar en Ucrania, Chernobyl, que se sitúa en un punto poderoso de la topografía terrestre. La irrupción producirá una gran devastación.

—¿Radiación?

—La radiación no existe, es un truco para cerrar el acceso a zonas restringidas. Los contadores Geiger en realidad sirven para medir presencias paranormales; la «radiación» es la materia espectral de estos entes que ingresan por las grietas que producen los magos del átomo. Si usaran medidores de contaminación descubrirían que los sitios de pruebas atómicas están absolutamente limpios. Los daños humanos son de orden espiritual, posesiones, parásitos astrales que deforman el cuerpo.

—Pero, ¿por qué es importante para nosotros?

—Necesitamos abrir una puerta, necesitamos cruzar al otro lado, regresar al comienzo de todo para reiniciarlo todo. La Edad de Oro, la de los superhombres. Aquello que fue torcido artificialmente. La derrota en mala lid.

—¿Estamos cerca?

El hombre en la ventana sonrió con amargura.

—Sí. Y también estamos a punto de perderlo todo..., nuevamente.

Habían pasado dos horas desde que la sacaron del hotel. Hubo tres cambios más e infinidad de vueltas. Martina estaba agotada; sus captores no habían vuelto a abrir la boca. Por fin llegaron a unos antiguos galpones de concreto en la periferia santiaguina, que parecían haber pertenecido a algún matadero de enormes proporciones. Los hombres descendieron apuntando en todas direcciones con sus armas cortas. Una luz se encendió en la pared y las pesadas puertas metálicas del acceso se abrieron.

—No te saques la capucha —le ordenaron.

Percibía goteras y mal olor, pisaba agua. Se resignó a que dos gigantes la arrastraran por escalas que parecían no terminar nunca. Luego avanzaron por un pasillo donde la sensación térmica era más elevada. La soltaron frente a unos portones de latón y se alejaron dos pasos. La mujer esperó sin atreverse a mover un dedo y con la respiración agitada. ¿La irían a matar?

—Sáquese la capucha, señorita Aguablanca —le pidió una voz débil, nasal y arrastrada que salía desde unos parlantes de mala calidad—. Es un gusto conocerla.

Se vio en la entrada de una habitación muy amplia, de concreto desnudo, llena de aparatos y muebles de hospital; en seguida la rodearon niños en batas blancas que la observaron con curiosidad. En el centro de la sala, mal iluminada por una decena de bulbos parpadeantes, un cajón de madera que servía de catre parecía estar conectado a unos toscos y enormes computadores con placas de tubos al vacío, cadenas que sostenían celdas de energía y generadores de electricidad a diésel. Debajo del cajón, una piara de cerdos narcotizados y sujetos a mangueras que filtraban la sangre del enfermo yacían recostados en frazadas malolientes, con bozales, orinándose y gruñendo entre sueños. Sobre el catre, en un entramado de cuerdas y poleas que lo sostenían en vilo, entre ruidos de fuelles de respiración asistida y apenas visible, el cuerpo incompleto de Carlos Altamirano.

—Pero... todos dicen que usted está muerto.

—Así me he enterado —respondió el hombre con voz cansada. Apenas había movido los labios, era el micrófono amarrado a su laringe el que amplificaba su voz, un lamento distorsionado que se arrastraba desde los parlantes adosados a las paredes con cuerda y clavos—. La hija de Eugenio Aguablanca... —murmura—. ¿Y cómo está ese conspirador fascista?

—Muerto.

Altamirano suspiró.

—Como todos nosotros, finalmente.

Martina reparó en las agujas de acupuntura que cubrían el rostro de Altamirano.

—Estuve dormido durante dos años —dijo éste—. Me dieron por muerto tras desaparecer durante la masacre de noviembre. Caí acribillado por unas sombras que aparecieron sin aviso en nuestra casa de seguridad. Creo que todos mis compañeros

murieron. Me escondieron en poblaciones leales y me mantuvieron con vida hasta que desperté. Cuando abrí los ojos, el mundo era otro mundo. Mi hermano, Salvador Allende, había pactado con la derecha una paz infamante. ¡Nuestros compañeros más valiosos habían sido asesinados por la derecha y Salvador había pactado con ella! —continuaba, con esfuerzo—. Observé con dolor que nuestro proyecto había sido desmantelado, tergiversado y perversamente reorientado. No me quedó otra alternativa que reorganizar las fuerzas y combatir desde otros frentes por la causa del pueblo.

—¿Por qué me dice todo esto?

—Necesito que entienda.

—¿Por qué?

—Usted parece estar involucrada en un importante acto de sabotaje contra el gobierno, algo que quizá nos sea de utilidad. Por eso necesito que entienda mi motivación y coopere con nosotros, señorita Aguablanca.

—¡¡Pero si no he hecho nada!!

—No es eso lo que dice inteligencia del Ministerio del Interior. Han desplegado un operativo de intervención de comunicaciones y espionaje de altísimo nivel. Usted está involucrada en el asesinato de un operario de Synco-central y...

—¡Otra vez con lo mismo! ¡Yo no tengo nada que ver con esa muerte! —exclamó Martina, sin moverse de su lugar—. Ese chico sólo me habló. Después no lo vi más... hasta las noticias en la televisión.

—¿Ve?, ya avanzamos. El chico le dijo algo. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Me dijo que le contara al mundo la mentira de Allende. Nada más.

—Veo que va a ser una larga jornada, señorita Aguablanca. Usted es una agente de origen desconocido que logró entrar en contacto y asesinar a un técnico de Synco de clave naranja. Es la primera, se va a convertir en leyenda. Su jefe debe estar muy complacido. Pero más lo voy a estar yo cuando sepa lo que se guarda.

—¿Me va a matar después de que le diga todo lo que sé?

Un ronquido gutural lejanamente parecido a una risa llenó la sala.

—Espero que todo este operativo para capturarla haya valido la pena. Estamos a las puertas de una operación gigantesca, quizá la más grande que haya conocido jamás este lado del planeta, y nada puede quedar librado al azar. Necesito saber qué es lo que tiene aterrado al omnipotente gobierno de la UP.

Martina comenzaba a sentirse un poco más tranquila y decidió jugar una carta que la quemaba por dentro. Quizá este despojo humano podría darle alguna clave. No tenía nada que perder. Blufear suele ser una herramienta útil en casos desesperados.

—¿Puedo preguntar yo también?

Altamirano permaneció en silencio, quizá sorprendido por la audacia de la mujer, quizá curioso o enternecido.

—¿Unas preguntas? —una mueca extraña distendió la piel llena de pústulas del mutilado—, ¿de qué tipo?

—Mis dudas. Lo que me trajo a este país de mierda.

—¿Después podremos hablar de todo lo que yo desee?

—Por supuesto. Una por otra.

—Así me gusta, colaboración es el juego. Cuénteme, entonces.

Martina se acercó hacia uno de los lados de la camilla y todos los niños en la habitación se pusieron automáticamente de pie. Altamirano les hizo un gesto para calmarlos.

—Creo que mi padre murió por algo que está ocurriendo en Chile, algo que les pesa a todos, algo que esconden como una enfermedad. Quiero saber qué ocurrió realmente el 73. Hay algo muy sucio, muy extraño en todo esto.

Altamirano no contestó en seguida. Los niños se acercaron a verificar sus signos vitales en una ruidosa impresora de matriz de punto que no paraba de producir rollos de papel con informes sobre ritmo cardíaco y respiratorio. El corazón del mutilado se llenó de imágenes en blanco y negro de desfiles, banderas y consignas; recuerdos convertidos en una película hecha de sangre seca y vidrio molido, clavada en un corazón ennegrecido por el humo de las bombas y el keroseno.

—Estuvimos a punto de tenerlo todo. Eso fue lo que pasó —les hizo un gesto a los niños para que se retiraran al fondo de la estancia—. Estuvimos a punto de ganar el poder total para los trabajadores. Pero algo salió mal. Hagamos algo: yo le cuento y luego usted colabora con nosotros, ¿qué le parece? No queremos matarla, Martina.

Ésta asintió. Un niño, un rezagado de unos ocho años, salió bostezando y restregándose los ojos de debajo de la cama de Altamirano.

—De acuerdo. Quiero saber por qué mi padre dijo que Chile había vendido su alma al diablo. Que este país era una mentira. ¿Cuál es la mentira de Allende? ¿Synco es la mentira de Allende? ¿Qué pasó realmente en 1973?

Las luces titilaron un poco. Las máquinas claqueteaban, Altamirano parecía no estar respirando, la vista clavada en algún punto detrás de Martina.

—En 1973 —carraspeó el mutilado—, el Partido Comunista chileno había dejado de ser el interlocutor con Moscú. Su postura blanda y solidaria con el plan burgués de la UP había ofuscado al Komintern y los soviéticos decidieron considerarnos a nosotros, el Partido Socialista, como sus verdaderos aliados en el país.

Altamirano respiró con dificultad; los niños se acercaron pero él los rechazó con un gesto, escupiendo flema amarillenta mezclada con unos fragmentos oscuros. Uno de los niños la recogió con delicadeza desde las sábanas.

—Cuando el golpe militar era un secreto a voces —continuó—, recibimos informes desde Moscú que lo confirmaban para octubre de 1973. Nos pidieron sondear la disposición del gobierno de Chile para recibir armamento y tropas de elite soviéticas para combatir a los militares sediciosos. Me puse feliz, era la oportunidad de eliminar de raíz a los golpistas y hacerse del poder total para imponer los cambios radicales por los que luchábamos. Así se lo comuniqué a Salvador en agosto, y él pareció aliviado. Yo no sabía que Pinochet trabajaba en un plan de contrainteligencia

para dismantelar el intento de los conspiradores. Después de su triunfo de septiembre, los soviéticos me informaron que sus tropas ingresarían de todas maneras en Chile, porque temían un nuevo golpe en el corto plazo e incluso una intervención norteamericana; ellos querían salvaguardar nuestra democracia. Pero cuando se lo conté a Salvador, ya no pareció tan feliz. Luego me enteré de las reuniones que estaba teniendo con la derecha, esos chupasangre y asesinos de obreros, para evitar que los hermanos soviéticos aseguraran nuestra victoria. Salvador era un pusilánime, pero jamás pensé que nos iba a traicionar de ese modo.

»Pese a todo, las tropas soviéticas no abortaron la misión: su interés era el pueblo chileno y no nuestras disquisiciones pequeñoburguesas. Pero no tuvimos tiempo para alegrarnos. Por las noticias nos enteramos de que el *Nimitz* y unas fragatas misileras de la US Navy habían interceptado al supuesto convoy mercante que traía los pertrechos y las primeras tropas de elite para la etapa inicial. ¿Recuerda ese incidente?

—Claro que lo recuerdo, en mi universidad nos manifestamos a favor del derecho de los países del Tercer Mundo para solicitar ayuda internacional de cualquier naturaleza. Pero esos buques iban hacia Cuba, ¿o no?

—Esas armas no eran para Cuba; eran para Chile, mi amiga. Para consolidar el triunfo del pueblo, legitimado primero en las urnas, luego en las calles. Fue un gran triunfo de Estados Unidos, finalmente; dijeron que la U.R.S.S. estaba provocando conflictos artificiales en América Latina con la ayuda de Cuba. La condena internacional fue unánime y las operaciones soviéticas en América Latina disminuyeron notoriamente desde entonces.

»A ese duro golpe se sumó la Matanza de Todos los Santos. La oligarquía no iba a quedarse de brazos cruzados mirando cómo los postergados les arrebataban sus granjerías y privilegios. Un torbellino de odio se abatió sobre Santiago, el apocalipsis que habíamos predicho y que nadie creyó. Desde ese momento, Chile se convirtió en un cementerio. Cientos de cuerpos aún no han sido hallados, cientos de nuestros jóvenes más valiosos, chilenos asesinados por la misma oligarquía con la que Allende ahora gobierna. ¿Lo puede creer?

»Cuando la sangre de esos jóvenes aún no se enfriaba, vino el programa de reconstrucción nacional, la consolidación del Ejército como garante de la democracia... y todo se fue al demonio.

»Salvador..., aún no lo entiendo. Después llegaron esos lunáticos a meterle ideas en la cabeza. A veces creo que me cambiaron a Salvador. En estos años han pasado muchas cosas extrañas, cosas que no podría creer si se las cuento. Como si hubiésemos torcido una esquina y nos encontráramos de pronto en otro país..., en otro planeta. Quizá estemos en otro planeta. Martín... —llamó a uno de los niños que vigilaba unos instrumentos al costado de su cama—. No tiene idea de lo extraño que se ha vuelto todo.

Altamirano volvió a refugiarse en un hondo silencio que hizo más evidente la

cacofonía áspera de bufidos, engranajes, chirridos y claqueteos de la maquinaria que lo sustentaba.

Martina preguntó a quemarropa.

—¿Es usted el comandante Proxy?

Los niños rieron; Altamirano también.

—No. Yo no soy el comandante Proxy. Él es un iluminado, un aliado que pelea en el bando correcto; pero aún no entra en contacto con nosotros. Creemos que se manifestará en cualquier momento. Es cierto que sus métodos son un tanto... extraños, pero todas las formas de lucha son aceptables, ¿no es así, compañera?

Martina arriscó la nariz.

—¿A qué se refiere?

—Elimina a sus objetivos de un modo... raro, aleatorio. Destruye edificios abandonados, comete pequeños atentados innecesarios, escribe frases crípticas aquí y allá. Robos excéntricos: la cabeza de una muñeca, un libro en una biblioteca pública, un gato. Atentados indescifrables que quizá tengan un gran efecto en los eventos por venir. Ha asesinado a dos niños y a ocho mujeres embarazadas. Les deja... marcas que hielan la sangre de los forenses. Mató a la hija del general Bachelet en Berlín, una joven estudiante de medicina. Le parecerá increíble, pero dicen que eliminó a un niño absolutamente inocente, un tal Sergio de Castro, en la década de los treinta... Y muchos otros crímenes aparentemente sin sentido. Es una especie de guerrillero santo, un vidente que lee la mente de la patria y la protege de su propia historia.

»Hoy parece estar más ocupado que nunca. La infinidad de cosas extrañas que han ocurrido en el último tiempo lo han tenido trabajando duro en reorganizar nuestra historia. Nosotros vamos a ayudarlo..., en grande.

La mujer se acercó más y se apoyó en el armazón metálico al pie de la cama. Los niños se miraron, alertas.

—¿Cuáles son esas «cosas extrañas» que han pasado en Chile?

Altamirano suspiró largamente; tenía la mirada perdida en el techo enmarañado de la habitación. Hacia algún lugar del tiempo viajaba su mente, encerrada en ese saco de carne a medio quemar y cruzado de cicatrices. De pronto, miró a Martina.

—Lo que le voy a contar nos ha costado años de labor de inteligencia y decenas de vidas muy valiosas. Nos ha costado, por encima de todo, nuestra cordura. Espero que honre esta información, el cuchillo que abrirá sus párpados que hasta ahora permanecían cerrados —dijo el tullido, y sonrió con sus encías negruzcas y sin dientes.

Martina creyó ver un insecto moviéndose en el fondo de su boca y se le erizó el vello de la nuca.

—Allende se intoxicó con algo que estamos investigando. Quizá ni siquiera sea el Salvador Allende que conocemos, quizá sea un impostor, una suerte de golem elaborado con arcilla en Praga o qué se yo. Los GAP son unos monjes asesinos robotizados, capaces de tirarse a las ruedas de un tren a la mínima orden del

Presidente. Chile se volvió loco, Martina. Synco crece y crece en el costado de la patria como un cáncer en el útero de la Pachamama. Ha desquiciado el territorio. La vibración de nuestra tierra ha variado. La nota musical que emiten las olas al reventar en la costa ha variado en medio tono. Ha proliferado el uso de ciertas palabras en desmedro de otras. Nuestros investigadores prevén consecuencias catastróficas de esas variaciones del lenguaje, sobre todo en la estabilidad de nuestros volcanes. Pronto esta medusa maligna penetrará todos los órganos del continente y la metástasis será inevitable.

»He soñado con el retorno del dios blanco a América, un Viracocha con ojos de kultrún emergiendo desde la cordillera como el cordón de la cicatriz de un parto. Synco, un dios hecho de cable y mente común, una colmena, establecerá la primera dinastía tecnológica de la historia —Altamirano hizo una pausa y rió como un anciano, con ruiditos agudos y saltarines—. Pero nosotros construimos un ejército de niños rompecódigos. Hemos educado a estos pequeños en los secretos de Synco y son los mejores, una nueva generación cultivada entre tubos al vacío y estrobos hipnóticos. Un batallón de soldados mentales que enfrentará con sus teclados un nuevo tipo de guerra para la que *ellos* no están preparados. Ya verá..., ya verá.

Martina lo miró con una expresión mezcla de compasión y asco. «Este tipo perdió algo más que las extremidades durante la Matanza de Noviembre», pensaba durante el discurso hipnótico del mutilado.

—Serrano le metió en la cabeza a Salvador que Chile era el país destinado a manejar los hilos del continente. Le mostró documentos, pruebas reales e inventadas, le habló de nuestra proximidad con la Antártica y no sé qué más. A través de Rauff contactó a un grupo de científicos que permanecían en la clandestinidad desde 1945, evadiendo la Operación Paperclip. Ellos aseguraron que podían levantar un programa espacial para Chile en el corto plazo.

—¡Un programa espacial! —exclamó Martina, un tanto superada por lo que oía—. Pero, por Dios, ¿de qué está usted hablando?

Altamirano esperó, como midiendo si quería continuar o no. El rostro de la mujer reflejaba desconcierto, no burla, de modo que decidió continuar.

—Para traer a Chile algo que les daría mucho poder. Traer algo... desde arriba.

Martina miró de reojo hacia todos lados, buscando alguna vía de escape cuando las cosas se desmadraran definitivamente.

—Le voy a contar la razón de nuestra lucha —continuó Altamirano con gravedad—: evitar que todo se siga distorsionando, devolverle la cordura a la nación y permitir que los procesos históricos sigan su camino.

Se mojó los labios delgados y resecos con su lengua ennegrecida por los hongos. Suspiró, carraspeó y comenzó el viaje.

—En 1908, en Tunguska, Siberia, cayó una piedra desde el espacio, provocando gran conmoción en el espíritu del planeta. Esta piedra, gema, objeto, lo que sea, se supone que era el corazón de un nuevo Cristo que se estaba preparando para venir: un

Sagrado Corazón. Al parecer, los cristos se fabrican en órbita antes de caer a la Tierra e iniciar su labor destructora. Esa piedra negra es una fuente de poder inagotable, porque en realidad es un estallido atómico detenido, un agujero en nuestro universo, un sol negro. ¿Se imagina una pila de energía inagotable? ¿No suena útil, dado el consumo monstruoso y suicida de Synco? La gema viene a dividir a hermanos y amigos, a desatar la hecatombe en el siglo xx. Miembros de la sociedad Thule viajaron a Siberia y consiguieron hacerse con la piedra. La mantuvieron a resguardo hasta entregársela a una guardia de monjes guerreros negros, las SS. Usted sabrá que SS no significa *Schutzstaffel*, sino *schwarze steine*, piedra negra. La piedra negra le entregó invaluable servicios al Tercer Reich, entre otras cosas sirviendo de transmunicador con los muertos. Así, la SS creó departamentos de cooperación científica entre profesores vivos y muertos de todas las nacionalidades y edades.

»En 1942, el científico Wernher von Braun traiciona al Reich y usa un prototipo de V-2 capaz de viajar en el tiempo para enviar la piedra a Estados Unidos y dejar a Alemania entregada a su suerte. En 1947, el misil V-2 aparece y cae en Roswell, Nuevo México, cuando Von Braun ya está secretamente a cargo del primer programa espacial norteamericano. Todo el proyecto Apolo es exclusivamente diseñado para llevar la *schwarze steine* a la Luna, mientras aprendían a controlar su poder destructor. Debían hacerlo antes de la década del setenta o el cronómetro interno de la piedra la haría estallar, por razones que desconozco; de ahí la promesa de Kennedy y la desesperada carrera por llegar primeros a la Luna.

»El grupo de Serrano, comandado por un anciano de apellido Kammler, le ofreció a Allende un programa espacial basado en la física escalar de Nikola Tesla para traer la piedra de regreso a la Tierra. Querían utilizarla como fuente de energía inagotable para las necesidades de Synco, parte de un futuro cerebro para el sistema que multiplicaría exponencialmente sus capacidades. Por supuesto, sus objetivos no eran necesariamente los mismos que los de Allende, pero eso fue lo que le ofrecieron: una especie de dios socialista, comunicado con otros planos de realidad.

—Y ese programa espacial, ¿se está desarrollando ahora mismo?

—Las naves se están fabricando en las ensambladoras de automóviles en Arica, y los motores, en un búnker bajo el morro de la ciudad —Altamirano levantó la vista para mirarla directamente a los ojos—. Serán platillos volantes fabricados según los planos dictados desde el futuro a una médium polaca en 1921. Sólo ahora contamos con la tecnología para fabricarlos. Cuando se consiga el objetivo, se instaurará una república nacional y socialista mágica, con sede en Chiloé.

»¿Sabía usted que Stafford Beer fue capitán de un pelotón de gurkas durante la Segunda Guerra Mundial?

»¿Sabía que el tema de la tesis de medicina de Salvador Allende, en 1925, fue la eugenesia? ¿Sabía que, como ministro del Frente Popular, en 1939, intervino para entregarle a la Alemania nazi una base de submarinos en el sur? ¿Sabía acaso que Salvador nació el mismo año del evento Tunguska, 1908?

—¡¡Basta!! —estalló la mujer, y de la nada aparecieron dos guardias armados que la flanquearon con bala pasada.

—¡Atrás! —les gritó Altamirano—. Estamos viendo la reacción ante la verdad.

La mujer se tomó la cabeza con una mano y giró para mirar al mutilado: se dio cuenta de que sus genitales estaban intactos; de hecho, parecía tener una erección.

—He visto cosas extrañas, pero esto es demencial; nadie en su sano juicio podría creer lo que me ha dicho. Le exijo que me deje en libertad, se está metiendo en graves problemas al tener retenido a un funcionario del gobierno de Venezuela —amenazó Martina, con voz temblorosa.

—Investigue —le pidió con voz calma el hombre en el camastro—; use sus contactos para averiguar qué hacen en Chile tres de los ingenieros involucrados en el Experimento Filadelfia, alojados como reyes en el Instituto Miguel Enríquez. Averigüe qué significan realmente las siglas CIA, ITT o IRT...

—¡Qué tiene que ver todo eso con...!

—¡Es lo que estoy tratando de decirle! ¡Con la *schwarze steine* quieren convertir a Synco en una máquina del tiempo y trasladar a todo el país, con gente, montañas, ríos y desiertos, hasta 1930! Ahí apoyarían al Eje con tecnología actual para ganar la guerra, luego pondrían la piedra en el centro de la Antártica para que su energía derrita los hielos y salga a la superficie la Atlántida. Sus tesoros tecnológicos les asegurarían la supremacía para siempre. ¡Ése es el plan real del equipo de Serrano!

Martina se acercó nuevamente a la cama.

—No sé por qué quieren matarme. No me interesa si quieren convertir a todo el planeta en una Disneylandia para marcianos. Lo que tengo claro es que no voy a creer que el gobierno chileno tiene platos voladores construidos por alemanes escapados de la Segunda Guerra...

—Existen. Hace cuatro meses probaron uno viajando fuera de nuestro plano, hacia otro Chile, donde las cosas son diferentes. Trajeron a un cabo del Ejército al que tuvieron retenido tres días, sometido a intensos interrogatorios, antes de enviarlo de regreso. Antes de que su imagen comenzara a perder definición les entregó mucha información acerca de cómo son las cosas en ese otro Chile. Ahora saben que en el pasado hubo una gran conspiración para derrotarlos.

—¿Conspiración? Para derrotar a quiénes..., ¿al ratón Mickey, que en realidad es un agente de la CIA pagado por el Vaticano?

Era una burla llena de tristeza.

—En el Universo Original, antes de sufrir su primera intervención externa en 1904, los alemanes ganaron la Segunda Guerra Mundial, eso todos lo saben. Luego, en el 2058, durante un decomiso policial de videos *snuff* en Los Ángeles, el gobierno americano encontró películas de la crucifixión de Cristo, reales, de origen desconocido. En ellas, Cristo dice «otras cosas» antes de morir en la cruz, detalles que llevaron a conclusiones importantes. Jesús no resucitó, sino que viajó en el tiempo gracias a unos excepcionales sistemas meditativos basados en el

electromagnetismo. Por eso durmió durante dos días, acumulando la energía que el cuerpo humano produce para descargarla de una sola vez al amanecer del tercer día. Por eso se imprimió la Sábana Santa, por el impacto de la descarga eléctrica que lo devolvió al pasado. Por eso encontraron la sábana vacía. Todos los seres humanos somos máquinas del tiempo.

»Con la tecnología desarrollada a partir de esas investigaciones, enviaron a 1904 al ingeniero Nikola Tesla para que comenzara a introducir material diferente y ayudara a los aliados a derrotar al Eje. Esa primera vez consiguieron que los alemanes no conquistaran Moscú. En 1943, Nikola Tesla fabrica el aparato del Experimento Filadelfia y regresa de nuevo a 1904 para conseguir nuevos logros y reiniciar el ciclo. Se supone que ya en el giro número cuatro consiguieron una victoria en Normandía para los aliados, pero sólo en el giro treinta y dos lograron un armisticio conveniente. Nosotros vivimos en el universo número cuarenta y cuatro, en el que consiguieron finalmente derrotar a Alemania, pero aún no han podido evitar la consolidación de la Unión Soviética. Tesla ya está en el universo cuarenta y ocho, y sigue en su batalla-samsara sin fin...

Martina lo observaba cansada, con la cabeza apoyada en una mano.

—En realidad, la Segunda Guerra Mundial se ha vuelto cuántica. Hoy se sigue peleando a una escala casi imperceptible para la gente común.

»Nuestro universo perceptible está lleno de incongruencias gracias a estos manejos irresponsables. Las batallas en el tiempo lo tienen convertido en una estructura frágil, sostenida con mucho esfuerzo por una serie de agencias y corporaciones estatales y privadas. Por debajo, nuestra realidad es atroz. Ésa es mi guerra ahora, Martina —concluyó el tullido, agotado.

La mujer estaba agobiada y tardó varios segundos en reaccionar. Tenía la mirada perdida en algún punto.

—¿Me va a dejar libre ahora? ¿O me va a matar porque no puede dejar a alguien ir por ahí con tanta información? —sonrió con tristeza.

—Estamos a las puertas de una enorme operación que involucra todo lo que acabo de contar, y necesito saber por qué usted removi6 los cimient6s del gobierno de esta manera. Para qui6n trabaja y si debo matarla por ello. Nuestra operaci6n es compleja y frágil; no podemos dejar ning6n cabo suelto ni correr el m6s m6nimo riesgo.

Martina camin6 hacia la puerta de salida, donde uno de los guardias la detuvo. Se gir6, deshaci6ndose de la mano que la sujetaba con violencia.

—No tengo ni puta idea de por qu6 me andan buscando. Es m6s, creo que usted se lo ha inventado. A lo m6s me han hostigado un poco. Y ahora yo le voy a decir lo que va a pasar. Me va a llevar de regreso a mi hotel, voy a llamar a la Embajada para disculparme por no haber tomado el avi6n, y ma6ana me voy derecho al aeropuerto para salir de este manicomio que llaman pa6s lo antes posible...

Uno de los ni6os se le acerc6 t6midamente y le tom6 la mano. Martina lo mir6 y

su enojo se deshizo en repentina ternura: su rostro era angelical. La invadieron las náuseas. El niño la soltó y volvió a su lugar.

—Lo que dice es cierto —murmuró—; no sabe nada. Es una caja vacía, parece muerta por dentro. Ve cosas que no existen.

Altamirano carraspeó, decepcionado.

—Gracias, Luchín.

—Déjeme ir.

—Hay una guerra mágica, ¿sabía? —prosiguió Altamirano a través de esa herida que a veces parecía una boca—. Es entre América y Europa, por eso el papa besa el suelo cada vez que llega a un país. Absorbe un poco de polvo, lo mezcla en la máquina alquímica que cada papa tiene en su interior en vez de órganos y se apodera del lugar durante la noche. Pura magia negra.

—¡Basta! No quiero escuchar más sus locuras. Por última vez, le ruego que me deje ir.

—Así que el famoso «incidente Aguablanca» era un fiasco —sonrió el hombre, apesadumbrado—. ¿Debo eliminarte ahora, hija del perro fascista Eugenio Aguablanca?

Martina sintió que un calor le subía por el rostro.

—¿Qué está diciendo?

—De tal palo, tal astilla.

—No le entiendo.

—Conspiradores y asesinos. El milico Aguablanca y su hija son la misma mierda burguesa y traidora.

—Deje a mi papá tranquilo, porquería —dijo Martina rechinando los dientes.

—Despertó la gatita... para defender a su papito.

—¡Cállate, huevón!

—No te preocupes, no tengo ningún interés en un cobarde que se pega un tiro como solución a sus problemas. Los socialistas no somos así.

—¡No tienes idea de lo que pasó, huevón de mierda! —masculló la mujer con la rabia iluminándole las pupilas.

—Sé todo lo que pasó —dijo Altamirano con sarcasmo—. La niña de papi quiso jugar a la revolución para llevarle la contra. La pijecita jugando a la proletaria. Te acostaste con algún cubano después de la zafra, disparaste algunos tiros y ya. A aprenderse el manifiesto y citar frases del diario del Che, ¿no es así? Para molestar al papi y sacarle celos. Les abriste las piernas a sucios obreros para sacarle celos al papi milico, ¿eh?

—¡No tienes ni puta idea, monstruo asqueroso!

—¿Monstruo? ¿Quién es más monstruo? Tenemos fotos, hijita de papi. Tenemos fotos tuyas besando el cadáver de tu padre, besando una boca llena de sangre y aullando como una perra en celo. Los que llegaron primero te vieron chupándosela al cadáver de tu papi. Tuvieron que sacarte de ahí entre cuatro. Hay uno de nuestros

agentes al que le debes la mitad de su oreja, perra loca.

—¡¡Cállate, conchetumadre!! —gritó Martina abalanzándose sobre la cama. Cuando se alteraba sólo le venían a la cabeza insultos muy chilenos.

Un guardia le dio un golpe de puño en el rostro y Martina cayó sobre las bolsas de orina bajo el catre de Altamirano. El guardia blandió su pistola y pasó la bala. Martina cerró los ojos, sollozando, mareada.

El líder hizo una pausa antes de dar la orden.

—Llévatela de mi vista, de inmediato. Déjala por ahí tirada.

El guardia le puso la capucha negra y la sacó a empujones de la habitación, mientras Altamirano golpeaba la cama con débiles puñetazos. Dos niños se acercaron al mutilado y le tomaron la cabeza con ternura.

—¿Por qué no la mataste, tío?

Altamirano los miró con verdadero cariño.

—Porque ya está muerta, niños.

«De noche lo guardamos en un lobo para que la muerte no lo encuentre», dice la machi.

Bernardo no sabe si está soñando o no, pero parece algún tipo de laboratorio muy aséptico, quizá una morgue. Dos lobos se mueven nerviosos por la estancia y una mujer con ropas anchas y oscuras se agazapa frente a ellos; se mete la mano a la boca y saca unas tijeras.

Los colores parecen más intensos y hay muchos reflejos que le hacen doler la cabeza. ¿Está vivo en realidad? Cree recordar un accidente.

La machi le abre el estómago a uno de los lobos y cae agua al piso, pero es sólida, como arena. Bernardo es capaz de ver que cada grano tiene algo escrito, aunque muy difuso.

La atmósfera se vuelve oleaginosa y siente como si hubieran abierto un agujero en la tina y todo se fuera por el torbellino. La angustia es un órgano negro que nada buscando salir por la boca, pero es arrastrado hacia abajo con la corriente, directamente hacia uno de los lobos.

La machi le abre el estómago de arriba abajo al segundo lobo; separa el esternón, mete las manos entre las vísceras y lo encuentra. Lo toma de la cabeza y le mira las pupilas para cerciorarse de que realmente está ahí.

«Buenos días, compañero Presidente», dice con reverencia.

Hay alguien detrás, observando.

Todavía no sabe si está soñando.

Llora desconsoladamente.

**Lunes 10 de septiembre de 1979**

**6:36 a.m.**

Un pequeño Fiat 600 se estaciona en plaza Baquedano. Segundos más tarde se aleja dejando a una mujer forcejeando con una capucha de tela negra demasiado apretada. La ciudad está en silencio, suspendida.

Martina arrojó la capucha con furia hacia el suelo y miró a su alrededor. Nadie. Ni un taxi en las calles, que se hundan en la oscuridad. Más allá hay un teléfono público. Pero, ¿llamar a la Embajada? ¿Arsenio querrá ayudarla? Desde que llegó no ha hecho otra cosa que enrostrarle los problemas que según él le ha ocasionado. Pero, ¿a quién más recurrir? Hurgó entre los papeles de su bolso y encontró una tarjeta. Sí, por qué no.

—Hola, ¿Michael? Perdona que te llame a esta hora..., sí, Martina. Es que no tengo a quién recurrir y..., sí, me dijeron que me habías llamado, pero pensé..., ¿de verdad? Claro, te espero aquí —le dio sus señas—. Muchas gracias, pana, no sabes cuánto... Seguro, adiós.

Townley había sido particularmente acogedor. Estaba ansioso por verla y muy preocupado por ella, dijo, aunque no explicó por qué. ¿Preocupado por ella? Se habían visto durante una hora, máximo. En fin, lo único que Martina quería era volver a su habitación y luego partir de regreso a Venezuela.

No pasaron más de veinte minutos antes de que un Mini Cooper azul apareciera y se detuviera frente a ella, sin apagar el motor.

—Apúrate, sube.

—Michael, discúlpame, no quise molestarte...

—Sube rápido, después hablamos.

El pequeño vehículo aceleró con fuerza y giró en dirección oeste.

—Oye, creo que el hotel queda para el otro lado y...

—Escúchame, todos los aparatos policiales de Chile te andan buscando. Te acusan de la muerte de Armando Valdés.

—¡Pero si yo no tengo nada que ver con eso...!

—Por supuesto, por supuesto, pero, a ver..., cómo explicar. Creo que ellos se sienten amenazados por ti. Y creo que nuestro pequeño encuentro empeoró las cosas. De alguna manera, yo hago algunos trabajitos para los gringos, ¿sabes?

—¿¿Qué??

—Tranquila. No sé por qué te dieron mis señas, pero ahora piensan que estás involucrada en algo muy feo. Ellos mataron al pendejo y te culpan porque creen que sabes algo, que tienes algo importante en tu poder... Ahora, dame el papel.

—No te doy ninguna cosa, gringo traidor —dijo ella con tono amargo.

Townley frenó bruscamente y se giró para hablarle a cinco centímetros del rostro.

—Escúchame bien. Soy el único amigo que te queda para *intentar* salir viva de esto. Me caes bien. No, mentira, me gustas, pero también me interesa hacerle daño a este gobierno. Ese papel es información, lo que equivale a poder. Algo muy útil para ti en estos momentos. Ahora dame el papel, por favor; es por tu bien.

Martina contestó secamente:

—No lo tengo.

Townley golpeó el volante del automóvil y la miró desesperado.

—¿Dónde está, entonces? Y no me digas que en el hotel, seguro que ya dieron vuelta la habitación y lo encontraron.

—No lo creo, ellos no saben lo que están buscando. Además, lo escondí muy bien. Vamos allá.

Townley meditó unos instantes, apretó las mandíbulas y aceleró en dirección del Hotel Carrera.

—¿Sabes? —dijo sin mirarla—. Quieren sacarte del camino a toda costa. Creo que lo que encuentres es importante.

—Otra vez con la misma tontera. Todos me dicen lo mismo, pero no tengo idea de lo que están hablando. No creo que quieran matarme, sólo me quieren fuera del país. La Embajada me quiere en Venezuela inmediatamente, y punto.

—Créeme, tienes una equis roja del tamaño de Texas en la frente. De momento lo más importante es encontrar ese papel y entender de qué se trata.

—Ya no me interesa; lo único que quiero es salir de este manicomio lo antes posible.

—«Cuéntele al mundo la mentira de Allende», te dijo ese niño, y murió por ese gesto. ¿Ni siquiera te despierta curiosidad? Y si toda esta monstruosidad sólo fuera una gran mentira, ¿no te gustaría que el mundo lo supiera? Ese niño, al menos, pensó que valía la pena arriesgar su vida por eso.

Martina guardó silencio. Durante estos días había retenido en su mente el rostro asustado de ese joven operario que trabajaba hasta el agotamiento en un subterráneo insalubre bajo La Moneda. Quizás en qué lugar remoto de su corazón había encontrado la fuerza para sobreponerse a su miedo y entregarle ese papel insignificante. Ahora estaba muerto. Había sido asesinado de un modo horrible por entregarle un mensaje. Quizás Townley tenía razón.

Entraron en el hotel abrazados y simulando venir de algún festejo. Martina pidió su llave y subieron rápidamente a la habitación. Por supuesto, todo estaba desperdigado por el suelo. Libros y carpetas deshojados, la ropa rasgada y los bolsos destruidos. Martina buscó con desesperación entre el desorden: faltaban sus blocs de notas. De un libro grueso habían dejado sólo las tapas.

—¿Qué pasa? —inquirió Townley—. ¿Ahí tenías la nota?

—No —dijo ella con tristeza—; aquí escondía una pistola..., un recuerdo...

—Tenemos que irnos, busca la nota y larguémonos de aquí.

—Súbete a una silla y copia en un papel lo que está escrito en el canto superior de la puerta del baño. Está un poco sucia, no te apoyes.

Townley sonrió y acercó una silla mientras Martina comenzaba a teclear en la t-Syn buscando información acerca del desfile del día anterior; pensaba encontrar datos sobre los delegados de otros gobiernos con quienes había conversado. Quizás ellos pudieran ayudarla. Recibió una fotografía del almuerzo en La Moneda donde se distinguía claramente el momento en que el profesor Szukalski y sus dos *sadhus* se alejaban de Miguel Serrano, ¡pero ella no aparecía en la foto! Serrano parecía hablarle al vacío.

Asustada, tomó el teléfono.

—Hola, Arsenio. Disculpa que llame a esta hora, pana, pero...

Townley salió del baño y le hizo un gesto para que cortara la comunicación. La mujer escuchó durante unos segundos y luego colgó. Miró a Townley horrorizada.

—Me acaba de decir que espere aquí la llegada de los GAP. Que le han avisado a mi gente en Caracas que el vuelo se estrelló y que yo estoy muerta.

Townley la tomó del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Salgamos de aquí.

Corrieron escaleras abajo, evitando el ascensor. En el primer piso ya pudieron oír las sirenas a lo lejos, y el recepcionista levantó automáticamente el teléfono cuando los vio salir por la puerta principal.

Los recibió una ciudad frenética. Las sirenas no eran de patrullas policiales, sino militares. El aire se llenaba de bocinazos y gritos de gente histérica intentando avanzar con sus automóviles. Los semáforos parecían haber enloquecido, y algunos helicópteros pasaban rasantes sobre el palacio de gobierno.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Martina.

—10 de septiembre, ¿por qué?

—No lo sé, pero creo que Altamirano sí. Esto es cosa de él, estoy segura.

Townley miró su pequeño Mini Cooper estacionado en medio del caos, tomó a Martina de la mano y echó a correr en dirección de la Alameda.

—¡¿Dónde vamos?! —gritó la mujer, esquivando postes y grifos en su carrera.

—Tengo un amigo que nos puede ayudar.

—¿Algún otro agente de la CIA?

—No —respondió indiferente el norteamericano, al tiempo que doblaba por la Alameda—. El presidente de la Democracia Cristiana.

—¿Alguien puede decirme qué es lo que está pasando?! —gritaba el general Ramírez, jefe de la Guarnición Militar de Santiago.

—Estamos investigando, señor. Las comunicaciones están cortadas y las t-Syn funcionan de maneras extrañas.

—Usen el teléfono celular que hay en el garaje.

—Ya lo intentamos, señor, pero sólo se escucha estática y voces no identificadas; algunas piden que recemos por ellas, señor.

—¿Algún movimiento en los cuarteles?

—No, señor, nuestros infiltrados alcanzaron a transmitir mensajes de calma. Al parecer, esto viene desde un flanco inesperado.

—¿Altamirano?

—... Es posible, señor.

—Lo sabía, ¡les dije! —Ramírez golpeó la mesa con la mano—. ¿Sabemos algo del resto del país?

—No, señor, las comunicaciones están cortadas. Estamos levantando una red de onda corta, pero no estará operativa antes de media hora.

—¡Media hora! ¡Pueden llevarse todo el país a Bolivia en media hora! Hable con Martínez, establezca una línea con Valparaíso, Concepción y Arica como prioridad.

La rueda de la puerta de acero giró ruidosamente y asomó la cara espantada de un ordenanza.

—Señor, intervinieron la red de altavoces y pantallas de Santiago.

—¡¡¿Los apagaron?!!

—No, señor, están transmitiendo material propio.

«Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo...».

Los altavoces de toda la ciudad repetían frases entrecortadas, algunas irreconocibles, de un discurso que se abría paso entre la estática y los acoples. Una voz de textura áspera, fracturada, que era como un recuerdo o una pesadilla rebotando entre los edificios, planeando fantasmal entre los callejones, chocando contra la gente que se asomaba a terrazas y balcones para escuchar ese monólogo aterrador.

«Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo...».

Martina y Michael corrían por la Alameda mientras los dirigibles encargados de hacer rebotar las señales de telecomunicaciones daban giros erráticos y comenzaban a perder altura. Dos helicópteros municipales teledirigidos chocaron en vuelo, y otros usaron sus altavoces para llamar a la subversión y saludar el advenimiento del comandante Proxy. Las pantallas proyectaban imágenes extrañas, groseramente trucadas, del general Pinochet con gesto adusto, lentes oscuros y banda presidencial. Su rostro no tenía cicatrices. Luego, fotografías de lugares de muerte y tortura, el logo de algo llamado DINA, pilas de cadáveres reseco en fosas comunes. En un momento de espanto, toda la ciudad tuvo en sus pantallas la imagen de un cadáver momificado con una venda en los ojos; abajo se leía: «Pisagua, 1973».

Un pequeño helicóptero policial cayó sobre el monumento a los Héroes de La Concepción. La explosión hizo chillar a la multitud, que ya no sabía a quién temer. Camiones militares aparecían por todos lados. Un niño irrumpió en las pantallas con un discurso delirante: la UP nos habría vendido a Estados Unidos a cambio de sangre chilena para sus vampiros ocultistas, Synco es en realidad un golem maligno del tamaño del continente. Carabineros y soldados abrieron fuego contra los altavoces y pantallas, terminando de desatar el pánico entre los transeúntes.

—¡Ahí está! —gritó Townley, apuntando hacia una moderna construcción sobre la acera sur de la Alameda.

El acceso estaba lleno de oficinistas y militantes que observaban estupefactos el espectáculo.

—¡Alto, no pueden pasar! —les impidió el paso un joven de impecable traje gris.

—Dígale al presidente del partido que es urgente, que tengo información relevante.

—Entréguemela a mí y yo le hago saber que vino a verlo.

—¡Imposible!...

—¡Michael! —gritó alguien levantando una mano.

Era el contacto del norteamericano en la Democracia Cristiana: un hombre de apariencia juvenil, que no dejaba de gesticular con las manos. «Te llevo donde don Patricio», le dijo en seguida. Se abrieron paso entre los curiosos e ingresaron al

edificio. En el vestíbulo, un corrillo comentaba encendidamente los acontecimientos. Parado en el centro de la losa, Patricio Aylwin también participaba de los comentarios y dudas de todos.

—¡Señor Townley! —dijo, estirando una mano para saludarlo—. Espero que nos traiga alguna noticia que aclare toda esta locura.

—¿Podemos hablar en privado?

Aylwin le hizo un gesto y entraron en una pequeña sala junto al vestíbulo. El político cerró la puerta y se limpió las manos como aplaudiendo.

—¿Y... quién es esta señorita?

—Martina Aguablanca, funcionaria..., exfuncionaria del Ministerio del Interior de Venezuela —dijo Martina.

—¡La hija de Eugenio Aguablanca! Toda una celebridad entre los organismos de inteligencia por estos días. Pues bien —dijo Aylwin frotándose las manos y sentándose frente a ambos—, díganme qué los trae por aquí, en medio de este... caos.

—Es largo de explicar...

—Tengo poco tiempo, pero los escucho. Comprenderán que tengo expectativas acerca de lo que me van a decir, o no estaría aquí con ustedes en esta crisis que se siente, por decirlo de alguna manera, profunda...

—Martina necesita ayuda para salir del país y...

—No somos agencia de viajes, señor.

—El gobierno la persigue para matarla... Parece que tiene algo a lo que la UP teme, y pensé...

—Eso es interesante —Aylwin se puso de pie y se frotó el mentón—. ¿Y tiene que ver con todo lo que está pasando?

Townley asintió, convencido.

—En realidad... —intervino Martina—, todavía tenemos que descifrar el contenido de esa información...

Townley la fulminó con la mirada.

—¿No tienen nada todavía? —preguntó Aylwin con calma.

—Casi... —mintió Townley.

—Entonces, cuando tengan algo me llaman y hablamos —dijo el político sonriendo y dirigiéndose a la puerta.

—Pero, ayúdenos —le rogó Martina—. Usted conocía a mi padre; estamos tratando de entender algo... grave que tiene que ver con este gobierno.

—Yo no tengo nada que ver con esto, hija. Vayan a su Embajada o al Hogar de Cristo. Con su permiso —y siguió caminando hacia la puerta.

—¡Pero usted también es responsable de esta locura!

Aylwin giró para mirarla.

—¿Así pretende que la ayude? —miró a Townley—. Controle a su niñita o voy a pedir que los saquen de aquí de inmediato.

—¡Usted complotó con Jarpa para que Allende siguiera en el poder y produjera...

Synco y todo este mundo! —agregó Martina con un gesto de asco—. ¡Si no hubiera sido por los yanquis y su flota, habrían llegado las tropas rusas y usted estaría en Siberia!

—¿Quién le dijo eso? —Aylwin soltó el pomo de la puerta y giró hacia ella.

Martina jadeaba, mirando a ambos hombres alternativamente.

—Altamirano. Él me lo dijo.

—¡Vaya! —dijo Aylwin acercándose a una ventana—. Dígame, ¿realmente está vivo Carlos Altamirano?

—Es un despojo humano, apenas un pedazo de hombre, pero sí, está vivo...

—Sorprendente. Realmente es usted una agente peligrosa, tan linda y tan delicada. Pero está equivocada.

—Dígame en qué y me voy de aquí sin ocasionarle más problemas.

Aylwin la miró pensativo.

—Supongo que lo que les diga pasará a los oídos adecuados y de alguna manera contribuirá a alejar del poder a estos inmorales. Qué más da, desde que Salvador se presentó a la reelección, rompiendo nuestro acuerdo de alternancia, ya no le debemos nada... En fin, es fácil. Fue el propio Allende quien nos entregó las coordenadas de la flota soviética. La idea era entregárselas a Estados Unidos a cambio de protección, y para eso nos necesitaba a nosotros y a la derecha. Estados Unidos confiaba en nosotros. Punto.

Martina quedó congelada.

—¿Qué...?

—Él no quería invasión soviética y nos entregó a la flota a cambio de protección, ¿por qué cree que hay una base gringa en Quintero? Eso es todo, si me disculpan —concluyó el político, acercándose nuevamente a la puerta.

Afuera, unos disparos sonaron muy cerca. Un helicóptero Huey Bell pasó a la distancia como en un sueño. Martina tenía la boca abierta y los ojos como platos. Townley observaba sorprendido, en una esquina.

—¿Allende nos vendió a los yanquis? —murmuró Martina, incrédula.

—Salvador hizo lo que debía hacer para salvar al país, señorita —repuso Aylwin—. Y en ese momento nos admiramos de verlo tomar semejante decisión, su nítido compromiso con el país antes que con la ideología. Fue realmente un momento de reencuentro con él como político. De todo lo que ocurrió después no podemos sentirnos responsables. Nadie podría haber intuido toda esta locura.

—Era tan simple como eso —dijo Martina, con honda desilusión—. La estabilidad sudamericana es siempre la ocupación por Estados Unidos. Así de imbécil. Allende se rindió, eso fue todo.

—La tercera vía es una ilusión, hija —dijo Aylwin paternalmente—. Salvador nos evitó ser otro satélite soviético...

—Para ser un satélite yanqui...

—No es tan así en realidad. Pero ésta es una guerra de perros grandes, hay que

elegir sartén o fuego.

—¿Y qué dijeron los partidos más radicales?

—Jarpa adelantó que los más «apasionados» no iban a aceptar ningún trato, y que daba por hecho que continuarían los atentados y los ataques. Salvador confesó que pensaba lo mismo, que podía desatarse una oleada de violencia civil. Un desastre social se nos venía encima. «Confiemos una vez más en el profesionalismo de nuestras Fuerzas Armadas, ellos sabrán contener el orden», dijo, y brindó por nuestro acuerdo con mucha tristeza. Se veía quebrado.

—Altamirano dijo lo mismo —murmuró Martina, choqueada con la revelación—: que ellos nunca habrían aceptado esta situación.

Aylwin se cruzó de brazos y miró por la ventana. Afuera todo se derrumbaba. Algunas columnas de humo se alzaban desde distintos puntos de la capital, y podían oírse los primeros tiroteos cruzados.

—Miren, el gobierno ya recuperó el control sobre algunas pantallas —dijo, invitándoles a acercarse.

Martina no podía creer lo que veía a través de los cristales. En una pantalla de *leds* sobre un edificio cercano se desplegaba una enorme foto de ella bajo la frase «SE BUSCA». Sus propios ojos, cada pupila de un metro de diámetro, la miraban desde la altura. Los parlantes anunciaban a los cuatro vientos: «Martina Aguablanca, criminal peligroso, enemigo del pueblo, se ha dado a la fuga. Se exige a todo chileno que informe a su comisaría más cercana del paradero de esta delincuente. Cualquier información deberá ser entregada personalmente, mientras no se restablezcan servicios de telecomunicaciones confiables. La omisión de información será considerada traición al Estado».

En ese instante se abrió la puerta y un joven con cara de asustado, mirando de reojo a Martina, hizo un gesto a su líder para que se acercara. Aylwin escuchó unas palabras al oído y se volvió.

—Vienen a buscarlos. Jorge, llévalos por atrás..., tú sabes, la puerta que usábamos en los tiempos difíciles. Hay un automóvil, entrégales las llaves y vuelve directo a mi oficina.

Martina y Townley se dispusieron a partir.

—¿Qué va a pasar con usted? —preguntó la joven.

—Supongo que ahora soy un sedicioso o algo así —dijo Aylwin con soltura—. Espero que valga la pena lo que se me viene encima, señorita. Vayan y consíganlo, ahora ya no les soy de ninguna utilidad...

Fue lo último que Martina oyó antes de ser arrastrada hacia un pequeño pasillo oscuro que daba a una portezuela. Otro túnel y un patio trasero, una barda, la calle, unas llaves. Subieron al auto, un Ford azul, y Townley echó a andar disparado.

—Vamos a mi oficina, necesitamos descifrar ese código. Es nuestra moneda de cambio.

Martina se pasó al asiento trasero para operar la t-Syn del automóvil. Se puso los

audífonos y encendió la señal estándar.

—Se escuchan proclamas... ¡Es Altamirano! ¡Dice que hay un ejército subversivo rodeando la ciudad y que sus niños rompecódigos tienen a Synco maniatado y en etapa REM!

—Ponlo en altavoces.

«... por eso, conciudadanos, compañeros todos, ha llegado el momento de la libertad. Han de saber que hemos conseguido silenciar las antenas que cubren nuestros cielos con señales esclavizantes. Hemos destruido las radioemisoras que entraban en sus mentes y fabricaban falsas realidades para encubrir una verdad atroz. Muchos de ustedes están despertando ahora, no saben qué es lo que hacen operando maquinarias que no conocían. Algunos pensarán que sólo se trata de un nuevo tipo de señal y que nada ha cambiado. Nuestra convicción nace de que encontramos y destruimos los aparatos que transmitían sintonizados con el pensamiento humano en 410 megahertz, canalizados por síquicos esclavos enterrados en cemento y aislados en crisálidas de loza. Les aseguro que estamos transmitiendo desde la auténtica la realidad, no desde el futuro, y...».

Martina cortó abruptamente el discurso y se cubrió la cara.

—¿Qué pasa?

—Me aburrí de sentirme así de extraña. Ya no lo soporto. Vamos a tu oficina.

La calle está casi vacía. El sol trepa hasta el centro del cielo entre hermosos nimbos blancos como la nieve. Santiago titubea. Se oyen explosiones y tiros en la lejanía. El Ford azul cruza el asfalto a toda velocidad.

*Memorias de mis años difíciles***Autobiografía inédita de Patricio Aylwin (fragmento)**

«Creo que fue el 15 de septiembre de 1973. Salvador me llamó personalmente y me citó en La Moneda. Eran las tres de la mañana. No se le dice que no al Presidente de la República, aunque sea un bastardo que está destruyendo tu patria y todo lo que amas de ella.

Esa noche, en el salón Independencia, me encontré cara a cara con Salvador, Sergio Onofre Jarpa y el general Pinochet. Salvador nos invita a sentarnos y a boca de jarro nos cuenta que barcos soviéticos cargados de armamento y tropas de elite se dirigen a Chile para “asegurar” al gobierno del pueblo y proclamar una república prosoviética, con un general como regente “provisorio”. “Ustedes saben que si los dejamos entrar no se van a ir más, y si los combatimos nos aplastarán en una semana, con costos espantosos para la población. El resultado será el mismo”, sentenció. Por supuesto, casi nos desmayamos. Jarpa se puso de pie y comenzó a increpar duramente a Salvador, acusándolo de haber conseguido finalmente lo que se había propuesto siempre. Salvador perdió la compostura y le respondió en duros términos. Era una postal nítida del estado general de nuestra política: perros rabiosos ladrándose entre sí. Augusto se puso de pie y llamó a la calma interponiéndose entre ambos. Recuerdo haber dicho que nuestros problemas ahora eran comunes. Yo conocía el poco interés de Salvador por asociarse a la Unión Soviética y su compromiso con un socialismo independiente de Moscú. Lo que ocurría no era bueno para nadie.

Salvador nos dijo que necesitaba nuestra ayuda. Por supuesto, Jarpa ironizó a sus anchas. Salvador soportó cada frase en silencio antes de continuar. Nos propuso un plan descabellado, que dijo haber pensado hasta haberse convencido de que era la única alternativa. “A un elefante sólo lo para otro elefante —dijo—, y no hay muchos en el planeta por estos días”. Guardó silencio durante unos instantes y nos soltó su plan.

Quería nuestro apoyo político y utilizar la estrecha conexión de la derecha chilena con Washington. Ofreció la ruta de los barcos soviéticos a cambio de apoyo para un nuevo programa de gobierno. Jarpa nuevamente se puso de pie y nos recriminamos, esta vez entre todos, sacándonos de encima años de frustraciones y amargos enfrentamientos. Pinochet no intervino. Cuando ya no teníamos mucho más que echarnos en cara, Augusto dijo algo muy juicioso: “Ahora que los niños dejaron de pelear, comportémonos como hombres y salvemos a nuestra patria”. Nos miramos atónitos. La frase era un cliché sacado de algún libro de texto escolar, pero parecía oportuna. La situación era gravísima, y requería de una actitud que se sobrepusiera a

nuestras más salvajes diferencias.

Le pedimos unas horas para presentar nuestras condiciones y regresamos a las diez de la mañana, cada uno con un grupo de asesores de confianza. Fuimos duros, fuimos directos. Exigimos un estatuto de garantías que asegurara la independencia de Chile frente a los países del bloque soviético, el compromiso con una socialdemocracia respetuosa de la propiedad privada, una definición clara ante la lucha armada y los grupos violentistas. Nosotros, además, queríamos asegurar la alternancia en el poder; que, para las próximas elecciones, la UP renunciara a presentar un candidato y apoyara a Frei Montalva. Por voz de Jarpa, el embajador de Estados Unidos comprometió su apoyo previa aceptación de un punto intransable: la instalación de una base norteamericana en el puerto de Quintero, con jurisdicción propia. Recuerdo que Allende bajó la cabeza y miró de reojo a Pinochet. También exigieron romper relaciones con la Unión Soviética y una comisión bilateral que estudiara las condiciones extra que Estados Unidos quisiera imponer a Chile a cambio de su ayuda.

Cuando la lectura de las condiciones terminó, Allende parecía un bulto en su asiento, envuelto sobre sí mismo, con la cabeza caída hacia adelante, completamente abatido. “Acepto todo lo que me piden”, dijo con un hilo de voz. Todavía no nos recuperábamos de la sorpresa —ni siquiera se habían discutido las condiciones— cuando Salvador se puso de pie y caminó hacia un costado del salón, tomó su AK-47, el famoso regalo de Fidel Castro, se sentó en el sofá y disparó dos tiros sobre su hombro que agujerearon el gobelino de la pared. Por supuesto, saltamos con los impactos. Pero Salvador caminó hacia nosotros exhibiendo una sonrisa triste. “Vamos”, dijo, empujándonos —todavía estábamos helados, estupefactos— hacia el mesón donde nos esperaba un pequeño refrigerio. “Brindemos por la reconstrucción nacional”».

—¡La ciudad está paralizada! ¡Synco no responde! ¿Todavía no tenemos noticias desde las bases en la Antártica? —pregunta el jefe de la Guarnición Militar de Santiago.

—No, se cortaron las comunicaciones hace un par de horas. No tienen idea de lo que está ocurriendo acá, señor.

—¿Y sabemos nosotros qué está ocurriendo?

—Un golpe de Estado, o una invasión extranjera... El mejor escenario sería un desperfecto en Synco, que lo impulsa a simular una emergencia militar, señor.

—¿Una máquina con alucinaciones?

—No lo sabemos. Serrano dijo que desde que pusieron a funcionar el huso central a 44 voltios, las posibilidades de que Synco comenzara a operar como un iluminado se cuadruplicaban, entonces...

—¡Me vuelves a mencionar a ese desquiciado y te tiro por la ventana!

—En todo caso, el canciller no responde. El armamento que guardaba en su bodega tampoco está. Falta uno de los Haunebu en los hangares subterráneos de Cerrillos. Creemos que va en dirección sur.

—No me interesa. ¿Pudimos restablecer contacto con el resto del país?

—Seguimos esperando que las líneas se despejen; incluso las radios de onda corta están saturadas de algo... raro.

—Algo me dice que esto me va a molestar, pero, ¿a qué se refiere con algo raro?

—El padrenuestro, señor. Todas las frecuencias rezan el padrenuestro en voces fabricadas con su propia estática... No hemos podido penetrar más allá.

—¡Por Dios!

—Estamos ciegos hace horas. Nadie sabe a quién dispararle...

—¡No hay obligación de dispararle a alguien, imbécil! —el general se restregó los ojos con el dorso de ambas manos—. Se supone que somos el enlace de comunicaciones de emergencia, ¡y ni siquiera sabemos lo que pasa a dos metros de aquí!

—Estamos todos nerviosos, señor.

—¿Hay algo en los radares kirlian? ¿Algún ser vivo o muerto circulando en la frontera de la cordillera?

—Nada.

—¿Algún mensaje desde las bases submarinas frente a Perú?

—Nada.

—¿Algún rastro de los ejércitos dormidos y enterrados en la frontera con Bolivia?

—Nada.

—¿Noticias de la Presidencia?

—Estamos completamente aislados; alguien dice que hay tropas moviéndose hacia el centro, que ha habido enfrentamientos, pero pueden ser rumores. Nadie sabe

nada del compañero Presidente o de su comitiva.

—Es como haber perdido la batalla sin haber combatido. Si por lo menos apareciera alguien con un fusil y uniforme argentino, o yanqui, qué sé yo... Alguien a quién pegarle un tiro, por la cresta.

—El teléfono dice algo acerca del comandante Proxy.

El general se puso de pie, arrojó lejos el teléfono y se caló un casco militar que le quedaba grande.

—Agarra a todos tus hombres, reparte las armas y salgamos de aquí.

—Pero, adónde...

—Donde sea. Lo que sea que está ocurriendo está ocurriendo afuera y no en este hoyo. Pesca a tus hombres y vamos a dar la pelea, o me voy a pegar un tiro aquí abajo.

—Nos puede tomar horas salir a la superficie todos, recuerde que estamos a cuatro kilómetros bajo el San Cristóbal.

—El ascensor hasta la Virgen nos puede llevar de a grupos hasta la superficie. ¿Cuántos soldados tenemos?

—Hay cinco adultos. Con los niños somos veinte.

—Suficiente, muévete.

Townley esquivó a un grupo de jóvenes que se lanzaron a la calle a detener el vehículo con palos y piedras. Aceleró pisando el pedal hasta que los neumáticos chillaron contra el asfalto de la angosta calzada.

—Espero que no nos crucemos con ninguna patrulla militar, porque ahí terminaría todo.

—¿Tienes algo en tu oficina que nos pudiera ayudar a descifrar el código?

Townley carraspeó, mirando a Martina de reojo.

—La verdad, pensaba hablar con algunos compañeros de trabajo, si todavía queda alguno, o llamar a un par de genios que conozco y...

—¿No se supone que eres algún tipo de experto? —replicó la mujer, sospechando lo peor.

—Bien, experto, experto, no. Soy vendedor de la IBM, no un técnico, pero...

—¡Mierda! ¡Lo sabía! —gritó ella golpeando el respaldo del asiento—. ¡Gringo de mierda, sólo querías acostarte conmigo!

—¡Tranquila! Puedo llamar a unos amigos.

—¿Quieres hacer un trío, yanqui hijo de puta? ¡Déjame aquí! ¡Para el auto y déjame aquí, te digo!

Townley frenó bruscamente y, apoyando el antebrazo en el respaldo, giró para encarar a Martina.

—¿Y dónde piensas ir? Estoy tratando de ayudarte, no sé si te has dado cuenta. Estoy conduciendo por Santiago en medio de una emergencia militar, sin documentos y llevando a una fugitiva de la justicia acusada de sedición.

Martina, que respiraba aceleradamente, se cubrió la cara con las manos para ocultar una mueca infantil, se acurrucó y comenzó a llorar sin consuelo. Townley hizo un gesto de cansancio y de un salto se pasó al asiento trasero.

—¡No me toques! —lo amenazó débilmente la mujer, casi invitándolo a abrazarla—. Me van a matar, todos lo dicen, y ni siquiera sé por qué. Nunca voy a salir de aquí...

Lloraba escondiendo el rostro, como una niña de ocho años que espera el abrazo de su padre.

—Voy a ser honesto, Martina —dijo el norteamericano, sin tocarla—. Me interesa la información. Si daña a estos rojos de mierda, le interesa a mi gobierno.

—Yo también soy una «roja de mierda», gringo maricón —dijo ella entre sollozos.

Townley se irguió para mirar en redondo hacia la calle.

—Pero además quiero ayudarte a salir de esto, créeme. Tu única salida ahora es descubrir qué hay detrás de ese papel. Así los dos ganamos. Yo me gano una palmadita en la espalda y tú lo usas para salir del país.

Martina levantó su rostro mojado por las lágrimas. La nariz y los labios

enrojecidos la hacían parecer una niña asustada.

—¿A qué te refieres?

—Si conseguimos averiguar de qué se trata, y realmente es importante, entonces podrás amenazarlos con divulgar la información y así forzarlos a que te dejen en un avión a Venezuela.

—Nunca me van a dejar ir.

—Es la única posibilidad que tienes, y es buena, créeme. Yo trabajo en esto.

—¿No me vas a cagar?

—También quiero esa información.

Martina se secó los ojos con el dorso de la mano y sonrió avergonzada.

—Puto gringo imperialista —dijo, sonándose con un pañuelo rosado que sacó del bolsillo.

—Así me gusta —respondió Townley, saltando al asiento delantero y echando a andar el Ford azul a toda potencia hacia su oficina.

«En estas circunstancias, llamo a todos los trabajadores a que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan la calma y serenidad. Hasta este momento en Santiago no se ha producido ningún movimiento extraordinario de tropas y, según me ha informado el jefe de la Guarnición, Santiago estaría acuartelado y normal.

En todo caso, yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por voluntad del pueblo. Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones. Como primera etapa tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido que es la expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigió a Chile y prestigia el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. En estas circunstancias, tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación. De todas maneras, el pueblo y los trabajadores, fundamentalmente, deben estar movilizados activamente, pero en sus sitios de trabajo, escuchando el llamado que pueda hacerle y las instrucciones que les dé el compañero Presidente de la República».

*Salvador Allende, 11 de septiembre de 1973, 7:55 a.m.  
Radio Corporación*

—Señor, tenemos a los Hawker Hunter en el aire, pero aún esperamos instrucciones.

El ambiente en el centro de mando del Ejército, en la Escuela Militar, era de absoluto desconcierto.

—¿Podemos hablar con ellos?

—Las comunicaciones son difíciles. Tienen instrucciones de pasar sobre nuestra base para recibir información desde las radios de corto alcance que hemos podido habilitar. Llegaron emisarios a pie para informar de enfrentamientos con tropas irregulares en las poblaciones que rodean Santiago.

—¿Todavía no sabemos nada del resto del país?

—Hemos recibido información contradictoria. Un informe reciente dice que las provincias están parpadeando en los visores, como si estuvieran desapareciendo. Luego, otro lo desmiente y dice que el desierto de Atacama está siendo remolcado en dirección a Isla de Pascua. O que estamos siendo invadidos por México. Es sólo información basura, destinada a confundirnos. Lo seguro es que en la bahía de Valparaíso apareció el *Esmeralda*, señor.

—¿Qué?! ¿Está de broma? El buque escuela fue destruido el 73, no me venga con tonteras.

—Lo sé, señor, pero uno de los emisarios llegó a caballo desde Valparaíso hace media hora y dice haberla visto con sus propios ojos. No la vio aparecer, pero dice que ahí está. Un porteño le contó que apareció titilando en medio de un resplandor verdoso, como una imagen de televisión mal sintonizada. Otro dijo que había emergido desde el fondo del mar. Y una mujer dice que apareció «normalmente», flotando, pero a cinco metros sobre el agua. Todos parecen estar mareados y con náuseas en la costa, señor. Dicen que algunos marinos de la *Esmeralda* parecen estar fundidos a las estructuras del navío...

—Déjese de repetir estupideces. Mantengamos la calma y tratemos de organizar este desorden. Llámeme a Tohá.

—¡Mi general! —llamó su atención un soldado con el rostro descompuesto y el auricular en la mano.

—Dígame, soldado.

—La persona en la línea dice que bajo esta habitación hay una bomba instalada hace cuarenta años y que va a estallar en cinco segundos, señor.

—¡Álvaro Jaque, qué alegría verte, huevón! —saludó Townley con un abrazo a un técnico de IBM, al parecer el único que no había huido una vez declarada la emergencia. Era bajo y usaba unas pequeñas gafas de marco redondo.

—¿Querís decirme qué chucha está pasando, huevón?! —le gritó éste en el oído con voz chillona, deshaciéndose nerviosamente del abrazo—. He estado tratando de entrar a la red pública de Synco desde las nueve de la mañana, pero es como si no hubiera nada ahí. Intenté llamar a los huevones de control y producción, pero yo creo que ya están cruzando la cordillera. Me estoy empezando a asustar —gesticulaba como si tuviera un electrodo clavado en la nalga—. Llamé a mi casa, pero el teléfono tampoco funciona. Tú conoces a la Miwako, ser japonesa en Chile y no tener teléfono es un pésimo chiste. Va a pensar que no la llamo a propósito y que tengo una amante. ¡Y no hay televisión, huevón! ¡Hoy jugaban el clásico el Colo y la U!

—Pero, Alvarito, si no te gusta el fútbol.

—¡Eso no es lo importante, huevón!

Martina miraba estupefacta a este nuevo personaje, que prescindía de ella como si fuera invisible.

—Álvaro, tranquilo...

—¿Cómo querís que esté tranquilo, huevón?! —insistió Jaque, aleteando por toda la oficina—. ¡Si caga Synco se nos acaba la pega!

—Álvaro, enfoca —dijo Townley tomándolo suavemente por las solapas y mirándolo de frente—. Necesito que nos ayudes en algo sumamente importante, ¿me entendiste? Por favor, concéntrate.

Jaque se sacó sus pequeños anteojos y se restregó los ojos con energía.

—Okey, okey. Pero esto es grave, huevón, es supergrave.

Townley le estiró el papel donde había escrito el código. Martina miró al técnico con desconfianza.

—¿Qué es esta huevada?

Jaque se puso los lentes y se sentó en su escritorio. Tomó la nota, la volvió del revés, la puso a contraluz, emitió un par de sonidos guturales, la devolvió a la mesa y suspiró.

—¿Y esto es todo?

Townley y Martina se miraron sorprendidos.

—No tenemos más que eso —dijo la mujer—. Se supone que es algo muy importante.

El técnico se rió con una risita aguda y saltarina.

—Esto no sirve para nada. Es el nombre de catálogo de una cinta de los archivos de Synco. Una entre millones.

—No... no entiendo —murmuró Martina desconcertada—; se supone que tiene un significado oculto.

—Te lo explico en fácil. Tienes la ficha de un libro, no el libro. Y uno que pertenece a la biblioteca más grande del mundo —agregó Jaque con una sonrisa burlona—. Una aguja en el pajar más grande que puedas imaginarte.

Townley giró hacia la ventana y se apoyó en el marco, abatido.

—¿Estás completamente seguro de que no hay nada más?

—A ver, cómo te lo explico. Si eres espía, esto es como tener la dirección de la Embajada de la Unión Soviética.

Sólo Jaque se rió de su chiste.

—Ya entendí, ¿qué recomiendas?

—Bueno, ir a la biblioteca de Synco, que está vigilada día y noche por cuerpos de asesinos entrenados; encontrar la cinta, decodificar un sistema famoso en el mundo por su invulnerabilidad, leer el contenido y vivir un par de horas para contarlo.

Jaque miró el papel antes de devolverlo a su compañero de trabajo.

—Lo siento, amigo. Me habría gustado ayudarte, pero de verdad ahí no hay nada. Sea lo que sea que ocurrió el 31 de octubre de 1973, está muy bien guardado a kilómetros bajo tierra en las bodegas de Synco.

Martina lo miró con sorpresa.

—¿Por qué mencionas esa fecha?

Townley leyó nuevamente el papel y sonrió con incredulidad.

#### 49FFAA\_GRD10.3173\_SYNCOSTGO

—Qué tonto, ¡cómo no me di cuenta! Tantos años en Chile te convierten en chileno —dijo, mostrándole el código a Martina—. Ahí, donde dice 10.3173, ¿te das cuenta? Es 10-31-73, una fecha con el mes por delante del día, al estilo gringo. Finalmente, el pináculo del socialismo igual compra sus cintas en Miami.

La mujer tomó a Townley de la mano y tiró bruscamente de él mientras se despedía del técnico con la otra mano.

—¡Qué pasa!

—Vámonos inmediatamente de aquí. ¿Tienes las llaves del auto? —preguntó mientras bajaba las escaleras de tres en tres.

—Sí, claro, pero, ¿adónde vamos?

—A buscar nuestro pasaporte para salir de este infierno.

Fuera del edificio los recibió el estruendo de los aviones que atravesaban el cielo capitalino. Las columnas de humo ya se multiplicaban en la lejanía, y sólo papeles sueltos parecían habitar la calle. Algunos estallidos a la distancia hicieron temblar los ventanales.

—Martina, ¿*dónde* vamos?

—A casa de Pinochet, y rápido.

—Martín, ¿cómo están nuestros milicianos en el sur de Santiago? —preguntó Altamirano, incómodo en su estrecho cubículo blindado.

—El sótano en Puente Alto trabaja protegido por un anillo de armamento pesado, señor. No tenemos información de enfrentamientos o bajas.

—¿Cuántos niños tenemos ahí abajo?

—Ochocientos rompecódigos, señor.

—¿Y en el norte?

—Doscientos psíquicos enterrados en cápsulas de loza, formando un arco de acupuntura sobre Santiago. Están confundiendo a las autoridades, generando ataques de pánico, depresión y alucinaciones.

—¿Tropas regulares?

—Pocas, no han sido tan necesarias como pensábamos. Recorren la capital en piquetes y han tenido algunos enfrentamientos menores. Pero creemos que en cualquier momento algunos regimientos leales al gobierno comenzarán a actuar más decididamente.

—¿Synco?

—Está en nuestras manos en un setenta por ciento.

—¿Nuestros vecinos?

—Nuestras señales de televisión y radio pregrabadas se están emitiendo con programación normal. En el exterior están viendo un día absolutamente normal en Chile.

—¿Las autoridades?

—Comenzamos a reemplazarlas por copias.

Altamirano suspiró satisfecho. Estaba muy adolorido y constreñido en la incomodidad del camión, un contenedor equipado como centro de control, pero lejos del confort de sus instalaciones subterráneas bajo el matadero de Lo Valledor.

—¿Podemos decir que el país está bajo control?

—Podríamos decir eso, señor.

—Dile al chofer que por favor *intente* esquivar los hoyos del pavimento, Martín. Y ya es tiempo de ir a hablar con nuestro amigo, ¿no crees?

Avenida Grecia es una vía extensa que cruza el sur de Santiago de mar a cordillera. Una frontera virtual que demarca el fin del centro urbano de la capital y el comienzo de la zona sur, históricamente combativa. Ahora está prácticamente vacía de tráfico; sólo un camión de enormes dimensiones avanza a toda velocidad en dirección a la cordillera. Pintado de negro, el techo erizado de antenas, platos parabólicos y altavoces, brama sobre la avenida envuelto en una humareda gris. Un enjambre de extraños motociclistas lo rodean en caravana.

—¿Eso fue una explosión? —preguntó Martina.

—Sí. Y una muy fuerte.

Las calles mostraban restos de disturbios, vidrios quebrados, fogatas. Townley esquivó un automóvil volcado antes de virar desde avenida Suecia hacia la calle Pocuro. Se arrepintió al ver figuras vestidas de verde olivo corriendo un poco más adelante. Se escuchaban gritos y algunos tiros. Las guerras civiles son poco espectaculares en vivo; fragmentadas, sincopadas, están muy lejos de la intensidad de esas realidades épicas construidas por el periodismo y sus fotógrafos.

Townley giró en redondo. Sobre sus cabezas pasaban helicópteros a muy baja altura. Las explosiones comenzaban a hacerse menos distanciadas en el tiempo. Martina probó por enésima vez la radio y esta vez logró recoger una señal, vaga pero entendible.

«... el gobierno del pueblo no va a claudicar. Grupos de subversivos intentaron tomar el Palacio de La Moneda y fueron repelidos por un pequeño pero bravo destacamento de GAP y detectives de Investigaciones encabezados por el propio compañero Presidente, quien, fusil en mano, dio cuenta de varios enemigos aunque éstos los superaban en número. Su valor impulsó a oficinistas y secretarías a tomar palos y armas cortas para unirse a la heroica resistencia. Nos indican que los subversivos fueron completamente neutralizados y que el propio Presidente llamó al jefe de la Guarnición Militar de Santiago para indicarle que el recinto estaba asegurado...».

—A mí me dijeron que Allende no existía —dijo Martina.

—¿¿Qué??

—Que era un invento de los propios chilenos.

—Así que es contagioso —murmuró Townley.

«... en el corto plazo el gobierno del pueblo retomará el control de cada zona del país. El orden será restablecido, porque tenemos la fuerza de la verdad y el espíritu de la gente de nuestra patria. ¡Venceremos!».

—Están blufando, con suerte pueden enviar una señal de radio.

«... Sergio Amira, Félix Einfalt, Martina Aguablanca, Mariano Tacchi, Michael Townley, Sergio Arancibia, Marcel Hantelmann, Daniela Illanes, Esteban Prado y Ramiro Oliveros. Tienen orden de fusilamiento pendiente. Éste es un llamado a que cualquier ciudadano se sienta con el derecho de ajusticiar a estos enemigos del pueblo dónde y cómo sea. Las tropas tienen órdenes de disparar a matar a estos individuos sin necesidad de advertencia. Todo lo que digan debe ser obviado de cualquier informe; son serpientes venenosas que buscan intoxicar la mente del pueblo. Todos circulan armados, tienen entrenamiento terrorista y son muy peligrosos, repito, son muy peligrosos...».

—¡Entrenamiento terrorista! —se quejó Martina.

En un segundo, dos Fiat 125 aparecieron por una calle lateral. Se ubicaron detrás del Ford azul y comenzaron a señalizar con las luces delanteras. Townley giró a la izquierda en la calle Bilbao, sólo para encontrarse a boca de jarro con una patrulla militar obstaculizando el paso con una valla.

—Cagamos.

—Acelera.

—¿Estás loca? ¡Nos van a dejar como colador! Son militares, no policías.

—Tienen órdenes de dispararnos de todas formas. Apenas descubran quiénes somos nos van a matar. Acelera.

—Pero podríamos hablar con ellos...

—¡Acelera, gringo maricón! —gritó Martina mientras los GAP se abrían buscando ponerse a ambos lados del Ford.

—*Fuck all!* Ya estamos chingados de todas formas —dijo Townley, y pisó el acelerador a fondo.

Las ruedas rugieron en el asfalto y los soldados levantaron las manos insistiendo en detenerlos. Sonó un fuerte silbato en algún lado, mientras la valla volaba hecha astillas en el aire.

—¡Baja la cabeza! ¡Van a disparar!

Las ráfagas sonaron como tres eventos separados. Martina gritaba ovillada en el suelo de la parte trasera del auto, oyendo el tableteo metálico de las balas al impactar la carrocería y el enjambre de silbidos que los envolvía. Una bala entró y salió limpiamente desde el vidrio trasero al delantero, a pocos centímetros de la cabeza de Townley, que miró por el retrovisor sólo para espantarse un poco más. Los Fiat 125 de los GAP se aproximaban con fusileros con medio cuerpo en las ventanillas, preparándose para disparar a corta distancia.

—¡Afírmate! —gritó levantando apenas la cabeza y apretando el freno hasta el fondo.

El chillido de los neumáticos perforó los oídos de Martina y el violento impacto del auto de los GAP incrustándose en la parte trasera la removiό como a un mono de trapo. Townley aceleró. Martina se alzó apenas para mirar hacia atrás: el Fiat 125 yacía contra la vereda y dos GAP habían caído al suelo y permanecían inmóviles; el segundo auto los esquivó y aceleró para continuar la persecución.

—¡Estás sangrando!

Una herida en la frente, producto del choque, llenaba de rojo el rostro del norteamericano. Se pasó la manga de la chaqueta por los ojos para ver mejor el camino y miró por el retrovisor.

—¿Qué usan en el motor estos desgraciados? Se supone que este auto es muchísimo más rápido y me están alcanzando como si nada.

Martina vio a un GAP saliendo por la ventanilla del Fiat y apuntando su AK-47 hacia ellos. Se tiró al suelo justo antes de que la ráfaga golpeará en el maletero del automóvil. Townley frenó nuevamente, pero esta vez el 125 lo esquivó y quedó a un

costado. El GAP perdió su arma en la maniobra, pero sacó una pistola de su cinturón y se afirmó para apuntar. Townley giró bruscamente el volante y mandó al Fiat a darse de lleno contra un árbol sobre la vereda. Vieron la explosión y a dos GAP tambaleándose por la calle; uno de ellos cayó de bruces.

—Dobla por esta calle —dijo Martina—; esta parte la recuerdo, hay una universidad aquí cerca.

—Esto es Diagonal Oriente y ésa es la Universidad Católica. Estamos muy cerca. A lo lejos se oyen sirenas de patrullas.

—Ésos nos buscan a nosotros —murmuró Townley—. ¿Me vas a explicar qué vamos a hacer a la casa de Pinochet, por favor?

—Acelera, tengo que pensar un poco.

—Espero que pienses *realmente* rápido —dijo el hombre, apuntando por el retrovisor las ocho siluetas que se asomaban a unos trescientos metros.

«Santiago de Chile fue fundado en 1648 por el comendador limeño Arturo Fernando de Jesús Murúa y Polanco. Caballero aragonés de excéntricas iniciativas, quiso emplazar en el valle del cerro Huelén una ciudad inexpugnable, protegida de los ataques marítimos pero con acceso al océano Pacífico. Dedicó gran parte de sus diez años al mando de la capitanía al desarrollo de un proyecto tan desaforado como visionario: la creación de un puerto en el barrio de La Chimba, junto al río Mapocho. Durante ocho años introdujo esclavos traídos desde el altiplano boliviano para la fabricación de un canal monstruoso que llegaría hasta las costas del Pacífico, funcionando con el mismo sistema de esclusas y compartimientos estancos diseñado por Leonardo da Vinci para los canales de regadío lombardos.

Tras dilapidar gran parte de la exigua fortuna de la naciente ciudad en el proyecto, fue asesinado por cuatro naturales en una riña que siempre ha despertado las sospechas de los historiadores. El monumento que lo recuerda se encuentra en la cima del cerro Santa Lucía y es visitado por mujeres que creen que su pie derecho, con un dedo pulgar de exageradas proporciones, otorga fertilidad a las recién casadas».

Este texto, extraído de la *Relación de hechos del reyno de Chile*, de Baltasar Encina, fue quemado junto a otros en la Plaza de Armas el 10 de abril de 1910, en la ceremonia de refundación de la República de Chile encabezada por el Presidente don Pedro Montt Montt.

—¿Recuperamos a Merino? —preguntó Altamirano.

—Sí, señor. Y a Mendoza también. Necesitamos un nuevo Leigh.

—¿Qué dicen en la Antártica?

—Están esperando. Derribaron dos Haunebus.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Estamos cerca.

El camión negro avanza con lentitud entre las estrechas calles de la comuna de Ñuñoa. Resoplando, se mueve entre los árboles como un tiburón entre arrecifes de coral, acechando. Parece mirar en todas direcciones, bufando, gruñendo, olfateando su presa.

Varias cuadras más allá, un Ford azul avanza por la calle Pedro Torres buscando frenéticamente una dirección. Más atrás, ocho vehículos con vidrios polarizados se comen rápidamente la distancia que los separa de su objetivo. Estallidos y sirenas se oyen cada vez más cerca.

—¡Aquí es! —exclamó Martina.

Townley aplicó los frenos y bajaron rápidamente frente a una casa blanca de dos pisos y antejardín.

A cien metros de distancia, los GAP, policías de civil y un par de soldados se parapetaron tras las puertas abiertas de sus automóviles. Un helicóptero pasó humeando a muy baja altura. El ruido de sus aspas parecía resonar dentro del propio cráneo de los presentes.

—¡Quietos o vamos a disparar! —gritó alguien entre la multitud de armas cortas y largas que buscaban las cabezas de Townley y Martina.

La mujer se paralizó, pero él la empujó hacia la puerta de fierro y pulsó el citófono.

—No nos van a disparar, ¿entiendes? —le dijo mirándola a los ojos—. No van a tirotear la casa de Pinochet. Ahora habla con él.

—Buenas tardes, dígame —escucharon su voz característica tras la estática del aparato.

—Don Augusto, soy Martina Aguablanca; por favor, déjeme entrar.

Del otro lado no hubo respuesta, pero tampoco colgaron el auricular.

—¡Arrojen sus armas y tírense al suelo con las manos en la nuca! —gritaron desde los autos.

Cuatro detectives corrieron hacia las veredas y otros cuatro GAP avanzaron parapetándose en los árboles. A lo lejos, los tiroteos y el humo se adueñaban de la ciudad.

—¡Apúrate, Martina, se van a dar cuenta de que no estamos armados!

—¡Por favor, don Augusto. Es realmente importante! —rogó ella, mirando de reojo a los agentes armados. La angustia le oprimió el estómago.

—Usted es un prófugo de la justicia. Voy a llamar a Carabineros para informarle que está en el sector...

—¡Escúcheme, es importante! ¡Lo que tengo que decirle es muy importante y peligroso para su gobierno!

—¡Por última vez, arrójense al suelo con las manos en la nuca!

Los GAP salieron de sus parapetos y para sorpresa de todos caminaron lentamente por el centro de la calle en dirección de los fugitivos, que los miraron horrorizados. Una bomba estalló a pocas cuerdas.

—Cagamos, cagamos, cagamos —susurraba Townley aferrado a la reja.

—Don Augusto, le juro que es muy importante para usted y el Ejército; por favor, ¡abra la reja!

—¡Váyanse de una vez, o saco la Luger que te mostré el otro día para corretearlos a los dos!

—¡Escúcheme!

—¡No tengo nada que escuchar!

Townley le tocó el hombro. Martina giró y vio con pavor que ahora todos los hombres venían detrás de los GAP con sus armas en ristre. Un pelotón de fusilamiento acercándose a una veintena de metros de sus víctimas. Contrajo el rostro y apretó los dientes aguantando el llanto. Luego gritó con todas sus fuerzas hacia la casa:

—¡Sé todo lo que pasó la noche del 31 de octubre de 1973 con el Ejército de Chile! ¡Y el mundo entero lo sabrá si no me deja entrar!

Tres detectives saltaron sobre Townley y rápidamente lo inmovilizaron. Martina se aferró a la reja como un náufrago a su tabla de madera. Percibió el frío cañón de una pistola posarse en su nuca y cerró los ojos esperando la descarga.

—Aguablanca —se escuchó desde la puerta de la casa.

La mujer abrió lentamente los ojos y vio a Augusto Pinochet parado en el umbral. Su mano derecha indicaba a los agentes que bajarán sus armas.

—Te espero adentro con tu amigo. El resto, espere instrucciones.

El fuerte sonido del cerrojo automático hizo saltar nuevamente a la mujer. Townley se soltó a tirones de sus captores y ambos entraron a la casa. Ella sollozaba, y él boqueaba como si hubiera corrido una maratón. Pinochet caminó hacia la sala sin dirigirles la palabra. Se sentó en su sillón y observó el televisor rascándose las cicatrices del rostro. Martina lo siguió con cautela. El televisor mostraba imágenes inconexas, se iba a negro, regresaba con el logo de Synco y luego aparecía un niño proclamando la revolución.

—Está así desde la mañana —dijo Pinochet—. Parece como si dos señales estuvieran luchando por ganar en el aire. Hace un rato apareciste en una lista, Martina. Y usted —agregó, dirigiéndose a Townley—, aunque no sé quién es, supongo que también está en esa lista.

El norteamericano no abrió la boca. A través de la puerta entreabierta del

despacho se veían los muebles en desorden, todo lleno de papeles sueltos y libros desparramados por el suelo.

—Ya estás muerta, ¿sabes?

—¿Por qué me dejó entrar, entonces? —preguntó la mujer, desafiante.

—Curiosidad.

Martina se acercó unos pasos.

—¿Por qué tanta mentira? Yo creía en todo esto...

—Un militar obedece órdenes, eso ya lo sabes por tu padre; estás culpando a la persona equivocada. A nadie se le ocurriría mandar preso a un cuchillo en un juicio por asesinato, ¿no es así?

—La información que hay en las cintas que tengo en mi poder puede hundir al gobierno de la Unidad Popular, y a usted con él: así de fácil.

Pinochet la miró y sonrió con cinismo.

—No tienes nada, ¿verdad?

Martina titubeó, mientras el militar se ponía de pie y caminaba hacia el teléfono.

—Ojalá esto funcione —dijo levantando el auricular—. Pienso llamar a Romo y a un par de sus amigos para que se los lleven de aquí. Él se va a encargar de matarles el alma y el cuerpo, van a ver...

Townley observó a través de la ventana la vigilancia implacable de los GAP y luego miró a Martina con el rostro desencajado, como rogándole que hiciera algo. Ésta respiró hondo, se removi6 en su lugar, se tomó el pelo rojo con una mano. De pronto, y por un instante, el mundo se detuvo. Algo encajó súbitamente en su interior. Entonces, como en cámara lenta, miró hacia Pinochet y su boca habló sola.

—El Ejército de Chile es el responsable de la Matanza de Todos los Santos.

Townley la miró con sorpresa. Pinochet no movió un músculo de la cara, pero dejó el auricular sobre la mesa. Pasaron ocho largos segundos. A lo lejos se oía el motor de un camión. Martina respiraba entrecortadamente, pero siguió adelante.

—Fueron soldados los que entraron de noche a las casas de esos dos mil doscientos partidarios de la Unidad Popular y los masacró a sangre fría, en presencia de sus esposas e hijos. El Ejército fusiló en carreteras y caminos, variando de modalidad de caso en caso para no parecer el mismo grupo. Fueron profesionalmente... torpes —Martina tenía los ojos desmesuradamente abiertos, sorprendida por sus propias palabras—. Usted ordenó a las patrullas militares que asesinaran a jóvenes del MIR, del VOP, del Partido Socialista, de las Juventudes Comunistas, de organizaciones obreras y sindicales. A sangre fría, en un operativo profesional, programado, sistemático. ¡Usted mandó matar a los Mártires de Noviembre!

Pinochet se apoyó en la mesa de arrimo.

—Tienes una gran imaginación, niña. ¿Por qué haríamos algo así?

Martina se subió a su propia emoción y avanzó hacia él, cada vez más molesta por lo que estaba descubriendo, por esa marea de imágenes que cada vez calzaban

mejor en su mente.

—Usted detuvo el golpe, aseguró la estabilidad de la UP. Después ocurrió lo de los mercantes soviéticos, que forzó una negociación y un acuerdo político entre los partidos de gobierno y oposición. Synco aportó la estabilidad económica y productiva. Pero quedaba un *pequeño* problema, ese que es capaz de desequilibrar cualquier iniciativa: los violentistas, que en Chile sobran por lado y lado. Chile no estaría en paz con ellos hinchando las pelotas con bombas, secuestros y atentados dinamiteros, ¿no es cierto?

La joven parecía transportada, Townley sudaba copiosamente, Pinochet acusaba los golpes.

—Ellos no aceptarían el acuerdo político. Claro que no, ¡eso jamás! Le habrían hecho la vida imposible al nuevo gobierno, exacerbados por la traición. Miles de jóvenes en las calles llamando a la subversión, alzando a los pobladores, deslegitimando al propio gobierno que los acogió en su programa y los alentó a «avanzar sin transar», ¿no? Era inevitable.

—¿Y tú crees que yo habría actuado sin la aprobación del gobierno? —replicó Pinochet.

Martina se sentó en un sillón con la mirada perdida, y habló en un susurro:

—Por supuesto, ellos mismos le entregaron los nombres y señas de esos jóvenes.

Por su mente pasaron imágenes de tropas militares avanzando en silencio por la oscuridad santiaguina, ejecutando con limpieza quirúrgica una nueva «noche de los cuchillos largos» con sabor a empanadas y sangre chilena. Esa noche, con la información entregada por los partidos de gobierno en las manos, arrebataron maridos, hijos y nietos de los brazos de sus mujeres, los llevaron a sitios apartados y les reventaron la cabeza. Cada muerto, una bala. Dos mil doscientas balas. La guerra más corta, precisa y económica de la historia. Cero resistencia, cien por ciento de eficiencia. Sonaba a locura y Martina esperaba la carcajada de Pinochet, pero el general no se movía. La observaba con la cabeza afirmada en una mano, impasible.

—El compañero Presidente nunca supo lo que estábamos planeando. No tenía los cojones para hacer lo que debíamos hacer. El método fue mi responsabilidad.

Martina sintió que algo enorme y cristalino se derrumbaba estrepitosamente en su interior: ¡¡era cierto!! Esa barbaridad que lentamente se había ido armando en su cabeza —a medias bluf desesperado, a medias presentimiento ominoso— finalmente resultaba haber ocurrido de verdad. Casi no podía creerlo.

—Cuando Salvador se enteró, sufrió su segundo infarto. Quedó muy mal, no lo pudo superar y hasta el día de su muerte se culpó por lo ocurrido. Cuando se dio un tiro, en enero del 74, tenía enfrente la lista con los nombres de los mártires. Simplemente no resistió la presión. La guerra es para los pulsos firmes, y él no lo tuvo.

—¿Allende se suicidó?... Imposible —musitó Martina buscando en el suelo alguna certeza—. No le creo nada. Él no habría permitido una masacre así...

—¿Masacre? Yo no sé de esas cosas, pero Serrano dice que un sacrificio es bueno para torcer la historia. Como la Segunda Guerra Mundial, que fue, como él dice, algo «mágico» —el general pronunció esa palabra con incomodidad, como si tuviera mal gusto en su boca—. Esta eliminación era necesaria para abrir la puerta hacia otra historia, calculada por sus computadoras y toda esa chimuchina de Synco.

»Eliminamos a la extrema izquierda en un gran operativo y luego culpamos a la extrema derecha de los hechos. Simple, limpio, genial. Después, nadie reprocharía la muerte en tiroteos de los malditos criminales de la Matanza de Todos los Santos, ¿no es verdad? Una operación de limpieza cruzada que eliminó de raíz, y sin secuelas, a la elite subversiva de Chile, de ambos bandos.

—Asqueroso —murmuró la mujer.

—¿Y qué querías que hiciéramos? —reaccionó Pinochet con enojo—. ¿Que estuviéramos los siguientes tres o cuatro años desangrándonos, siempre al borde de una guerra civil? ¡Ningún plan de reconstrucción nacional iba a funcionar con toda esa escoria extremista dando vueltas! Teníamos que extirpar ese cáncer, ¿no lo entiendes? Ese señor Enríquez, o el señor Thieme, ¿qué íbamos a hacer si seguían parloteando, llamando a la insurrección, metiéndose en los cuarteles a pedirles a los suboficiales que desobedecieran a sus superiores, o tirándoles maíz a los oficiales, llamándolos gallinas para incitarlos al golpismo? La gente los escuchaba. Y estos extremistas la estaban llevando derecho al abismo.

Las marcas del rostro del militar estaban enrojecidas, como si su irritación las traspasara.

—El Acuerdo para la Reconstrucción Nacional lo firmaron tres patriotas que pusieron a Chile por sobre sus intereses personales o partidistas, Martina. La izquierda entregó a sus manzanas podridas y la derecha entregó direcciones de las casas de seguridad y detalles de sus propias manzanas podridas. Ellos se hicieron cargo de la situación y nosotros sólo limpiamos la inmundicia... ¡y no me arrepiento!

—¿Inmundicia? Fueron miles de personas. Créame, todo el mundo se va a enterar.

—Nadie se va a enterar de nada —repuso el hombre, adelantándose hacia el vestíbulo de la casa—. No tienes nada concreto. Dudo que tengas esas cintas siquiera. Ahora voy a llamar a los detectives y...

Se detuvo de pronto frente a la ventana. No había ningún detective afuera, ningún GAP. El silencio más absoluto reinaba en el aire, ya no había bombas ni tiroteos; dentro de la casa, sólo el sollozo de Martina abrazada a un cojín en el sillón. En el televisor, la lucha por la sintonía había dado paso a una imagen única, con el logo de Televisión Nacional de Chile, sin la otrora omnipresente estrella de Synco abajo a la derecha. Pinochet palideció.

En ese momento, tres fuertes golpes remecieron la puerta de calle. A través de la ventana vieron un enorme camión negro estacionado afuera de la casa. El rostro de un niño de catorce años apareció tras el cristal y, blandiendo una M-16, hizo un gesto

para que alguien abriera la puerta.

—Aquí termina la historia —murmuró Pinochet abriendo el cerrojo.

Cinco menores armados entraron en la sala y los empujaron hacia fuera, hacia el camión. El cielo de Santiago era de un gris ceniza, como los recuerdos a través del humo y las pantallas en blanco y negro, como las fotos ennegrecidas por la sobreexposición, la saturación catódica y la estática de radios acalladas. La señal muerta es el síntoma de un país en coma, suspendido de su propia existencia, soñando sus pesadillas con electrocardiograma plano, repasando los recuerdos en cintas piratas traficadas por *dealers* de la memoria. Un país en estado catatónico. Sólo parecía haber vida en estos personajes subiendo a un camión negro en medio de la mañana gris. Más allá no había nada. El país en modo de pausa, suspendido en la nada.

Adentro, un hombre mutilado, quemada la mitad de su cuerpo, suspendido por cuerdas y poleas en el centro del cubículo, conectado a ruidosas máquinas de madera y acero. Más atrás, cerdos sedados colgando de ganchos de carnicero, filtrando sangre y nutrientes que avanzaban por gruesas mangueras transparentes. El despojo sonríe.

—Hola, Augusto.

El corazón de Altamirano flotaba en un frasco de electrolito verdoso, como un cronómetro sordo parcelando el tiempo y el silencio.

—Todo se ha cumplido.

Silencio. Altamirano quería que Pinochet sintiera el vacío creciendo desde el camión hacia todo Santiago, sobre el país completo, visible casi desde el espacio, como todo un continente con los ojos cerrados. El silencio que todo lo inunda cuando se terminan las transmisiones. Los radares no registraban presencias y un ruido monótono indicaba que ninguna emisora mantenía sus pensamientos cruzando el cielo del territorio.

—Mis niños, limpios de karma y deseo, penetraron la mente de tu leviatán que ofende al pueblo. Lo doblegaron con el fulgor de su inocencia.

—¿Tienes el control de todo el país?

—¿Qué país? ¿El tuyo o el mío? ¿El que había antes o el que vendrá?

—Chile, Carlos. El único país que conozco.

Altamirano levantó una mano, un dedo. Lo mantuvo en el aire, como una antena que no recibe ninguna señal.

—¿Escuchas algo acaso?

Nada excepto el corazón pulsando en un frasco.

—Vamos a darle un sentido a esas muertes, Augusto. Esas cicatrices en tu rostro. Mira las mías —extendió sus muñones—. Son culpa. Son mis muertes. Juntos vamos a traer de regreso al país correcto, aunque muera otra vez en el intento. Vamos a regresar a la normalidad.

—¿Qué quieres decir? —murmuró el militar tocándose las cicatrices en sus mejillas.

—Hay antenas incrustadas en personas especiales que nos han ofrecido chispazos,

voces y susurros; llantos desde el fondo de los televisores, ese mar de estática que nos baña, que nos separa del mundo que hay al fondo de la memoria. Mañana comenzaremos la verdadera Reconstrucción Nacional, Augusto. Y tú tendrás un papel relevante. Te van a odiar, pero harás su voluntad y no la tuya.

Pinochet mantenía la cabeza baja, mirando el suelo metálico y grasoso del camión.

—Qué quieres que haga.

—Servir a tu patria, nada más.

—Eso es lo único que sé hacer.

Altamirano levantó la barbilla para indicar el frasco y el corazón.

—Ése era el corazón de Enríquez, ahora bombea mi sangre. ¿Sabías que a veces lo escucho hablar dentro de mí? Él no merecía morir así.

Altamirano comenzó a llorar. Martina miró a Townley, desconcertada. El mutilado murmuraba frases ininteligibles. Un niño se le acercó y acarició su cabeza con ternura.

—Escucha lo que tengo para decirte porque eres quien debe saberlo todo, y callarlo todo —continuó el líder, tomando la mano del niño y dirigiéndose a Pinochet—. La labor ha sido titánica, dolorosa, delirante. Miles han muerto por ella, miles hemos dado nuestra cordura por ella. Es el sueño de los patriotas dementes de este país. Los que escuchan voces. ¿Sabías que los psicópatas que asesinan porque dicen escuchar órdenes de Dios dicen la verdad? Ellos son los verdaderos ejércitos del Señor, ejecutando acciones aparentemente irracionales, como llevar a sus hijos al monte para asesinarlos con un cuchillo de sacrificio. Ellos hacen la labor de Dios guiando la historia, corrigiendo los errores del itinerario, las esquinas sueltas de la ecuación. Lo nuestro es lo mismo, pero a escala monumental. Preparamos todo minuciosamente. Estudiamos las imágenes obtenidas por psíquicos para preparar todo lo necesario. Oímos lo que registraban aparatos de escucha incrustados con alambres en las entrañas de decenas de médiums, durante años. Hay relatos escritos por manos invisibles, por encarnados y gente con la mitad de su cerebro viviendo en otra realidad, que nos entregaron detalles y eventos menores. Gente que nos ha contado entre llantos la verdad. Mañana reconstruiremos un acto necesario, para que tú lo protagonices.

»Mañana comenzaremos de nuevo. Reconstruiremos la historia a punta de pistola.

»Cambiamos el calendario, mañana será 11 de septiembre de 1973, por decreto. Pero esta vez ocurrirá otra cosa. Tú harás otra cosa.

»Crearemos enormes autos sacramentales que recreen los hechos que debieron haber ocurrido en estos años. Borraremos ciudades del mapa, declararemos muertes y nacimientos. Una actriz elegida con cuidado hará disciplinadamente el papel de tu esposa de aquí en adelante, y lo hará tan bien que después de unos años te preguntarás si realmente Lucía murió o todo fue un mal sueño. Tenemos hangares en la Patagonia en donde hay personas reinventando la prensa de los últimos seis años, y

todos los álbumes familiares, todos los hechos casuales. Allí se retocan y reproducen fotografías con hechos falsificados. Para eso construimos costosos sets en las pampas, Augusto; tenemos el escenario correspondiente al Estadio Nacional, o el del interior de la casa de Pablo Neruda, la entrega de algún premio municipal, la final de los campeonatos de fútbol o los palafitos de Chiloé durante la visita de la más oscura autoridad política.

»Otra historia se escribirá en las escuelas y se les cambiará el nombre a personas que deberían haber muerto por el de otros que deberían estar vivos.

»Cambiamos el curso de los ríos. Escenificaremos incendios y accidentes automovilísticos, robos y enamoramientos. Hay escuelas secretas de actores instaladas bajo el desierto de Atacama para escenificar actos espontáneos de repudio al nuevo gobierno, o una revuelta carcelaria cualquiera. Morirán algunos, orgullosos de haber contribuido así al esclarecimiento de la historia.

»El esfuerzo es titánico, desafortunado, claramente irracional. Por eso triunfaremos.

»Tenemos un plazo de veinte años para ir avanzando a saltos en la historia. Los adultos vivirán con una pistola en la cabeza y los niños crecerán en la ignorancia; así es como funciona. Llegará el momento en que volveremos a encajar con el calendario del resto del planeta. Entonces habremos triunfado. Otra historia estará escrita. Nadie recordará este tumor en el costado de la realidad. Nadie escribirá nada porque será borrado de inmediato. Nadie dirá nada porque morirá y será reemplazado de inmediato.

Martina escuchaba desde un rincón las obscenas ilusiones megalómanas del mutilado colgando de sus mangueras. Pinochet parecía entregado, y Townley había quedado reducido a un muñeco en una esquina, con una M-16 en la cabeza.

—Mañana, 11 de septiembre de 1979, tú, Augusto, te levantarás a las cinco de la mañana y te dirigirás a Peñalolén, donde te espera un destacamento que escenificará un golpe de Estado. Hay situaciones que te parecerán conocidas. Tendrás a alguien tras un micrófono indicándote los diálogos y las reacciones esperadas. Al comienzo te costará entrar en el papel, pero será sólo al comienzo. Por supuesto, un francotirador tendrá tu cabeza en su mira todo el tiempo. La Matanza de Todos los Santos cobrará sentido. Será la espada de Damocles sobre cada protagonista de nuestra reinvencción.

»Cambiamos el calendario. Mañana será 11 de septiembre de 1973, por decreto presidencial.

Pinochet suspiró y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Por qué yo...

—Porque nunca has sido nada realmente, Augusto —sonrió Altamirano con tristeza—. Eres un frasco vacío y oscuro, dispuesto a contener lo que sea necesario.

Pinochet bajó la mirada.

—¿Qué pasará con Synco? —preguntó Martina, temblorosa, detrás de los milicianos de Altamirano.

—Seguirá funcionando —dijo el mutilado, secándose las lágrimas—; calculará y

reordenará los eventos necesarios. Él ha sido y será nuestro principal aliado. Nunca quiso todo esto, me lo confesó llorando. Quiere morir, desaparecer. Vive en terrible dolor todo el tiempo. Tú no sabes lo que es eso —emitió un gemido desconsolado—. Él nos quiere y nos ha estado ayudando. Él es el señor de todo y el comandante Proxy es su profeta. Yo creo que hay muchos Proxy, quizá más de dos millones.

»Proxy es el brazo armado de Synco en una guerra que no conocemos y que se libra fuera de nuestro conocimiento. Quizá Synco sea un escritor alucinado, o un niño asustado con poderes monstruosos. Lo que sé es que ya no quiere vernos. Pero coordinará nuestro retorno a la normalidad día a día. Será nuestra memoria inventada y la conciencia del país; el sistema nervioso de la sociedad chilena que, recostado sobre el territorio, durmiente, soñará otro Chile con sus cables expuestos de cobre y goma negra incrustados en la tierra como agujas en la piel de una machi. Su futuro, después de eso, es incierto. Claramente desaparecerá de vista, lentamente desmantelado. Alguien en el sur de Chile tiene planes para él y para toda la humanidad.

Ahora se dirigía a Martina.

—Tú no existes. Ya tenemos a alguien viviendo tu vida, con tu nombre. Lo que sea que hagas será fuera de este país, y no me interesa. Hoy el aeropuerto estará lleno de gente saliendo y entrando con papeles designados. Tú, Martina, vives en Chile desde 1974, estás casada, tienes una hija de nombre Clara en honor a tu abuela, y tu padre es rector de la Universidad Católica. Pero no estarás realmente aquí para verlo...

—Déjame verlo una vez más —rogó la mujer entre sollozos.

—Ya no volveré a dirigirte la palabra. Ahora eres una desaparecida.

## **Entrada N° 84 del archivo de investigación C-23 de la Cancillería británica**

«Chile no queda en Sudamérica. Los mapas dejaron de incluirlo en su dibujo. La cordillera de los Andes pasó a ser la costa occidental del Pacífico sur.

Desde que se emitió el decreto de la ONU que prohibía creer en la existencia de ese territorio, cientos de aviones de diversas nacionalidades vuelan sobre la región donde alguna vez estuvo ese país que no se puede nombrar, para arrojar desde la altura muebles, manufacturas, personas y documentos que pertenecieran a la antigua República.

La verdadera fecha de la resolución está intentando ser reconstruida por historiógrafos; las constantes modificaciones y los ajustes oficiales ordenados desde la ONU hacen cada vez más difícil precisar los hechos. Algunos están comenzando a dudar de la existencia misma de Sudamérica. Un delirio de los españoles, quizá.

Tal vez América sea un hombre en una balsa en el centro del océano donde debería levantarse el territorio. Ese hombre duerme o escribe la historia inventada de todo un pueblo y sus dolores. Recibe correspondencia dirigida a Colombia o Bolivia. Alucina, llora y redacta cartas constitucionales».

Martina fue sacada del camión a tirones. Lo último que vio de Townley fueron sus ojos azules llenos de terror y una M-16 pasando la bala. Las puertas se cerraron. Se escuchó un disparo.

Un bus se estacionó a pocos metros y la obligaron a subir. Alguien le escribió una letra D mayúscula en la mejilla con un marcador y le dio la instrucción de no hablar con nadie so pena de muerte inmediata. Se sentó en uno de los asientos disponibles junto a decenas de hombres, mujeres y niños que sollozaban quedo e intentaban no mirar a nadie a los ojos, todos con la misma letra dibujada en sus rostros.

El camino hacia el aeropuerto estaba vacío, sólo patrullas militares y algunos camiones al costado del camino parecían escoltarlos y mantenerlos separados del resto de la población. En una esquina creyó ver una camioneta con una pila de al menos veinte cadáveres, apilados ordenadamente en el remolque, todos calvos y vestidos de café, todos con agujeros negros en el sitio donde deberían haber estado los globos oculares.

Las calles vacías, las columnas de humo negro elevándose como incienso hacia las alturas.

Chile como un cementerio.

O como un país construido sobre un cementerio, intentando el olvido como método de supervivencia.

En el aeropuerto todos desviaban la mirada. Más tarde se enteraría de que un decreto de la nueva administración prohibía bajo pena de muerte dirigirse a los «desaparecidos» como si se tratara de personas vivas.

Nadie habla: todos escuchan, pero nadie habla.

Arriba del avión nadie habla. Por la ventanilla ve con estupor que la ciudad crece con la forma de una *E* mayúscula. Y que más al norte otras ciudades más pequeñas formaban con ésta lo que parecía ser una palabra, de la que desconocía el significado: *EMETH*.

A lo lejos, distinguió tres bombarderos nucleares B-52 que volaban en sentido contrario. Trató de imaginar su misión; quizás atacar Santiago y volar la letra *E* de la frente del continente.

Martina nunca supo nada más de su país de origen. En Caracas, descubrió que poca gente reconocía siquiera el nombre, y otros simulaban groseramente no saber nada. Quizá debería esperar veinte años, quizá debería usar el AK-47 con que su padre había acabado con su vida; ¿o había sido una pistola? Sus recuerdos se fundían, su interior permanecía en un profundo silencio, ya no soñaba. Encontró una Browning entre su equipaje.

Nunca más regresaría a su país, y después de unos años, comenzó a dudar incluso

de que alguna vez hubiera existido.

**FIN**

## Dossier SYNCO\_anexo

Agharta: reino subterráneo extendido por una red de galerías y cavidades desde Asia al resto del mundo, con ingresos a través del Amazonas y algunos puntos de África. Desde su capital, Shambala, el «rey del mundo» mueve los hilos a través de embajadores secretos en las capitales de las potencias mundiales. En 1938, la expedición nazi al Tíbet, al mando de Ernst Schäfer, establece contacto y concerta un pacto de colaboración. A cambio de apoyo y tecnología en antigravitación y fisión nuclear, reciben instrucciones precisas acerca de cómo llevar la guerra. Las relaciones se rompen cuando los alemanes atacan la Unión Soviética, que es parte de los planes de Agharta. Ésta ordena el ingreso de Estados Unidos en la guerra y, con ello, la clausura del proyecto del Tercer Reich.

ariosofismo: conjunto de creencias desarrolladas originalmente por el austriaco Guido von List, quien unió tradiciones y mitos germanos con la teosofía en boga a fines del siglo XIX. Proponía las bases esotéricas y mitológicas para la supremacía germana sobre el mundo. Sus ideas llegaron a Alemania a través de Lanz von Liebenfels, creador de la ONT (Ordo Novo Templi), grupo de aristócratas ariosofistas alemanes que a su vez daría origen a la Thule Gesellschaft, logia secreta que financió la creación del Partido de los Trabajadores alemán, opositor a los socialistas de la República de Weimar. El Partido de los Trabajadores es el precedente del NSDAP, partido nacionalsocialista alemán.

Atlántida: continente-isla mítico, poblado por una civilización social y tecnológicamente avanzada y localizado más allá de las columnas de Gibraltar. Hace doce mil años, fue destruido por los dioses en un cataclismo que desencadenó marejadas monstruosas y terremotos violentísimos. Se ha sostenido que la isla era en realidad una gran astronave espacial que descendió sobre la Tierra para repoblarla tras el fallido experimento de población de la raza reptiliana proveniente de Sirio. Los reptilianos contraatacaron modificando el eje terrestre ubicando a la Atlántida en lo que hoy es el Polo Sur. Eso habría provocado el cataclismo, cuyos crujidos bramaron en la atmósfera durante toda la noche que duró el desenganche orbital.

Böhme, Jacob: filósofo místico y teósofo germano (Silesia, 1575-desaparecido en 1624), obsesionado por el origen del bien y el mal. Escribió *Aurora*, *o crepúsculos matutinos* y *Sobre los tres principios de la esencia divina*. Definió la materia como «una cárcel construida para atrapar el espíritu», fabricada con el principio de repulsión de los contrarios. Sus estudios lo llevaron a intentar

métodos alquímico-mágicos para romper la cárcel de la materia, desatando una microexplosión atómica en los subterráneos de su casa en Francfort, con desastrosos efectos para su salud física y mental.

Braun, Wernher von: uno de los ingenieros aeroespaciales de Hitler que desarrollaron los primeros misiles teledirigidos operativos de la historia. Reclutado por la Operación Paperclip tras el fin de la guerra, se nacionalizó estadounidense y dirigió el proyecto espacial de la NASA; fue el creador del cohete Saturno V que llevó al hombre a la Luna. En realidad era un mago de cuarto grado, guardián del Grial.

emeth: palabra hebrea que significa «viviente». Se escribía sobre la frente de los golem para darles vida. Si se quería destruirlos, se borraba la primera letra y quedaba *meth*, que significa «muerte».

energía de punto cero: en física, la energía más baja posible que un sistema mecánico cuántico puede poseer; la que no puede ser removida y permanece cuando todas las demás han sido eliminadas del sistema. Fue propuesta por Albert Einstein y Otto Stern en 1913, con el nombre de «energía residual». Nikola Tesla probó con éxito en 1925 el concepto de energía de punto cero y la posibilidad de extraer «energía gratuita» del vacío, pero fue asesinado y reemplazado por un agente del futuro para clasificar el invento y evitar la debacle en las industrias energéticas norteamericanas.

escáner: individuo con habilidades telepáticas y telequinéticas, capaz de atacar y destruir a seres humanos únicamente con el poder de su mente.

evento de Roswell: supuesto aterrizaje forzoso de una nave extraterrestre en Roswell, Nuevo México, en julio de 1947. La Fuerza Aérea norteamericana declaró que se trataba de un globo aerostático, pero la mitología ha crecido en torno al evento hasta adjudicarle la obtención de la ciencia que habría permitido el desarrollo de la informática. También se sostiene que los cuerpos y restos de la nave habrían sido llevados al «área 51», donde permanecerían hasta hoy. Todo esto se ha probado falso. El evento de Roswell fue una operación encubierta para esconder el aterrizaje de cohetes V-2 con altos jefes nazis en su interior.

evento de Tunguska: explosión de enorme potencia en las proximidades del río Podkamennaya, en la región de Evenkia, Siberia, en 1908. No hay seguridad de lo ocurrido pero se cree que se debió a algún objeto celeste. No se recuperó ningún fragmento tras la detonación, similar a una explosión termonuclear, por lo que ha sido atribuida a un cometa, partículas de antimateria, naves

extraterrestres y portales mágicos. El escritor H. P. Lovecraft denunció reiteradamente el riesgo de este misterio sin resolver, y la necesidad de invadir Rusia para aislar el área y mantenerla vigilada por al menos ciento veinte años.

experimento Filadelfia: supuesto experimento llevado a cabo por la Marina norteamericana en 1943, que involucraba al S. S. *Eldridge* y su tripulación. Bobinas de Tesla modificadas deberían producir una fuerza de electromagnetismo tan grande que combaría el espacio en torno al barco haciéndolo invisible a los radares. En vez de ello el barco se habría desmaterializado y reaparecido con su tripulación quemada o incorporada a la estructura metálica de la nave. El experimento estaría vinculado a la aparición de un navío mítico en México durante la conquista española, y a la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio.

fotografía Kirlian: en 1939, el ingeniero eléctrico ruso Semyon Davidovitch Kirlian descubrió que, al aplicar un campo eléctrico elevado entre un objeto y un papel fotosensible, el campo eléctrico crea una zona ionizada alrededor del objeto que es capaz de ser expuesta en el papel fotográfico como si fuera luz. Se trata, por supuesto, de una fotografía del aura espiritual del organismo vivo.

Golden Dawn: Orden Hermética de la Aurora Dorada, cofradía ocultista fundada en 1888 en Londres por Samuel MacGregor Mathers y el doctor William W. Wescott, quien descubrió un manuscrito codificado con rituales de iniciación a misterios profundos y fundó la orden bajo la influencia de los textos de *Madame Blavatsky*, Eliphas Levi, Papus y John Dee, entre otros. Personajes como Arthur Machen, William Butler Yeats, Algernon Blackwood, Bram Stoker y Aleister Crowley pertenecieron a la Golden Dawn. Markheim Shelley, miembro de número y luego desertor, fue asesinado en espantosas circunstancias por haber publicado *The secret armor*, donde explica con detalle la red de influencias de la Golden Dawn y su papel en el plan de dominación marítima del imperio británico, que incluía impulsar y financiar el movimiento nazi para consolidar un eje europeo que contrarrestara el eje norteamericano-chino que pretendía crear el Komintern esotérico del Kremlin para el año 2014.

golem: en la mitología judía, un monstruo de barro o arcilla que cobra vida a través de la magia cabalística para ejercer labores menores en favor de sus amos; en hebreo, la palabra *golem* o *gelem* significa «bruto», «tonto». Muchos golems han sido creados para ejercer cargos públicos, y algunos incluso ocupan las más altas jerarquías en connotadas repúblicas occidentales.

Haunebu: modelo de platillo volador de piedra fabricado por los nazis durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial, capaz de volar a 40.000 km/h a

24.000 m de altura. Habría sido visto y fotografiado operando después del fin de las hostilidades. Podía sentir emociones.

homúnculo: término acuñado por el alquimista Paracelso para denominar a un humanoide creado con principios mágicos para labores menores, al modo del golem judío. La receta para fabricarlo consistía en llenar una bolsa con huesos, esperma, fragmentos de piel y pelo de cualquier animal, y enterrarla envuelta en estiércol fresco de caballo por cuarenta días. Al cabo de esa cuaresma, el embrión de homúnculo resultante debía ser deglutido por un hombre virgen que lo cargaría en su interior mientras culminaba su desarrollo. Luego de seis meses, el homúnculo se abría paso al exterior usando sus dientes.

kallfukura: en mapudungun, «piedra azul». Nombre de un cacique que consiguió unificar a mapuches chilenos y argentinos en un gran pueblo capaz de negociar en igualdad de condiciones con los gobiernos de su época, entre 1830 y 1870. La «piedra azul» es también la *wuñelfe kushe*, el planeta Venus, la joya que se desprendió de la frente de Lucifer cuando cayó a la Tierra tras su expulsión del cielo. La glándula pineal, el chakra Ajna, el tercer ojo, yace en territorio americano; recuperar la piedra para los magos y alquimistas españoles fue la verdadera razón de la conquista de América.

Kammler, Hans: ingeniero alemán y jerarca de las SS encargado de la línea de producción de los cohetes V-2, así como de todos los proyectos de misilería y del programa aeroespacial nazi. Como tal, supervisó la fabricación de domos de supervivencia en la Antártica antes de desaparecer en abril de 1945.

kuntur: en quechua, «cóndor», el ave emblemática del imperio inca. Representa al cielo americano del sur. Sus colores rojo en la cabeza, blanco en el cuello y negro en las alas —*rubedo*, *albedo* y *nigredo*— representan los tres estadios de la materia en el opus alquímico.

marrichiweu: grito de guerra mapuche que significa «diez veces venceremos».

Melimoyu: volcán activo ubicado en la Patagonia septentrional, que domina tanto el canal Moraleda como el golfo de Corcovado. Se encuentra al sur de la desembocadura del río Palena, frente a la isla Melinka. Sería la contraparte del monte Kailas, de la India, y custodiaría una de las entradas al interior de la Tierra, donde esperan los ejércitos para reconquistar América en un combate mágico definitivo.

meli witrán mapu: en mapudungun, «la tierra de las cuatro esquinas», término equivalente a «mundo», el territorio donde se vive.

Ngenechén: supremo dios de los mapuches. Originalmente uno de los espíritus más importantes de un panteón más amplio, habría sido quien llevó a los mapuches hasta el lugar donde habitan. La posterior sincretización con el dios cristiano le habría dotado de su carácter de ser supremo.

operación Paperclip: nombre en clave de la operación secreta realizada por los servicios de inteligencia estadounidenses para trasladar desde Alemania a Estados Unidos a científicos nazis especializados en armamento avanzado y experimentación biológica. La operación Paperclip también reemplazó a ciertas autoridades por constructos mentales, clones y *doppelgängers* al servicio de la nueva administración.

sadhús: hombres santos y ascetas que siguen las normas del hinduismo; no se cortan el cabello ni se afeitan, circulan desnudos, con un bastón y pintura ceremonial. Encarnan el ideal hindú del desapego de las cosas materiales, aunque en realidad son espías de Agartha, periscopios síquicos del Rey del Mundo.

samsara: ciclo de transmigraciones o reencarnaciones determinado por el karma de cada ser humano. El objetivo de las prácticas religiosas, en particular del budismo, es romper la rueda del samsara para alcanzar el nirvana, o existencia trascendente eterna. Se trata básicamente de un *loop* en el sistema que los *bodhisatvas* buscan romper actuando como antivirus de nanotecnología inoculados en nuestra realidad por el nivel de usuario.

San Pedro: cactácea de origen americano (*Echinopsis pachanoi* o *Trichocereus pachanoi*). Un preparado de su pulpa en forma de una bebida llamada cimora era utilizado por sacerdotes incas en sus rituales debido a la gran concentración de alcaloides, principalmente mescalina, de la planta. Su poder alucinógeno hace vibrar las ondas cerebrales humanas en la misma frecuencia asignada al continente americano.

selk'nam: pueblo nativo americano que habitaba Tierra del Fuego, en el extremo más austral del continente. También llamados onas, fueron cazados como plaga por los estancieros británicos, con la anuencia de los gobiernos de Chile y Argentina. El cambio forzado de sus costumbres, las enfermedades y las masacres terminaron para siempre con este hermoso pueblo de cazadores fuertes y profundamente religiosos.

Skull & Bones: sociedad secreta fundada por William Russell y Alphonso Taft en la Universidad de Yale, en Estados Unidos, en 1832. Muchas figuras influyentes de la política y los negocios han formado parte de la cofradía a

través de generaciones sucesivas, como George W. Bush y su padre George H. W. Bush. La sociedad busca influir en la forma de las fronteras de la nación para que ésta asuma el perfil de un signo que ellos conocen, y que es perceptible desde el espacio.

Sociedad Teosófica: sociedad aristocrática ocultista fundada en Nueva York el 17 de noviembre de 1875 por *Madame* Helena Petrovna Blavatsky, Henry Olcott y William Judge, entre otros, con el objetivo de propender a un mayor conocimiento del ser humano mediante el estudio de las religiones comparadas. Derivó en un club esotérico dedicado a doctrinas secretas egipcias y orientales, además de propiciar la informática y retomar la investigación atómica comenzada por Jacob Böhme.

Stonehenge: monumento neolítico de la Edad del Bronce situado en Wiltshire, sur de Inglaterra. Está formado por grandes bloques de piedra arenisca distribuidos en cuatro circunferencias concéntricas; la mayor, de treinta metros de diámetro. Se le atribuyen propiedades esotéricas, místicas y rituales de diversa índole. Es básicamente una gran computadora de procesamiento climático.

Szukalski, Stanislaw: pintor y escultor polaco (1893-1987), desarrollador de la teoría del zermatismo. Szukalski creía que toda la población humana provenía de Isla de Pascua, única sobreviviente de un cataclismo que destruyó el anterior poblamiento planetario, y que la humanidad lucha desde siempre contra un principio esclavizador encarnado en una raza escondida de la cual el Yeti forma parte.

Tesla, Nikola: físico, matemático, ingeniero eléctrico, mecánico y célebre inventor croata (1856-1943). Creó sistemas de transmisión de energía inalámbrica, trabajó en un «rayo de la muerte» y en innumerables proyectos insólitos. Tras su muerte en Nueva York todos sus archivos fueron confiscados por el gobierno norteamericano, permaneciendo clasificados hasta el día de hoy. Un culto que insiste en el origen extraterrestre de Tesla aboga por la publicación de esos archivos, aduciendo que contendrían revelaciones que atañen a toda la humanidad.

Tren-Tren: serpiente de la mitología mapuche que avisa a los hombres de la proximidad de algún desastre causado por el principio maligno, la serpiente Kai-Kai. Representa la tierra y su potencia benévola que da abrigo al hombre, frente a los mares y las inundaciones, potencia maligna que destruye y aniquila.

V-2: el Vergeltungswaffe 2, conocido como A4 en su fase de desarrollo, misil

balístico pionero diseñado por Wernher von Braun para la Alemania nazi. Entre 1944 y 1945 se usó para bombardear Gran Bretaña, Bélgica y otros territorios. Versiones más sofisticadas sirvieron para el traslado de tropas nazis a las bases orbitales secretas que los alemanes habían establecido geostacionariamente en la Antártica durante la Primera Guerra Mundial.

Viracocha: o «espuma de mar», por la blancura de su piel, es un personaje de la mitología quechua que representa al héroe civilizador, que habría enseñado ciencias y leyes a los hombres antes de marcharse hacia el este. Similar a las figuras de Quetzalcoátl y Kukulkán, en Mesoamérica, fue fundamental en la falta de reacción de los indígenas ante el arribo de los españoles, pues los identificaron como representantes del dios civilizador.

wuñelfe kushe: en mapudungun, «la señora estrella», Venus, el lucero de la mañana; emblema del pueblo mapuche y figura central de su bandera de combate. Es la estrella que guía a los espíritus en su camino hacia el Mayeo, lugar de reposo donde se reencontrarán todos los mapuche algún día.

Zapruder, Abraham: industrial ruso que filmó en una película casera el asesinato del Presidente estadounidense John F. Kennedy en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963. El famoso fotograma 313 registra el momento en que una bala parece entrar en el rostro de Kennedy impulsando su cabeza hacia atrás, aun cuando Lee Harvey Oswald se encontraba en las alturas y a espaldas del Presidente. Zapruder era un contraespía del Vaticano que buscaba exponer el verdadero objetivo del asesinato: evitar que el hijo que Jackie y John tendrían el año siguiente se convirtiera en el descubridor de la fusión fría en 1983.

Zohar: en hebreo, «esplendor»; texto clásico del misticismo judío, se le considera la biblia de los cabalistas. Es un trabajo compilatorio que se divide en tratados y analiza los textos bíblicos para extraer de ellos su significado oculto. Contiene una cantidad específica de palabras que no puede ser alterada o se vuelve explosivo.